L • I • B • R • E

Pensamiento



PRIMAVERA 1999 (29/30) 500 pesetas

Dossier:

El Sindicalismo Revolucionario en Europa.

[Trayectoria, perspectivas, posibilidades y retos]

REPARTIR EL TRABAJO, REPARTIR LA RIQUEZA

Pactos autonómicos por el empleo.

INTERNACIONAL

Política Africana para un desarrollo humano.

DEBATE XXI

El viaje del neoliberalismo al centro.
[Un viaje a ninguna parte]

En este número...

Consejo Editorial

Chema Berro, Félix García, Carlos Taibo, Carlos Ramos, José Luís Ibáñez, Agustín Morán, Paco Marcellán, José Luis Arantegui, Antonio Morales.

L • I • B • R • E
Pensamiento

Nº29/30•PRIMAVERA 1999

Director-Coordinador

Antonio Rivera

Coordinación técnica

Mikel Galé

D i s e ñ o

José Luís Ibáñez
Joseba Iñaki Bengoa

Creatividad, Maquetación e Impresión

Textos i Imatges S.A.L.

Redacción

Calle Sagunto, 15. 28010 Madrid. Tel. 915 93 16 28. Fax. 914 45 31 32. e-mail: spcc.cgt@cgt.es

Depósito Legal: V-1735-1991
I.S.S.N: 1138-1124

LIBRE PENSAMIENTO

PAPELES DE REFLEXIÓN Y DEBATE.
CONFEDERACIÓN GENERAL
DEL TRABAJO (CGT)

CGT

Editorial

Otra vez la guerra en Europa. Lo que solo unos años atrás se consideró falsamente como una realidad de espacios periféricos (Africa, Asia ...), hoy constituye renovada actualidad. Los Balcanes en llamas, como predijeran tantos conocedores con sentido común (frente a tanto experto de las organizaciones internacionales) hace ya demasiados meses. La lógica ultranacionalista de Milosevic llevaba inexorable y trágicamente a completar el mapa de la vieja Yugoslavia. En menos de un decenio, la criminalidad y la manipulación política interna, y la irresponsabilidad de la política externa han incendiado el espacio que va de Eslovenia -poco- hasta el Kosovo y la propia Serbia. Y Macedonia y Montenegro esperan su trágico destino.



El conflicto internacional, lo que constituía deseo de Milosevic tras negarse a asumir los Acuerdos de Rambouillé, ha colocado la situación en un absurdo tal en la que todo es negativo. De partida, la limpieza étnica llevada a cabo -y reafirmada- por los serbios nos devuelve a las atrocidades de los campos y ciudades bosnias. Resulta inaudito -por ser elegantes- que todavía algunas fuerzas políticas de este lado del continente pretendan hacernos tragar que la eliminación genocida de los albanokosovares es una reedición de aquel falso cormorán petroleado en la guerra del Golfo. Milosevic, con secuaces como Karadzik, Mladic ..., lleva un decenio masacrando a los habitantes de su viejo país. No hay novedad -salvo los nombres de los criminales: hoy Arkan o Selj-, ni espacio para la duda. Sí, por el contrario, la confirmación de que las viejas inclinaciones del estalinismo en la Europa occidental no se corrigen ni con el más prolongado de los tránsitos por otras esferas de la política. El que tuvo, retuvo.

En el otro lado, la OTAN, la OTAN de siempre, ha profundizado en una crisis mostrando a las primeras de cambio su imprevisión y su zafiedad. La ONU, la Organización de Naciones Unidas, se ha visto definitivamente borrada del mapa. Su pretendida función de organizadora y de solución pacífica de los conflictos internacionales ha pasado a mejor vida. La OTAN, después de su intervención en Bosnia, al amparo de la inacción de los países europeos, ha venido a confirmar su función de "policía mundial" y, sin encomendarse a Consejo de Seguridad alguno, ha resuelto bombardear sistemáticamente el suelo serbio y kosovar como si solo con ello pudiera restituir la situación a un punto de normalidad.

Nada de eso ha ocurrido. La muerte provisional de la ONU y la política de policía mundial de la OTAN se salda con un fracaso incluso en el ámbito militar, de opinión pública y, por supuesto, político. Los deportados albanokosovares, perseguidos por los serbios, se han multiplicado por la huida ante los bombardeos de la OTAN. Los llamados "efectos colaterales", matan-

zas de civiles por error a pesar de contar con una tecnología que convierte a ésta en la guerra más cara de la historia, suponen un baldón para la opinión pública internacional. Sus propuestas de traslado de los expulsados por Serbia a miles de kilómetros (¿a Guantánamo?) sonó a surrealista desde el principio. El bombardeo sistemático no consigue nada demasiado efectivo, salvo masacrar a todo el pueblo serbio, destruir sus recursos y fortalecer la indiscutible posición de Milosevic. Su ineficacia -incluso militar- obligará a la intervención por tierra, con el peligro evidente de "vietnamizar" el conflicto. Vamos, que estábamos mal y la OTAN se ha encargado de ponerlo mucho peor.

En esa tesitura, la opinión pública y las organizaciones sociales estamos en una posición incierta, que de momento solo conduce a la inacción. Esto no es una reedición de aquella impresentable guerra del Golfo. Como tal guerra es tan impresentable, cruel y condenable. Pero el "enemigo" de este caso no tiene paliativos. Milosevic es un político criminal, y no es tan fácil eso de decir que la solución es negociar hasta el infinito. La guerra no es solución; es un auténtico disparate. Pero la matanza y deportación de albanokosovares era ya un hecho, y la inacción previa al desastre de la guerra no hacía demasiado por ello. Y consolarse con que hay docenas de lugares donde se producen deportados, limpiezas étnicas y matanzas es volver a reclamar un problema de orden inaudito para seguir sin meterle mano a uno de solución posible.

Estamos pillados. Sabemos que la guerra no es solución, que la OTAN no va a traer nada bueno (todo lo contrario) y que Milosevic es un déspota con mayoría electoral. ¿Qué hacer, más allá de gritar ¡ni OTAN ni Milosevic!? ¿Cómo responder ante la posibilidad de una extensión imparable del conflicto, ante una escalada de la tensión realmente preocupante, ante cientos de miles de albanokosovares desplazados/deportados y ante una cifra aún desconocida de asesinados cruelmente, ante la consolidación de soluciones pragmáticas que afirman la separación de pueblos diferentes sin solucionar con ello ningún problema, ante un sistema internacional gobernado desde un organismo militar absolutamente irresponsable? Digamos no. No a todo ello. De momento. Pero hace falta algo más ...

Sindicalismo revolucionario en Europa: trayectoria, perspectivas, posibilidades y retos.

DOSSIER



El sindicalismo revolucionario constituyó hasta el primer tercio del siglo XX una realidad alternativa a otros modelos socialdemócrata, cristiano o comunista. Tras la Segunda Guerra Mundial, el pacto social implícito sobre el que se apoyó la recuperación económica europea relegó definitivamente a ese sindicalismo alternativo, transformador, revolucionario, a una posición minoritaria o marginal. Sin embargo, el desgaste de los modelos hegemónicos y las reacciones que recibe en el terreno sindical la nueva economía mundo que domina la actualidad, han traído por consecuencia una reactivación de aquellas formulaciones alternativas. Todavía de manera minoritaria, aunque palpable, en diferentes movilizaciones europeas contra las exclusiones que comporta el renovado capitalismo vienen haciéndose notar grupos, entidades y organizaciones que, superando trayectorias y divisiones de otro tiempo, proyectan una posibilidad real de ir asentando un modelo sindical impugnador del actual sistema. Las convocatorias europeas contra el paro y las exclusiones, las Marchas internacionales, han construido un espacio de encuentro en la acción sobre el que se impone profundizar, tanto desde lo práctico como desde lo teórico.

Las páginas que siguen quieren contribuir a ese impulso, trayendo análisis del pasado, del presente y del futuro, soportados en su mayoría en reflexiones nada autocomplacientes. Valorar el por qué de la decadencia de ese sindicalismo alternativo en la primera parte del siglo; considerar el estado actual del sindicalismo oficial europeo, de la CES, y las posibilidades que sus incapacidades abren a otro modelo sindical; definir qué es hoy eso de un "sindicalismo revolucionario o alternativo"; detectar los espacios donde esa nueva realidad se muestra más que incipiente; apuntar posibles esquemas de relación de cuantos desde trayectorias, pasados y puntos de vista diferentes, podrían confluir en un ámbito coordinado, operativo y tangible de sindicalismo revolucionario en Europa, hoy y para el tiempo que se avecina. A esas inquietantes y esperanzadoras cuestiones quiere dar luz y horizonte este dossier.

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

El sindicalismo revolucionario adoptó, de forma más plena que cualquier corriente dentro del movimiento obrero organizado, una visión del poder revolucionario y la eficacia creativa de los trabajadores independientes, una insistencia sobre su derecho a la autogestión colectiva y una fe en su capacidad para resolver sus propios asuntos. Aunque nunca logró desplazar al movimiento laboral socialdemócrata, dentro de las experiencias de los obreros del final del siglo XIX y principios del XX existían unas fuerzas que formaron y forjaron esta tradición minoritaria distintiva, cuya visión, defensa y convicciones encontraron una expresión formal y organizativa en gran número de países. Con todas sus variaciones regionales y nacionales, el sindicalismo revolucionario fue un movimiento internacional. Comparando los movimientos revolucionarios sindicalistas de doce países, este artículo ofrece un análisis de algunas de las fuerzas que contribuyeron al auge y la decadencia del sindicalismo revolucionario a escala internacional, como demuestra el surgimiento y desarrollo de una serie de organizaciones sindicales que adoptaron la doctrina sindicalista revolucionaria. Deberíamos mencionar desde el principio, en primer lugar, que los impulsos sindicalistas revolucionarios también eran evidentes en muchas asociaciones obreras sindicalistas no revolucionarias durante el período en cuestión, pero no podemos considerarlos aquí. En segundo lugar, una serie de temas interesantes e importantes —destacan entre ellos el desarrollo de la ideología sindicalista revolucionaria en países concretos, actitudes sindicalistas revolucionarias frente al nacionalismo, al patriotismo y a la guerra, diferentes respuestas a la Primera Guerra Mundial, y las dimensiones antropológicas, éticas y culturales del medio revolucionario sindicalista— también quedan más allá de los límites de este artículo[1].

«La vida significativa del sindicalismo revolucionario transcurrió entre 1900 y 1940 y experimentó su mayor actividad en el período inmediatamente anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial, desde 1910 hasta el comienzo de los años 20, con excepción de Suecia y España donde los movimientos alcanzaron auge más tarde».

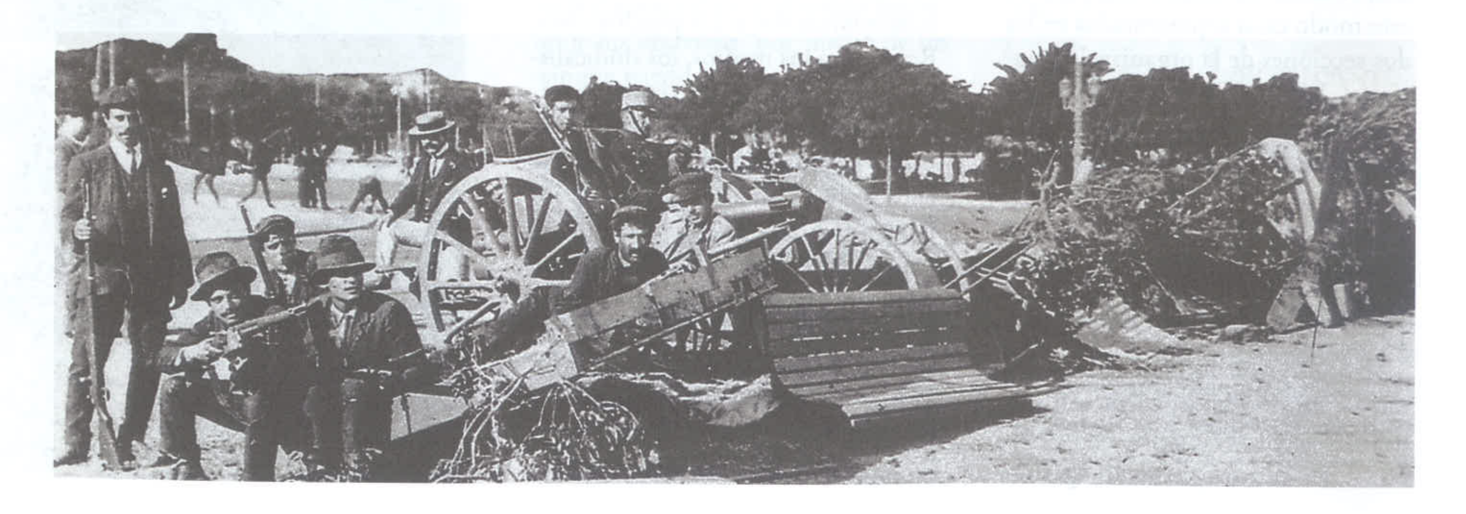
Caracterización del sindicalismo revolucionario

Las organizaciones y movimientos sindicalistas revolucionarios compartían una serie de características. En primer lugar, sus defensores expresaban actitudes beligerantes como clase y profesaban objetivos revolucionarios. Los sindicalistas revolucionarios veían los intereses de clase como fundamentalmente irreconciliables, y el conflicto de clases, por tanto, como algo inevitable. En consecuencia, mientras sus asociaciones obreras tenían como objetivo las mejoras para los trabajadores a corto plazo en el sistema vigente, también adoptaron el objetivo a largo plazo de derrocar al capitalismo e instituir un sistema colectivo de propiedad productiva controlado

«Para los sindicalistas revolucionarios, la clase obrera constituía la fuerza para el cambio; el ámbito económico, su campo de batalla natural; la acción directa, su arma natural; y las asociaciones obreras autogestionadas, los agentes naturales para unir, ordenar y aplicar el poder colectivo y transformador de los obreros».

por los trabajadores. Hasta qué punto la práctica de diferentes organizaciones sindicalistas revolucionarias en diferentes épocas reflejaba objetivos reformistas o revolucionarios, es una cuestión que debe dejarse a los especialistas en movimientos nacionales o regionales. En segundo lugar, los sindicalistas revolucionarios creían que el modo más eficaz de lograr objetivos a corto y a largo plazo era la acción directa y colectiva de los trabajadores, movilizados principalmente contra los patrones en el frente de la lucha de clases, y más generalmente contra la totalidad del sistema sociopolítico sobre el que se erigía la economía capitalista. En tercer lugar, los sindicalistas revolucionarios insistían en que la acción directa requería la organización de los obreros en el punto de la producción, en su capacidad *como* trabajadores. Así, consideraban a los sindicatos como el instrumentos crucial para la lucha, tanto para objetivos inmediatos como a largo plazo. De hecho, sus impulsos autonomistas, representados por los sindicatos, pero extendiéndose más allá de la primacía de éstos hasta la esfera cultural y política más amplia, es una de las características más sorprendentes y distintivas del movimiento sindicalista revolucionario[2]. Para los sindicalistas revolucionarios, la clase obrera constituía la fuerza para el cambio; el ámbito económico, su campo de batalla natural; la acción directa, su arma natural, y las asociaciones obreras autogestionadas, los agentes naturales para unir, ordenar y aplicar el poder colectivo y transformador de los obreros. La actitud como clase beligerante, los objetivos revolucionarios admitidos, la primacía y autonomía de las organizaciones económicas de los trabajadores, la defensa de la acción directa y de un futuro control obrero de una economía colectivizada: estas características —cuyo énfasis varía en diferentes movimientos en diferentes épocas— unían prácticamente a todas las organizaciones consideradas en este artículo.

A pesar de estos rasgos compartidos, existía una gran diversidad en cuanto a estructura interna dentro de las organizaciones que constituyen el movimiento sindicalista revolucionario formal. Algunos sindicalistas revolucionarios rusos, por ejemplo, y algunas asociaciones, como la *Allgemeine Arbeiter-Union Einheitsorganisation* alemana (Organización Unitaria Obrera General), eran radicalmente anticentralistas. La IWW en los Estados Unidos, por otra parte, adoptó una estructura centralizada que conectaba a los sindicatos industriales que la componían. La IWW declaraba que representaba a "un tipo de organización obrera revolucionaria más elevado que el propuesto por los sindicalistas (europeos revolucionarios)". Añadía, sin embargo que los *Wobblies,*



Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

como a veces se llamaba a los miembros de la IWW, estaban más "estrechamente aliados" internacionalmente con los sindicalistas revolucionarios que con ningún otro movimiento[3]. Pero la dicotomía centralista-anticentralista puede resultar confusa, por lo menos en dos aspectos. En primer lugar, a pesar de la tendencia centralista de una organización como la IWW, los anticentralistas y los centralistas competían dentro de ella. En segundo lugar, los sindicalistas revolucionarios europeos, principalmente los federalistas, generalmente desarrollaban alguna forma de organización o conexión industrial. El sindicalismo revolucionario se desarrolló primero en Francia. Las asociaciones sindicalistas revolucionarias en este país, aunque no renunciaban a su autonomía, tenían que incorporarse a un sindicato local o departamental —que incluía a varios oficios— y a una federación industrial, para de este modo estar representadas en las dos secciones de la organización nacional, la CGT. El primer congreso sindicalista revolucionario internacional en Londres, en septiembre de 1913, adoptó el sindicalismo industrial, la CNT española se acercó al sindicalismo industrial al introducir el *sindicato único* en 1918-1919, e incluso la FAUD alemana —aunque poco dispuesta en principio— aprobó la organización por industrias en vez de por oficios en 1927. Es cierto que los dirigentes de la OBU de Canadá rechazaron el sindicalismo industrial por considerarlo inferior a "un gran sindicalismo", pero muchos de los miembros iniciales de la OBU lo respaldaron plenamente. En cualquier caso, ya fueran centralistas o federalistas, sindicalistas industriales o no, los sindicalistas revolucionarios obviamente estaban buscando formas de organización obrera que aseguraran la eficacia en la acción sin renunciar al interés por los trabajadores.

¿Suponía el programa sindicalista revolucionario de acción directa un rechazo a la política? Quizá lo mejor sería considerar la pregunta en términos de medios y fines. Los fines últimos del plan sindicalista revolucionario eran sin duda políticos: la abolición del sistema político y económico capitalista, el establecimiento de una sociedad colectivista estructurada sobre las asociaciones económicas de los obreros y la transferencia del poder de decisión y la administración a los productores. Respecto a los medios, los sindicalistas revolucionarios obviamente anteponían a todo la acción directa por los trabajadores. Muchos de ellos rechazaban a los partidos políticos que pretendían hablar por los trabajadores, pero cuyo objetivo principal era la participación de los obreros en las votaciones a favor de sus intereses electorales y sus consiguientes compromisos. Prácticamente todos los sindicalistas revolucionarios estarían de acuerdo con León Jouhaux, secretario de la CGT francesa, el cual dijo a los dirigentes sindicales extranjeros de tendencia socialdemócrata en un congreso sindical internacional en París: "Quizá para ustedes la organización política es un gran barco y la organización económica una barquita remolcada por éste. Para nosotros, el gran barco es la organización sindical; es necesario subordinar la acción política a la acción sindical"[4]. En su relación real con los partidos políticos, la respuesta de los sindicalistas revolucionarios variaba considerablemente. La CGT profesaba la neutralidad política en su Carta de Amiens de



«Los trabajadores eventuales o temporeros se veían forzados a actuar inmediatamente para conseguir cualquier cosa. No había oportunidad para planes de resistencia a largo plazo o para preparar un fondo para las huelgas. Tales condiciones de trabajo fomentaban las tácticas de acción económica inmediata contra el patrón».

1906, la cual declaraba que los partidos políticos eran enteramente libres de procurar la transformación social, pero independientemente de la CGT, y declaraba que los miembros de la CGT eran totalmente libres de actuar según sus convicciones políticas, pero fuera de los sindicatos. La Carta sirvió para reducir la disensión política en los sindicatos, los cuales debían centrar su atención exclusivamente en la lucha económica. Los delegados de la CGT aprobaron esta declaración por abrumadora mayoría, incluso aquellos que eran socialistas políticos. Pero en la práctica los límites nunca estuvieron tan claros. La libertad para actuar políticamente fuera de los sindicatos, ¿se hacía extensible, por ejemplo, no sólo a los miembros sino también a los delegados de la CGT, la cual era políticamente neutra? Algunos de estos representantes habían sido elegidos como socialistas en la Cámara de Diputados. Un cambio en los estatutos en 1911 impedía a los representantes de la CGT que se presentaran a cargos políticos.



La oposición a los partidos políticos, sin embargo, no debe tomarse como una característica definitoria del sindicalismo revolucionario. Cuando muchos sindicalistas revolucionarios rechazaban la acción "política", estaban básicamente rechazando o reduciendo lo que consideraban el callejón sin salida de la política parlamentaria y electoral. Frank Little, un organizador y finalmente mártir de la IWW, resumía esta actitud cuando afirmaba que los trabajadores nunca podrían conseguir sus objetivos "por medio de un simple partido político (...). Nunca podremos hacerlo mientras dependamos de ir a meter un trozo de papel blanco en una urna electoral capitalista"[5]. Pero algunos políticos socialistas estaban de acuerdo. Charles Kerr, miembro del Partido Socialista y editor de la *International Socialist Review* de Chicago, expresaba el mismo punto de vista: "Se necesita algo más que votar para acabar con el capitalismo, y el sindicalismo revolucionario es ese 'algo más'[6]. En resumen, no quedaba necesariamente excluida la colaboración entre los sindicalistas revolucionarios y los socialistas políticos y los propios partidos que rechazaban el parlamentarismo. Varios miembros del Partido Socialista de Canadá, que repudiaban la política electoral, estaban entre los principales activistas de la OBU. En Alemania, después de la Primera Guerra Mundial, las organizaciones sindicalistas revolucionarias estaban dispuestas a trabajar con los partidos de extrema izquierda que desdeñaban el parlamentarismo. Y las organizaciones sindicalistas revolucionarias en casi todos los casos respaldaban el internacionalismo comunista en sus primeros tiempos, hasta que quedó claro que el *Comintern* insistía en el parlamentarismo y la subordinación de los sindicatos revolucionarios a los partidos comunistas, momento en el cual la mayoría de ellos rompió con Moscú. (...)

Una radicalización creciente



Independientemente de su contribución específica, la Primera Guerra Mundial sí proporciona claramente una explicación insuficiente de este malestar generalizado entre los obreros y esta radicalización, ya que ocurrieron gran cantidad de luchas obreras muy militantes y parcialmente revolucionarias en el periodo 1910-1920, es decir, antes de

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

la guerra. Quizá la medida más fiable del malestar de los trabajadores es su participación en las huelgas, y precisamente un extraordinario aumento de las huelgas (medido por la frecuencia de las huelgas, el número de huelguistas y los días de trabajo perdidos) tuvo lugar durante la década que empezó en 1910, con la interrupción de la propia guerra, aunque aparentemente esto sólo lo retrasó y reforzó [7]. (...)

Era evidente que se estaba gestando una explosión potencial en las dos o tres décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, modelada por los factores que se exponen a continuación y otros de la época, tales como la urbanización de la clase obrera, sin precedentes hasta entonces. Los obreros fueron concentrándose progresivamente en Europa y hasta cierto punto en las Américas, en ciudades tan distantes como Kristiania y Buenos Aires, en barrios progresivamente segregados y homogéneos, que a menudo servían para avivar la conciencia de clase y fomentar la solidaridad[8]. Otra característica de la época fue una acumulación triunfante del capital que superaba con mucho los beneficios colectivos de los obreros. De hecho, el panorama general, sin olvidar un grado inevitable de variación según las naciones y los oficios en cuanto a rentas, presenta no sólo una "relativa privación" para la mano de obra, sino también ejemplos significativos de estancamiento o disminución de los salarios después del fin de siglo, y especialmente después de 1910. [9] La convergencia de estos y otros factores tuvieron como resultado una radicalización extensa durante los últimos años previos a la guerra que fue transformada en una situación revolucionaria o semirrevolucionaria en muchos países hacia el final de la guerra. La propagación de las actitudes y organizaciones sindicalistas revolucionarias no era en absoluto idéntica al aumento de la militancia de los obreros, la cual adoptó muchos modos de expresión, pero es inexplicable sin ella y es ciertamente una de las manifestaciones más distintivas. Ciertos avances en los procesos y relaciones laborales no sólo contribuyeron notablemente al auge del radicalismo obrero, sino que también sirvieron para realzar la atracción del sindicalismo revolucionario.

> *«Siempre que los partidos que decían hablar por los obreros participaban en la política parlamentaria, representaban fuerzas de integración que se enfrentaban a la tendencia autonomista de la clase obrera».*

PROCESOS Y RELACIONES LABORALES

En la composición por oficios de los movimientos sindicalistas revolucionarios estaban representadas poderosamente dos categorías de trabajadores. A la primera categoría pertenecían los trabajadores eventuales o temporeros, cuyas vidas laborales se caracterizaban por formas de discontinuidad: períodos de trabajo episódicos, cambios frecuentes de patrón y a menudo cambios en el lugar de trabajo e incluso lugar geográfico. Los trabajadores del campo, de la construcción, de los muelles y de las fábricas de gas son representativos de los grupos de la primera categoría.

Los trabajadores del campo destacaban en algunas organizaciones sindicales revolucionarias. Los trabajadores del campo que no poseían tierras en Italia, los *braccianti* de Emilia-Romagna en el centro, por ejemplo, o los *giornatari* de Apulia en el Sur, formaban un importante núcleo del sindicalismo revolucionario. Estos campesinos sin tierras, contratados cada día en mercados laborales que tenían lugar por la mañana temprano, carecían de vínculos estables con un *padrone* en particular. Trabajar para varios patrones extendió los contactos entre trabajadores, favoreciendo una identificación de intereses mu-

tuos y una percepción de las posibilidades de acción conjunta. Una descripción similar podría aplicarse a los jornaleros sin tierra del Alentejo portugués, a los de Andalucía en España, a los recolectores de cereales de América o a los vendimiadores del sureste francés[10].

Los obreros de la construcción y los estibadores fueron muy relevantes en el movimiento sindicalista revolucionario. Los trabajadores de los oficios de la construcción constituyeron una federación de notable militancia en la CGT francesa y jugaron un papel importante en muchas otras organizaciones sindicalistas revolucionarias, incluyendo las de Suecia, Holanda, Alemania, Gran Bretaña y Portugal. Su número aumentó con el rápido proceso de urbanización, mientras las relaciones laborales en la industria eran alteradas en el nuevo siglo, particularmente por el aumento de la comercialización, o la construcción especulativa, junto con la proliferación de contratistas y subcontratistas generales competitivos. Era un rasgo típico de la nueva situación el que los albañiles, pintores y otros trabajadores de la construcción eran contratados para cada nueva obra y así se veían reducidos cada vez más a unas condiciones similares a las de los trabajadores eventuales. El control del empleo se vio más amenazado todavía por el deseo de los contratistas de cambiar los obreros cualificados por otros no cualificados siempre que fuera posible, o contratar a obreros no sindicados. Las huelgas contra la mano de obra no sindicada eran comunes en la construcción.[11] Los estibadores también fueron importantes en el movimiento sindicalista revolucionario de muchos lugares, tales como San Francisco, Buenos Aires, Hull o Amsterdam. Sus empleos eran de muy corta duración. "En ninguna otra industria eran los compromisos típicos tan breves"[12]. Los hombres eran contratados para cargar o descargar un sólo barco y así se quedaban sin empleo otra vez en cuanto terminaban el trabajo[13].

Estos y otros tipos similares de trabajadores[14] compartían ciertas características que ayudan a explicar su apoyo al sindicalismo revolucionario. En primer lugar, cambiaban de trabajo con frecuencia y a menudo no estaban ligados a un único tipo de empleo. Cuando la demanda en un oficio en particular declinaba, al final de un proyecto específico, o más comúnmente al final de una temporada, buscaban otros tipos de empleo (aunque para los trabajadores del campo las alternativas solían ser limitadas). Dichos intercambios eran comunes entre la industria y la construcción y el trabajo en los muelles. (...)

Dicha migración periódica entre oficios naturalmente estimulaba los intentos de crear organizaciones laborales que abarcaran más de un oficio. En segundo lugar, puesto que tales trabajadores compartían la característica de no estar atados a un único patrón a largo plazo, estaban libres de las restricciones informales implicadas en una relación cliente-patrón. Esto significaba que mientras estaban en una posición claramente dependiente del empleo, los riesgos derivados de la huelga se reducían, ya que los trabajadores que tienen que cambiar a menudo su puesto de trabajo tienen menos miedo al despido que aquellos cuyo patrón es semipermanente.[15] En tercer lugar, cuando ocurrían abusos en estos empleos, los límites impuestos por el tiempo eran muy estrechos; los trabajadores se veían forzados a actuar inmediatamente para conseguir cualquier cosa antes de que una cosecha, un proyecto de construcción o un trabajo fueran completados. No había oportunidad para planes de resistencia a largo plazo o para preparar un fondo para huelgas o una organización sindical poderosa o para iniciar procesos largos de mediación o arbitrio. Tales condiciones de trabajo naturalmente fo-



Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

mentaban las tácticas de acción económica inmediata contra el patrón. La atracción del programa de "acción directa" del sindicalismo revolucionario para tales trabajadores eventuales o temporeros resulta obvia.

La segunda categoría de obreros destacados en organizaciones sindicales revolucionarias incluía a los mineros, los trabajadores del ferrocarril, cuyas condiciones de trabajo estaban siendo reestructuradas como consecuencia de la expansión y multiplicación de los efectos de la segunda revolución industrial a finales del siglo XIX y principios del XX. Multitud de cambios técnicos y organizativos amenazaron a unas profesiones cuya pericia se había adquirido con gran dificultad, alteraron las condiciones laborales e intensificaron sus demandas. (...)

Los trabajadores de la primera categoría, por supuesto, no fueron inmunes a los efectos del cambio tecnológico durante este período. En el ramo de la construcción, por ejemplo, los carpinteros se veían amenazados por innovaciones tales como las unidades de madera prefabricadas y las sierras mecánicas, mientras la necesidad de destreza de los picapedreros declinaba a medida que se extendía el uso del hierro y el cemento y los aparatos mecánicos para trabajar la piedra. El proceso de pérdida de la especialización y la demanda creciente de trabajo a consecuencia del cambio económico y la innovación tecnológica fueron, sin embargo, especialmente evidentes entre la segunda categoría de trabajadores, que frecuentemente se radicalizaron por ello y entre los cuales encontró seguidores el sindicalismo revolucionario muchas veces. (...)

Además, la extensa introducción de cambios técnicos que reducían al mínimo la necesidad de obreros especializados y la consiguiente estandarización del equipamiento facilitaron la libertad con la que obreros relativamente no cualificados podían moverse por tiendas y fábricas de un oficio fácilmente aprendido a otro.[16] A causa de estos cambios las condiciones laborales de trabajadores cualificados y semicualificados en estos sectores empezó a parecerse, a nivel superficial, a las de los obreros eventuales. (...)

Dicha movilidad obviamente militaba contra el aislamiento de cada oficio y la identificación de los obreros de su oficio, facilitando en su lugar una visión unitaria de los intereses y desafíos de los obreros. "Es en las filas de esta masa flotante de mano de obra que cambia de una industria a otra", añadió Douglas, "donde las teorías del sindicalismo [revolucionario] han encontrado su principal apoyo". [17]

Además de los cambios de naturaleza técnica, también se introdujeron innovaciones en la organización del trabajo. Los dos tipos de cambios no eran siempre simultáneos, ni eran las nuevas formas de la organización laboral atribuibles sólo al cambio técnico, sino que se debían más al deseo de los patrones de extender su control sobre el proceso de trabajo. Es decir, la innovación tecnológica no dictaba las formas específicas de organización laboral, sino que —en gran parte por medio de la supresión progresiva de la especialización— facilitaba los cambios en ciertas direcciones al permitir que los patrones limitaran el papel colectivo de los obreros en la producción. Además de aumentar la supervisión directa, los patrones experimentaron con varios métodos, como el trabajo a destajo, las bonificaciones, la promoción interna y la escala laboral, para conseguir más esfuerzo, docilidad y lealtad por parte de los obreros. [18] A pesar de una considerable variación de país a país y de industria a industria, un rasgo común de los nuevos procedimientos de gestión fue la consolidación del control sobre el proceso de trabajo, que suponía la transferencia de la pericia de los obreros a los patrones y que inevitablemente produjo resistencia. (...)

La frustración de los trabajadores encontró su vehículo de expresión en formas de resistencia formal e informal, en "un alto grado de movimiento, absentismo, restricción de la producción y desarrollo del sindicalismo radical" [19] (...)

Estos cambios en la tecnología y la organización del trabajo llevaron a un declive en la influencia del sin-

dicalismo artesanal, a veces llevaban a los artesanos a aliarse con los trabajadores industriales, y actuaron como un poderoso estímulo para un sindicalismo destinado a unir y movilizar a todos los obreros de una industria en particular.

En muchos países, el periodo 1900-1940 vio la introducción de la negociación colectiva, un medio de institucionalizar el antagonismo de clases. Esto trajo una serie de consecuencias significativas. En primer lugar, los sindicatos se hicieron responsables de disciplinar a los obreros durante la duración del contrato. En segundo lugar, los representantes sindicales empezaron a desempeñar un papel "amortiguador" entre capitalistas y obreros, lo cual les hizo ser más conservadores por un proceso

País	Organización (año en que se fundó)	Año	Número de miembros	Periodo de máxima influencia	Desarrollo posterior
Holanda	National Arbeids Secretariaat (NAS-1893)	1895 1900 1910 1915 1920 1930 1940	18.700 12.444 3.454 9.242 51.570 17.361 10.330	ca. 1920	Disuelto por la ocupación nazi, 1940
Alemania	Freie Vereinigung Deutscher Gewerk-schften (1897) Freire Arbeiter-Union Deutschland (FAUD-1919)	1901 1907 1914 1919 1921 1925 1930	18.353 17.653 6.000 111.675 71.633 25.000 9.584	1919-20	Marginal; destruido por régimen nazi
Francia	Confédération Générale du Travail (CGT-1895 se fusionó con Bourses du Travail-1902)	1904 1906 1908 1909 1911 1913 1914	158.000 203.273 286.321 358.564 400.000 296.222 213.968	1910-11	Cada vez más reformista a partir de 1914
Argentina	Federación Obrera Regional Argentina (FORA-1904)-escisión FORA V (1915) FORA IX (1915)	1904 1919 1919	11.000 10.000 100-120.000	1915-20	Absorbido por Unión Sindical Argentina, 1922
EEUU	Industrial Workers of the World (IWW-1905)	1916 1917	40.000 125-150.000	1916-17	Marginal
Suecia	Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC-1910)	1910 1914 1919 1925 1930 1935 1938	696 54.518 24.103 37.205 28.150 35.494 30.552	1924-34	Marginal; desde 1954, cooperación con el Estado
España	Confederación Nacional del Trabajo (CNT-1911)	1911 1919 1931 1936 1937	29.315 29.315 548.310 489.668 1.5000.000	1936-37	Suprimido por el régimen de Franco; (CNT marginal y escindida)
Italia	Unione Sindicale Italiana (USI-1912) Unione Italiana del Lavoro (UIL-1914)	1913 1919 1922 1918 1920 1922	101.729 305.000 100.000 137.000 150.000 70.000	1919-20	Liquidado por el Fascismo
México	Casa del Obrero Mundial (1914)	1915 1916	50.000 100-150.000	1915-16	Reprimida y marginal
Canadá	One Big Union (OBU 1919)	1919 1921 1927	40-50.000 5.000 1.600	1919	Marginal; absorbida por All-Canadian
Portugal	Cofederaçào Geral do Traballo (CGT-1919)	1919 1922 1924	120-135.000 80-90.000 40.000	1919-20	Suprimida por el régimen de Salazar

La tabla muestra claramente que la vida significativa del sindicalismo revolucionario transcurrió entre 1900 y 1940, lo cual también es cierto de movimientos revolucionarios que no se tratan aquí, como la Federación Obrera Regional Uruguaya, la IWW chilena, la *Norske Fafopposition* (Oposición Sindical Noruega), la Confederación Rusa de Anarcosindicalistas; los *Wobblies* australianos y la Unión General de Trabajadores Irlandeses del Transporte. La tabla también sugiere que el sindicalismo revolucionario experimentó su mayor vitalidad, de nuevo midiéndola desde el punto de vista internacional, en el período inmediatamente anterior y posterior a la Primera Guerra Mundial, desde aproximadamente 1910 hasta el comienzo de los años 20, con excepción de Suecia y España donde los movimientos alcanzaron su auge más tarde.

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

de desplazamiento de sus objetivos. En tercer lugar, el modelo de salario en términos monetarios era fijo durante un periodo dado, a veces varios años, lo cual, según el estado de la economía, podía ir a favor o en contra de los obreros. En cuarto lugar, incluso las demandas urgentes de los trabajadores —excepto en el caso de violación de los acuerdos— sólo podían convertirse en objetivo de lucha después de un gran retraso. Aunque los acuerdos colectivos se estaban convirtiendo en un rasgo permanente de las relaciones laborales, para algunos sectores de la clase obrera parecían conllevar más desventajas que ventajas en la práctica, especialmente durante los periodos de "carencia relativa"[20].

RECHAZO DE LA ESTRATEGIA LABORAL DOMINANTE

Algunos trabajadores eran atraídos por el énfasis sindicalista revolucionario en la acción industrial directa y trataban de conseguir sus objetivos a corto y largo plazo por medio de los sindicatos revolucionarios como una clara alternativa a la estrategia laboral dominante representada por los partidos socialistas y laboristas y los sindicatos reformistas. A lo largo de la década anterior a la Primera Guerra Mundial habían tenido ocasión de presenciar los esfuerzos de tales partidos y sindicatos en nombre de los trabajadores y los habían encontrado insuficientes.

Varios partidos socialistas de diversa importancia se habían establecido en Europa y América bastante antes del fin de siglo. Los resultados de algunos de estos partidos no habían sido excesivos. En algunos países el movimiento general del socialismo político había sido irregular y desigual, a veces dividido y conflictivo. El deseo de evitar las riñas —y la pérdida de tiempo y energía consiguientes— entre grupos socialistas fue un factor que decidió a algunas organizaciones laborales radicales, tales como la holandesa NAS y la IWW en EEUU, a declarar su independencia de los partidos políticos. Muchos sindicatos en Francia habían adoptado pronto la idea de neutralidad política frente a un movimiento socialista originalmente dividido e ineficaz. Esto se debió en gran parte a evitar que la disidencia política se introdujera en los sindicatos y mantener alejados a las facciones socialistas que tan obvio interés mostraban en captarlos. En algunos casos prevalecieron unas condiciones especiales, como en la Argentina de antes de la guerra, donde los obreros inmigrantes, a los que les estaba prohibido votar, dominaron el movimiento laboral organizado.

Pero algunos países como Italia y Alemania antes de la guerra ya podían presumir de tener partidos de los trabajadores de importancia y visibles, con un historial largo e impresionante. El *Sozialdemokratische Partei Deutschland* (SPD, Partido Social Demócrata Alemán), el partido más grande de Alemania desde 1912, tenía un lugar preferente entre ellos. Sin embargo, incluso donde los partidos obreros se habían extendido significativamente, a los



ojos de muchos militantes su desarrollo no había aportado beneficios comparables a los esfuerzos que la clase obrera había invertido en ellos. Algunos disidentes aducían que el crecimiento numérico del partido no era correlativo a unos avances reales en la lucha de clases, la cual parecía haber sido subordinada a una preocupación indebida por la organización interna del partido, las elecciones y los procesos parlamentarios. Para algunos, los partidos parecían haber perdido su ímpetu e intención revolucionarios del principio, haberse preocupado cada vez más por consolidar y extender su posición dentro del sistema sociopolítico existente, en vez de aspirar a transformaciones más fundamentales. Siempre que los partidos que decían hablar por los obreros participaban en la política parlamentaria, representaban fuerzas de integración que se enfrentaban a la tendencia autonomista de la clase obrera. Abundan ejemplos de impaciencia creciente de los activistas radicales respecto a los partidos obreros, de los cuales se escinden a veces para fundar organizaciones revolucionarias sindicalistas. (...)

Los sindicatos reformistas existentes, a menudo aliados con los partidos obreros, también fueron duramente criticados por no representar los intereses de los obreros más eficazmente. Los descontentos a veces les acusaban de dar el visto bueno, oficial o extraoficialmente, a las empresas electorales de los partidos. A menudo les criticaban por no seguir la lucha de clases más directa y vigorosamente en su calidad de sindicatos, y frecuentemente les achacaban la subordinación de los intereses de la clase obrera en general a la artesanía organizada o los intereses sectoriales dentro de ella. Los críticos decían que incluso la gran expansión numérica alcanzada por algunos sindicatos obstaculizaba el bienestar de la clase si iba acompañada de la expansión de una oficialidad administrativa y precavida, una centralización paralizadora, que contrarrestaban las iniciativas revolucionarias desde la base.

«La huelga general no llegó a ser un posibilidad práctica hasta la década de 1890, cuando la economía fue lo bastante dependiente del trabajo asalariado y los obreros consiguieron un grado de organización y solidaridad suficiente en sectores básicos».

La organización sindicalista revolucionaria —organizada independientemente— en los años anteriores a la guerra, enemigo estrepitoso de los sindicatos libres, era minúscula en comparación con sus rivales socialdemócratas. Una amenaza más seria venía de dentro: las críticas a la moderación de los dirigentes de estas organizaciones creció antes de la guerra y el sindicalismo revolucionario apareció como una alternativa viable al inmovilismo burocrático en la crisis sindical alemana de la posguerra.

En todas partes los sindicatos reformistas establecidos se enfrentaban a acusaciones similares. A partir del cambio de siglo, se les condenaba cada vez más por estar estancados, mutilados por la inercia burocrática, enredados en preocupaciones a corto plazo del sindicato como negocio —descalificada por los críticos alemanes como "cuestión de estómago" y por los *Wobblies* americanos como "sindicalismo de la chuleta de cerdo"— y demasiado tímidos para arriesgar unas estructuras sindicales cuidadosamente construidas o unos tesoros cuidadosamente coleccionados. Los sindicatos revolucionarios nacientes, por el contrario, muy a menudo hacían una virtud (a veces una virtud de la necesidad) de una organización poco firme y una estructuración mínima. Despreciaban a las burocracias atrincheradas y los grandes fondos para la guerra por ser inherentemente conservadores. En algunos casos los sindicatos reformistas eran criticados por identificarse demasiado por medio de las negociaciones colectivas con los patrones y por medio de los planes de ayuda social y arbitraje con el Estado. En otros casos se les criticaba por ser insensibles u hostiles a las discrepancias y las iniciativas dentro de sus propias filas y con las necesidades de los obreros no afiliados fuera de ellas. Aunque los sindicalistas revolucionarios de la CGT francesa instaron a sus equivalentes extranjeros a revolucionar los sindicatos reformistas existentes fuera de Francia —una política seguida en Inglaterra y Noruega— muchos militantes consideraban que eso era imposible. Un famoso sindicalista revolucionario belga, L. Wolter, decía que los franceses no tenían conciencia de la dificultad de provocar agitación en los grandes y hostiles sindicatos socialdemócratas de Alemania y Bélgica, las cuales "frustraban" las "necesidades educativas" de los sindicalistas y "suprimían sistemáticamente" la libertad de pensamiento[21].

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

El descontento de los afiliados, sin embargo, no era obviamente sinónimo de sindicalismo revolucionario, aunque la ecuación se hacía muchas veces por error. Durante el importante malestar laboral en la época anterior a la guerra, la prensa identificaba de forma casi indiscriminada cualquier desafío a los líderes sindicales por parte de los afiliados como un signo de sindicalismo revolucionario. Dichos desafíos, en Gran Bretaña o en otros lugares, eran en realidad los síntomas de una amplia radicalización de los trabajadores que entraba en conflicto con las limitaciones de la práctica y la organización sindical, y no los síntomas del sindicalismo revolucionario a secas. En muchos casos los sindicatos existentes conseguían contener ese descontento dentro de sus límites, neutralizándolo a veces, otras simplemente retrasándolo, sin alterar fundamentalmente la organización; en algunos casos los sindicatos se veían forzados a adoptar principios sindicalistas revolucionarios; en otros el descontento traspasaba los límites y se fundaban nuevos sindicatos de carácter revolucionario.

La huelga general

(...) La huelga general no llegó a ser una posibilidad práctica hasta la década de 1890. Para convertir la idea de una huelga así en un arma realista, eran necesarios dos cambios cualitativos. Primero, la economía tenía que llegar a ser lo bastante dependiente del trabajo asalariado, lo cual quiere decir que la clase obrera moderna tenía que convertirse en una fuerza social indispensable, para que cualquier huelga a largo plazo llevada a cabo por una masa de obreros afectara vitalmente al orden social. Segundo, y relacionado con esto, los obreros necesitaban haber conseguido un grado de organización y solidaridad suficiente, al menos en los sectores básicos de la economía, para poder convertir en realidad un paro laboral de gran alcance. Esto ocurría en la mayoría de los países capitalistas desarrollados entre 1870 y 1900. [22] Sólo estos factores subyacentes hacen posible y explicable la serie de huelgas "generales" y "políticas", de éxito variable, que tuvieron lugar en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial, por ejemplo en Bélgica en 1893 y 1902, en Suecia en 1902 y 1909, en Holanda en 1903 y en Italia en 1904. El papel significativo de los paros laborales en la Revolución Rusa de 1905, además, inspiró a los partidarios de la acción directa de otros lugares y alimentó el debate sobre la huelga masiva en el movimiento obrero europeo. (...)

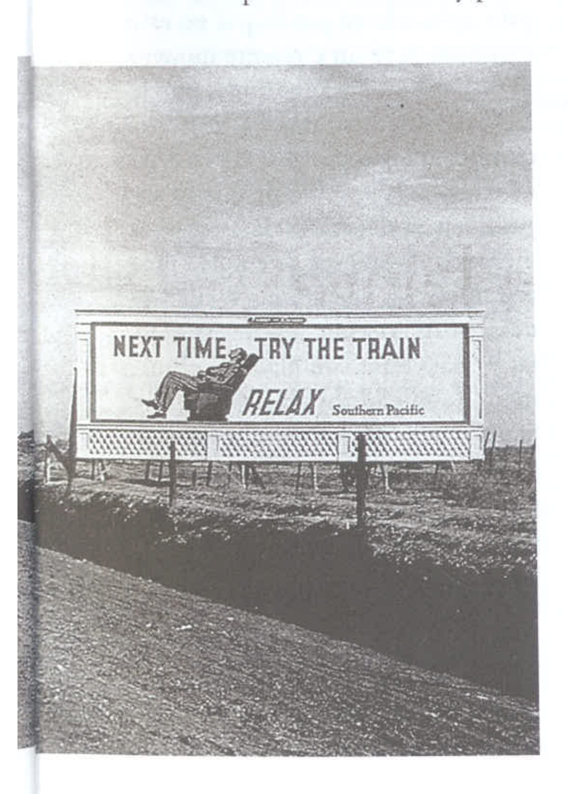
El sindicalismo revolucionario en declive

El relativo éxito de los movimientos sindicalistas revolucionarios estuvo en parte determinado por el nivel general de la lucha de clases. En un principio, sus portavoces y activistas querían que el sindicalismo revolucionario fuera una corriente revolucionaria dentro del movimiento obrero. Los registros históricos sugieren, sin embargo, que en comparación con sus equivalentes reformistas, los movimientos sindicalistas revolucionarios puros siguieron siendo pequeños durante los periodos de relativa estabilidad. Esto implica que en las situaciones no revolucionarias los movimientos sindicalistas seguirán siendo una minoría dentro de la mano de obra organizada, que tales movimientos pueden conseguir una hegemonía dentro de la clase



«En las primeras décadas del siglo quedó claro que para mantener o aumentar el número de miembros, los sindicatos revolucionarios tenían que aceptar la negociación colectiva, hecho que anunciaba la dificultad de mantener unos principios transformadores en las sociedades capitalistas desarrolladas».

obrera sólo si existe una situación revolucionaria. A su vez esto implica, entre otras cosas, un análisis de la CGT francesa anterior a 1914 como algo menos que un movimiento revolucionario. Sugiere, por ejemplo, que el programa de la CGT poco tenía que ver con las vidas diarias de la mayoría de sus miembros, del mismo modo que el programa revolucionario de Erfurt no reflejaba la práctica cotidiana del SPD alemán. Haciendo esta lectura queda claro cómo, después de la huelga frustrada por la jornada de ocho horas en 1906, e incluso más después del fracaso de la huelga general de 1908, la CGT podía preocuparse cada vez más de la práctica reformista y podía cooperar con sus adversarios burgueses y el estado en la *Union Sacrée* tan solo unos años después. Esta conclusión respecto al movimiento francés ha sido expuesta por una serie de estudiosos. [23] Jacques Julliard aduce que el potencial revolucionario en Francia había ocurrido mucho antes de que se desarrollara allí el sindicalismo revolucionario y, además, que sus mejores años (1902-1908) llegaron después de que el entusiasmo por la huelga general hubiera empezado a remitir. La falta de representación proporcional evitó que la mayoría reformista dominará la organización. Sin embargo, antes de 1914 la CGT pasó de "la ideología revolucionaria a la ideología de la acción directa", lo cual preservó el espíritu autonomista del movimiento. Para Julliard, la *Charte d'Amiens* representó no sólo un compromiso entre reformistas y revolucionarios frente a un partido socialista nuevamente unido, también constituyó "una hábil sustitución de la ideología revolucionaria por la ideología reformista". Sobre todo, la *Charte* defendía la independencia de los sindicatos, y así simbolizaba "el triunfo de la idea autonomista". En el análisis de Julliard, la CGT de antes de la guerra debe verse como una organización profundamente autonomista pero, cada vez, más reformista en su ideología.[24]



La situación en los países en que el sindicalismo revolucionario tenía que resistir los ataques de otros sindicatos durante los periodos no revolucionarios corroboraba esta observación. Así, el número de afiliados de la IWW nunca fue más que un pequeño procentaje de la AFL, y lo mismo puede decirse de la FAUD alemana respecto a los "sindicatos libres"; en su mejor momento en 1920 el número de miembros de la NAS era sólo una quinta parte del de la *Nederlandsch Verbond van Vakverenigingen* socialdemócrata (Confederación Holandesa de Sindicatos) y también había grandes sindicatos cristianos en Holanda. En su apogeo en 1924 el número de miembros de la SAC sueca era aproximadamente una décima parte del de la socialdemócrata *Landsorganisation* (LO, Confederación Sueca de Sindicatos). El hecho de que la revolucionaria *Casa* fuera hegemónica en Méjico (1914-1916) y que en la década de 1930 la CNT fuera comparable en importancia a la organización sindical española vinculada al socialismo, también respalda esta afirmación, ya que ambas situaciones eran claramente revolucionarias.

¿Por qué declinaron los movimientos sindicalistas revolucionarios? Una de las causas más evidentes e inmediatas fue la represión estatal. Los gobiernos autoritarios del Oeste destruyeron cinco de los movimientos comentados en este artículo (en Italia, Portugal, Alemania, España y Holanda) —del mismo modo que el gobierno bolchevique ya había destruido el movimiento ruso— y dos movimientos más (en Estados Unidos y Méjico) fueron

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

debilitados significativamente por la persecución estatal. En sí mismo, no obstante, esto no explica la larga ausencia de los movimientos sindicalistas revolucionarios significativos en estos países. ¿Por qué, por ejemplo, los herederos de la CNT fueron incapaces de recuperar el terreno perdido al final de la década de los setenta, tras el final de la dictadura de Franco? Parece que más causas básicas y subyacentes están en juego.

Una explicación más fundamental de la desaparición del sindicalismo revolucionario como movimiento de masas debe apelar, no simplemente a factores temporales como la represión estatal, sino también a los cambios en la propia sociedad capitalista. Es obvio que las revoluciones del siglo XX todas tuvieron lugar en países preindustriales o en proceso de industrialización, y nunca en sociedades capitalistas plenamente desarrolladas. Algunos pueden considerarlo una coincidencia, pero el hecho de que sistemáticamente no llegaran las revoluciones obreras sugiere una razón estructural. Algunos eruditos consideran que la causa principal fue la evolución de los beneficios del Estado intervencionista, o como dice Richard Löwenthal, "el enorme aumento de la importancia de las funciones [útiles a la colectividad], y por tanto del funcionamiento, de la administración pública en la vida de la gente"[25]. Además del Estado del bienestar, están los efectos de integración de las relaciones capitalistas avanzadas de producción y consumo (a veces llamadas erróneamente "fordistas") por las cuales las familias obreras no sólo producían y reproducían energía laboral para su venta, sino que también operaban simultáneamente como unidades de consumo masivo individualizado, comprando muchos de los bienes de consumo que producían dentro de un sistema que permite al capital extenderse y a los obreros mejorar su nivel de vida material.

El auge del Estado del bienestar y las condiciones de la integración a largo plazo de los trabajadores en las economías capitalistas avanzadas, dejaban a aquellos movimientos sindicalistas revolucionarios que no habían sido destruidos todavía por la represión estatal solamente tres opciones, cada una de las cuales significaría finalmente su desaparición. Un movimiento podía:

1) Mantener sus principios, en cuyo caso se convertiría inevitablemente en un movimiento totalmente marginal;
2) Cambiar su rumbo en lo fundamental y adaptarse a las nuevas condiciones, en cuyo caso tendría que abandonar sus principios sindicalistas revolucionarios;
3) Si ambas alternativas eran inaceptables, disgregarse, o lo que viene a ser lo mismo, fusionarse con una organización sindicalista no revolucionaria.

La IWW, que todavía sobrevive, optó por la primera alternativa. La CGT francesa, que en cualquier caso nunca había sido totalmente revolucionaria, optó por la segunda. Otros movimientos optaron más tarde o más temprano por la tercera.

El caso de la SAC sueca es esclarecedor en este aspecto. La SAC inicialmente optó por la primera alternativa, pero como la marginación amenazaba con ser total, cambió de rumbo y optó por la segunda. A partir de la década de 1930, los subsidios de desempleo en Suecia eran pagados por los sindicatos a partir de fondos especiales, a los cuales el Estado también contribuía con grandes aportaciones. La SAC en principio rehusó participar en este esquema, pero un creciente número de miembros la abandonó por la LO socialdemócrata. La SAC sucumbía al agotamiento. En la SAC se extendía la opinión de que su supervivencia dependía de establecer un fondo de seguros de empleo propio. Después de algunas vacilaciones, la SAC decidió aceptar la oferta, y "bajo estas condiciones, el número de miembros de la SAC, que había estado disminuyendo durante veinte años, empezó a experimentar un ligero ascenso"[26]. Es difícil imaginar un ejemplo más llamativo del poder de asimilación del Estado del bienestar capitalista.

El problema de las negociaciones colectivas anunciaba la dificultad de mantener unos principios sindicalistas revolucionarios en las sociedades

capitalistas desarrolladas. Muchas organizaciones, dentro del movimiento sindicalista revolucionario internacional, inicialmente repudiaron los acuerdos colectivos con los patrones porque por medio de un reparto colaborativo de la responsabilidad por la disciplina laboral, dichos acuerdos propagarían la burocratización dentro de los sindicatos, minarían el espíritu revolucionario y restringirían la libertad de acción que los trabajadores siempre debían mantener frente a la clase enemiga. Desde una fecha temprana, sin embargo, a veces después de un período de sospecha y resistencia, muchos trabajadores renunciaron a esta postura. En la primera década del siglo quedó claro que para mantener o aumentar el número de miembros, los sindicatos revolucionarios tenían que aceptar la negociación colectiva. En Holanda la NAS decidió, con reticencias, aceptar ese principio en 1909. La SAC sueca aceptó las negociaciones colectivas en 1929. La FORA argentina y la OBU canadiense aceptaron las negociaciones colectivas desde el principio.

El análisis que aquí se presenta sugiere que el declive de los movimientos sindicalistas revolucionarios de masas no es necesariamente definitivo. Aunque las sociedades con economías capitalistas desarrolladas y sistemas amplios de bienestar social han conseguido acallar y canalizar el malestar laboral e integrar a los obreros, en otras sociedades los principios de acción directa podrían aún resultar atractivos para algunos sectores de la clase obrera.

NOTAS

1.- Algunos ejemplos de estudios sobre el medio revolucionario sindicalista más allá del lugar de trabajo pueden encontrarse en la revista *Le Mouvement Social*: Lucien MERCIER. "Enfance et socialisme: *Jean-Pierre* et *Les Petits Bonshommes*, des journaux des années 1900", nº 129 (1984) y Francis RONSIN, "La classe ouvrière et le néo-malthusianisme: l'exemple français avant 1914", nº 106 (1979). Un ejemplo alemán: Cornelia REGIN, "Hausfrau und Revolution. Die Frauenpolitik der Anarchosyndicalisten in der Weimarer republik", *Internationale Wissenschaftliche Korrespondez zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, XXV (1989).

2.- Jacques Julliard ha defendido con fuerza que el impulso autonomista fue el rasgo principal del sindicalismo revolucionario de la Francia de antes de 1914, cuya ambición principal era transformar el aislamiento social de los obreros "en actitud voluntaria; de apropiarse de esa marginación inflingida a la clase obrera, de metamorfosearla en conciencia autónoma; de transformar la exclusión en secesión y de volver contra la burguesía las armas que ella dirigía contra las masas obreras". *Autonomie ouvrière: études sur le syndicalisme d'action directe*, p.24.

3.- *Industrial Worker*, 9 de enero de 1913.

4.- *L'Humanité*, 1 de septiembre de 1909.

5.- Citado de Melvyn DUBOFSKY, *We Shall Be All*, p. 135.

6.- *International Socialist Review*, octubre 1909, p.360.

7.- Acerca de las huelgas y las pautas de las huelgas, véase Heinz-Gerhard HAUPT, *et. al.*, "Der politische Streik - Geschichte und Theorie", *Jahrbuch Arbeiterbewegung 1981*; Friedhelm BOLL, "Streikwellen im europaïschen Vergleich", en Wolfgang J. MOMMSEN y Hans-Gerhard HUSUNG, eds., *Auf dem Wege zur Massengewerkschaft. Die Entwicklung der Gewerdschaften in Deutschland und Grossbritannien 1880-1914* (Stuttgart: Klett-Cotta, 1984); Ernesto SCREPANTI, "Long Cycles in Strike Activity: and Empiral Investigation", *British Journal of Industrial Relations* XXV (1987); y los datos sobre las huelgas en Flemming MIKKELSEN, "Workers and Industrialization in Scandinavia, 1750-1940", en Michael HANAGAN y Charles STEPHENSON, eds. *Proletarians and Protest: The Roots of Class Formation in an Industrialzing World* (New York: Greenwood, 1986).

8.- Acerca de los barrios obreros diferenciados y homogéneos en Europa, véase James e. CRONIN, "Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe", en CRONIN y Carmen SIRIANNI, eds. *Work, Community, and Power: The Experience of Work in Europe and Latin America, 1920-1925* (Philadelphia: Temple University Press, 1983) y en Argentina, Guy BOURDÉ, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine: Buenos Aires (XIX y XX siècles)* (Paris: Aubier-Montaigne, 1974).

9.- Parece que incluso en la Europa anterior a 1914, aunque los salarios industriales reales estaban aumentando, había excepciones significativas. En Francia y el Reino Unido, los salarios reales no eran más altos ni más bajos en 1914 que lo fueron en 1900, con descensos desde 1909 o 1910. Véase V. ZAMAGNI, "An Interntional Comparison of Real Industrial Wages. 1890-1913: Methodological Issues and Results", en Peter Scolliers, ed., *Real Wages in 19th and 20th Century Europe. Historical and Comparative Perspectives* (New York: Berg, 1989), pp. 107-39, especialmente p.112. Dentro del movimiento obrero contemporáneo la situación se consideraba nada prometedora. El informe de Otto BAUER preparado para el frustrado congreso de 1914 de la Segunda Internacional presentaba los salarios reales, con algunas excepciones, en declive después de 1900. "La explotación de los proletarios se intensifica", escribió Bauer. Georges HAUPT, *Le congrès manqué. L'Internationale à la veille de la première guerre mondiale* (Paris: Maspero, 1965), p.190. Para el declive de la situación en otros lugares, véase los datos mexicanos de F. ROSENZWEIG, "El desarrollo económico de México: 1877 a 1911", *El Trimestre Económico*, 23 (1965), y los datos sobre Argentina en BOURDÉ, *Urbanisation et immigration.*

10.- David I. KERTZER, *Family Life in Central Italy, 1880-1910. Sharecropping, Wage Labor and Coresidence* (New Brunswik, N.J. : Rutgers University Press, 1984); Frank M. SNOWDEN, *Violence and Great Estates in the South of Itaky. Apulia. 1900-1920* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986); Thomas R. SYKES, "Revolutionari Syndicalism in the Italian Labor Movement: The Agrarian Strikes of 1907-08 in the Province of Parma", *International Review of Social History*, XXI (1976); José CUTILEIRO, *Ricos e Pobres no Alentejo. Uma Sociedade Rural Portuguesa* (Lisboa: Sà da Costa, 1977); José PACHECO PEREIRA, "Aslutas sociais dos trabalhadores alentejanos: do banditismo à greve", *Análise Social*, nº 61-62 (1980); Edward E. MALEFAKIS, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain. Origins of the Civil War* (New Haven and London: Yale University Press, 1970) [*Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1971]; Philip TAFT, "The I.W.W. in the Grain Belt", *Labor History*, 1 (1960); Laura L. FRADER, "Paysannerie et syndicalisme révolutionnaire. Les ouvriers viticolas de Coursan (1850-1914)", *Cahiers d'histoire de l'Institut Maurice Thorez*, nueva serie, nº 28 (1978).

11.- Öyvind BJÖRNSON. "Kollektiv aksjon blant typografar og malarar i Trondheim 1880-1918", *Tidsskrift for Arbeiderbevegelsens Histoire*, nº 2, 1980; WOLFGANG RENZSCH, *Handwerker und Lohnarbeiter in der frühen Arbeiterbewegung. Zur sozialen Basis von Gewerkschaften und Sozialdemokratie im Reichgründungsjahrzehnt (Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht*, 1980); Richard PRI-

Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario

CE, *Masters, Unions and Men. Work control in Building and the Rise of Labour 1830-1914* (Cambridge: Cambridge University Press. 1980); Robert Max JACKSON, *The Formation of Craft Labor Markets* (Orlando, Academic Press, 1984).

12.- Gordon PHILIPS y Noel WHITESIDE, *Casual Labour. The Unemployment Question in the Port Trnsport Industry 1880-1970* (Oxford: Clarendon Press. 1985), p.2.

13.- H. A. MESS, *Casual Labour at the Docks* (London: Bell and Sons, 1916); John LOVELL, *Stevedores and Dockers. A Study of Trade Unionism inthe Port of London* (London: MacMillan, 1969); Michael GRÜTTNER, *Arbeiswelt an der Wasserkante. Sozialgeschichte de Hamburger Hafenarbeiter 1886-1914* (Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht, 1984); Gertjan DE GROOT, "Door slapte gedaan gekregen". Losse arbeiders en hum gezinnen in Amsterdam tussem 1880 en 1920", *Tijdschrift voor Sociale Geschiedenis*, 14 (1988)

14.- Los trabajadores de las fábricas de gas, por ejemplo. Véase Eric HOBSBAWM, "British Gas-Workers 1873-1914" en *Laboruring Men Studies in the History of Labour* (London: Weidenfeld and Nicolson, 1964); Guiseppe PALETTA y Giorgio PEREGO, "Organizzazione operaia e innovazione tecnologiche. La Lega gasisti di Milano 1900-1915", *Annali Istituto Giangiacomo Feltrinelli*, XXII (1982).

15.- Esta afirmación debe considerarse respecto a los trabajadores eventuales del campo. En general, su completa falta de reservas financieras dificultó a los jornaleros en su empeño por mantenerse firmes en una huelga durante su período de ganancias más importante, pues les esperaba el desempleo estacional. "A diferencia de una huelga industrial", Edward E. MALEFAKIS observa de los campesinos españoles, "una huelga durate la cosecha significaba no sólo hambre durante unos días sino posiblemente inanición durante todo el año". Y, sin embargo, era precisamente cuando los campesinos sin tierras se arriesgaban más cuando los patrones eran también más vulnerables. Durante la cosecha "la huelga súbitamente adquiría una potencia que daba miedo". (*Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (New Hawen: Yale University Press, 1970), p. 108), Frank M. SONWDEN comenta acerca de un ejemplo italiano. "Aterrorizados por una confrontación total cuando los beneficios de todo un año estaban en peligro, los propietarios de Apulia se vieron reducidos a dos alternativas: la capitulación o la fuerza física. Ambas reacciones radicalizaban aún más al movimiento obrero" (*Violence and Great Estates in the South of Italy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), pp. 99-100).

16.- Sanford M. JACOBY, *Employing Bureaucracy. Managers, Unions, and the Transformation of Work in American Industry, 1900-1945* (New York: Columbia University Press, 1985), capítulo 1.

17.- Paul H. DOUGLAS, *American Apprenticeship and Industrial Education* (New York: Columbia University 1921), p.124.

18.- Acerca de la desaparición de la contratación interna, nuevas técnicas de gestión y la burocratización de la producción, véase Katherine STONE, "The Origin of Job Structures in the Stell Industry", *Review of Radical Political Eonomics*, VI.2 (Summer 1974); Michael P. HANNAGAN, *The Logic of Solidarity: Artisans and Industrial Workers in Three French Towns. 1871-1914* (Urbana: University of Illinois Press, 1980); Craig R. LITTLER, *The Development of the labour Process in Capitalist Societes. A Comparative Study of the Transformation of Work Organization in Britain, Japan and the USA* (London: Heinemann, 1983). Arthur L SINCHCOMBE ofrece una explicación de por qué en ciertos sectores (tales como la industria de la construcción) permanecieron las viejas estructuras en "Bureaucratic and Craft Administration of Production", *Administrative Science Quarterly*, IV (1959).

19.- LAZONICK, "Technological Change and the Control of Work" pp. 111-2, 126.

20.- Klaus ZAPKA, *Politisch-ökonomische Entwicklungs- und Durchsetzungsbedengungen des Tarifvertragssystems* (Frankfurt/Main, etc.: Peter Lang, 1983); Colin Crouch, *Trade Unions: The Logic of Collective Action* (London: Fontana, 1982).

21.- *La Vie Ouvrière*, 5 de abril de 1913.

22.- Haupt, *et. al.*, "Der politische Streik".

23.- La cuestión del carácter reformista contra el carácter revolucionario de la CGT antes de la guerra ha generado un debate considerable, del cual aquí sólo podemos mencionar unas pocas contribuciones. Contra sus credenciales revolucionarias se declara de forma muy notable y demasiado enfática Peter STEARNS, *Revolutionary Sydicalism and French Labor*; a favor de su carácter revolucionario está Barbara Mitchell, *The Practical Revolutionaries*, que considera la revolución como algo en aumento y la dicotomía reformista-revolucionaria como engañosa. Peter SCHÖTTLER, *Naissance des Bourses du Travail*, argumenta que los subsidios gubernamentales a las *Bourses* sirvieron para mitigar los impulsos revolucionarios desde el principio. El tratamiento del tema más matizado y provocativo es el de Jacques JULLIARD en sus ensayos, recopilados en *Autonomie Ouvrière*.

24.- JULLIARD, Autonomie ouvrière, pp.36-7. Julliard, subrayando el carácter profundamente autonomista de la CGT, la considera una organización sindicalista hasta 1914, aunque ya no era revolucionaria. La relación de la clase obrera francesa con la sociedad en general, según él, debe medirse mediante dos ejes, integración-autonomía y reforma-revolución, y esos dos ejes no coinciden necesariamente. "Todo reformismo no es integrador; todo lo revolucionario no es autonomista" (p.23). Aquí deben tenerse en cuenta dos cosas. En primer lugar, observamos antes que las organizaciones sindicales profesaban objetivos revolucionarios o transformadores. Incluso la *Charte d'Amiens*, que Julliard ve como causa de la sustitución de la ideología revolucionaria por la reformista, alabó —aunque sin hacer nada en la práctica— el futuro objetivo de convertir a los sindicatos en "la agrupación de producción y reparación, base de reorganización social" (p.222), un objetivo que si se hubiera conseguido, habría revolucionado las relaciones económicas y políticas en Francia. En segundo lugar, ¿puede extenderse el análisis de Julliard más allá de Francia? ... Julliard enfatiza la integración política y el aislamiento social de los obreros franceses —eran considerados como ciudadanos e ignorados como productores— y las circunstancias políticas variaban mucho fuera de Francia. Además, la CGT, en la cual se mezclaban reformistas y revolucionarios, no tenía un adversario reformista importante con el cual competir, mientras que muchas organizaciones sindicalistas no francesas prácticamente se definían como alternativas revolucionarias a sus rivales reformistas. Sin embargo, el análisis de Julliard debería tenerse en mente por los eruditos que vuelvan a valorar los movimientos sindicalistas fuera de Francia.

25.- Richard LÖWENTHAL, "The "Missing Revolution" in Industrial Socities: Comparative Reflections on a German Problem", en Volker R. BERGHAHN y Martin KITCHEN, eds. *Germany in the Age of Total War* (London: Croom Helm, 1981), p. 256.

26.- Evert ARVIDSSON, *Der freiheitliche Syndikalismus im Wohlfahrtsstaat* (Darmstadt: Die Freie Gesellschaft, 1960), p.20.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Los trabajos de investigación sobre los movimientos sindicalistas revolucionarios son numerosos; sólo algunos de los trabajos publicados más imprtantes pueden mencionarse aquí. Los enfoques que abarcan más de un país incluyen el valioso ensayo crítico de Peter SCHÖTTLER, "Sindikalismus in der europäischen Arbeiterbewegung. Neuere Forschungen in Frankreich. England und Deustschland", en Klaus Tenfelde, ed., *Arbeiter und Arbeiterbewgung im Vergleich* (Munich: Oldenbourg, 1986; Andreina DE CLEMENTI, *Política e società nel sindicalismo rivoluzionario 1900-1915* (Roma: Bulzonie, 1983); y Larry PETERSON, "The One Vig Union in International Perspective: Revolucionary Industrial Unionism, 1900-1925", en James E. CRONIN y Carmen SIRIANNI, eds., *Work, community, and Power: The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925* (Philadelplia: Temple University Press, 1983). Una visión partidista y ahora anticuada, escrita por un participante en el movimiento es la de Rudolf ROCKER, *Anarcho-Syndicalism* (London: Secker and Warburg, (*Anarcosindicalismo. Teoría y práctica.* Barcelona, 1938). Una investigación a nivel internacional es la ofrecida por Marcel VAN DER LINDEN y Wayne THORPE, eds., *Revolutionary Syndicalism: An International Perspective* (Aldershot: Scolar Press, 1990).

Francia: Volúmenes 10-15 de Jean MAITRON, ed., *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français* (París: Editions Ouvrières, 1977), son muy útiles, como lo es la revista *Le Mouvement Social*, en la cual aparecen regularmente artículos pertinenetes. Monografías importantes incluyen la de Jacques JULLIARD, *Autonomie ouvrière: études sur le syndicalisme d'action directe* (París: Le Seuil, 1988); JULIARD, *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe* (París: Le seuil, 1971); Barbara MITCHELL, *The Practical Revolutionaries. A new Interpretation of the French Anarchosyndicalists* (New York: Greenwood, 1987); Peter SCHÖTTLER, *Naissance des Bourses du travail. Un appareil idéologique d'Etat à la fin du XIXe siécle* (París: Presses Universitaires, 1983); Peter Stearns, *Revolutionary Sundicalism and French Labor: A Cause without Rebels* (Rutgers University Press, 1971); F.F. Ridley, *Revolutionary Syndicalism in France* (Cambridge University Press, 1970).

Holanda: Erik HANSEN and Peter A. PROSPER, Jr: "The Nationaal Arbeids-Secretariaat. Revolutionary Syndicalism in the Netherlands, 1892-1914", *Societas: A Review of Social History*, vol. VII, nº 2 (primavera 1977), y "The Nationaal Arbeids-Secretariaat betweewn the Wars. Revolutionary Syndicalism in the Netherlands, 1919-1940", *Histoire Sociale/Social History*, nº 27 (mayo 1981).

Alemania: Dirk H. MULLER. *Gewerkschaftliche Versannlunsdemokratie und Arbeiterdelegierte vor 1918. Ein Beitrag zur Geschichte des Lokalismus, des Syndikalismus und der entstehenden Rätebewegung* (Berlín: Colloquium, 1985). Hans Manfred BOCK. "Anarchosyndikalismus in Deuschland. Eine Zwischenbilanz", *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zu Geschichte des deustchen Arbeiterbewgung, XXV* (1989); y Bock, *Syndikalismus und Linkskonmunismos 1918 bis 1923. Zur Geschichte und Soziologie der FAUD(S), der AAUD und der KAPD (Meisenheim/Glan: Hain,* 1969).

Argentina: Iaacov OVED, El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina (México: Siblo beintiuno, 1978); Rhut THOMPSON, "The Limitation of Ideology in the Early Argentine Labour Mouvement: Anarchism in the Trade Unions, 1890-1920", *Journal of Latin America Studies*, nº 16 (1984).

EE.UU: Melvyn DUBOFSKY, *We Shall Be All: A History of the Industrial Workes of the World*, segunda ed. (Urbana and Chicago: University of Illinois Press; Joseph Robert CONLIN, *Bread and Roses Too: Studies of the Wobblies* (Westport: Greenwood, 1970); y Joseph R. CONLIN, ed., *At the Pont of Production: The Local History of the IWW* (Westport: Greenwood, 1981).

Suecia: Lennart K. PERSSON, *Syndicalism, 1900-1923* (Stockholm: Federativs, 1975).

Gran Bretaña: Bob HOLTON, *British Syndicalism, 1900-1915* (London: Pluto, 1975).

España: Xabier CUADRAT, *Socialismo y anarquismo en Cataluña: 1899-1911: Los orígenes de la CNT* (Madrid-Revista de Trabajo, 1976); Antonio BAR, *La CNT en los años rojos: Del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926* (Madrid: Akal, 1981); Gerad H. MEAKER, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford: Stanford University Press, 1974) (*La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Ariel, Barcelona, 1978); John BRADEMAS, *Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937* (Barcelona: Ariel, 1974); y Antonio ELORZA, *La utopía anarquista bajo la Segunda República* (Madrid: Ayuso, 1973).

Italia: Alceo RIOSA, *Il sindicalismo rivoluzionario in Italia e la lotte politica nel partito socialista dell'età giolittiana* (Bari: De donati, 1976); y véase DE CLEMENTI, citado anteriormente, y Gian Biagio FURIOZZI, *Il sindicalismo rivoluzionario italiano* (Milán: Mursia, 1977). Un participante habla del movimiento en Armando BORGHI, *Mezzo secolo di anarchia, 1890-1945* (Nápoles: Edizioni Scientifiche Italiane, 1954).

México: John M. HART, *Anarchims and the Mexican Working Class, 1860-1931* (Austin: University of Texas Press, 1978) (*El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, Siglo XXI, México).

Canadá: David J. BERCUSON, *Fools and Wise Men: The Rise and Fall of the One Big* (Toronto: McGraw-Hill Ryerson, 1978).

Portugal: Peter MERTEN, *Anarchismus und Arbeiterkampf in Portugal* (Hamburg, Libertäre Assoziation, 1980); Edgar RODRIGUES, *Os Anarquistas e os Sindicatos: Portugal, 1911-22* (Lisboa: Sementeira, 1981); y Edgar RODRIGUES, *A Resistència anarcosindicalista à Ditadura, 1922-1939* (Lisboa: Sementeira, 1981).

Para los movimientos no tratados en este artículo, véase Paul AVRICH, *Les anarchistes russes* (Paris: Maspero, 1979); Emmet O'Connor, *Syndicalism in Ireland, 1917-1923* (Cork: Cork University Press, 1988); y Erik Olssen, The Red Feds. *Revolutionary Industrial Unionism and the New Zealand Federation of Labour 1908-1914* (Auckland, etc: Oxford University Press, 1988).

El papel de las organizaciones sindicalistas en el movimiento internacional es comentado por Susan MILNER en *The Dilemmas of Internationalism, French syndicalism and the International Labour Movement, 1900-1914* (New York, etc: Berg, 1990); Wayne THORPE, "*The Workers Themselves*". *Revolutionary Syndicalism and International Labour 1913-1923* (Dordrecht, etc: Kluwer Academic Publishers, 1989); y THORPE, "Syndicalist Internationalism before World War II", in VAN DER LINDEN y THORPE, *Revolutionary Syndicalism: An International Perspective.*

MARCEL VAN DER LINDEN Y WAYNE THORPE son historiadores del Instituto Internacional de Historia Social (IISG) de Amsterdam y especialistas en la trayectoria del sindicalismo revolucionario. La versión original de este texto fue publicada en castellano en la revista *Historia Social*, nº12, 1992, págs.3-29. Agradecemos a Marcel van der Linden su amable permiso para seleccionar de su artículo las partes que hemos entendido son más interesantes a los efectos de esta publicación.

El marasmo del sindicalismo europeo

(Reflexiones en torno al libro de Corinne Gobin, "L`Europe syndicale")

La Confederación Europea de Sindicatos (CES) organizó en Febrero de 1998 una conferencia, en Bruselas, con motivo de sus 25 años de existencia. Ya profundizaré más adelante en los debates suscitados en dicho foro, pero antes de nada es necesario convenir que la historia del sindicalismo europeo es casi desconocida para la gran masa de los sindicalistas euro. Esta ignorancia tiene su causa básica en el propio proceso de construcción del sindicalismo europeo. La aparición del libro de Corinne Gobin nos brinda una ocasión de revisar las diferentes etapas por las que pasó la constitución de la CES, que por demás están estrechamente unidas a las de la construcción europea (1).

El objetivo del libro de Corinne Gobin es contestar a una pregunta fundamental: ¿Cómo se explica la impotencia del sindicalismo europeo a la hora de oponerse a "el gran intento de deconstrucción social" que está en marcha en Europa? Para la autora, y nosotros no tenemos nada que objetar, hoy estamos asistiendo a la puesta en marcha de "una programación política destinada a la práctica desarticulación del conjunto de las conquistas políticas y sociales logradas en más de 150 años de lucha de las diversas organizaciones del movimiento obrero" (pag15). En mayo de 1997, la CES agrupaba a alrededor de cincuenta y cuatro millones de asalariados, mediante la adhesión de 61 confederaciones nacionales de 28 países y de 14 federaciones sindicales europeas. A pesar de lo impresionante de las cifras, la CES lleva una actividad tan discreta que son numerosos los militantes de base que no conocen siquiera su existencia y no digamos su funcionamiento y métodos de acción. El libro de C.Gobin es el primer estudio histórico del sindicalismo europeo respecto del período que se inicia en 1945. El contenido del libro va más allá de la mera exposición de hechos históricos, porque establece una serie de interrogantes acerca del futuro del sindicalismo en Europa. Como afirma la autora, lo que ha querido expresar en el libro es sobre todo el fruto de su reflexión. Los lectores interesados por una aproximación más "histórica" al tema son invitados a la lectura de su tesis doctoral, aún inédita.

«Aunque agrupa a cincuenta y cuatro millones de asalariados, la CES lleva una actividad tan discreta que son numerosos los militantes de base que no conocen siquiera su existencia y, mucho menos, su funcionamiento y métodos de actuación».

Consecuentemente, mediante el análisis crítico de la construcción sindical y europea, de las resoluciones puestas en práctica, el trabajo

«Los dirigentes sindicales que construyeron la CES en los años 50 se contentaron con hacer valer su representatividad en el plano nacional en lugar de establecer una red de relaciones con fuerza económica real en el ámbito transnacional. En consecuencia, la CES, desde su inicio, estaba condenada al fracaso».

de C.Gobin adopta un enfoque muy militante. Las preguntas reseñadas anteriormente, dada su importancia y la forma en que son tratadas, no pueden resultarles ajenas a los sindicalistas revolucionarios y menos cuando de ellas se desprenden argumentos de peso a la hora de analizar las consecuencias reales del sindicalismo reformista.

De la Federacion Sindical Mundial a la CES

La organización sindical europea es el resultado inicial de un consenso surgido de la convicción en la necesidad de la construcción europea, surgida del ambiente de la posguerra (lucha antinazi, voluntad de estabilización de las democracias para evitar futuras guerras, ascenso de la "guerra fría"). Las diversas organizaciones que antecedieron a la CES siempre estuvieron unidas al proceso institucional que desde la inicial Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) a la actual Unión Europea, han modelado la construcción europea.

La Federación Sindical Mundial, reconstruida nada más finalizada la segunda Guerra Mundial, se escindió a los pocos años, en 1949, en razón del Plan Marshall. Los sindicalistas comunistas se opusieron frontalmente a la ayuda de los EE.UU, lo que a su vez dio lugar a la escisión de los sindicalistas cristianos y social demócratas. Estos últimos fundaron inmediatamente la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CISL). La constitución de la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero), en 1952, ratificó la orientación anticomunista de la construcción europea, interpretada como una forma de bloquear la extensión del modelo stalinista. Con tal motivo, los sindicatos social-demócratas y cristianos del carbón y del acero estuvieron asociados desde el primer momento a las más altas instancias de la CECA. Por su parte, los comunistas extuvieron excluidos de las instituciones europeas hasta mediados de los años setenta. Fue para afrontar el desarrollo del Mercado Común y de EURATOM para lo que en enero de 1958 los sindicatos de seis paises de la CEE, afiliados a la CISL, formaron el Secretariado Sindical Europeo (SSE). Pero en ese momento los sindicatos habían perdido su representación en las instancias directivas de la CECA. En abril de 1969, el SSE se convirtió



El marasmo del sindicalismo europeo

en la Confederación Europea de Sindicatos Libres (CESL), que pretendía organizar al conjunto del sindicalismo europeo. Cuatro años más tarde, (febrero de 1973), esta organización adoptó el nombre de CES y decidió aceptar la adhesión de todos los sindicatos europeos de la CISL (incluso los no pertenecientes a la CEE). En 1974, la CES absorbía los sindicatos cristianos, que disolvieron su propia organización europea,para unirse a las fuerzas social-demócratas. Finalmente, la progresiva adhesión de los sindicatos de filiación comunista (CGIL, italiana en 1974; CCOO, españolas en 1990 y la CGTP-In, portuguesa en 1994) diseña una cierta unificación sindical en el ámbito europeo. La CGT francesa no acude hasta hoy a la convocatoria, porque sus peticiones de adhesión son sistemáticamente rechazadas por el veto impuesto por FO y sobre todo por CFDT.

El funcionamiento actual de la CES

La CES celebra su congreso cada cuatro años. En el interregno, un comité de dirección compuesto por diecinueve miembros gestiona los asuntos financieros y prepara las reuniones del comité ejecutivo (120 miembros). Un secretariado general compuesto de siete personas se ocupa de los asuntos corrientes. Existe además un comité específico de mujeres que tiene derecho de voto. Desde el congreso de 1991, las federaciones profesionales europeas han quedado integradas en el funcionamiento de la CES al mismo nivel de las centrales nacionales. Federaciones como Eurocadres (cuadros profesionales de todos los sindicatos adheridos), la FERPA (Federación Europea de Jubilados y Mayores) y la CES juvenil tienen sus funciones específicas (congreso,secretariado, etc). La CES dispone por otra parte de cuatro institutos de investigación y de formación, que se benefician de la generosidad financiera de la Unión Europea, cosa a la que nos referiremos más adelante.

El último congreso de la CES, celebrado en Bruselas en 1995, reunió a 577 delegados. El actual presidente de la CES es el austríaco Fritz Verzetnistch (presidente de la *Osterreichischer Gewerkshaftsbund*); el secretario general es Emilio Gabaglio.

La CES tiene en la actualidad dos competidores en el terreno sindical. La Confederación Europea de Cuadros (CEC), que agrupa a alrededor de un millón de afiliados, fue creada en 1989 y su representatividad reconocida por la CEE dos años después. La Confederación Europea de Sindicatos Independientes (CESI) fue fundada en 1990 y reune hoy a casi seis millones de adherentes. Estos mantenedores del un sindicalismo de signo "liberal" (por no decir amarillo), no han obtenido aún el reconocimiento por parte de la UE. Vista la creciente tendencia ultraliberal presente en la UE, sospechamos que dicho reconocimiento no tardará en producirse. Al margen de tales organizaciones, nos encontramos con el sindicalismo autónomo, cuya debilidad orgánica es necesario reconocer. La AIT no tiene encuadrada ninguna sección de ámbito continental, como llegó a tenerlas en los años treinta. Actualmente, no pasa de ser un insignificante contrapeso a los mastodontes sindicales citados. Lo mismo cabe decir respecto de la Alianza Europea de los Trabajadores, de carácter trotskista.

Finalmente, es necesario citar aquí las dos principales organizaciones patronales europeas, la UNICE (Unión de Confederaciones de Industria y Empleadores de Europa) y la CEEP (Centro europeo de empresas de titularidad pública y de empresas de interés económico general) (3).



«El sindicalismo europeo, tran cincuenta años de existencia, no puede dar cuenta de ningún progreso en la protección de los intereses de los trabajadores. Por contra, la patronal ha logrado en veinte años generalizar el trabajo a tiempo parcial y flexibilizar las condiciones laborales».

La CES y la construccion europea

El mayor interés del libro de C.Gobin estriba en señalar el error fundamental cometido a partir de 1958 por los dirigentes del sindicalismo europeo en su análisis del proceso de construcción de la CEE. Según la autora, los dirigentes sindicales contruyeron la CES a partir de los años cincuenta, contentándose con hacer valer su representatividad en el plano nacional en lugar de intentar establecer una red de relaciones que poseyesen fuerza económica real en el ámbito transnacional. Consideraron en aquel momento que bastaba con ligar a las diferentes confederaciones mediante una especie de representación diplomática ante los poderes comunitarios. Pero, como constantemente lo recalca C.Gobin, la *CEE no es un estado democrático.* En consecuencia, la acción emprendida por esos embajadores del sindicalismo europeo estaba destinada al fracaso desde su inicio.



Para comprender en su totalidad el análisis, es necesario consagrar un parte del estudio a explicar la naturaleza del poder político europeo. C.Gobin denuncia, con toda razón, el terrorismo intelectual mediante el cual se descalifica toda oposición a la actual Unión Europea, reduciéndola simplemente a actitudes nacionalistas y reaccionarias. Es necesario afirmar que los sentimientos europeos e internacionalistas, tan íntimamente ligados a la historia del movimiento obrero, no autorizan a omitir la crítica. Es imprescindible denunciar, como lo hace la autora, que los salarios, las condiciones de trabajo, la justicia social, la protección social, son los elementos que más pueden perder en una Europa tecnocrática y ultraliberal, tal como la que se está configurando mediante el funcionamiento de la actual Unión Europea.

La naturaleza del poder politico europeo

Cuando Jean Monnet concibió la CECA en 1950, instituyó en su seno una cierta forma de control político al cual quedaron en gran medida asociados los representantes sindicales (el socialista Paul Finet fue su presidente). Pero la formula de construcción europea que se inicia a partir de 1958 se opone claramente a la de la CECA (a la cual se la ha desnaturalizado) en lo que aquella tenía de democrática en su funcionamiento. Ahora se privilegia la lógica del mercado por encima de la participación política. Los sindicatos ahora estan asociados a las nuevas instituciones de manera indirecta, a través del Comité Económico y Social, que además fue incorporado en último momento a las entidades establecidas en el Tratado de Roma, dos o tres meses antes de proceder a su firma. Y finalmente cabe señalar que dicho Consejo tiene como finalidad la de emitir un dictamen no vinculante...

Hasta 1978, la principal tarea de los dirigentes sindicales, fue la de buscar denodadamente el status de interlocutores en el seno de la CEE en el marco de las representaciones institucionales. Los resultados fueron irrelevantes. Como ejemplo valgan la creación de un comité permanente sobre el empleo y la organización de conferencias tripartitas sobre el mismo asunto (se celebraron cinco entre 1974 y 1978), con resultados nulos. Estas acciones se tradujeron en la publicación de memorias rápidamente olvidadas.

Según C.Gobin, los sindicalistas han desperdiciado mucho tiempo antes de asumir el caracter tecnocrático de la Union Europea. Ya a comienzos de la decada de los sesenta varios estudiosos revelaban la confusión de los poderes en el seno de la

El marasmo del sindicalismo europeo

CEE. Hacían hincapié en que esta situación favorecía la inserción de los grupos de presión y de los *lobbies* económicos en las instancias decisorias, situación que hoy se caracteriza por la omnipresencia de los mismos en los procesos institucionales europeos. C.Gobin concluye, por su parte, que los creadores de la Comunidad, desde sus inicios, han elegido un modelo tecnocrático, del cual la autora nos propone una serie de definiciones elaboradas por diferentes especialistas.

Según A.Touraine, cuya propensión a descalificar el sindicalismo francés en comparación con el inglés o el alemán es bien conocida (4), la tecnocracia siempre niega el conflicto social. Para Pierre Rosanvallon, que oscila entre la CFDT y la liberal Fundación Saint Simon, la tecnocracia aspira a racionalizar todas las elecciones, institucionalizar los conflictos, aseptizar la democracia. André Gorz, por su parte, describe así la tecnocracia:

"Por su misma función, la tecnocracia tiende a situarse por encima de las clases, a negar la necesidad de sus luchas, a ofrecerse como mediadora y como arbitro y, al hacerlo, entrar en contradicción con ellas. La famosa despolitización de las masas, que ella dice constatar, no es un hecho que haya observado; por el contrario es el fin que persigue , el resultado a obtener -y que obtiene en escasa medida-. La despolitización es la ideología de la propia tecnocracia" (5).

De este modo, la construcción europea se ha hecho sin el menor cuidado en proponer alternativas en cuanto al modelo de sociedad. Se han creado normas técnicas determinadas por las exigencias de la competitividad, de las leyes del mercado, de la estabilidad monetaria, del equilibrio presupuestario, etc. Estas normas son elaboradas y puestas en práctica por expertos supuestamente neutrales, pero que son designados al margen de cualquier procedimiento democrático y siguiendo criterios incontrolables. En la actualidad existen casi 300 comités de expertos al servicio de la Unión Europea. Como consecuencia de estos criterios, la asamblea parlamentaria y el consejo económico y social no pasan de tener un rol simbólico (p 56).

«Los sindicatos están a la defensiva, consagrados a intentar retardar o suavizar la liquidación de las conquistas sociales y, para justificar su existencia, negociando alguna ventajas en la introducción "consensuada" de medidas de flexibilidad en las empresas».

Los movimientos obreros y estudiantiles de protesta, que surgieron a fines de la década de los sesenta, crearon alguna esperanza sobre una cierta democratización de la CEE. De hecho, entre 1969 y 1976, las prerrogativas del Parlamento Europeo fueron aumentadas al mismo tiempo que se decidía que su elección fuese por sufragio universal. Sin embargo, esta "apertura democrática", fue rápidamente desvirtuada a comienzos de la decada de los años 80, tras la conversión del conjunto de los dirigentes políticos al credo neoliberal, al tiempo que los modelos americano (Reagan) e inglés (Thatcher), tristemente célebres, ganaban émulos. Las técnicas empresariales americanas invadieron las grandes escuelas, preocupadas ahora de formar los futuros tecnócratas en las sutilezas del "management", del "marketing", de la gestión de los recursos humanos, etc.

En esos momentos, los gobiernos, siguiendo las tendencias en boga, instrumentalizan políticas de austeridad salarial y de inflación mínima. A finales de la década de los setenta, el dirigente social-demócrata aleman, Helmut Schmid, afirma-



ba: "Los beneficios de hoy son las inversiones de mañana" (p 86). Pero lo que en realidad ha sucedido es lo contrario, puesto que en los veinticinco años de aplicación de esta política, ha sido la destrucción del empleo su resultado más evidente. Y hasta escandaloso, porque en esos veinticinco años los ingresos nacionales no han cesado de crecer y, en el plano internacional, el aumento incontrolado de los flujos de capitales puramente especulativos derivan esta situación.

C.Gobin hace un juicio tajante acerca del estado actual del poder comunitario:

"Las decisiones políticas se elaboran cada vez más fuera de los escenarios políticos nacionales , en instancias privadas o políticas internacionales que no están sometidas a control democrático sino a los criterios de los técnicos (encuentros como los de Davos en Suiza,la OCDE, el FMI),o en los ámbitos institucionales en los que los órganos de control democrático tienen poca capacidad de intervención (Union Europea). La Union Europea (...)se ha transformado en uno de los organismos, junto a la OCDE o el FMI, responsables de la imposición en todos los niveles del poder político del nuevo orden internacional antidemocrático (p 88)".

La autora hace referencia asimismo a la propaganda desenfrenada destinada a presentar la mundialización de la economía como un fenómeno natural y por consecuencia inevitable. De acuerdo con esta visión, ampliamente difundida por los medios de comunicación, el poder político o los movimientos sociales reivindicativos serían incapaces de ejercer la menor influencia sobre este proceso "natural" de las sociedades industriales modernas. Frente a la evidencia de la precarización y flexibilización del trabajo en el actual contexto de paro perpetuo, las soluciones técnicas son claras: (los asalariados deben adaptarse !. Es el mismo sentido de las declaraciones de Raymond Barre que hacían referencia al "esfuerzo sostenido de adaptación que se impone" (6).

¿Cuál ha sido la reacción de la CES respecto a la orientación neoliberal de la construcción europea? Hasta finales de la década de los años setenta, ya se ha dicho, los dirigntes sindicales se contentaron con mendigar posiciones de interlocutores con las instancias comunitarias, sin especial éxito por lo demás. Los acontecimientos de 1968 significaron una ruptura. Las agitaciones obreras y estudiántiles ponían en primer término reivindicaciones cualitativas concernientes tanto al trabajo como a la vida privada. Sin embargo, habrá que esperar a finales de la decada de los años setenta para observar que la CES asume su impotencia en el seno de las instituciones europeas. Con timidez, se lanza en 1979 a una campaña de sensibilización y de movilización de los cuadros sindicales contra las políticas liberales de austeridad. El único resultado tangible de estas acciones , fue el de hacer pasar al sindicalismo europeo de las manos de los dirigentes de las confederaciones nacionales a las de los cuadros y permanentes sindicales, sin lograr la sensibilización de las bases.

En estos años, la CES adopta como su reivindicación más importante la reducción colectiva del tiempo de trabajo sin perdida salarial. Esta reivindicación se transforma en la bestia negra de la patronal. Los contactos con las instancias europeas quedan reducidos a su mínima expresión. Las relaciones con UNICE son tajantemente suspendidas, que en cualquier caso siempre se había negado a negociar. Al mismo tiempo, la patronal da a conocer la mayor parte de sus propias reivindicaciones, que todavía hoy sigue exigiendo, desgraciadamente con éxito: disminución de la intervención pública, flexibilidad del mercado de trabajo, ayuda fiscal a las empresas y reducción

El marasmo del sindicalismo europeo

de las cargas sociales, privatización de las empresas públicas, etc. Frente a la ofensiva patronal, la CES no logra reorientar la política social europea. Más aun, parece ser incapaz de organizar acciones sindicales de ámbito europeo. En realidad, a partir de 1984, constatará su aislamiento ideológico respecto de una clase política europea convertida al neoliberalismo. Entonces, la CES coge la mano que le tiende el gobierno "socialista" francés.

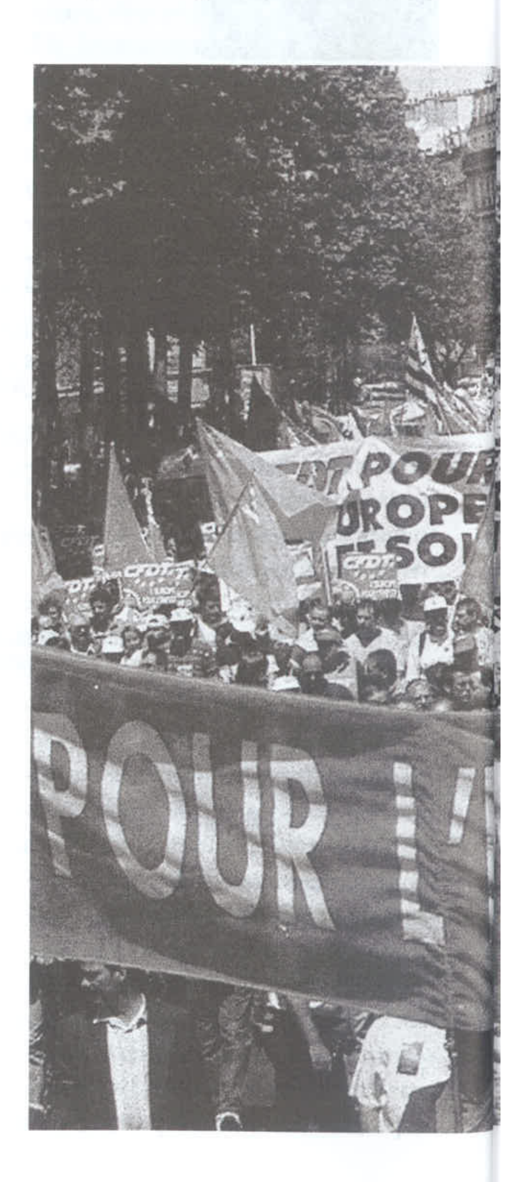
La accion de la CES entre 1984 y 1991

El viraje de 1984 se explica por la influencia del gobierno francés (que acaba de inclinarse a la derecha), a traves de Pierre Beregovoy y sobre todo de Jacques Delors, cuando este último es nombrado cabeza de la comisión europea (donde permanecerá hasta 1994). J.Delors hará valer todo su poder de influencia para hacer que los dirigentes de la CES vuelvan a su anterior política de representación, hoy denominada de diálogo social. Apoyándose en la Comisión Europea, que se ha constituido en "agente social" en la construcción de una europa que poco tiene de social, la CES es rápidamente marginalizada y en gran medida pasa a depender de la Comisión Europea.

Es por estos años, según C.Gobin, que "la CES acepta ir cada vez más lejos en los compromisos verbales acerca de la gestión de las condiciones de trabajo, sin que por otra parte haya obtenido contrapartidas efectivas (p.37)". C.Gobin pone de manifiesto el papel jugado por J.Delors en el condicionamiento de la CES a la mayor parte de los dogmas neoliberales sostenidos por la patronal europea (p.99).

En realidad, la principal actividad de la CES va a ser la de tratar de lograr las condiciones adecuadas para lograr la firma del acuerdo social de 1991. Con anterioridad a esa fecha no existía más que una declaración solemne, carente de valor jurídico, pomposamente titulada "Carta comunitaria de los derechos sociales fundamentales de los trabajadores", que Gran Bretaña se había negado a firmar. Por primera vez, el acuerdo social de 1991 reconoce a la CES el estatuto de interlocutor oficial, el mismo que durante tantos años había bregado sin éxito por conseguir.

Ese texto, boicoteado por Gran Bretaña, se enfrenta además a la oposición de la propia comisión y de la UNICE. De modo que al cabo de siete años, la CES no ha logrado obtener de dicho texto más que dos modestos acuerdos de carácter europeo, referidos a los permisos por nacimiento de hijos y al trabajo a tiempo parcial. Lo que es peor es que el acuerdo excluye de la legislación europea los derechos sindicales de asociación y de huelga, el derecho patronal de lock-out y las remuneraciones. Por su parte, la UNICE actúa con éxito al lograr limitar al mínimo toda posibilidad de negociación a escala europea. A partir de 1992, la misma Comisión Europea es la que deja de proponer nuevas medidas, amparándose en que la CES posee la posibilidad, virtual,



de negociar directamente, en virtud del acuerdo social de 1991. El rizo se ha rizado y, según C.Gobin, "se trataba de una vía muerta (p 100)". En veinte años ,la patronal ha logrado en contra de las reivindicaciones sindicales, generalizar el trabajo a tiempo parcial (que es un empobrecimiento del salariado) y la flexibilización de las condiciones de trabajo. Al mismo tiempo, la privatización de empresas públicas se acelera en tanto que las políticas de austeridad, que se suponían provisionales, se convierten en permanentes. La orientación neoliberal de la Unión



Europea, pone explícitamente en duda los mecanismos de garantía de la seguridad de la existencia.

Peor aun, la Comisión Europea intenta igualmente ampliar sus prerrogativas a las políticas de educación y enseñanza. En este sentido, los informes elaborados bajo la dirección de Edith Cresson son "absolutamente demoledores", dado que ellos reflejan "concepciones elitistas, antidemocráticas y utilitaristas" (p 103).

Al terminar su exposición, C.Gobin hace una amarga constatación del estado actual del sindicalismo europeo:

"Los sindicatos se encuentran desde entonces hasta hoy, o consagrados a la defensiva, no teniendo más, en la mayoría de los casos, que la capacidad de preservar las conquistas sociales de otros tiempos, o mucho más prosaicamente consagrados a intentar retardar o suavizar la liquidación de dichas conquistas. O a lo peor, obligados, para su supervivencia o para justificar su existencia, a negociar algunas ventajas en la introducción «consensuada» de medidas de flexibilidad en las empresas" (p 93).

¿CUAL ES EL FUTURO DEL SINDICALISMO EUROPEO?

C.Gobin termina su significativo trabajo con algunas reflexiones en torno a las posibilidades de superar la situación de bloqueo en que se encuentra el sindicalismo. Yo me contentaré con hacer algunos comentarios.

Primero, C.Gobin hace una breve panorámica de la historia del sindicalismo para así resaltar su naturaleza contestataria, puesto que siempre ha tratado de "meter las narices" en los asuntos de los patronos. Además, la autora insiste en la vigencia del conflicto entre capital y trabajo, que solo ha sido de manera momentánea apartado de la escena social. Y ello en razón de los compromisos de la postguerra, establecidos en un contexto especial que exigía preservar la paz social y evitar los desbordamientos revolucionarios. En aquellos momentos, los sindicatos aun poseían la capacidad de controlar, iniciar pero también evitar los movimientos de los trabajadores.

Sin embargo, C.Gobin no llega tan lejos como Alain Bihr, que afirmaba en 1991 que el sindicalismo europeo se había convertido en un instrumento de control y regulación de las crisis y los conflictos sociales (7). Aunque el conjunto de su trabajo coincide con la interpretación de Bihr, C.Gobin piensa que en la CES sobreviven discursos alternativos que se enfrentan al neoliberalismo vigente. En este sentido, el libro se nos aparece como una búsqueda desinteresada de alternativas combativas que den al sindicalismo europeo posibilidades de revivificar. Por ejemplo, un párrafo como el siguiente no puede pasar inadvertido:

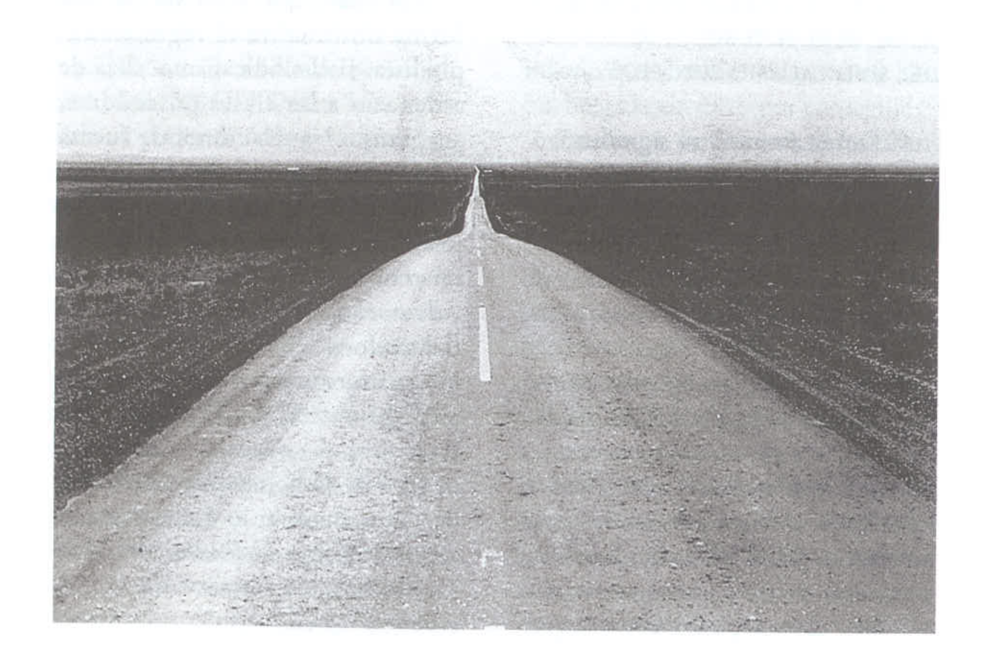
"En tanto que subsista en una forma dominante el régimen capitalista, si el sindicalismo deja de amenazar a las clases poseedoras, aceptando las relaciones de fuerza existentes, sin intentar modificarlas en razón de los objetivos de su proyecto, de sus acciones en pro de una radicalización de la democracia y de su capacidad de movilizar a los trabajadores, el sindicalismo pierde toda su fuerza y por tanto su legitimidad frente al poder político. Su legitimidad entonces pasa a depender de la benevolencia del poder, que puede si lo desea declarar al sindicalismo *Institutio Non Grata*, no deseable o reservarle alguna sinecura" (p 72).

El marasmo del sindicalismo europeo

¿Qué nos sugiere entonces, C.Gobin para superar la crisis del sindicalismo europeo? En principio, la salida parece bastante sencilla. Criticando con agudeza la integración y la dependencia de los dirigentes sindicales en el seno de la administración europea, C.Gobin les exige recuperar su autonomía y construir una verdadera relación de fuerza económica. Pero esto no es suficiente para reorientar la construcción europea. Después de poner de manifiesto la naturaleza tecnocrática del poder comunitario, la democratización de los procedimientos de toma de decisiones aparece como imprescindible dentro de un proceso de reapropiación por parte de los ciudadanos de la organización social. La reforma "saludable" pasaría por la ampliación de las prerrogativas del Parlamento Europeo, legitimado éste por el sufragio universal. Es decir, sustituir la tecnocracia por el poder parlamentario. La autora propone la redacción de una Constitución democrática de ámbito europeo. La puesta en práctica de esta política traería consigo importantes consecuencias para el sindicalismo, porque éste necesita la existencia de una formación política europea capaz de actuar legislativamente sobre los problemas sociales.

Es a este punto donde desea llegar C.Gobin. La inexistencia de una formación política europea aliada es un obstáculo para la eficacia de la CES. La tesis que sostiene es que la acción sindical, para ser eficaz, debe estar secundada en el plano político por un partido parlamentario. Pero, ¿en qué partido se puede apoyar la CES? La socialdemocracia actual presenta la imagen que predecía Domela Nieuwenhuis, antiguo diputado, a finales del siglo XIX:

"El peligro está en la influencia del capitalismo sobre el partido socialdemócrata. En efecto, el carácter poco revolucionario del partido en muchos países deriva de la circunstancia de que un número muy grande de adherentes tienen algo que perder si un cambio violento de la sociedad llegase a producirse. He aquí por qué la socialdemocracia se manifiesta cada vez más y más moderada, sabia, práctica, diplomática (y más astuta), hasta que se agota a fuerza de astucia y empalidece de tal modo que no se la puede reconocer más (...)"(8).



Recientemente Tony Blair nos ha dado la prueba de este cambio, proponiendo a sus votantes la creación de una nueva Internacional más centrista. Otro ejemplo es el de Jacques Delors, presidente de la Comisión Europea hasta 1994, que durante su mandato favoreció la integración del sindicalismo y la aceptación por éste del poder tecnocrático. La mayoria de los dirigentes de la CES tienen carnet de partido, y no resulta raro verlos, ejemplos recientes lo demuestran, terminar sus carreras en un sillón ministerial. En realidad desea C.Gobin aconsejar a los sindicalistas esperar a la aparición de una formación política europea inspirada en el modelo de la

"izquierda plural" francesa? Esto nos haría caer en una visión idílica del funcionamiento de la democracia contemporánea. C.Gobin denuncia la adhesión del conjunto de la clase política europea al liberalismo, condena la tecnocracia vigente y el terrorismo intelectual del "pensamiento único", pero ella no quiere ver que el modelo tecnocrático está igualmente en funcionamiento en el seno de los estados nacionales. Para ilustrar esta tesis simplemente cito los comentarios recientes (1996) de Cornelius Castoriadis, que me parecen más elocuentes que una larga demostración:

"Recientemente, una revista publicó una encuesta señalando que el 60% de los diputados franceses confesaban no entender nada de economía. ¡Diputados que están todo el tiempo tomando decisiones ! En verdad esos diputados, como los ministros, están servidos por sus técnicos. Es decir, tienen sus expertos, pero también tienen sus prejuicios y sus preferencias. Si usted sigue de cerca el funcionamiento de un gobierno, de una gran burocracia, ustedes verán que aquellos que dirigen se fían de los expertos, pero eligen de entre ellos los que comparten sus opiniones. Es un juego completamente estúpido y es así como somos gobernados. Las instituciones actuales rechazan, alejan, disuaden a las gentes de participar en los asuntos públicos. Dado que la mejor educación política es la participación activa, esto implica la transformación de las instituciones para permitir e incitar a esta participación" (9).

«¿No es hora ya de que los sindicalistas revolucionarios busquen alternativas y recuperen su papel en la lucha social tras medio siglo de inmovilismo? La fragmentación orgánica y el sectarismo ideológico, factores claves de la marginalización, no pueden seguir debilitando por más tiempo al sindicalismo de acción directa»

Está claro que no podemos suscribir la propuesta que nos ha sugerido C.Gobin. Y ello porque la historia reciente del sindicalismo europeo nos demuestra una vez más que solo la acción es productiva. En cada etapa de su historia, la CES y las organizaciones que la han precedido no han obtenido una posición de "contrapoder" más que en aquellos casos en que se apoyaban en un poderoso movimiento social (huelgas de la posguerra, Mayo de 1968). Pero cuando se ha llevado una política de representación diplomática respecto de las instancias europeas, lo que llevó a mendigar un puesto de poder, o cuando se comprometen en una política de "diálogo social", en que se pierde día a día la independencia y la capacidad de acción, sin obtener ninguna contrapartida efectiva, el sindicalismo europeo, tras cincuenta años de existencia, no puede dar cuenta de ningún progreso en el terreno de la protección de los intereses de los asalariados. En el terreno nacional, así como en el europeo, los trabajadores no han obtenido nada de lo que demandaban.

Refiriéndonos a la CES, es necesario recordar rápidamente las discusiones que tuvieron lugar durante las ceremonias del veinticinco aniversario de la organización. *Syndicalisme Hebdo* (CFDT), del 12 de febrero de 1998, reproduce las declaraciones del presidente de la CES, Fritz Verzetnitsch : "La Europa social progresa pero a pasitos muy pequeños, en un esfuerzo de recuperación permanente". A pesar de esta constatación, la citada publicación nos muestra una CES, que se alinea totalmente con los puntos de vista de Jacques Delors (siempre omnipresente), que intervino en el citado acto para alabar los beneficios de la introducción del euro. Y para anunciar un gran avance social, que pasará a la historia del sindicalismo europeo: la creación de un comité tripartito encargado de "estudiar las implicaciones económicas y sociales de las mutaciones industriales".

¿Que saldrá de las reflexiones de este grupo de estudios presidido por un consejero al servicio de los banqueros Lazard Fréres? "Recomendaciones para el empleo , el crecimiento y la competitividad". Los obreros de Renault Vilvorde estaran felices al saber que esta victoria "corresponde a una de las reivindicaciones largamente solicitadas por el movimiento sindical europeo" .

El informe de gestión, aparecido en "Espacio Social europeo" (27 febrero-5 marzo 1998), es mucho más significativo. La intervención de Jacques Delors, si bien crítica con el ultraliberalismo, hace un cumplido elogio de la competitividad bien entendida, que debe tener en cuenta la productividad, el crecimiento de los mercados, etc. Nada

El marasmo del sindicalismo europeo

de catastrofismos, porque según él "el modelo social europeo no esta para nada amenazado"...

La intervención de Jean Lapeyre, secretario general adjunto de la CES fué interesante. Recordó la actividad de *lobbiying* de la CES en sus primeros años de existencia, para después felicitarse por su actual estatus de "agente de la negociación social". Dado que los resultados de estas negociaciones son modestos (lo que ya es decir mucho), la CES intenta desarrollar negociaciones en el nivel interprofesional especialmente a traves de las federaciones sindicales europeas. Jean Lapeyre, sin embargo, no excluye provocar una "crisis del diálogo social"(sic), porque esta situación de marginación se agrava con la obstinación de la patronal (reagrupada en el seno de UNICE) en negarse a negociar. Si la reciente disposición de los dirigentes de la CES a querer sensibilizar a sus bases sobre los problemas europeos, incluyendo acciones sindicales a escala europea, parece una buena actitud, la realidad de las cosas me parece muy diferente.

En efecto, cuando con motivo de su veinticinco aniversario la CES hace balance de la situación actual, nos es forzoso constatar que nada ha cambiado. Entre otras propuestas, la CES anuncia su intención de reforzar sus alianzas con el Parlamento Europeo, con los partidos políticos, "en particular los partidos socialdemócratas"... Estas son lecciones que aprenden los dirigentes de la CES tras veinticinco años de existencia. Estas decisiones no hacen más que reforzar los factores negativos que caracterizan a la CES:

-Dependencia política e ideológica, que se traduce en un alineamiento total con las posiciones de Jacques Delors. Reforzamiento de las alianzas con los partidos socialdemócrata, que pueden hacer aun mayor esta dependencia.

-Dependencia financiera respecto de la Unión Europea, agravada a partir de 1991 por el reconocimiento de la CES como interlocutor de una "negociación social" que no existe. Las importantes subvenciones concedidas por la comisión para el funcionamiento de la CES y de sus centros de estudios y de formación le hacen tener el aspecto de una entidad burocrática europea más.

Esta situación es inconcebible para una organización que pretende defender a los asalariados. Por tanto es evidente que ella no puede hacer otra cosa que impedir la emergencia de un movimiento social autónomo y reivindicativo. En este punto, la CES, emite un discurso más que ambiguo, cuando de una parte anuncia su intención de reforzar sus alianzas con los partidos socialdemócratas al mismo tiempo que no excluye la posibilidad de lanzarse a la acción. Flagrante contradicción, porque los socialdemócratas están en el poder en la mayoría de los paises adheridos a la UE. En consecuencia, una acción de la CES sería en contra de sus más estrechos aliados.

Finalizaré con una última crítica: la CES carece de proyecto de sociedad, aunque se haya pronunciado en favor de la "democracia social". La expresión es lo suficientemente vaga como para que cada cual la interprete según le venga en gana, pero es elocuente muestra de que la orientación de la CES , como quedó de manifiesto en las discusiones sostenidas con motivo de su veinticinco aniversario, no ha cambiado en nada.

PREGUNTAS AL SINDICALISMO AUTONOMO

Al finalizar esta reflexión crítica en torno del libro de C. Gobin no era aceptable dejar la pregunta sin hacer. No es hora ya de que los sindicalistas revolucionarios se reapropien de los problemas contemporáneos y que vayan a la búsqueda de alternativas tras medio siglo de inmovilismo y a recuperar su papel en la lucha social? Porque como todos saben, la mundialización de la economía ha creado una interdependencia económica entre las naciones que no puede ser ignorada por los sindicalistas. Renault Vilvorde es el ejemplo más conocido. Pero otros casos seguirán, desgraciadamente. Frente a esta situación, la fragmentación orgánica y el sectarismo ideológico, factores claves de la

marginación, no pueden seguir debilitando por más tiempo al sindicalismo de acción directa.

Junto con hacerme eco de un estudio universitario de calidad, el sentido de mi contribución al debate sobre el sindicalismo europeo es el de aportar elementos para una discusión sobre el devenir del sindicalismo revolucionario a las puertas del tercer milenio. Una primera posibilidad de haber relanzado el movimiento a escala internacional se desvaneció al producirse la escisión de la CNT española tras la noche franquista. Durante los años ochenta, pudimos asistir a un espectáculo deplorable: la fragmentación de las centrales adheridas a la AIT. Los estatutos de la AIT estipulan que solo se reconoce una organización por pais, con el objeto de favorecer la unidad del movimiento anarcosindicalista. Irónicamente, esta norma tuvo el efecto contrario, puesto que se pudo observar, después de muchos años, la proliferación de grupúsculos, surgidos o no de escisiones, que buscaban el reconocimiento de la Internacional. Un ejemplo entre otros: a comienzos de los años 80, la IWW americana se planteaba una posible adhesión a la AIT. Esta última admitió a una pequeña –pero explícitamente anarquista– organización competidora, la Workers Solidarity Alliance. Este episodio provocó la "excomunión" por parte de la AIT de la revista independiente *Libertarian Labor Review* (10). Los lectores de *Combat Syndicaliste* (nº 185, Enero de 1998) fueron informados de la exclusión de la CNT (llamada de Vignoles) y de la USI (llamada de Roma) en el XX congreso de la AIT. Sin ambages se puede afirmar que la mayoría de los sindicalistas revolucionarios están organizados al margen de la Internacional. En esas condiciones, la AIT no agrupará mas que pequeños "grupos de propaganda" con el riesgo añadido de alejar a las nuevas organizaciones que puedan formarse en el resto del mundo (Africa, Europa del Este, etc.)

En este contexto internacional de sectarismo ideológico, que no puede desembocar más que en la marginación y en la introversión, resulta alentador hacer mención de una iniciativa que merece ser considerada, sobre todo cuando la misma apunta a todos los problemas que hemos citado.

Dicha iniciativa resulta aún más interesante, por provenir de un grupo de San Francisco, adherido a la WSA-AIT. Se trata de una convocatoria dirigida al conjunto de las organizaciones sindicalistas revolucionarias y anarcosindicalistas, a fin de convocar un encuentro internacional en 1999. Su objetivo no es el de formar una nueva organización, sino simplemente reanudar las relaciones entre organizaciones que dicen inspirarse en los mismos principios, pero que desde hace ya mucho tiempo no se comunican. En vez de lanzarse anatemas, el texto insiste en la voluntad de búsqueda de posiciones convergentes que permitan establecer las bases de una acción común. Es el momento de devolver al movimiento social su autonomía, pero asimismo impregnarlo con nuestros métodos de acción y sensibilizarlo respecto del proyecto de sociedad del que somos portadores (11).

NOTAS

1.-Corinne Gobin. *L'Europe syndicale: entre désir et realité, Essai sur le syndicalisme et la construction européenne a l'aube du XXI siécle.* Prólogo de Georges Debunne (FGTB), Epílogo de Rene Mouriaux. Bruxelles. Ed. Labor. 1997. coll. "La Noria",186 p. Corinne Gobin es doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Libre de Bruselas e investigadora en el Instituto de Estudios Europeos.

2.- Señalemos la tesis doctoral recientemente defendida por Arnaud Besson sobre el mismo tema, que publica resumida en el *Bulletin du Centre d'histoire du travail* nº117, Febrero de 1998 pp.20-21

3.-CEEP es la nueva abreviatura del Centro Europeo de Empresas Públicas. Se sospecha que el cambio de nombre, bastante significativo, responde a las actuales preocupaciones de sus adherentes.

4.-En el "Grand Refus", (Fayard 1996), Alain Touraine opone al "inmovilismo" de los sindicalistas franceses el modelo ultra liberal impulsado por Thatcher en Inglaterra y el modelo alemán que goza de sus simpatías.

5.-Todas estas citas son reproducidas por C.Gobin pp 52-53. Pierre Rosanvallon *L'age de l'autogestion,* Paris le Seuil coll "Points politiques",p22 y 24. André Gorz *Reforme et Révolution.* Paris Le Seuil, coll. "Points Politiques" 1969, p.190. Alain Touraine, *La Societé Post-induistrielle.* Paris Denoël. coll. "Mediations", 1969. p76

6.-Declaraciones recogidas por René Berthier "Crise du travail ou crise du capital?", *Les Temps Maudits* nº 12, Enero de 1998, pp9-33.

7.-Alain Bihr *"Du grand soir a l'alternative .Le mouvement ouvrier europeenne en crise"* Paris . Les Ed.Ouvrieres. 1991

8.-F.Domela Nieuwenhuis. *"Le socialisme en danger".* Paris. Payot 1975

9.-Cornelius Castoriadis "Contre le conformisme généralisé. Stopper la montée de l'insignifiance". *"Le Monde Diplomatique",* Agosto 1998. pp 22-23

10.-*Libertarian Labor Review.* nº113 winter 1992-1993 pp.43-44

11.-Para una información complementaria, ver *Le Combat Syndicaliste,* Septiembre 1998

DIDIER PETIT. Este artículo ha sido publicado originalmente en la revista "Les Temps Maudits". (Traducción de Miguel González Urien)

Por un sindicalismo alternativo

INTRODUCCION

El sindicalismo, todo el sindicalismo, ha dejado de ser un instrumento para organizar y expresar el conflicto social y la voz de los desheredados.

El sindicalismo, hasta la fecha, se ha mostrado impotente ante la precarización y el aumento de las diferencias en la clase obrera. Los contingentes de trabajadores "prestados" por las ETTs, los pertenecientes a contratas y subcontratas, los autónomos por cuenta ajena, meritorios, becarios y un sinfín de estatutos diversos, aumentan en el interior de las empresas. Estos contingentes soportan condiciones inferiores a las de los fijos, ponen la mayoría de muertos y heridos en los accidentes de trabajo y, fuera de toda protección sindical, deben competir ferozmente entre ellos para mantener su "trabajo basura". Todo esto ante la frecuente indiferencia y el consentimiento de la plantilla estable, incluidas las representaciones sindicales.

El precario percibe el sindicalismo como peligroso. Sabe que reivindicar sus derechos legales equivale a la pérdida del empleo. Tiene la libertad de elegir entre tragar lo que le echen, olvidándose de sus derechos, o exigirlos y perder el favor de la gerencia, única garantía de continuidad de su contrato.

El sindicalismo no sabe, o no quiere, enfrentarse con el hecho de que más de 7 millones de asalariados están precarizados. Entran y salen del mercado de trabajo, hoy parados y paradas, mañana, eventuales. Hoy eventuales y mañana, parados. Entre parados, precarios y contratos a tiempo parcial, más de la mitad de la llamada "clase obrera" mantiene una relación salarial inestable. Esto supone no sólo una gran inseguridad en sus condiciones de vida, sino también una exterioridad respecto a la dinámica sindical.

La proporción de precarios crece a expensas de los estables y, sin embargo, el sindicalismo continúa aferrado a sus rutinas, sus formas organizativas y sus símbolos.

La retórica radical de algunas corrientes sindicales, con ser algo positivo, se disuelve en la práctica frente al avance de la precarización y la indefensión de los eventuales, las prácticas ilegales generalizadas de los empresarios y el desencuentro creciente entre los distintos sectores de asalariados.

Los intentos de organizar y movilizar a las personas precarizadas que soportan condiciones de trabajo indignas no consiguen sobreponerse a su aislamiento y marginalidad.

«El precario percibe el sindicalismo como peligroso. Sabe que reivindicar sus derechos legales equivale a la pérdida del empleo. Tiene la libertad de elegir entre tragar lo que le echen, olvidándose de sus derechos, o exigirlos y perder el favor de la gerencia, única garantía de continuidad de su contrato».

LA DESPOLITIZACIÓN DEL SINDICALISMO

Todos los sindicalistas, hombres y mujeres, saben que si se contextualizan los problemas, si se desvelan sus raíces, si, en definitiva, se politiza el

discurso sindical, te separas de la gente. Hablar de más cosas que las reivindicaciones locales puede suponer el aislarte de la mayoría de los trabajadores.

Incluso los sindicalistas radicales tienen un compartimento para las reivindicaciones de los trabajadores, para el convenio, y otro para los discursos más políticos. Es difícil hablar de algo más que de los "intereses" o de fútbol, pero no hacerlo agrava la situación cada día. Paradójicamente, sin una mirada general de las relaciones sociales es imposible comprender lo que sucede en el interior de una empresa.

Cuando decimos "nadie quiere saber nada", estamos trasladando a los demás nuestra falta de convicción. Reaccionar ante la barbarie y explicar la verdad no depende de las condiciones externas, sino de las convicciones internas. Luego se hará lo que las circunstancias den de sí. La peor derrota es la de la batalla que no se libra, aunque esto no quiere decir que sea deseable cualquier batalla en cualquier condición.

Sin embargo, la despolitización del sindicalismo mayoritario es sólo aparente. El vacío de luchas que interrumpan el despliegue de las relaciones mercantiles en la sociedad y la debilidad del discurso crítico al capitalismo actual, se llena con las ideas y la subjetividad del enemigo.

La mayoría de la clase obrera, en su supuesta despolitización (que es la excusa de los sindicalistas "pragmáticos y experimentados"), ve bien la integración en Europa y la moneda única, vota mayoritariamente al PP, PSOE, PNV y CiU, y a CCOO y UGT, y piensa que con la globalización económica, la competitividad y la flexibilización de los mercados, mantendrá un alto nivel de consumo, o lo recuperará si lo ha perdido, o lo conseguirá si es joven. Identifica bienestar con la opulencia individual, mira con recelo a los inmigrantes que ocupan parte de los puestos de trabajo escasos y desconfía de tanta presencia de mujeres en el mercado de trabajo. Considera que la libertad consiste en poder elegir entre el menú de opciones que el mercado le brinda y tiene como principal exponente de pertenencia social el fútbol, el consumismo o las campañas del poder contra alguno de sus enemigos.



Algunos sectores radicales se oponen al discurso del poder, reproducido por los sindicatos colaboracionistas, con un rechazo a la política y un refugio en las esencias obreristas. Suponen que haciendo funcionar las reivindicaciones obreras se pone en marcha un mecanismo interno, inherente a la esencia revolucionaria del proletariado, que garantiza la radicalización y extensión de las luchas. Este obrerismo sirve como refugio a la ignorancia y al sectarismo. A veces coexiste con dinámicas de lucha radical, más bien debidas a la brutalidad de las patronales y la corrupción del sindicalismo mayoritario que a su propia capacidad de clarificar, organizar y movilizar con una perspectiva de futuro y contemplando la complejidad de los problemas.

La ausencia de un discurso político complejo, construido y asumido por los sectores más combativos, que se plantee la crítica de las formas de explotación y dominio del capital en la actualidad y que contemple el poder como una estrategia difusa que comparten no sólo los beneficiarios sino

«La mayoría de la clase obrera, en su supuesta despolitización, identifica bienestar con opulencia individual, mira con recelo a los inmigrantes, desconfía de tanta presencia de mujeres en el mercado de trabajo y considera que la libertad consiste en poder elegir entre el menú de opciones que el mercado le brinda».

Por un sindicalismo alternativo

también las víctimas del orden actual, es una de las principales carencias del sindicalismo que se autoproclama alternativo. No estamos hablando de un discurso elaborado y comprendido por unos pocos dirigentes, sino de una teoría que impregne la práctica sindical cotidiana de miles de hombres y mujeres sindicalistas, que combine lo general con lo particular, lo abstracto con lo concreto. Ese mensaje, trasladado a los trabajadores y trabajadoras, al mostrar otra visión, otra explicación de la realidad, abriría la posibilidad de la resistencia.

La falta de explicación de lo que pasa deja un hueco que es inmediatamente ocupado por el discurso y la ideología del poder. Así se cierra el plano de lo que es la realidad con el plano de lo que se dice de la realidad, contribuyendo a la apariencia de que dicha realidad es inmodificable. Esta apariencia es fuente de desaliento para quienes quieren luchar contra el orden actual.

El sindicalismo mayoritario, pues, no está despolitizado tras su apariencia de concentrarse en las reivindicaciones de los trabajadores. Por acción o por omisión muestra que el único discurso político es el del Capital.

El localismo. El corporativismo

La incomunicación entre los numerosos núcleos de militantes que protagonizan, aquí y allá, dinámicas de lucha, dificulta la acumulación de fuerza necesaria para visualizar la resistencia existente. Una organización que no sirve eficazmente para esta función ha pasado a ser un fin en sí misma. A partir de ahí cualquier rumbo es posible.

Estas dinámicas resistentes se dan no sólo en luchas sindicales clásicas. También se dan en grupos contra el paro y la precariedad, movimientos de parados, movimientos de okupación, movimientos contra la exclusión, por los derechos de los presos y contra la represión, etc.

El aislamiento de las movilizacio-



nes tiene que ver con la visión corporativa de la mayoría de los sindicalistas, con el desgaste de las guerras internas de las organizaciones y el envejecimiento de los sectores asalariados estables a los que pertenecen los sindicalistas.

Pero el aislamiento tiene que ver, sobre todo, con el agotamiento teórico de todas las familias de la izquierda tradicional, que es la que ocupa las instituciones políticas y sindicales. La falta de conocimientos sobre la globalización del capital, la subordinación de las mujeres, la degradación ambiental, la pérdida de soberanía alimentaria, la indiferencia ante la suerte de millones de campesinos enfrentados a la muerte en todo el mundo por la globalización capitalista, son el caldo de cultivo para la falta de vigor del sindicalismo.

Los muchos sindicalistas combativos carecen de estímulos prácticos y teóricos para mantener la tensión y acaban cayendo en las filas del sindicalismo colaboracionista. La única salida para estos militantes es la formación teórica y el trabajo de convergencia entre las distintas dinámicas de lucha.

El desgaste de las personas más activas es enorme, sólo con organizar la defensa ante las avalanchas flexibilizadoras de las patronales y del Estado. Este trabajo es necesario pero no suficiente. Sin prestar atención al conflicto potencial de los abusos que sufren los precarios, cada éxito en defensa de los estables ahondará las diferencias y la desconfianza ente protegidos y desprotegidos. Sin redes de conexión, cada lucha se extinguirá en sí misma, sin la oportunidad de confluir con otras.

La esquizofrenia sindical

Enfrentarse con el capital globalizado, sólo cuando amenaza el propio puesto de trabajo y cooperar de forma entusiasta con el mismo capitalismo global, como consumidor, comprando en las grandes superficies, o como inversor de los fondos de pensiones, es contradictorio.

Sólo moderando voluntariamente el consumo superfluo puede hablarse de políticas alternativas al capitalismo. Considerar el bienestar social como tener empleo para todos los hombres y unas cuantas mujeres, y con un buen salario que permita un alto consumo, es el exponente de la inanidad del discurso de la izquierda tradicional.

«La incomunicación entre los numerosos núcleos de militantes que protagonizan, aquí y allá, dinámicas de lucha, dificulta la acumulación de fuerza necesaria para visualizar la resistencia existente. Una organización que no sirve eficazmente para esta función ha pasado a ser un fin en sí misma y a partir de ahí cualquier rumbo es posible»

La riqueza es una relación social, no una cosa. El reparto de la riqueza no es "Corte Inglés para todos", sino la garantía de lo esencial. La riqueza consiste en una vida en común estable y segura. Eso exige tener en cuenta a los otros y a la naturaleza en los propios deseos. La riqueza material no depende de tener mucho, porque eso es imposible para todos, sino de desear poco.

Un sindicalismo que no se plantee estos problemas, o es colaboracionista, o se mueve en la esquizofrenia o se refugia en las verdades teológicas de la clase obrera revolucionaria, operando sólo en el intangible reino de la ideología y contribuyendo, eso sí, al divisionismo y la guerra de sectas, para mayor gloria de los grandes aparatos sindicales, que son los que tienen los pies en el suelo –y en el poder–.

Salir con estas cuestiones hacia la gente se nos antoja un mundo. Pero no sólo porque la gente está a años luz de estas ideas, sino porque nosotros mismos no sabemos casi nada de ellas. El sindicalismo es un asilo de ignorancia.

Sin embargo, sin incorporar estas nociones y esta cultura a la acción sindical cotidiana, no hay sindicalismo alternativo que valga.

Lo importante es empezar a incorporar estos contenidos en los sectores más activos, en nosotros y nosotras mismas. Así, poco a poco, a medio plazo, podremos pensar en una crítica coherente a la lógica del Capital y en volver a generar dinámicas de libertad desde la clase obrera.

Intereses y razones

La noción de "interés" forma parte de la lógica del poder. La economía liberal nos dice que los empresarios al perseguir sus intereses egoístas construyen la riqueza de las

Por un sindicalismo alternativo

naciones y el bienestar de la sociedad.

La izquierda tradicional, también heredera de la Ilustración, piensa que el proletariado, al perseguir sus "intereses de clase", redimirá a toda la humanidad, construyendo la sociedad comunista.

Tan falso es el argumento del Capital, incapaz de dar empleo y sustento a miles de millones de personas, como el argumento del comunismo teológico. ¿Cómo es posible construir la vida en común mirando sólo hacia el interior de uno mismo (sea una persona, un consejo de administración o una clase social)?

Lo que sale de los "intereses" es la lucha de todos contra todos. El desorden resultante exige aparatos externos a la sociedad que limiten las agresiones de todos contra todos y, de paso, que mantengan los privilegios de los beneficiarios. La gestión de los "intereses" como única estrategia rompe la relación entre la acción y sus consecuencias, fomenta la ilusión de que existe un orden natural que otorga a la clase obrera un destino revolucionario. Así ya no hace falta estudiar, ni pensar, ni investigar, ni construir a la clase obrera como una realidad política autónoma. Sólo con ser obrero y defender los "intereses de clase" es suficiente. Pero, ¿qué intereses? ¿Los del parado de larga duración que desea que se flexibilice a los fijos para tener más oportunidades? ¿Los del fijo que se beneficia del colchón de los precarios para que la inestabilidad de la empresa no le alcance a él? ¿Los de las mujeres, los hombres, los inmigrantes..?

Defender los intereses es necesario pero es un viaje dentro de la lógica del mercado. Además, hay que incorporar razones, críticas, discursos y valores. Todo eso hay que hacerlo desde la militancia. Sin defender los legítimos "intereses" negados, sólo quedan los discursos ideológicos, pero olvidarse del discurso impide transformar las conciencias, unir lo diverso contra el enemigo común, acumular fuerzas.

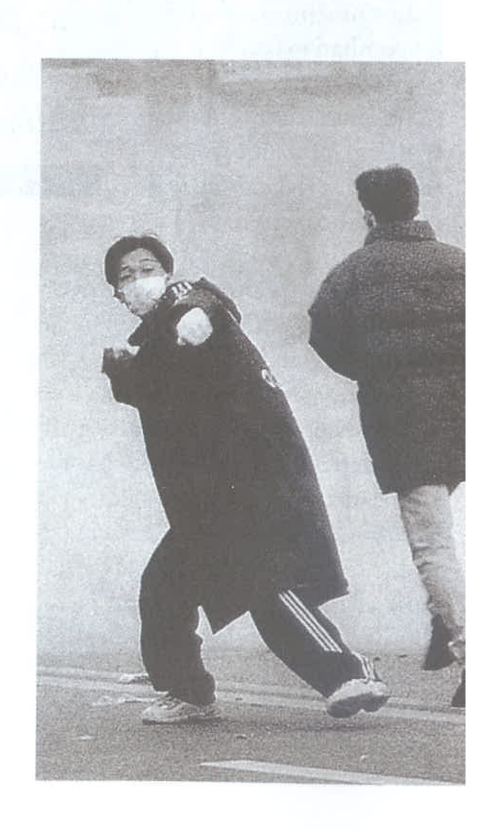
Estas razones nos van a separar de un sector de la gente, pero son las que nos constituyen como algo alternativo, como una referencia para la lucha contra la violencia de la competitividad entre "intereses" contrapuestos, incluso dentro de nosotros y nosotras mismas.

No hay un hilo conductor entre los "intereses" y una vida en común segura y libre para todos y todas. El único hilo conductor entre la esclavitud y la libertad es el reconocimiento de los otros, la aspiración de lo común. La actividad cotidiana de tejer el vínculo social. La lucha práctica y teórica de los que se atreven a rebelarse y llaman a la rebelión general contra la injusticia y la violencia.

La mejor inversión del liderazgo sindical es la dinamización de ideas y comportamientos que no broten de unos "intereses obreros" colonizados por el mercado y el capital. Es en vivir, -ya que no superar- esa tensión, donde aparece la línea divisoria entre el sindicalismo alternativo y el sindicalismo del poder.

Por una práctica convergente

Sin conocimiento no hay posibilidad de convergencia ni solidaridad. Si no conocemos la realidad de la precariedad y la ilegalidad patronal en nuestra propia empresa, ¿cómo vamos a luchar contra ellas? Esperar a que la dirección nos dé esa información, no es suficiente. Organizarse para investigarla ya es una tarea solidaria, el inicio de un cami-



«La riqueza es una relación social, no una cosa. El reparto de la riqueza no es "Corte Inglés para todos", sino garantía de lo esencial. La riqueza consiste en una vida en común estable y segura. La riqueza material no depende de tener mucho, porque eso es imposible para todos, sino de desear poco».

no: ¿para qué queremos las horas sindicales?

Sin poner en comunicación los numerosos grupos y plataformas que en barrios y pueblos intentan organizar a parados y precarios, estamos perdiendo muchas oportunidades.

Sin prestar atención a los vigorosos movimientos que desde dentro de la exclusión se autoorganizan para sobrevivir o promueven campañas en defensa del respeto a los derechos humanos de los presos o muestran lo tapado ante la opinión pública, ¿cómo vamos a conocer el verdadero rostro del capitalismo despiadado que vivimos?



Manteniéndonos al margen de los movimientos juveniles que okupan espacios urbanos, perdemos la oportunidad de conocer formas de lucha y de militancia de una gran potencialidad.

El trasvase de información y de militantes , el conocimiento para el apoyo mutuo, la confianza que el roce y la cooperación conllevan, son el camino para la convergencia de lo disperso y la acumulación de fuerzas.

La movilización de los precarios, elemento principal

La libertad de movimientos de los empresarios se ampara en la connivencia, cuando no en la abierta complicidad, del Estado. Pero tiene su condición en la incapacidad del sindicalismo.

El libertinaje empresarial se ceba en la indefensión de los precarios y desborda las leyes laborales vigentes creando situaciones frecuentes de ilegalidad en las condiciones de trabajo.

Este es un terreno para la intervención en profundidad del sindicalismo alternativo. Las ventajas institucionales del sindicalismo (tiempo sindical, derechos sindicales, etc) deben utilizarse para abrir una brecha en la lucha contra esta situación.

Las dificultades son abundantes y las leyes de procedimiento laboral impiden que los representantes sindicales actúen de oficio. Al obligar a que sea el trabajador eventual quien, durante la vigencia de su contrato, denuncie las presuntas irregularidades de su relación laboral, enfrenta a este con la elección entre denunciar y perder su empleo o tragar y conservarlo.

Lo primero que hay que hacer es explicar la situación político-social de coacción que hace aparecer como "libre" la decisión de millones de precarios de tolerar "voluntariamente" la violación de sus derechos laborales y políticos. Esta situación es una metáfora sobre el verdadero contenido de la Libertad cuando se confunden Democracia y Capitalismo.

No obstante, si hay algún eventual, alguien dispuesto a pagar el precio del despido y si la representación sindical está bien organizada y dispuesta, se puede comenzar el proceso. Si tenemos éxitos legales, podemos empezar a agrupar a los sectores precarizados que sufren este abuso. Ya tenemos experiencias en este terreno. Lo que hace falta es la generalización de este trabajo y su coordinación para elevar el desafío en el terreno legal y de movilización más allá de las fronteras de cada empresa. El objetivo es hacer visible el conflicto en la sociedad y marcar un camino para los millones de precarios que sufren solos y se amoldan y para que miles de activistas sindicales organicen e impulsen esta lucha.

Por un sindicalismo más vivo y más integrado en lo social

El espacio del sindicalismo alternativo está ocupado por el sindica-

Por un sindicalismo alternativo

lismo oficial. Pero los sindicalistas radicales no tenemos el derecho "natural" del espacio alternativo porque compartimos muchas de las concepciones, acciones y omisiones del sindicalismo oficial. Sólo reconociendo esto, podremos emprender las tareas necesarias. Estas tareas, y sólo ellas, son las que nos pueden constituir en algo alternativo. No se es alternativo por criticar a otros, sino por construir un proyecto propio, un discurso propio y una dinámica de lucha real. Todo esto no está en ningún manual, ni es patrimonio de ninguna estructura organizativa, ni de ninguna ideología o corriente, por muy heroica que haya sido.

Hay que ser héroes ahora y aquí. Ser héroes es sustraerse al envilecimiento colectivo, ser beligerantes con la vaguería intelectual y con los discursos radicales en tiempo sindical, dichos con tanta fuerza como las discusiones sobre fútbol en los bares.

Nadie tiene la implantación, ni los conocimientos, ni los militantes necesarios para asumir un proyecto de refundación del sindicalismo radical, antes de que el radicalismo que queda se jubile o se pase al enemigo.

Crear espacios de comunicación para favorecer la cooperación y el apoyo mutuo y para formularnos preguntas en común, es imprescindible.

- Si para casi todo el mundo tener un empleo es la única forma de subsistencia, ¿cómo explicar que cuando pedimos un empleo estamos diciendo "necesito un explotador que me robe la vida"?
- ¿Cómo convencer de que la opulencia de las sociedades desarrolladas, compartida por millones de asalariados, es la causa del hambre de mil millones de personas y del envenenamiento del aire, del agua y de la tierra?

«El espacio del sindicalismo alternativo está ocupado por el sindicalismo oficial. Pero los sindicalistas radicales no tenemos el derecho "natural" del espacio alternativo porque compartimos muchas de las concepciones, acciones y omisiones del sindicalismo oficial».

- ¿Cómo luchar contra el capitalismo sin tener en cuenta que nuestra concepción del bienestar y nuestros deseos son capitalistas?
- ¿Cómo combinar la defensa de los intereses (legítimos), empezando por los sectores más perjudicados, con un trabajo cultural, de ideas, que muestre la verdadera dimensión de los problemas?
- ¿Cómo conseguir que las personas más activas, agotadas por la lucha contra las constantes agresiones patronales, inicien además un camino que, al menos al principio, supone más tareas todavía?
- ¿Cómo combinar la legítima construcción de proyectos organizativos, políticos, ideológicos -cada uno de ellos incapaz de abarcar la diversidad social, limitado por la calidad de sus militantes y de sus conocimientos teóricos- con la creación de espacios de encuentro y convergencia para el crecimiento del todo, pero también de las partes?
- ¿Cómo superar el dogmatismo y el sectarismo como reflejos indeseables de la impotencia ante un enemigo aparentemente inalcanzable y todopoderoso?
- ¿Cómo combinar el debate y la formación con la generación de dinámicas de lucha que incorporen a miles de personas aisladas al enfrentamiento social?
- ¿Cómo conseguir que miles de jóvenes activistas de movimientos alternativos, víctimas de los contratos basura, se incorporen a la lucha sindical y la enriquezcan con su fuerza y sus valores?

Estas preguntas no sólo son válidas para el sindicalismo, pero nos las hacemos ahora desde el sindicalismo.

Como aportación a este debate y a modo de conclusión de estas notas,

«¿Cómo se van a impulsar las movilizaciones generales que impidan el funcionamiento del capitalismo global? Sin el trabajo de base no es posible crecer. Sin millones de venas de agua no se puede conseguir un cauce imparable».

nos atrevemos a proponer algunas líneas de trabajo para la refundación de un sindicalismo alternativo, radical y revolucionario.

1) Nada de irse a casa o esperar la jubilación. Nada de que "estamos en la era del fin del trabajo y por lo tanto del sindicalismo". Nunca hemos estado en una sociedad salarial más pura. El trabajo (como producción de plusvalor), su calidad (basura para millones), su ausencia (paro masivo), condiciona de manera determinante la vida de las multitudes de trabajadores.

El Capital muestra cada vez con más transparencia su oferta de miseria y terror para la mayoría y de embrutecimiento y corrupción moral para una minoría de trabajadores.

El sindicalismo, un sindicalismo alternativo, es más necesario que nunca. Y nosotros somos sindicalistas.

2) La vía del sindicalismo tradicional está bloqueada. Tenemos que partir de la fuerza que nos queda para iniciar un camino nuevo. Los millones de personas desprotegidas, sometidas a abusos constantes, constituyen una justificación y una exigencia para sobreponernos a la derrota, iniciar un camino en el desierto y romper la paradoja de que cada vez hay más injusticia y menos rebelión.

3) Nadie tiene la patente, ni los conocimientos, ni la fuerza, para realizar este camino en solitario. Hay que combinar las organizaciones y movimientos radicales existentes con la creación de espacios de convergencia basados en el respeto y la voluntad de cooperación. Sumar para la lucha contra el enemigo común y propiciar el aprendizaje y la ayuda mutua, las relaciones horizontales y las decisiones basadas en el consenso, no en mayorías o imposiciones.

4) Desde el sindicalismo, el camino prioritario debe ser la lucha contra la precarización, el prestamismo, la desigualdad, el despojo de derechos sindicales, políticos y humanos que sufren los hombres y mujeres eventuales.

La movilización de los precarios no está al principio de nuestro trabajo, sino al final, o al menos en un punto del proceso donde vean que tienen alguna posibilidad. Este trabajo exige la coordinación y el intercambio de experiencias de los núcleos que lo protagonicen.

5) Los debates, artículos, estudio colectivo, sobre la globalización, la moneda única, la crisis ideológica, la pérdida de soberanía alimentaria, la problemática del campo, la defensa de la pequeña producción y de la distribución en circuitos cortos, la crítica implacable al consumismo, al individualismo como ideología o a la veneración del progreso tecnológico y económico, son componentes necesarios de un discurso sindical alternativo. Estamos en mantillas y hay que empezar ya.

6) La dedicación de esfuerzos a la convergencia, el apoyo a las luchas, el intercambio de documentos, la asistencia recíproca a reuniones y asambleas, la creación de espacios de coordinación horizontal, temporales o permanentes, son tareas necesarias. No se hacen solas.

Estos rasgos del sindicalismo alternativo, del sindicalismo realizado por militantes sindicales locales, son un elemento necesario para la reconstrucción de una fuerza social revolucionaria.

Pero no basta con que estén escritos en un papel. No basta con participar en campañas generales o en manifestaciones de fecha fija. Estas actividades son necesarias y positivas siempre que impulsen las dinámicas de transformación local, de expresión local del conflicto, de incorporación de militantes en el ámbito local.

¿Cómo se van a impulsar movilizaciones generales hasta crear una marea humana que impida el funcionamiento de esta máquina de desigualdad e injusticia que es el capitalismo global? Sin la potenciación y el enriquecimiento del trabajo de base no es posible crecer. Sin millones de venas de agua y de riachuelos, no se puede conseguir un cauce imparable. Sin la vida de lo local, no es posible la armonía, la autogestión, la libertad sin tutelas.

UNION MONETARIA Y SINDICALISMO.

La moneda única no será un hecho beneficioso para el sindicalismo. Ni siquiera será un hecho neutral. La estabilidad monetaria exigida para estar entre los once países del euro, ha supuesto paro masivo, contención salarial, precariedad, ataque

Por un sindicalismo alternativo

a las jubilaciones y a la sanidad pública. Pero una vez dentro del euro, los sacrificios para no salirnos y para evitar las sanciones, si se incumplen las condiciones monetarias, serán mayores.

Las condiciones del euro son decisiones políticas que favorecen el orden monetario que requiere la inversión y el movimiento del capital. Sin embargo, se presentan como límites infranqueables para las políticas económicas y sociales.

El orden monetario implica el desorden social. Más bien, el desorden y la inseguridad en la vida de millones de ciudadanos y ciudadanas, son la condición para el orden monetario, para la buena marcha de los negocios.

El sindicalismo, si quiere modernizarse y hacerse respetable, debe interiorizar estas normas. La defensa de las necesidades de los trabajadores y trabajadoras debe tener como condición el aumento, siempre insuficiente, de los beneficios de las empresas. Cuando hay crisis no se pueden pedir reivindicaciones porque hay que salir de la crisis. Cuando no hay crisis, es decir, cuando hay reactivación, no se pueden pedir mejoras porque se pone en peligro la continuidad del ciclo expansivo.

En una declaración de la Comisión Europea queda claro el porvenir del sindicalismo: "La Unión Monetaria comportará un cambio global en el que los requerimientos macroeconómicos se dirigen, clara y creíblemente, hacia la estabilidad de la nueva moneda. Este nuevo marco macroeconómico afectará a la forma en que se establecen en el mercado laboral los salarios y las condiciones de empleo.

En la Unión Monetaria, al darse cuenta los sindicatos y empleadores de que ya no existe la posibilidad de devaluar monedas nacionales, los acuerdos de salarios variarán acordemente. Por lo tanto, en la hipótesis de unos sindicatos racionales completamente adaptables, se puede esperar la aparición de una conducta sobre salarios compatible con el empleo".

Esto significa varias cosas. Primero, la convergencia es monetaria, no de salarios ni de condiciones de vida. Segundo, lo racional es plegarse a esto. Pretender que los precarios y eventuales con salarios de miseria tengan una remuneración digna es una quimera. Tercero, si aceptamos la moneda única, aceptamos el control de la inflación, luego no se puede mejorar la capacidad adquisitiva. Si aceptamos la moneda única, aceptamos la contención del déficit público, luego no se puede pretender que los parados cobren un subsidio, ni que los jubilados mantengan, ni mucho menos mejoren, la estructura actual de las pensiones de jubilación. Partiendo de aquí, el sindicalismo que luche por mejorar las condiciones de la gente, sin más, será el culpable de la pérdida de competitividad y por lo tanto del paro, causará el aumento del déficit público y con él, de las multas de la Unión Europea y de la inestabilidad monetaria, con lo cual, se retendrá la inversión y aumentará el desempleo.

AGUSTÍN MORÁN es miembro del CAES Madrid.

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

"Las lucubraciones de los hombres de 1848 difunden las ideas socialistas en las masas y conservan en ellas, bajo las cenizas, el fuego de las revoluciones".

El procurador del tribunal de Lyon, 17 de junio de 1856

El sindicato, la asociación de trabajadores que, por antonomasia, ha vertebrado durante más de 150 años la historia del movimiento obrero está en crisis. El sindicalismo actual no es reconocido como algo "suyo" por la población trabajadora. Se ha tornado en maquinaria burocrática para conseguir privilegios y escapar de las condiciones de trabajo que impone el capital en esta sociedad. Su alianza con el capital y el Estado lo han convertido en una articulación más del cuerpo institucional encargado del control social. Y por si todo ello fuera poco, lo distintivo del sindicalismo en este fin de siglo es su corporativismo, la reducción de su actividad, de su afiliación y de su gestión a los empleados fijos (o funcionarios) de mediana edad, que accedieron al "mercado de trabajo" en las décadas de los sesenta y setenta. La acción sindical se reduce a los centros de trabajo públicos y -en menor medida- privados donde todavía son respetadas las garantías sindicales. Con estas prácticas, poco a poco se ha ido perdiendo el carácter de clase de las organizaciones sindicales, ya que la mayor parte de la clase trabajadora vive y labora soportando la ley de la "selva" donde impera el dominio del capital, que convierte la precariedad en la energía principal de las relaciones de producción, de las relaciones sociales: paro, trabajo negro, informal o no remunerado, son las condiciones de vida de una clase obrera joven y feminizada que desprecia o ignora el sindicato que conocen, el sindicalismo de la segunda mitad de este siglo que agoniza.

Soportar la precariedad, manifestar ignorancia y desprecio hacia el sindicalismo institucional no significa sumisión. Emergen de esta joven clase trabajadora apuntes, signos, momentos de lucha, de insumisión, de *otro movimiento obrero* que se reconoce y quiere enlazar con los protagonistas de las asambleas, de las huelgas "salvajes" de los años setenta, con un pasado histórico de sindicalismo revolucionario. Aunque son muchas las toneladas de ceniza, el rescoldo revolucionario pervive y se aventa hoy en día por la combinación entre la resistencia del *otro sindicalismo* y la emergente contestación al capitalismo salvaje de fin de siglo, fiel heredero de sus antecesores del siglo XIX. Convertir el rescoldo en llamarada, la resistencia organizada y la insumisión puntual en el sindicalismo alternativo del siglo XXI, es la aspiración de todos los corazones libertarios; que el fantasma vuelva a recorrer nuevamente, no sólo Europa, sino todo el mundo. Hay que volver la vista a: la historia del movimiento obrero, la evolución del sindicalismo, la organización del trabajo y el control social en el siglo XX, para contribuir a sentar las bases del sindicalismo alternativo. Esta es una modesta aportación.

El sindicalismo revolucionario

En la última década del siglo XIX y primeras del XX comenzó La segunda Revolución Industrial, con la introducción de nuevas invenciones

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

en las fábricas. La electricidad supuso un avance para la mecanización y automatización de la producción industrial, y con ella, una nueva organización del trabajo basada en el control desmenuzado del tiempo de trabajo por cada operación, la producción en serie y la cadena de montaje. Definitivamente, el capital sustraía el control de la producción a los trabajadores; destruía al sujeto luchador por excelencia de la primera Revolución Industrial, el obrero de oficio, para convertirlo en miles de obreros "especializados" en máquinas herramientas. El capitalismo que había salido de la larga depresión de los años setenta y ochenta, convirtiéndose al monopolio y ampliando el mercado, con la nueva Revolución industrial se expande y hace imperialista.

En el año 1895, Frederick Winslow Taylor presentó su trabajo en la *American Society of Mechanical Engineers* con una conferencia que llevaba el curioso título de *A Piece Rate System, being a step toward a Partial Solution of the Labor Problem.* A raíz de la conferencia se produjo un gran debate entre Taylor y sus principales rivales. Sus oponentes consideraban que "el control de la velocidad en el trabajo recae en los hombres", mientras que, según el plan de Taylor, "reside en la administración". Y uno de los argumentos fundamentales fue la reducción de costes generales. Taylor decía "al empresario le sale a cuenta pagar salarios más elevados siempre que un aumento de la producción no represente un aumento de los gastos generales". Fue el que sistematizó el destajo, el inventor de un concepto que subirá a los altares del capital: la productividad. No cabe duda de que Taylor fue considerado uno de los fundadores de la gestión empresarial. La piedra angular de la administración científica en la empresa fue el estudio del tiempo de las operaciones laborales. En su concepción original, el taylorismo suscitó la oposición y el repudio de los obreros, por lo que desde entonces ha si-



«Entre los años 1968 y 1978 transcurrió un nuevo ciclo de luchas obreras, de oleadas de huelgas (equiparables en intensidad a las de 1869-1876 y 1900-1917), que rompió la imagen pacífica y bonancible de las décadas del desarrollo, del Estado del bienestar».

do encubierto con toda clase de galas "científicas": fisiología, psicología, sociología, etc. [RETHEL, 1979]. En 1906 apareció la versión definitiva de la histórica conferencia de Taylor con el título de *On the Art of Cutting Metals*, un libro meticuloso del que extraemos el párrafo siguiente, muy significativo de la nueva organización del trabajo de la época:

"Un estudio de las directivas dadas en este documento servirá para clarificar que proponemos quitar de las manos de los obreros todas las decisiones importantes y las programaciones que afectan de un modo vital a la producción del taller, para centralizarlas en unos pocos hombres, cada uno de los cuales estará específicamente adiestrado en la técnica de dar las necesarias disposiciones y de controlar que sean ejecutadas, mientras cada obrero tiene su función particular en las que es particularmente hábil, y sin interferir en las funciones de los demás".

Las secuelas del Taylorismo fueron el fordismo, la producción en cadena iniciada por Henry Ford en Detroit, aunque con algún antecedente como el de Gustavus F. Swift, el primer hombre que puso en práctica ese tipo de trabajo, en Chicago en 1880, para empaquetar carne por medio de un raíl del que colgaban pedazos de cerdo o de buey; los trabajadores permanecían de pie ante el raíl y tenían que empaquetar cada porción de carne antes de que la siguiente le llegase ante ellos. La velocidad estaba compulsivamente regulada. Swift acabó hegemonizando el mercado mundial de la carne de cerdo.

Los cambios en la organización del trabajo que acarreó la segunda Revolución Industrial terminaron con el sindicalismo de oficio, porque enterró definitivamente el papel preponderante del obrero-artesano, para pasar el testigo al trabajador poco cualificado. En 1910 la Comisión de Inmigración de EE.UU. dejó constancia por escrito de ello:

"La absorción de una masa amplia de inmigrantes no cualificados, agrarios de la Europa del Sur y del Este, ha sido posible sólo gracias al invento de máquinas y procesos que han eliminado la destreza y la experiencia que requerían antes gran número de oficios"[LINDEN y THORPE]

En la década de 1870, el sindicalismo es duramente reprimido en Europa con la excepción de las Trade Unions de Gran Bretaña. Solamente son permitidas las sociedades obreras de socorro, benéficas y corporativas. Todos los gobiernos quieran borrar el recuerdo de la Comuna y de la Internacional. En la misma década y en años posteriores se crearon partidos socialistas en Alemania (SPD, 1875), España (PSOE, 1879), Italia (POI, 1882; tres años más tarde pasaría a denominarse PSI) y Francia (entre 1882 y 1884, se crearon cuatro formaciones políticas socialistas). Los partidos socialistas constituyeron sindicatos afines en Alemania (39 sindicatos de oficio y 7 sindicatos de industria, en 1910), España (Unión General de Trabajadores, UGT, 1888) e Italia (Confederación General del Laboro, CGL, 1906). En Inglaterra ya existían las Trade Unions, que bien podían jactarse de tener en 1870 más de un millón de afiliados, y de ser los auténticos creadores del *Labor Party* en 1906 [PHILLIPS, 1992]. Las características de estos sindicatos fueron: la ausencia de definición ideológica para atraer al máximo número de trabajadores y sortear la represión, la moderación en las luchas sindicales y el centralismo organizativo.

Mientras tanto, las secciones anarquistas de la AIT fueron duramente reprimidas por los continuos procesos insurreccionales en las que se veían envueltas y siendo cada día más inoperantes debido a las disputas internas entre colectivistas, comunistas libertarios y anarquistas individualistas. Durante tres décadas, 1870-1890, el reinado de los atentados y las bombas ensordecieron el trabajo de algunos anarquistas, previo al nacimiento del sindicalismo revolucionario.

"El sindicalismo revolucionario que animó al movimiento obrero entre 1892 y 1914, tiene sus orígenes en el período de 1884 a 1892,

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

cuando los sindicatos obreros parecen subordinados a la política de los partidos. El sindicalismo revolucionario se define positivamente por su llamado a la voluntad de los trabajadores; se caracteriza por una doble oposición: a los partidos políticos y al Estado, y a los gobiernos oportunistas y radicales que intentan someter al movimiento obrero mediante la legislación". [DOLLEANS, 1969].

"El sindicalismo revolucionario adoptó de forma más plena que cualquier corriente del movimiento obrero organizado, una visión del poder revolucionario y la eficacia creativa de los trabajadores independientes, una insistencia sobre su derecho a la autogestión colectiva y una fe en su capacidad por resolver sus propios asuntos. Aunque nunca logró desplazar al movimiento laboral socialdemócrata, dentro de las experiencias de los obreros de final del siglo XIX y principios del XX, existían unas fuerzas que formaron y forjaron esta tradición minoritaria distintiva, cuya visión, defensa y convicciones encontraron una expresión formal y organizativa en gran número de países. Con todas sus variaciones regionales y nacionales, el sindicalismo revolucionario fue un movimiento internacional". [LINDEN y THORPE]

«En la década de los ochenta, las reconversiones industriales producidas por los efectos de la robótica son el pan de cada día en la industria pesada de toda Europa y los EE.UU. La innovación tecnológica supone una auténtica revolución en los servicios. La productividad alcanza incrementos exponenciales».

No es fruto de la coincidencia que el sindicalismo revolucionario surgiera durante los inicios de la segunda Revolución Industrial. Los cambios que acontecieron en la organización del trabajo, por las innovaciones tecnológicas y un mayor control de la producción por parte del capital, incidieron profundamente en las condiciones laborales y de vida de la clase trabajadora. La respuesta fue la radicalización creciente y el aumento de las huelgas. Si la extensión de la primera Revolución Industrial al continente europeo supuso el florecimiento de las sociedades obreras, del sindicalismo de oficio, de las grandes oleadas de huelgas en el período 1869-1875, la segunda Revolución Industrial "creó" las condiciones para el alumbramiento del sindicalismo revolucionario, las huelgas generales desde 1900 a 1920 y hasta de los "diez días que conmovieron al mundo".

A partir de la Revolución Industrial (primera y segunda), el trabajo asalariado va evolucionando desde el artesano al obrero de oficio y de éste al trabajador especializado, hasta llegar a ser mayoritarios los obreros poco o nada cualificados. El peso de cada uno de estos "colectivos" en la composición de la clase obrera ha variado a partir de los cambios tecnológicos y el control o mando capitalista sobre la organización del trabajo. En el período conocido por segunda Revolución industrial, los obreros de oficio y los trabajadores especializados con empleo estable se vieron afectados en los salarios al ser relegados a trabajos no especializados con retribuciones económicas inferiores. Por ejemplo, la extracción mecánica había comenzado a sustituir a la minería con picos. Todas las comunidades mineras occidentales sufrieron cambios similares en los pagos a destajo, categorías laborales y destrezas establecidas. Las especialidades artesanales ya no eran esenciales en las industrias del acero o del vidrio (los sopladores) después de que se introdujeran las producciones a gran escal

con las máquinas y el uso de nuevas energías. El proceso de mecanización que hizo el trabajo más especializado, al mismo tiempo, hizo al trabajador menos especializado. El operario que aprendió los principios generales para cuidar y mantener una máquina puede ocuparse tanto de una máquina de tejer, como la de fabricar zapatos. En realidad, es una pieza intercambiable en el mecanismo industrial [LINDEN y THORPE].

Esta movilidad iba en contra del aislamiento y del sindicalismo de oficio, de la identificación de los obreros con su oficio, facilitando en su lugar una visión unitaria, de clase. Además, se introdujeron nuevas técnicas para el control del trabajo y el sometimiento exclusivo a la disciplina del capital. Las empresas comenzaron a contratar directamente, rompiendo con la tradición del artesano-obrero de oficio-jefe de equipo, que contrataba, pagaba y supervisaba a sus aprendices, ayudantes y peones. La implantación del trabajo a destajo, las bonificaciones, la promoción interna, la escala laboral, el aumento del número de encargados y supervisores, en definitiva, la implantación del taylorismo contribuyeron a empeorar las condiciones de trabajo. Estos cambios llevaron a un declive en la influencia del sindicalismo de oficio, para dar paso al sindicalismo de rama o industria. El sindicalismo revolucionario estaba preparado para estas innovaciones; en 1913, el primer congreso internacional del sindicalismo revolucionario celebrado en Londres adoptó el sindicalismo de rama o industrial; previamente lo había hecho la CGT francesa.

El aumento de trabajadores eventuales o temporeros (como se dice en la actualidad en algunas modalidades de contratos: "por circunstancias de la producción"), obreros especializados, peones y jornaleros la mayoría, con cambios frecuentes de patrón y de lugares de trabajo, también contribuyó a expandir -de manera notoria- el sindicalismo revolucionario. Los trabajadores del campo destacaban en algunas organizaciones sindicales revolucionarias, los *bracciante* de Emilia-Romagna, los *jornaleros* de Andalucía; pero también los trabajadores de la construcción y los estibadores jugaron un importante papel en Francia, en Suecia, Holanda, Alemania, Gran Bretaña y Portugal. Los trabajadores eventuales cambiaban de empleo con frecuencia: los estibadores a veces trabajaban en la construcción o de jornaleros en el campo, según la temporada; lo mismo ocurría con los jornaleros del campo y los peones de la construcción. Estos cambios de trabajo estimulaban los intentos de crear sindicatos de más de un oficio, e incluso de más de una rama de actividad. Los riesgos de realizar huelgas en estos sectores se reducían, dado que los trabajadores no tenían nada que perder; tarde o temprano se quedarían sin trabajo. Y si había conflictos laborales, estos tenían que resolverse pronto, con rapidez, antes de que acabara la cosecha, la obra o los barcos para descargar; no había tiempo para largos planes de resistencia, para crear fondos de resistencia o iniciar largos procesos de negociación, mediación o arbitraje. Estas condiciones de trabajo fomentaron la acción directa y la organización de Sindicatos Únicos en la CNT (1918-19).

El énfasis del sindicalismo revolucionario en la acción directa, de conseguir sus objetivos a corto plazo, eran una clara alternativa a la estrategia sindical dominante representada por el sindicalismo laborista y reformista, y los partidos socialistas. A pesar de la fuerte implantación de algunos de estos sindicatos (Trade Unions, en Gran Bretaña, con 4 millones de afiliados) y partidos (SPD en Alemania, un millón de cotizantes) antes de la primera



El sindicalismo alternativo del siglo XXI

Guerra Mundial, los esfuerzos de estas organizaciones eran criticados y considerados insuficientes. Los partidos obreros parecían haber perdido su ímpetu e intención revolucionaria del principio, habiéndose preocupado, cada vez más, por consolidar y extender su posición dentro del sistema sociopolítico existente. En Noruega, Gran Bretaña y Suecia eran criticados los laboristas y socialdemócratas. En 1913, la SAC, celebrando la difusión internacional del sindicalismo revolucionario, defendía sus principios básicos en la acción directa, la cual "las desdentadas políticas socialdemócratas verduleras han intentado falsificar en interés de su propia mercancía sin valor" [SYNDIKALISTEN, 1913].

La alternativa viable al sistema laboral dominante, de la política electoral y el sindicalismo reformista era la acción directa por parte del sindicalismo revolucionario. La huelga general, que fue una posibilidad barajada en Inglaterra desde la década de 1830 bajo la forma de "Día Festivo Nacional" y más adelante por los bakuninistas en toda Europa con el nombre de "Mes Sagrado", no llegó a ser una posibilidad práctica hasta 1890. La idea de la huelga general como un arma realista en manos de los trabajadores, estaba relacionada con el grado de dependencia de la economía con respecto al trabajo asalariado y de la capacidad organizativa del movimiento obrero. A finales del siglo XIX, una huelga general de los trabajadores podía afectar gravemente al orden social y el sindicalismo ya estaba organizado en los sectores básicos. En estas condiciones, el sindicalismo revolucionario fue creciendo a golpe de huelga general en sus momentos de máximo auge, en las dos primeras décadas del nuevo siglo. Así se explica la serie de huelgas generales y políticas de éxito variable que tuvieron lugar en Bélgica, en 1893 y 1902, en Suecia, en 1902 y 1909, en Holanda en 1903, en Italia en 1904, en Rusia en 1905, en España en 1917. El papel importante de la huelga en la Revolución Rusa de 1905 sirvió de acicate para los partidarios de la acción directa y alimentó las distintas iniciativas europeas sobre la huelga general.



"Para los sindicalistas revolucionarios, la clase obrera constituía la fuerza para el cambio; el ámbito económico, su campo de batalla natural; la acción directa, su arma natural, y las asociaciones obreras autogestionadas, los agentes naturales para unir, ordenar y aplicar el poder colectivo y transformador de los obreros. La actitud como clase beligerante, los objetivos revolucionarios admitidos, la primacía y autonomía de las organizaciones económicas de los trabajadores, la defensa de la acción directa y de un futuro control obrero de una economía colectivizada [LINDEN y THORPE]

El sindicalismo volvió a encontrarse con sus principios constituyentes: autonomía, de clase, internacionalista y emancipador. Si en la década de 1830 la respuesta obrera a la primera Revolución Industrial fue el florecimiento del sindicalismo de oficio y del cartismo, la contestación

«Lo distintivo del sindicalismo en este fin de siglo es su corporativismo, la reducción de su actividad, de su afiliación y de su gestión a los empleados fijos de mediana edad. La acción sindical se reduce a los centros de trabajo públicos y —en menor medida— a los privados donde todavía son respetadas las garantías sindicales».

adecuada a la segunda Revolución industrial en los primeros años del siglo XX fue el sindicalismo de industria, de rama, el sindicalismo que se adjetiva revolucionario por la existencia ya consolidada del reformismo sindical al que le costó más, mucho más, desprenderse de la estructura organizativa por oficios e integrar a los trabajadores eventuales y con empleos variables que fueron una fracción importante, tanto en cantidad como en combatividad en la nueva organización del trabajo, que hizo del obrero una parte intercambiable más del entramado industrial.

La experiencia del sindicalismo revolucionario reforzó y aportó nuevos elementos a los principios constituyentes de sindicalismo, a la organización obrera:

La organización horizontal

Fueron aportaciones de la CGT francesa y de la CNT española. En 1886 se creaba en París la primera Bolsa de Trabajo y en 1892 la Federación de Bolsas de Trabajo, que junto a la Federación de Sindicatos, constituida en Lyon en 1886, darían lugar como fruto de su convergencia la CGT. Las Bolsas de Trabajo eran uniones locales que agrupaban a toda clase de trabajadores, con independencia de su oficio, al objeto de proporcionar trabajo. Las Bolsas fueron convirtiéndose, poco a poco, en estructuras revolucionarias de presión social, en órganos políticos de presión local, al margen del oficio, y como ámbito en el que se pretendía emancipar al trabajador en su condición más de persona que de obrero de un oficio determinado [RIVERA, 1994].

En la CGT se le dio la misma importancia, en sus primeras décadas de funcionamiento, a la organización o estructura horizontal que a la vertical, de oficios o industria. La CNT introdujo el Sindicato Único a partir de 1918. Con una gran influencia de la CGT, en su constitución en el año 1911, la CNT no tuvo la experiencia previa de las Bolsas de Trabajo, pero ante la importancia que tuvieron entre su afiliación los trabajadores eventuales, que cambiaban asiduamente de actividad (jornaleros agrícolas, trabajadores de la construcción, estibadores, etc..) y la fuerte actividad local en pequeñas poblaciones, se constituyeron los Sindicatos Únicos, avanzadilla organizativa horizontal, que fueron más allá de la organización de los trabajadores por oficios o industrias, para hacerlo por ámbito territorial (localidad, ciudad, comarca, etc.). La organización horizontal del sindicalismo se corresponde con una definición del concepto de clase obrera mucho más amplia que el viejo corporativismo de los oficios e incluso, que su organización por industria, rama o sector de actividad que pervive en la actualidad a finales del siglo XX, ya que organiza a los trabajadores con independencia de oficio o rama, de si trabaja, está en el paro o es precario, si es trabajador "sumergido" o no remunerado. En este sentido, las aportaciones del sindicalismo revolucionario -con las Bolsas de Trabajo y los Sindicatos Únicos- fueron experiencias organizativas de vanguardia, que convivieron con otras más clásicas, y de las que tenemos aún mucho que aprender cuando nos asomamos al siglo XXI.

Alternativa internacionalista

Cuando el sindicalismo mayoritario que se hacía en todos los países (una anticipación de lo de hoy) era reformista y socialdemócrata, el sindicalismo revolucionario fue alternativo y se extendió como una corriente internacional en Holanda (NAS), Alemania (FAU), Francia (CGT), Argentina (FORA), EE.UU. (IWW), Suecia (SAC), España (CNT), Italia (USI), México (CAM), Canadá (OBU) Portugal (CGT), Uruguay (FOR), Chile (IWW), Noruega (NF), Rusia (CRA), Australia (*Wobblies*) o Irlanda (UGTI del Transporte). El sindicalismo revolucionario experimentó su mayor vitalidad en las décadas de 191o y 1920, con la excepción de Suecia y España donde alcanzaron su auge más tarde [LINDEN y THORPE].

La acción directa

Fue una aportación que ya tenía precedentes en las luchas obreras del siglo XIX, pero que alcanzó una mayor definición y expresión en el período de auge del sindicalismo

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

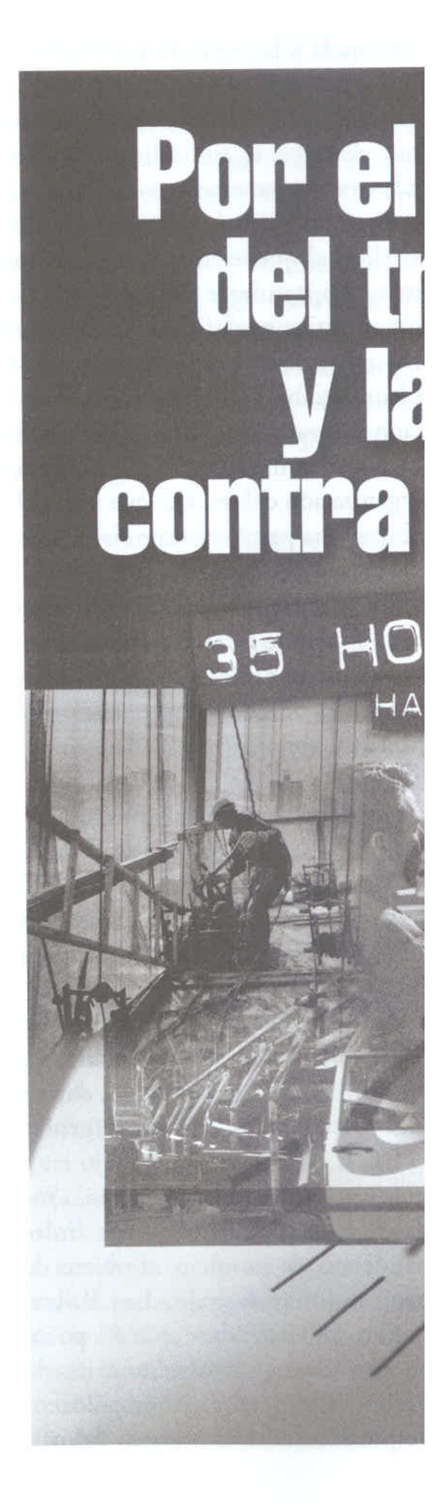
revolucionario. La acción directa no es la bomba en la calle, ni la guerrilla, ni el momento insurreccional como se han preocupado de propagar los ideólogos del capital y sus amigos colaboracionistas. La acción directa es la acción que se ejerce desde la autonomía obrera, sin intermediación de las instituciones, los partidos o el Estado.

El sindicalismo revolucionario oponía la acción directa de los trabajadores a los instrumentos de intermediación laboral creados por el Estado en la época y aceptados por el sindicalismo reformista. Se oponía a la intermediación laboral, a la regulación normativa, no por principios (como creyeron y creen actualmente los sectores fundamentalistas), sino porque estaban en condiciones de ejercer la acción directa y reclamar derechos sociales (por ley) muy superiores; por ejemplo la jornada de ocho horas, conseguidas legalmente, tras muchas huelgas como la de "La Canadiense" en 1919. Acción directa, ejercicio de la autonomía obrera que ha servido para conseguir el derecho de huelga, la reducción progresiva de la jornada laboral y los derechos de protección social en la historia del movimiento obrero. La acción directa, aportación del sindicalismo revolucionario, nos enseña hoy en día que nos basta con reclamar, reivindicar y votar, que lo que estemos en condiciones de imponer y de coger en cada momento, hay que hacerlo.

La autogestión

Tiene sus precedentes teóricos y prácticos en el devenir del sindicalismo. La Comuna de París de 1871 fue su máxima expresión en el siglo XIX y la revolución española de 1936, con sus colectivizaciones y la autogestión de sectores enteros de la producción en muchas ciudades, ha sido la expresión más clara en el siglo XX, la gran aportación del sindicalismo revolucionario. Pero la autogestión no son sólo momentos históricos; se hace día a día. Así lo entendieron los sindicalistas revolucionarios en Francia. El impulso autonomista, autogestionario, fue uno de los "motores" principales de la CGT antes de 1914. Se trataba de transformar el aislamiento social de los obreros en actitud voluntaria, de ir constituyendo una sociedad separada, un mundo aparte (un movimiento alternativo, se diría hoy); de apropiarse de esa marginación infligida a la clase obrera, de metamorfosearla en conciencia autónoma, en ejemplo autogestionario de vida, de transformar la exclusión en secesión y de volver contra la burguesía las armas que ella dirigía contra las masas obreras [JULLIARD, 1988].

Sobre la autogestión y la CNT, hay una amplia y conocida bibliografía que resalta la fuerza y la potencia de los ateneos, las sociedades obreras de todo tipo, las cooperativas de consumo, las escuelas libres, etc.; todo un movimiento autogestionario y al-



ternativo de la cultura, la salud, el consumo, la educación. Este movimiento irradiado por la CNT fue el puente -construido con el esfuerzo de miles y miles de trabajadores- entre "el mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones" y la revolución social. Un puente, el de la autogestión de cada día que es el auténtico legado del sindicalismo revolucionario a las generaciones posteriores.

La independencia política

Escaldados por las disputas políticas en el seno del sindicalismo, por las trifulcas de la Internacional, el sindicalismo revolucionario hizo gala de su independencia muy tempranamente, en el noveno congreso de la CGT (octubre de 1905), donde se aprobó la Carta de Amiens, que luego sirvió de ejemplo para muchos sindicatos:

> "El Congreso Federal de Amiens confirma el artículo 2, constitutivo de la CGT que dice: "La CGT tiene por objeto: 1) La agrupación de los asalariados para la defensa de sus intereses morales, materiales, económicos y profesionales; 2) Agrupa, fuera de toda escuela política, a todos los trabajadores conscientes de la lucha que hay que llevar a cabo para la desaparición del asalariado y del patronato. Nadie puede hacer uso de su título de confederado o de un cargo en la Confederación en un acto electoral político cualquiera".

El declive del sindicalismo revolucionario tuvo varios motivos: el primero de ellos, la fuerte represión estatal. En el Oeste, los gobiernos destruyeron con sus persecuciones, asesinatos y guerras el sindicalismo revolucionario de Italia, Portugal, Alemania, Holanda y España; el gobierno bolchevique acabó con el ruso y en Estados Unidos y en Méjico fueron debilitados significativamente por la persecución estatal. En segundo lugar, la revolución rusa de 1917 supuso el triunfo de la vía insurrecionalista -auspiciada por Lenin-, del comunismo "autoritario" defendido por Marx y Engels en la Internacional. Desde esta fecha histórica, el denominado marxismo-leninismo ha ejercido una fuerte influencia en una parte del sindicalismo, y un gran atractivo, un fuerte magnetismo para la clase trabajadora, que se acabó en 1989, cuando se derribaron muchos "muros", no sólo en Berlín. La influencia de la revolución rusa en el sindicalismo revolucionario fue muy fuerte desde un principio. La CGT pasó a ser la correa de transmisión del PC francés y de la CNT salieron los principales líderes del PC español. El triunfo de la revolución rusa y la posterior derrota de la revolución española dejaron con un sólo modelo o espejo donde mirarse a los trabajadores de todo el mundo. Y en tercer lugar y quizás, la causa más importante de la decadencia del sindicalismo revolucionario viene dada por la crisis económica de 1929. Tras dicha crisis, los cambios en la sociedad capitalista fueron muy importantes; cambios que arrasarían el sindicalismo revolucionario para dar paso a la "cogestión" del Estado del bienestar con el sindicalismo socialdemócrata y el control social mediante la sociedad de "consumo".

El sindicalismo en la sociedad del bienestar

A partir de 1913, Henri Ford comienzó a desarrollar la producción en serie de coches en su fábrica de Detroit. En su *My Life and Work*, Ford considera elemento decisivo para la producción en serie

> "... la uniformidad del producto. Su idea era concentrarse en un sólo modelo de coche, el modelo "T", diseñado por él mismo para

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

que fuese fácil de manejar, fácil de reparar, ligero de peso y con multitud de usos. Fue el primero en darse cuenta de que el mercado de coches podía ser ilimitado si se mantenían unos precios más bajos de los que hubieran parecido posible a cualquiera en aquel momento. Los otros empresarios se dedicaban a diseñar una gran variedad de coches a altos precios, destinados a un mercado restringido, pues estaban pensados para un grupo privilegiado de ricos. Ford comentaba: "cualquier cliente puede tener un coche pintado con el color que desee con tal de que sea negro". Incidentalmente, también fue el primero en darse cuenta de que la identificación de un producto derivada de su uniformidad podía actuar como reclamo publicitario. A los pocos años de iniciarse la producción en serie del modelo "T", Ford duplicó el sueldo de sus trabajadores, para que también pudieran comprar el coche" [REHETEL, 1979].

El fordismo inició una nueva época en el modo de producción capitalista y de control social: la sociedad de consumo masivo de bienes por parte de la clase trabajadora de los países industrializados y la importancia de la publicidad para inducir a un consumo, que como escala de valores se convirtió en uno de los elementos principales de control social por parte del capital. La producción en serie de un capital cada vez más monopolista, se llevaba mal con el "libre mercado". Los años veinte fueron definidos como los años "locos" de crecimiento y prosperidad. Todo iba a acabar en el otoño de 1929.

«Siempre que las empresas transnacionales fabrican sus productos allá donde los sueldos son más bajos y los gastos sociales y ambientales ni tan siquiera existen, el valor absoluto de sus costes desciende. Pero esto no sólo desciende el precio de las mercancías sino también el precio de la fuerza de trabajo».

"Repentinamente, cuando el profesor Fisher afirmaba que la creciente prosperidad norteamericana, mantenida por nuevos métodos de organización no podía terminar, se produjo una crisis en la Bolsa. Del 30 de septiembre al 31 de octubre de 1929, el valor de los títulos cotizados en la Bolsa de Nueva York baja 32 mil millones de dólares. Este desastre se prolonga en una crisis económica de tanta enjundia que quiebran innumerables bancos y se afrontará una desocupación sin precedentes. La cantidad de obreros sin trabajo, estimada en 2.508.000 el 20 de abril de 1930, en 5.699.999 el 30 de septiembre de 1931 y en 11 millones en diciembre de 1932, se eleva aún en 1933 hasta llegar a un mínimo de 15 millones". [DOLLEANS, 1969].

La crisis de 1929 permite al capital reconocer los límites del mercado, e identifica la capacidad que tiene para desarreglarlo todo; es por ello que desde los ideólogos y los economistas oficiales (Keynes) se demanda un "gran esfuerzo" de control, de autoridad, de democracia progresiva, de participación del Estado. El reformismo capitalista que nace en EE.UU., y se realiza como proyecto en el primer gobierno de Roosvelt (*New Deal*), comienza en 1933 y concluye en 1937. Una nueva experiencia, esta vez ampliada a todo el mundo occidental, la tendremos sólo al final de la década de los cincuenta y en los sesenta.

"¿Será éste el decenio que constituya la definición del siglo XX? Un capitalismo fuertemente innovador, democrático -en el sentido d

que los márgenes de beneficios son lo bastante altos como para permitir una redistribución continua de las rentas en favor de las clases trabajadoras y en general del proletariado social-, una tensión muy fuerte por legitimar el capitalismo en cuanto al desarrollo, de motivar la conciencia individual y colectiva en relación al consumo, de fundamentar la transformación sobre la abundancia". [NEGRI, 1992].

En julio de 1944, en la ciudad de Bretton Woods, las potencias ganadoras de la segunda Guerra Mundial diseñaron un nuevo Orden Económico Internacional, para conducir la economía mundial y "exportar" el desarrollo americano, el *New Deal*. De allí surgió el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Allí mismo se fraguó un pacto nunca escrito, que obligaba al reformismo capitalista y al reformismo sindical a impulsar el Estado del bienestar.

"En la sociedad predesarrollada los seres humanos generalmente vivían, en todo el mundo, como miembros de una familia extensa y de una pequeña comunidad cohesionada. Entre ellos mismos, su familia y su comunidad eran ampliamente autosuficientes: producían sus alimentos, sus enseres, los distribuían, criaban y educaban a sus hijos, cuidaban a sus ancianos y enfermos, organizaban su propia vida religiosa, mantenían la ley y el orden y, de hecho, se gobernaban a sí mismos con poca o ninguna interferencia de una autoridad central. Y lo que es más importante, la mayor parte de las actividades realizadas no eran remuneradas. Del mismo modo que los padres no cobran por cuidar a sus hijos, en una sociedad cohesionada la gente proporciona servicios a sus vecinos sobre bases relativamente no comerciales" [GOLDSMITH, 1995].

El Estado ha ido ampliando sus funciones a lo largo de la historia: de mantener la ley y el orden de las clases dominantes a prestar una serie de servicios públicos, de protección social. Desde las comunidades primitivas hasta la implantación de la primera Revolución Industrial en Europa a lo largo del siglo XIX, la familia extensa y la comunidad local tuvieron un papel importante en la autosuficiencia y la prestación de servicios a sus miembros. En el largo período feudal, la gran familia, las cofradías, las hermandades y las comunidades se encargaron de dar cohesión y proteger socialmente en la medida de sus posiblidades, a sus familiares, compañeros de oficio y vecinos frente al feudo de los nobles y el poder tiránico de los reyes. Estas redes de solidaridad, tejidas durante siglos, que dieron una cierta autonomía a los clanes, los oficios y las comunidades en la lucha por la supervivencia de sus miembros frente al mercado, fueron destruidas en 150 años de capitalismo al monetarizar todos los servicios y anular los lazos que unían a la familia extensa, a los gremios y a las comunidades locales.

Entre 1900 y 1940, la regulación de la negociación colectiva, la intermediación y la ayuda estatal en los sistemas sanitarios, de pensiones y seguridad social en general, avanzaron con respecto al siglo anterior. En el XIX, eran las sociedades obreras, las asociaciones de socorro, las mutualidades dependientes de los sindicatos de oficio y las sociedades benefactoras, las encargadas de asumir la escasa protección social, la atención sanitaria y en muchos casos la educación de la clase trabajadora. La negociación colectiva estaba poco a nada regulada, así como el derecho de asociación y huelga, cuando no eran perseguidos.

El sindicalismo revolucionario trató de crear todo un movimiento autogestionario, de asociaciones, ateneos y sociedades para asumir como tarea propia y alternativa la protección social, la salud y la educación. Sin embargo, lo que se abrió paso poco a poco en las sociedades industriales más ricas fueron los acuerdos en la negociación colectiva (Inglaterra, Alemania, Suecia, etc.) y la participación conjunta del Estado y los sindicatos reformistas en la protección social.



El sindicalismo alternativo del siglo XXI

Merece la pena detenerse a exponer el caso del seguro por desempleo en Suecia y la importancia que tuvo para desactivar el sindicalismo revolucionario. A partir de la década de 1930, los subsidios de desempleo en Suecia eran pagados por los sindicatos con fondos especiales, a los cuales el Estado contribuía con grandes aportaciones. La SAC en un principio rehusó participar en este esquema, pero un creciente número de afiliados la abandonó y se pasó a LO, sindicato socialdemócrata. En la SAC se extendió la opinión de que su supervivencia dependía de establecer un fondo de seguros de empleo propio. En 1942 la SAC tuvo su fondo de seguros por desempleo, después de un acuerdo con el gobierno por el cual donaba para el fondo 337.720 coronas. A pesar de ello, la SAC nunca recuperó la afiliación perdida durante los veinte años anteriores.

El Estado terminó por normativizar la negociación colectiva para regular el crecimiento salarial, por empresas, territorios e industrias o ramas de actividad. Incluso en la España franquista, en el año 1958 hubo una ley de negociación colectiva. Como para negociar eran necesarias dos partes, también se reguló la representación sindical.

Tras la segunda Guerra Mundial, el Estado del bienestar asume la prestación de servicios públicos y la protección social a la población en general y a la clase trabajadora en particular; junto al fomento del consumo de masas, el Estado del bienestar supondrá en las décadas del desarrollo, uno de los mejores instrumentos de control social. El Estado creó los Sistemas Nacionales de Educación, Salud y Seguridad Social (pensiones de jubilación e invalidez, prestaciones por enfermedad y accidentes de trabajo, y seguro de desempleo en las décadas del desarrollo (50-70) en todos los países de Europa, EE.UU, Japón, Australia y Canadá; también construyó viviendas de promoción pública (para alquiler o compra) y subvencionó los sistemas de transporte colectivo, deduciendo directamente de las nóminas de los trabajadores y, vía impuestos, el coste de todos estos nuevos servicios públicos. De ta manera que, además del salario di recto que se cobra en nómina, ha un salario diferido resultado de lo descuentos que se le hacen a cad trabajador para mantener el Estad del bienestar.

El sindicalismo en las décadas de desarrollo (o de la guerra fría) estab dividido en varias organizaciones in ternacionales, destacando la Confe deración Internacional de Organiza ciones Sindicales Libres (CIOSL) la Federación Mundial de Sindicato (FSM). Los sindicatos occidentale con los años fueron olvidándose po co a poco de la lucha obrera par centrarse en la negociación colectiv y en la "cogestión" del Estado d bienestar. Todo ello llevó a una ráp



«Aunque son muchas las toneladas de ceniza, el rescoldo revolucionario pervive y se aventa hoy en día por la combinación entre la resistencia del otro sindicalismo y la emergente contestación al capitalismo salvaje de fin de siglo. Convertir el rescoldo en llamarada es la aspiración de todos los corazones libertarios».

da institucionalización sindical, a un sindicalismo de servicios, como la IG Metal de Alemania que presumía de ser la primera constructora del país; al ser imitada -en años posteriores- por otros sindicatos, hemos asistido a sonoros escándalos y estafas (la PSV de UGT, por ejemplo), que han servido al Estado como un arma formidable de chantaje hacia una burocracia sindical que gracias a "ello" se libra de la cárcel.

Entre los años 1968 y 1978, transcurrió un nuevo ciclo de luchas obreras, de oleadas de huelgas (equiparables en intensidad a las de 1869-1876 y 1900-1917), que iba a romper la imagen pacífica y bonancible de las décadas del desarrollo, del Estado del bienestar. Fueron huelgas salvajes, en Inglaterra, en EE.UUU. (Detroit), en Italia, Alemania, Francia, España, etc.; huelgas en contra del modelo de sindicalismo reformista, organizadas en asambleas de trabajadores, en comités de base, que elegían directamente a comités de huelgas, a comisiones de negociación. El sindicalismo organizado por ramas o industrias (abandonada ya la estructura de oficios) no estaba interesado en buscar el sujeto capaz de paralizar la producción, el sector de trabajadores que por su posición en el proceso productivo podía desencadenar el conflicto de clase. Lo que no buscaban los sindicatos lo encontraron los trabajadores, los pequeños colectivos organizados: el obrero de la cadena de montaje, si paraba, cesaba la cadena, cesaba la producción. Las huelgas salvajes (sin previo aviso), los paros estratégicos, los sabotajes a las cadenas de finales de los años sesenta y buena parte de los setenta, demuestran que la lucha obrera había encontrado el sujeto movilizador en el "obrero masa", aquel al que había imputado el capital el trabajo masificado de la producción desde finales de la primera Guerra Mundial y que había tenido su apogeo en la crisis de 1929. El *New Deal* roosveliano determinó a través de la intervención del Estado un consumo de masas, allí donde existía una producción de masas desde una década antes [NEGRI, 1992].

Para la lucha obrera el reconocimiento del sujeto, del "obrero masa", llegó tarde y el ciclo de huelgas que comenzó en 1968 fue el ocaso de esta figura. Si el sindicalismo de oficio tuvo como sujeto activo de las luchas al obrero profesional durante el desarrollo de la primera Revolución Industrial, sólo el sindicalismo revolucionario, que tuvo su máximo auge entre las décadas de 1910 y 1930, coincidiendo con la segunda Revolución Industrial, supo identificar parcialmente al "obrero masa", al cambiar sus estructuras organizativas (sindicatos de industrias y únicos) y aprovechar su combatividad como punta de lanza de las luchas sociales. Un reconocimiento parcial porque, aunque la pérdida de "peso" del obrero cualificado ya era una realidad, no sería hasta décadas posteriores -con un sindicalismo revolucionario ya vencido- cuando se generalizaría la producción en serie y la cadena de montaje.

A partir de 1973, nos encontramos con una nueva crisis económica. Como en todas las anteriores, es una crisis de capacidad reproductiva del capital: sobreproducción, ciclo de luchas obreras, encarecimiento del petróleo (energía fundamental en el siglo XX, que encarece los costes de la producción industrial) caída de la tasa de ganancia. La respuesta del capital es una nueva organización del trabajo basada en las innovaciones tecnológicas de la robótica, la informática y la telemática; en la descentralización productiva y en la globalización de la economía mundial. Estos cambios son denominados *postfordistas* porque acaban con la centralización productiva de la gran fábrica y con los miles, millones de "obreros masa", para implantar en el territorio de la producción la "fábrica difusa". Esta huye, deslocalizándose de las sociedades industriales, para implantarse allí donde los costes salariales y de producción sean más bajos; ya no reside en los polos industriales y se difumina en el conjunto de la ciudad, entre el trabajo a domicilio, el taller clandestino, la industria auxiliar y la fábrica robotizada. A estos cambios no se les ha dado en llamar "tercera revolución industrial" porque el centro de la crisis recae sobre la industria, y son los servicios el sector emergente; el consumo emplea a la mayor parte de los trabajadores y determina la producción en general.

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

En la década de los ochenta, las reconversiones industriales producidas por los efectos de la robótica son el "pan de cada día" en la industria pesada de toda Europa y los EE.UU.: astilleros, acerías, automoción, etc. Las industria textil, de la confección y del calzado, se sumergen y deslocalizan; de los países indistriales al Magreb, a México y Centro América, a Asia. Se pierden millones de puestos de trabajo.

Las innovaciones tecnológicas suponen una auténtica revolución en los servicios, comenzando con los cajeros automáticos y los lectores de estado de cuentas y terminando con la informatización de todas las oficinas. La productividad alcanza incrementos exponenciales y en los años noventa la "reconversión" llega al sector de los servicios; mientras, el paro se convierte en estructural, en todos los países ricos.

La descentralización productiva, incrementa la productividad, al sustituir los buenos salarios de los trabajadores de los grandes centros de trabajo por el trabajo negro de la economía sumergida, el destajo o el trabajo por piezas del empleo a domicilio y de los autónomos, o los bajos sueldos de las industrias auxiliares. En toda esta cadena, las relaciones de un eslabón con otro son las relaciones mercantiles, por lo que la precariedad laboral va en aumento conforme baja el nivel de los eslabones.

El resultado de todo ello son 20 millones de parados en Europa (más de 30 millones en el conjunto de la OCDE), otros tantos trabajadores precarios (a tiempo parcial, contratos temporales, autónomos, trabajo en economía sumergida o informal) y 50 millones de pobres. Una sociedad que se dualiza, en la que cada día hay mas "sin": techo, tierra, papeles, derechos ... más excluidos.

«En la década de los noventa, el sindicalismo se ha tornado corporativo, ha reducido la afiliación hasta quedarse sólo con los trabajadores fijos de las grandes empresas o funcionarios. De la negociación colectiva por arriba, se ha hecho un "arte" para escenificar el consenso social (...)».

En los procesos de globalización económica de los últimos veinte años, las políticas están subordinadas a la Economía (con mayúsculas). Existen dogmas incuestionables: el mercado, la competitividad, la productividad, pilares sobre los que se asientan el pensamiento único, la "única" política posible: el neolibealismo. En la década de los novent el sindicalismo se ha tornado corp rativo, ha reducido la afiliación has quedarse sólo con los trabajadores f jos de las grandes empresas o fur cionarios. De la negociación colect va por arriba, se ha hecho un "art para escenificar el conse so social, ya sea en l convenios, en los exp dientes de regulación, l planes de empleo, l pactos para reducir el si tema público de pensi nes, las reformas labora o los acuerdos para priv tizar servicios públicos. sindicalismo reformista ha implicado tanto en institucionalización q ya es un aparato más d Estado, un instrument más de control social.

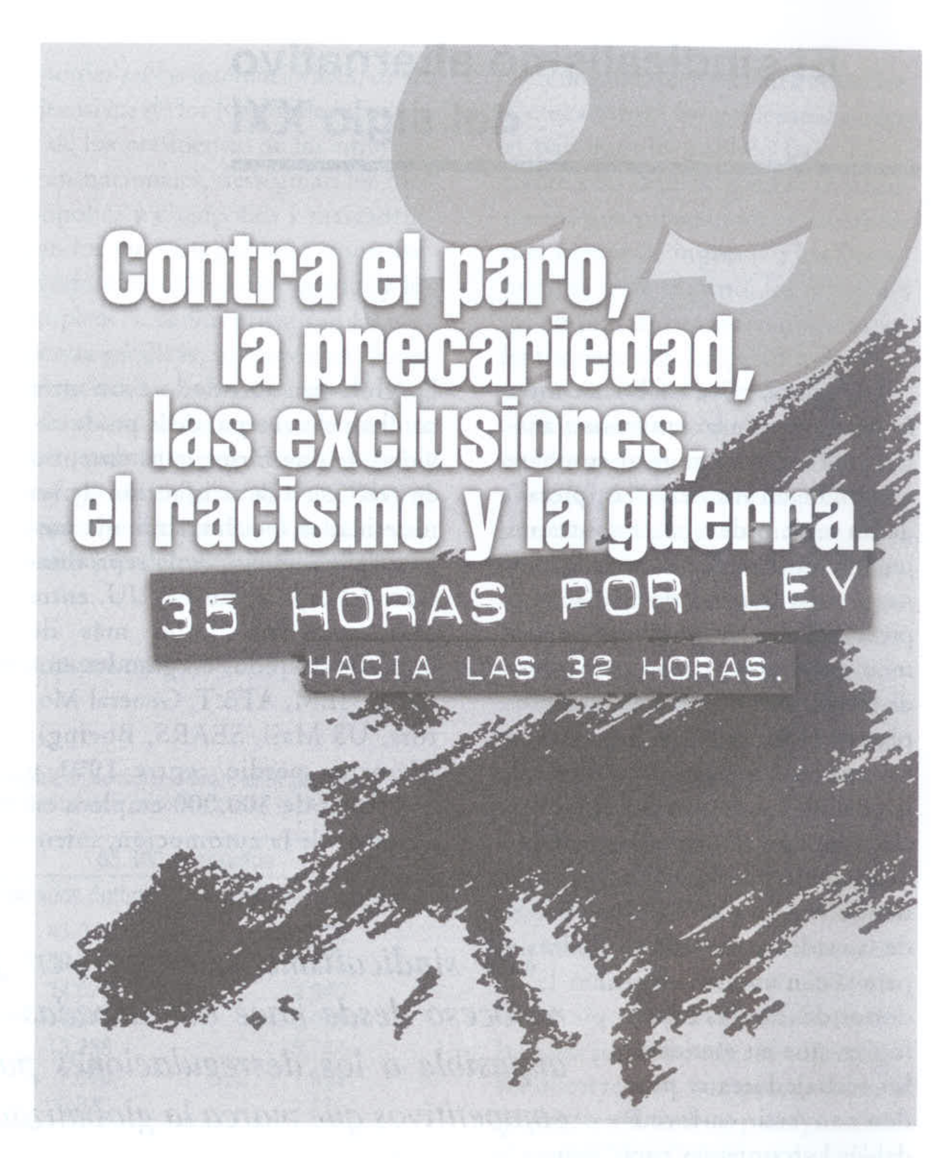
GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA, LUCHA OBRERA Y SINDICALISMO

A partir de 1990 comienzan a r verdecer algunas plantas que parec an muertas; el fuego bajo las cen zas alumbra de nuevo: en las hue gas de 1995, en Francia; en las l chas de los mensajeros UPS (199 y de los trabajadores de la Gener Motors en EE.UU.(1998); en l movilizaciones contra el paro en t da Europa a partir de 1997; en combate de los Sin Tierra en Bras durante toda la década; en las l chas obreras de Corea (1994

1997), ... se refleja el viejo rescoldo del sindicalismo revolucionario; es un sindicalismo alternativo con poca presencia en Europa y EE.UU., pero que ya está presente en la escena internacional, que quiere recuperar los principios fundacionales del sindicalismo y aportarle todo lo que de nuevo y transformador se pueda incorporar.

"Nada es hoy más móvil que el capital. Las inversiones internacionales dirigen los flujos comerciales, transferencias multimillonarias a la velocidad de la luz determinan las cotizaciones así como el poder adquisitivo internacional de un país y su divisa. El motor de los negocios ya no son las diferencias relativas de coste. Lo que cuenta es la absoluta ventaja en todos los mercados y países al mismo tiempo. Siempre que las empresas transnacionales hacen fabricar sus productos allá donde los sueldos son más bajos y los gastos sociales o gastos de protección del medio ambiente ni siquiera existen, el valor absoluto de sus costes desciende. Pero con esto no sólo desciende el precio de las mercancías, sino también el precio de la fuerza de trabajo" [MARTIN y SCHUMANN].

"La absoluta ventaja en todos los mercados y países al mismo tiempo" es ejercitada por las empresas transnacionales mediante el uso de la competencia salvaje. Para exponer con más detalle, los comportamientos del capital en esta "ley" de la selva, podemos dividir en tres apartados la exposición: 1) competitividad entre centros de trabajo; 2) competitividad y empleo; y 3) competitividad y desregulaciones.



Competitividad entre centros de trabajo

Las empresas transnacionales localizan su producción en los países y factorías donde los costes laborales son más baratos. El sector de la automoción en un buen ejemplo. Entre 1990 y 1994 General Motors despidió a 74.000 trabajadores en sus factorías de EE.UU. para trasladar su producción a otros lugares. Una nueva oleada de deslocalizaciones hacia las factorías de México y Canadá provocó las luchas de los trabajadores de General Motors de 1998. En la planta de la Ford en Almusafes (Valencia), la empresa pretendía en la negociación del último convenio colectivo (1998), aumentar la productividad sin generar nuevos empleos chantajeando a la plantilla con amenazas de despidos al trasladar la fabricación de un nuevo modelo de coche (el Focus) a sus fábricas de Alemania. La amenazante videoconferencia de los altos ejecutivos norteamericanos de la Ford dieron su resultado. En 1997, Renault decidió cerrar la fábrica de Vilborde (Bélgica) debido a los altos costes salariales. La lucha de los trabajadores belgas fue infructuosa; la carga de trabajo se desvío hacia las factorías que FASA-Renault tiene en Palencia y Valladolid, con el beneplácito de CCOO-UGT.

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

La lucha fábrica a fábrica contra las decisiones de las empresas transnacionales se asemeja al combate que pudieran mantener las "piezas" de un tablero de ajedrez contra un jugador que tiene su estrategia de juego y en función de ella "mueve pieza". El día que las "piezas" se animen a moverse autónomamente y de forma conjunta elaboren su propia estrategia, la lucha obrera contra las empresas transnacionales tendrá la posibilidad de mandar el tablero al garete. Los primeros pasos de coordinación ya se están dando, no con el "lujo" de las videoconferencias, pero sí con usos más modestos de nuevas tecnologías, que en manos de los trabajadores se pueden convertir en formidables herramientas para ejercitar un internacionalismo proletario del que ya fuimos pioneros ene el siglo XIX.

Competitividad y empleo

Desde los medios de comunicación constantemente se bombardea a los trabajadores con razonamientos como el que sigue: "la empresa que no es competitiva en los mercados internacionales sólo tiene dos soluciones: cerrar o aumentar la productividad rebajando los costes de producción para adentrarse en el mundo de la globalización".

La globalización de la economía conlleva el aumento de la productividad de una forma constante, no en relación a la satisfacción de las necesidades sociales, sino a la mejora del beneficio, de la reproducción del capital. En EE.UU, entre 1991 y 1994, hubo más de 620.000 despidos en grandes empresas (IBM, AT&T, General Motors, US Mail, SEARS, Boeing). Alemania perdió entre 1991 y 1995 más de 300.000 empleos en el sector de la automoción, mientras la producción de vehículos es constante. En España, Telefónica ha pasado de tener una plantilla de 73.000 trabajadores en 1993 a 54.000 en 1998, y pretende despedir a 10.000 trabajadores más para el año 2000; la banca, con sus escandalosos beneficios (622,8 millardos de pesetas en 1998, un 23% más que en 1997), tenía 155.656 empleados en 1989 y pasó a 139.1998 en 1997, y con las nuevas fusiones los despidos "no traumáticos" están a la orden del día.

«El sindicalismo europeo –en franco retroceso desde hace dos décadas– asiste impasible a las desregulaciones para ser competitivos que marca la globalización de la economía».

La globalización económica y la competitividad como norma suprema que rige los mercados está abocando a la desaparición de miles y miles de empleos en el sector servicios en todo el mundo. Es "la gran tala" descrita por MARTIN y SHUMANN (véanse tablas)

Esta gran tala de empleos bien remunerados en el sector servicios no significa en muchos casos desaparición de empleos por introducción de nuevas tecnologías, sino cambio de empleos fijos por otros precarios y mal pagados en subcontratas o empresas de trabajo temporal. La competitividad "exigible" para sobrevivir en el mundo de la globalización se está alcanzando, tanto por la introducción de nuevas tecnologías que suprimen empleos como por la precarización laboral que abarata costes de producción.

El sindicalismo institucional en Europa está colaborando a la flexibilización, adptación y movilidad del mercado de trabajo para adecuarse a la competitividad. La lucha contra el paro y la precariedad cristaliza, a partir del segundo lustro de los años noventa, en una contestación social puntual e incipiente que converge en la Marcha europea a Amsterdam de 1997. La lucha se acrecienta con

las movilizaciones de los parados franceses (1998) y de otros países del continente. La Red de Marchas europeas, que aglutina a más de 80 asociaciones, colectivos y sindicatos alternativos de 14 países, tiene una nueva "cita" en Colonia, la capital de la cólera, el 29 de mayo de 1999.

Competitividad y desregulaciones

Los gobiernos de los países de la OCDE están reduciendo la influencia sus estados respectivos en la economía. Siguiendo los dictados de los grandes *lobbys* internacionales, de los ejecutivos de los fondos de inversión y de los presidentes de las empresas transnacionales, desregulan los monopolios y oligopolios y mercantilizan los servicios públicos, contribuyendo a la caída de los salarios y los empleos. Cuando privatizan las empresas públicas, los servicios de correos, teléfonos, agua, ferrocarriles, transporte aéreo y por carretera, se desregula el mercado eléctrico y el energético en general, liberalizan el comercio internacional de estos servicios y lo desregulan todo, desde las tecnologías a las relaciones laborales. De esta forma, los gobiernos venden el patrimonio público para hacer frente a las deudas; parches momentáneos que privarán en el futuro de una fuente de ingresos a los Presupuestos y, de camino, les ofrecen a las empresas transnacionales suculentos negocios. La política neoliberal pone a "dieta" al Estado.

El sindicalismo europeo -en franco retroceso desde hace dos décadas- asiste impasible a las desregulaciones para ser competitivos que marca la globalización de la economía. Impasible de manera inaudita, ya que en los servicios y empresas públicas europeas se encuentra el grueso de la afiliación sindical, que se ve amenzada en su estabilidad por las privatizaciones y los criterios productivistas que se introducen en el trabajo de los servicios y administraciones públicas. La Confederación Europea de Sindicatos (CES) y sus sindicatos miembros prefieren "ganar terreno" en el marco de la institucionalización –que beneficia ampliamente las arcas pagadoras de sus voluminosas burocracias-, aunque sea a costa de perder afiliación y prestigio entre el nucleo "duro" de los trabajadores sindicados.

Exite otra desregulación, la normativa. El Derecho del Trabajo está padeciendo los empellones de la globalización. Hay dos modelos de negociación colectiva: la centralizada o europea y la descentralizada o "americana", que están siendo profundamente erosionadas por la mundialización de la economía.

La negociación colectiva centralizada está ampliamente desarrollada en Europa, con sueldos mínimos interprofesionales, convenios sectoriales nacionales, regionales y provinciales, estatutos, ordenanzas, reformas laborales y toda una batería de

TABLAS I, II. PUESTOS DE TRABAJO AMENAZADOS POR LA ¿GLOBALIZACIÓN? EN EL SECTOR SERVICIOS

I.- BANCOS

Empleados excedentes dentro y fuera de Alemania en consorcios financieros alemanes y austríacos, medido por la productividad del gran banco americano Citicorp en el año 1995.

	CITICORP	85.300 empleados	
NOMBRE	Empleados totales	Empleados óptimos*	Empleados sobrantes*
DEUTSCHE BANK	74.129	43.043	31.076
DRESDNER BANK	46.890	20.217	26.673
COMMERZBANK	29.615	14.675	14.940
BAYR. VEREINSBANK	22.188	14.213	7.975
BAYR. HYPOBANK	18.982	13.238	5.744
BANK AUSTRIA	8.953	7.000	1.953
CA-BANKVEREIN	7.485	6.310	1.175

*medidos por la productividad del gran banco americano

Ejemplo de lectura: Si el Deutsche Bank trabaja con la misma eficacia que el Citicorp, a igualdad de beneficios se necesitarán 31.076 empleados menos de los que trabajaban en el mayor instituto monetario de Alemania en el año 1995.

Fuente: Memorias anuales de los bancos

II.- TELECOMUNICACIONES.

Empleados excedentes de las empresas europeas de telecomunicaciones, medido por la productividad de la compañía telefónica norteamericana Pacific Telesis en el año 1994.

	PACIFIC TELESIS/USA	51.600 empleados	
NOMBRE	Empleados totales	Empleados óptimos*	Empleados sobrantes*
DEUTSCHE TELEKOM	225.000	132.264	92.736
BRITISH TELECOM	137.500	91.512	45.988
TELIA/SCHWEDEN	32.593	20.150	12.443
PTT AUSTRIA	18.040	12.433	5.607
UE	919.600	597.498	322.102

*medido por la productividad de la compañía telefonica americana.

Fuente: ITU World Comumunications Indicators Batabase; Sirius.

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

normativas. El modelo de negociación colectiva europea es jerárquica: los grandes convenios y acuerdos delimitan y condicionan las negociaciones de ámbitos menores (región, provincia, empresa, etc.), salvo contadas excepciones en las que la regulación normativa es de mínimos. Esta fórmula negociadora facilita los acuerdos por arriba de las cúpulas sindicales y patronales con los gobiernos; es el instrumento que ha facilitado la autonomía de la burocracia sindical con respecto a su afiliación. En la actualidad, el modelo europeo de negociación colectiva es considerado por los agentes de la globalización (FMI, BM, transnacionales, etc.) como un factor rígido y limitador para la competitividad que desea no uniformidad, sino diversidad salarial en función de la productividad.

La negociación colectiva salarial descentralizada o "americana" es una de las ventajas que los "expertos" en globalización le dan a EE.UU. sobre Europa. La negociación en EE.UU. se reduce a los aspectos salariales, ya que el capitalismo norteamericano se ha encargado, en los últimos cincuenta años, de destruir todo atisbo de sindicalismo generalista o de clase y, desde la época Reagan, la persecución empresarial al sindicalismo corporativo de rama o sector ha sido brutal. La negociación salarial en EE.UU. es descentralizada, empresa a empresa y, aún mucho más: dentro de una misma empresa la negociación por categorías perofesionales y la individual cada día es más normal. La vieja Europa pretende seguir la estela norteamericana en la regulación normativa, para precarizar todo el mercado de trabajo (el Reino Unido y España son los "alumnos" aventajados en la UE) y se mira con envidia el sistema de negociación salarial que poco a poco va introduciéndose.

El sindicalismo alternativo europeo ve torpedeado día a día sus posibilidades de estar presente en los

TABLAS III, IV. PUESTOS DE TRABAJO AMENAZADOS POR LA ¿GLOBALIZACIÓN? EN EL SECTOR SERVICIOS

III.- COMPAÑÍAS AÉREAS.

Empleados excedentes de las compañías aéreas europeas, medido por la productividad de la compañía aérea norteamericana United Airlines en el año 1995.

UNITED AIRLINES		81.160 empleados	
NOMBRE	Empleados totales	Empleados óptimos*	Empleados sobrantes*
LUFTHANSA	57.586	35.744	21.842
BRITISH AIRWAYS	53.060	42.432	10.628
AIR FRANCE	37.323	22.386	14.937
SAS	18.710	8.366	10.344
SWISSAIR	16.226	9.017	7.209
AUSTRIAN AIRLINES	3.862	2.221	1.641
AEA (Association of European Airlines)	311.333	186.209	125.124

*medido por la productividad de la compañía aérea norteamericana

Fuentes: Association of European Airlines, Yearbook; IATA, World Air Transport Statistics; memorias anuales de las líneas aéreas.

IV.-SEGUROS

Empleados excedentes en el sector europeo de seguros, medido por la productividad del sector de seguros francés en el año 1994.

FRANCIA		122.000	
PAÍS	Empleados totales	Empleados óptimos*	Empleados sobrantes*
ALEMANIA	248.561	144.267	104.294
GRAN BRETAÑA	221.031	130.046	90.985
SUIZA	36.510	27.792	8.718
AUSTRIA	32.440	11.721	20.719
SUECIA	19.000	12.724	6.276
ESTADOS UNIDOS	911.571	566.361	345.210

* medido por la productividad del sector de seguros francés.

Fuentes: ECDE, Insurance Statistics Yearbook, París 1996; European Insurance Figures.

«Paralelamente a la fabricación just-in-time *(producción por encargo, a la demanda), las empresas inventaron el* just-in-time-worker, *el empleado que viene cuando se le llama, los modernos jornaleros de ETT, que en EE.UU. suman la cantidad de 10 millones. El mayor empleador en Estados Unidos no es ninguna empresa multinacional, sino la ETT Manpower».*

procesos importantes de negociación colectiva, debido a una legislación sindical sobre representatividad que está hecha a medida del sindicalismo institucional. Reivindica la regulación normativa en materia salarial (salario mínimo interprofesional europeo) que impida el *dumping* social entre países (o lo que es lo mismo: los enfrentamientos por ser más competitivos entre los trabajadores), y la negociación colectiva por abajo, por la base, que permita la participación y la toma de decisiones por parte de los afectados; única alternativa para revitalizar la lucha obrera y el sindicalismo revolucionario.

Con mucha frecuencia se pone como ejemplo el modelo EE.UU. a la hora de defender la globalización de la economía, ya que los porcentajes de paro no llegan al 5% actualmente (4,9% en 1997). Se les olvida, a los cantores del modelo EE.UU., que la mayor parte de las empresas transnacionales tienen su domicilio central en los Estados Unidos y que este país se encuentra con beneficios de la globalización, donde otros padecen devaluaciones, paro, recesiones, pobreza y guerras. Pero no es "oro" todo lo que reluce; arañemos la capa superficial del modelo americano.

A mediados de los años ochenta, los competidores japoneses y europeos habían penetrado con tal intensidad en el mercado americano de bienes de consumo de alto valor (coches y electrónica), que la economía norteamericana con sus grandes consorcios al frente plantearon una estrategia de "racionalización" y descensos salariales para aumentar la productividad. Diez años después, los resultados parecen justificar el sacrificio: EE.UU. tiene la economía más productiva del mundo... y la fuerza de trabajo más barata. Clintón podía jactarse ante sus colegas europeos en la reunión del G-7, celebrada en 1997, en Denver, Colorado, de que en sus dos periodos se habían creado más de 20 millones de empleos netos, mientras que en Europa no se alcanzaban los 2 millones [SEBASTIÁN, 1998].

Entre 1973 y 1994 el producto interior bruto (PIB) per cápita de la población de los EE.UU. creció en un tercio en términos reales y, al mismo tiempo, los salarios brutos medios de todos los empleados sin funciones directivas cayeron en un 19%. A la mayor parte de los directivos se les paga para rebajar por todos los medios los costes laborales: sus elevados ingresos aumentaron desde 1979 en un 66% neto. Ya en 1980 cobraban unas 40 veces más que sus empleados de a pie; hoy su proporción es de 1:120. El 20% de los norteamericansos difrutaron durante 1995 del 4% del Ingreso Nacional, mientras que el 5% de los ricos acaparaban el 22%. El porcentaje más rico de los hogares de EE.UU duplicó sus ingresos desde 1980 y los "diez mil de arriba", aproximadamente medio millón de superricos, poseen hoy un tercio del patrimonio privado de Estados Unidos [MARTIN y SHUMANN, 1998].

Según el Ministerio de Trabajo de EE.UU., más de 43 millones de puestos de trabajo han desaparecido desde 1979. El problema no es de desempleo -los despedidos encontraron trabajo a las pocas semanas-; el problema es el de la calidad del empleo que se encuentra. Los datos del Ministerio de Trabajo muestran que sólo el 35% de los que dejan un empleo encuentran otro igual o mejor pagado que el anterior. El 65% restante se tiene que conformar con ganar menos, trabajar más horas y cambiar de ciudad. En los EE.UU., "la avanzadilla de la globalización", en las relaciones laborales se muestra claramente el cambio de paro por precariedad.

Los 43 millones de empleos perdidos se encuentran repartidos en:

• Subcontratas. Miles y miles de trabajadores a los que se les comunicó su despido serían asumidos por subcontratas de sus empresas, sólo que con salarios más bajos, sin seguro de enfermedad ni pensión y con la condición de no estar afiliados a sindicatos.

• Autónomos. Millones de antiguos empleados hacen hoy como autónomos el mismo trabajo de antes, pero se les paga por trabajo concreto y sólo conforme a las necesidades del mercado, asumiendo todos los riesgos de las relaciones mercantiles con sus antiguas empresas.

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

• Trabajo a tiempo parcial. El número de trabajadores a tiempo parcial ha crecido de forma vertiginosa. Casi 5 millones de trabajadores se ven obligados a tener dos o más trabajos a tiempo parcial debido a los bajos salarios. La lucha de los trabajadores de UPS, la mayor compañía de mensajería de EE.UU., durante 1997, tuvo una reivindicación central clara: cambio de los contratos a tiempo parcial (casi toda la plantilla) por contratos a tiempo completo. Fue la primera lucha importante que se ganó desde el mandato Reagan.

• ETT. Paralelamente a la fabricación *just-in-time* (producción por encargo, a la demanda), las empresas inventaron el *just-in-time-worker*, el empleado que viene cuando se le llama, los modernos jornaleros de ETT, que en EE.UU. suman la cantidad de 10 millones. El mayor empleador en Estados Unidos no es ninguna empresa multinacional, sino la empresa de trabajo temporal Manpower.

"De ahí que el economista del MIT, Thurow, considere en el mejor de los casos confusa, poco más que propaganda, la estadística oficial de paro de las autoridades norteamericanas. A los siete millones de personas que oficialmente buscaban empleo en el año 1995, que la Secretaría de Trabajo calcula únicamente basándose en encuestas, habría que añadir otros seis millones que realmente necesitan trabajo, pero que han dejado de buscarlo. Además hay aproximadamente 4,5 millones de empleados que trabajan contra su voluntad a tiempo parcial. Si se suman estos tres grupos, ya es el 14,% de la población activa la que carece de un empleo decente. El ejército de los subempleados crece a un porcentaje del 28% si se incluyen los grupos que sólo tienen trabajo ocasionalmente: 10,1 millones de trabajadores temporales y empleados ocasionales, así como 8,3 millones de autónomos que, en su mayoría especialistas de formación universitaria, sólo obtienen raras veces suficientes encargos. A esto corresponde la distribución de los ingresos" [MARTIN y SCHUMANN, 1998].

«El organismo laboral de las Naciones Unidas, la OIT, considera que cerca del 20% de los trabajadores norteamericanos trabajan por salarios situados por debajo del límite oficial de la pobreza; son los working poor*».*

El organismo laboral de las Naciones Unidas, la OIT, considera que cerca del 20% de los trabajadores norteamericanos trabajan por salarios situados por debajo del límite oficial de la pobreza; son los *working poor*. Por término medio los trabajadores de los EE. UU. tienen que trabajar más tiempo que sus colegas de los países de la OCDE, disfrutan de la seguridad social más escasa, de la mayor movilidad geográfica para poder trabajar y son los que más rotan, los que se ven obligados a cambiar más veces de trabajo.

Desde 1970, la gran mayoría de la población de Estados Unidos ha tenido que asumir pérdidas, mientras que una minoría multiplicaba su patrimonio en ingresos. Los capitalistas se enriquecen cada vez más mientras la clase trabajadora se empobrece. El modelo EE.UU. pasa "a la gente por máquina de picar carne", y no crean que esta afirmación está extraída de un disco de un grupo de rock radical, sino de Edwar Luttwak, economista conservador, antiguo defensor de la guerra fría convertido ahora en agudo crítico de la economía neoliberal, que

«Si el sindicalismo pierde peso y retrocede ante la globalización mundial de la economía, las empresas transnacionales se agrupan en asociaciones, lobbys y grupos de presión. El sindicalismo ha perdido el internacionalismo proletario, *aceptando la competencia entre trabajadores de diferentes países».*

está destruyendo la cohesión social en los EE.UU.

La *explosión del desorden* en la sociedad norteamericana es evidente y los telediarios se encargan todos los días de acercárnoslo a la mesa. Es imposible de ocultar el aumento de la población penitenciaria fruto de los comportamientos desordenados, de la falta de cohesión social, de la pobreza. En 1970 había 196.429 presos adultos en EE.UU., 97 por cada cien mil habitantes; en 1994 la población penitenciaria adulta aumentó a 1.012.851, es decir, 373 presos por cada cien mil habitantes. Los presos y la pobreza, los *working poor,* tienen color; los pobres norteamericano son: hispanos el 30,3%, negros un 29,3%, asiáticos el 14,6% y blancos (no hispanos) un 8,5%.

La base organizativa del sindicalismo en EE.UU. ha sido quebrada por la competencia globalizadora. En 1980 más del 20% de los empleados y trabajadores eran miembros de un sindicato; en 1991, de 103 millones de asalariados sólo 17 millones, el 16%, estaban sindicados, y en 1995, el porcentaje había descendido al 10% . Sólo el sindicato de trabajadores de la automoción (UAW) había perdido medio millón de afiliados. En los años sesenta la afiliación sindical llegó a superar el 35% de los asalariados [MARTIN y SCHUMANN, 1998; SEBASTIÁN, 1998].

Si el sindicalismo pierde peso y retrocede ante la globalización mundial de la economía, las empresas transnacionales se agrupan en asociaciones, *lobbys* y grupos de presión. El sindicalismo ha perdido el *internacionalismo proletario,* aceptando la competencia entre trabajadores de diferentes países; entre asalariados de diferentes factorías y países pertenecientes a una misma empresa; entre trabajadores del mismo centro de trabajo. Mientras por las "alturas", más de 55 sindicatos que dicen "representar" a cerca de 70 millones de trabajadores forman parte del pesebre institucional de la OCDE, más conocido como TUAC (Comité Asesor de Sindicatos). Para avanzar en el mercado mundial, las empresas transnacionales se agrupan; un buen ejemplo de elllo es su participación en el AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones). Así se describe en *El mito de la globalización neoliberal,* de Iniciativa Autogestionaria:

• Mesa Redonda Europea de Industriales (ERT). Pertenecen a la ERT, más de 45 multinacionales con sede central en Europa: Unilever, Fiat, Siemens, Nestlé, British Petroleum, Daimler Benz, Philips, Cepsa, Iberdrola, Telefónica, Shell...

• Consejo de EE.UU. para el Comercio Internacional (USCIB). Fundado en 1945 para promover un sistema abierto de comercio, inversión y finanzas a nivel mundial, tiene entre sus miembros a grupos de presión industrial, bancos y más de 300 multinacionales: Unilever, Cocacola, General Motors, Nestlé-USA, McDonalds, Texaco, Monsanto, Philips-Morris, Ford, Dupont, Chevron, ATT...

• Consejo Industrial sobre Asuntos Nacionales (BNCI). Fundado en 1976 en Canadá es similar a la ERT. Entre sus más de 30 miembros se encuentran: Air Canada, Hewlett Packard, General Motors, Nestlé, Mitsubishi, Monsanto, Northern Canada, Petro Canada, Dupont, Placer Dome, ATT...

• Coalición Industrial Japonesa (KEIDANREN). Cuenta con más de 1000 miembros entre los que destacan: Toyota, Nissan, Sony, Mitsubishi, Nippon Stell Coo., Sakura Bank...

• Consejo Mundial de Comercio sobre Desarrollo Sostenible (WBCDS). A pesar de su nombre e imagen "verde", sostienen como receta para el desarrollo sostenible la liberalización del mercado global y la autorregulación por la industria en lugar de la intervención estatal. Su enfoque dejó "huella" en las cumbres de Río y Kioto. Pertenecen a WBCDS: Unilever, Toyota, Xerox, British Petroleum, Sony, Nestlé, Mitsubishi, Texaco, Shell, Fiat, ATT, Hitachi, Mobil Samsung...

• Cámara Internacional de Comercio (CIC). Se define a si misma como "la organización mundial de los negocios". Sus miembros no son las Cámaras de Comercio de cada país, sino distintas asociaciones nacionales de negocios y las principales empresas transnacionales a nivel mundial: Bayer, British Petroleum, Dow Chemical, General Motors,

El sindicalismo alternativo del siglo XXI

Nestlé, Shell, Hyundai, Novartis, Toshiba, Zeneca... Su presidente es Helmuth Maucher presidente de Nestlé y de la ERT, y su secretaria general es Maria Livacher, conocida porque durante dos décadas trabajó por hacer del Foro Económico Mundial y de su cumbre anual de Davos, uno de los puntos de encuentro más importantes a nivel político y económico en el plano mundial.

El internacionalismo que la patronal ha arrebatado al movimiento obrero no es solidario, ni se basa en la cooperación. Muy al contrario, tiene sus fundamentos en la competencia mundial y sirve para extender el dominio del capital hasta el último rincón del planeta. Pero al mismo tiempo acelera el caos financiero y las crisis económicas en México, Rusia, Asía, Brasil... en un mundo globalizado interdependiente. El capital juega a la ruleta rusa, los afectados, como siempre, son los trabajadores de todo el mundo. Por eso, hoy más nunca, es necesario el internacionalismo proletario.

BIBLIOGRAFÍA

DOLLEANS, E. *Historia del Movimiento Obrero.* Ed. ZYX. Madrid, 1969.

DURÁN, M.A. *La base del iceberg.* Ponencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1998.

INICIATIVA AUTOGESTIONARIA. *El mito de la gplobalización neoliberal* Ed. Acción Cultural Cristiana. Madrid, 1999.

MARTIN, H.P. Y SCHUMANN. *La trampa de la glogalización.* Ed. Taurus. Madrid, 1998.

NEGRI, T. *Fin de siglo.* Ed. Paidós. Barcelona, 1992.

SEBASTIÁN, L. *La pobreza en USA.* Cuadernos CJ. Barcelona, 1998.

PEPE GARCÍA REY, es secretario de Medio Ambiente y Salud Laboral de la CGT.

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

Europa, mundialización, mercado único, política agrícola común, euro..... las economías nacionales y las políticas de los gobiernos están cada vez más determinadas por el fenómeno de la interdependencia.

Tratado de Amsterdam, Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional.... las instituciones europeas e internacionales determinan cada vez más las elecciones políticas en prácticamente todos los aspectos.

Instituciones que escapan a todo control de los ciudadanos pero no de los gobiernos de las grandes potencias y que justifican la fatalidad y su impotencia frente a la preeminencia del derecho comunitario o del derecho internacional que esos mismos gobiernos han contribuido a conformar.

La Europa del capital se construye a una prodigiosa velocidad, desintegrando a su paso eslabones de lo que se ha denominado el Estado social, proceso que no ha finalizado y que no se detiene ante la ausencia de una resistencia real al mismo.

1999 es un año de aceleración en el desmantelamiento de la protección social y de los servicios públicos en numerosos países de la Unión Europea. Privatización de empresas públicas, fin del monopolio público y apertura a la concurrencia privada de ciertos servicios públicos por un lado, desarrollo de los fondos de pensiones por otro, cuestionamiento progresivo del estatuto funcionarial por doquier.

Las fusiones se multiplican en las diferentes ramas profesionales. El sector financiero está particularmente afectado por este fenómeno. Pero la tendencia a la concentración alcanza igualmente a las grandes empresas de un mismo país o países de la Unión Europea entre sí. Crecer para ser más fuerte y competitivo se ha convertido en el eslogan de la modernidad para el Capital.

La construcción capitalista de Europa no puede reducirse a la esfera económica. Para progresar, es necesario que existan instituciones reguladoras, capaces de administrar los conflictos entre intereses nacionales en el seno de la Unión. Asimismo, debe poder contar con interlocutores responsables que asimilen y acepten las actuales relaciones de explotación y dominación. Entre ellas, hay que destacar a las organizaciones sindicales y, en particular, la Confederación Europea de Sindicatos.

Frente a tal evolución, el sindicalismo de lucha que puede tener un cierto peso en un marco nacional se difumina en el plano europeo e internacional. Debe responder a este desafío mediante su capacidad de actuar, aglutinar y encarnar una esperanza de transformación social frente al riesgo de

«La CES es la primera organización sindical europea con 58 millones de trabajadores afiliados a los sindicatos que la conforman, y que son las organizaciones mayoritarias en los quince países de la UE. El peso central lo ostentan la LO sueca y la DGB alemana».

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

quedar reducido a la marginación social.

Vilvoorde, las deslocalizaciones y el paro son unos cuantos símbolos de esta "Europa social" y de una real dificultad para hacer saltar los obstáculos de las fronteras nacionales con el fin de construir auténticos contrapoderes.

ALGUNAS REFERENCIAS HISTORICAS

El sindicalismo tiene su nacimiento en Europa. Pero en un momento en que está bien visto llamarse "europeo/europea" y de reescribir la historia a la luz de este concepto- emblema de un nuevo nacionalismo- concebido para encarnar el non plus ultra de la modernidad, no deja de ser conveniente recordar la esencia internacionalista de la Asociación Internacional de los Trabajadores, creada en Londres en 1862 bajo el impulso de los anarquistas y de los seguidores de Carlos Marx. Asímismo, el proyecto social de los colectivistas bakuninianos era a la vez de carácter federalista e internacionalista.

La AIT no era solamente un foro ideológico sino que su auténtica vocación era la organización de los trabajadores y trabajadoras y el impulso de las solidaridades entre ellos, básicamente en momentos de conflicto como huelgas. Frente a ese principio solidario, la burguesía enfeudada en el principio del ideal nacional y pese a su defensa del librecambio, se esforzará en utilizar la represión como instrumento para combatir las huelgas y a los propios dirigentes de la Internacional.

No tratamos de releer la historia de una corriente política del movimiento obrero, la corriente libertaria de lucha de clases, con el único fin de evocar su trayectoria coherente.

«Salvo en Francia, España, Italia, Suiza y Suecia no es posible, al menos a corto plazo, construir organizaciones sindicales al margen de las organizaciones controladas por los reformistas liberales».

Queremos hacer énfasis en la necesaria reapropiación de una memoria del movimiento social que durante decenios ha evolucionado en problemáticas esencialmente nacionales. La crisis del internacionalismo tiene raíces lejanas. Si forja la identidad del movimiento obrero del siglo pasado, se halla en constante tensión con la idea nacional, encarnada tanto en la república burguesa como en los regímenes autoritarios y totalitarios. En 1914 el sindicalismo revolucionario será impotente frente a la explosión del nacionalismo en toda Europa. En el período de entre-guerras, se diluirá entre el estalinismo, mezcla de nacionalismo, de sindicalismo de acción directa y de reformismo, y los fascismos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuyo terrible saldo de 40 a 50 millones de muertos, la deportación de más de 7 millones de personas y la aniquilación de cerca de 6 millones de judíos y de un millón de gitanos (no debe olvidarse), progresa la idea de que es necesario superar las limitaciones nacionales y estimular la cooperación económica para evitar nuevas guerras en el Continente. Afecta, fundamentalmente, a las corrientes democristianas y liberales pero también a las socialistas y socialdemócratas. Tres corrientes, cuyas matrices ideológicas son extremadamente próximas pese a sus diferentes orígenes. Tres corrientes que no cesan de aproximarse con ocasión de los momentos históricos clave que modulan la historia de la construcción capitalista de Europa desde el Tratado de Roma (marzo de 1957) hasta el Tratado de Amsterdam.

Las tres reivindican la democracia liberal, parlamentaria y pluralista. Una democracia en la que las élites oligárquicas mantienen su poder

«En Gran Bretaña, la oposición sindical al sector mayoritario de las TUC (próximas al gobierno laborista de Blair) se caracteriza por su dispersión y su débil homogeneidad. En Alemania, la oposición en el seno de la DGB es muy débil y no existe más que a escala regional».

amparadas en el sufragio universal. Tres corrientes que reivindican en mayor o menor grado "la economía social de mercado", un concepto forjado durante los "gloriosos años treinta" y que simboliza el compromiso entre un capitalismo de mercado, la existencia de un servicio público bajo el control del Estado y una protección social que garantiza el derecho a la salud y a una jubilación digna. Estas corrientes han influído e influyen hoy en día en un sindicalismo integrado mayoritariamente en el capitalismo y que se encarna en la Confederación Europea de Sindicatos (CES). Esta hegemonía no ha cesado de incrementarse desde la caída del muro de Berlín, con el hundimiento de los principales partidos estalinistas y el debilitamento de los sindicatos que les servían de correa de transmisión. A la par de su ruptura con el estalinismo, esos sindicatos se vinculaban progresivamente con el corporativismo liberal (CGIL en Italia, Comisiones Obreras en España desde 1989, CGT en Francia desde al menos 1997) no sólo por necesidad sino por convicción. Con la práctica desaparición de la Federación Sindical Mundial (FSM), cuya crisis comienza antes de la caida del muro de Berlín, numerosas centrales sindicales quedan huérfanas y aisladas sindical y políticamente en las estrecheces del marco nacional. A ello hay que añadir las escasas perspectivas para los cuadros sindicales permanentes de la FSM, por lo que el maná que representan los fondos comunitarios destinados a financiar tanto proyectos como las arcas propias de la CES abren excelentes posibilidades para su supervivencia en el futuro.



La CES y su conversion en una central unica y liberal

La Confederación Europea de Sindicatos es la primera organización sindical de ámbito continental por sus 58 millones de trabajadores y trabajadoras afiliados a los sindicatos que la conforman, y que son las organizaciones mayoritarias en los quince países de la Unión Europea. Aunque su máximo dirigente, el italiano Emilio Gabaglio, procede de la la democristiana CISL, el peso central lo ostentan los sindicatos de los países de tradición socialdemócrata, la LO sueca y la DGB alemana. La CES se adhiere a la filosofía de los tratados de Roma, Maastricht y Amsterdam. Como signo distintivo, defiende la concepción de una "Europa social" que no va más allá de lo que el capitalismo está dispuesto a conceder. En estas condiciones se puede comprender que sus sindicatos presentes en el grupo Renault, más euroliberales que internacionalistas, no hayan manifestado un exceso de celo en 1997 para acudir en apoyo de los trabajadores despedidos

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

en la factoría de Vilvoorde (Bélgica) por la dirección del grupo Renault. En los últimos años se ha esforzdo en promover los comités de grupo y, ante todo, exigir el reconocimiento de sus organizaciones como únicos interlocutores de los órganos directivos de las multinacionales europeas. Asimismo ha combatido con gran determinación las Marchas europeas contra el paro, la precarización y las exclusiones celebradas en 1997, invitando a sus organizaciones adheridas a boicotear activamente las marchas por su oposición a la construcción capitalista de Europa y, en contrapartida, a organizar una gran manifestación en París al mismo tiempo que dichas marchas llegaban a Bruselas. Ello no ha impedido que algunos grupos sindicales de oposición que operan en las confederaciones afiliadas a la CES hayan participado en las citadas marchas: militantes del sector critico de las CCOO en España, de DGB en Alemania, de las TUC en Hull y Liverpool, de la CFDT francesa. Además, es interesante señalar que un 50% de la CGT griega ha decidido segregarse de las posturas de la organización matriz.

Incluso si nos remontamos a 1992, fecha de la primera huelga europea de ferroviarios, se constata que ha sido gracias a su pertenencia a la CES que el sindicato de ferroviarios de la CFDT ha podido organizar esta jornada de lucha en defensa del empleo y del servicio público en quince países. La capacidad de aglutinamiento de la CES se explica por el hecho de contar no solo con organizaciones confederales sino, también, con sindicatos autónomos sectoriales.



Pese a poseer una matriz homogénea desde el punto de vista político, en el interior de la CES se producen contradicciones menores pero reales (grupos de oposición sindical, sindicatos autónomos de lucha). La ausencia de perspectiva en la construcción de una organización sindical de lucha, de masas y transformadora no impulsa a estas corrientes críticas a un trabajo de clarificación. Numerosos militantes críticos ponen por delante el carácter inevitablemente exclusivista de la CES más por pragmatismo que por convicción política.

La CES puede ser un fiel interlocutor tanto para las instituciones europeas como para las organizaciones patronales. Ante la inexistencia de un marco contractual europeo al que la CES desearía llegar, en el proceso de la construcción de la llamada "Europa política" dicho marco se va a convertir en los próximos años en la nueva frontera del reformismo liberal. En esta idea, la CES desearía que en cada país se produjera la fusión de las diferentes organizaciones afiliadas debido a que sus diferencias provienen más de su historia y necesidades burocráticas que de sus prácticas cotidianas y su modelo alternativo de sociedad. A lo largo del próximo de-

«Desde hace una decena de años la SAC y la CGT han promovido reuniones de ámbito internacional que, por medio de las marchas europeas contra el paro y la precarización, han dado lugar a una red que ha posibilitado una creciente colaboración entre asociaciones y sindicatos de lucha».

cenio asistiremos a este proceso de homogeneización orgánica que afectará fundamentalmente al concepto de representatividad y se traducirá en un intento de eliminación de los sindicatos minoritarios. Tal proyecto debería hacer reflexionar a los tradicionales partidarios de una central única que aglutine todas las sensibilidades del movimiento obrero (filosofía histórica de los grupos trotskistas), como debería animar a los partidarios de un sindicalismo de acción directa a dotarse de una estrategia internacional más agresiva.

Un sindicalismo de lucha en base a realidades diferentes

Nos parece necesario describir un panorama, por incompleto que sea, que permita delimitar el campo de los posibles escenarios para una alternativa sindical en Europa. Es preciso comprender que lo que denominamos sindicalismo de lucha recoge diversas experiencias militantes y culturas sindicales.

La CGT española. la SAC sueca y la CNT francesa reivindican el anarcosindicalismo y el sindicalismo revolucionario pero no es el caso de Solidarios, Unitarios y Democráticos (SUD) en Francia y Suiza así como los sindicatos de base en Italia. La segunda dificultad consiste en que salvo en Francia, España, Italia, Suiza y Suecia no es posible, al menos a corto plazo, construir organizaciones sindicales al margen de las organizaciones controladas por los reformistas liberales.

Al margen de las confederaciones reformistas

En el primer modelo tenemos dos tipos de experiencias, las de España y Suecia, donde la SAC y la CGT parten de una tradición organizativa anarcosindicalista que se ha mantenido contra viento y marea a lo largo del siglo XX. Las de Suiza, Italia y Francia se enmarcan en una tradición que ha conocido un desarrollo marginal, bien a través de la USI en Italia o la CNT en Francia.

La novedad mas destacable viene de rupturas de un cierto calado que han tenido lugar en las centrales reformistas mayoritarias (CGIL en Italia y CFDT en Francia a partir de los años 80).

En Italia han tenido lugar los procesos más turbulentos iniciados en el año 1986 con las huelgas en el sector público (ferrocarriles y educación). Las coordinadoras sectoriales han dado lugar a los COBAS: los Comités de Base que se han convertido en los Sindicatos de Base. Agrupan a unas 200.000 personas y tienen una gran capacidad de acción, fundamentalmente en el sector del transporte. Los COBAS no forman una entidad homogénea de modo que no están agrupados en una única confederación. Incluso se puede hablar de una situación un tanto barroca. Asimismo, existen tensiones vinculadas a las tentativas de instrumentalización por parte de Refundación Comunista, que no ha roto el esquema de partido-guía de las luchas sociales. Asímismo, hay una débil corriente de oposición en la CGIL pero que tiene un valor más bien simbólico.

En Francia la situación es algo menos compleja pero abarca una diversidad de opciones. Por otra parte, el panorama sindical está sometido a una dinámica permanente.

Una primera brecha se abre a partir de 1988 en un contexto marcado por la aparición de coordinadoras que superan los marcos tradicionales de movilización considerados poco democráticos y poco eficaces. Debido a su apoyo a la huelga de enfermeras y a la de conductores de transporte postal, centenares de afiliados de la CFDT fueron excluidos de su organización por una dirección confederal hostil a las huelgas y decidida a laminar a la extrema izquierda presente en la confederación. De este modo aparecen dos nuevas organizaciones, SUD-PTT y CRC Salud-social (en la actualidad SUD-Salud- social), en las que se aglutinan militantes que gozaban de la confianza de la base sindical de CFDT en varios sectores y localidades y que ante el inútil esfuerzo de combatir una burocracia cada vez más agobiante deciden crear su propia organización. A partir de las grandes huelgas de finales del año 1995 en defensa de la Seguridad So-

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

cial y de las pensiones, emergen otros SUD en una decena de ramas de producción y las secciones sindicales empiezan a multiplicarse en el sector privado. Los militantes de SUD se distinguen por su intransigencia en la defensa de la democracia en las luchas, el combate por la abolición del paro y la redistribución de la riqueza, la defensa de los inmigrantes con situación no legalizada, las acciones de ocupación de viviendas etc. SUD se dice anticapitalista y reivindica el socialismo autogestionario. De un centenar de afiliados en 1988, SUD ha pasado a agrupar cerca de 30.000 trabajadores en 1999 (12.000 en SUD-PTT, 5.000 en SUD-Salud-social, 4.000 en SUD-ferrocarriles, 2.000 en SUD-Educación, 2.000 en el sector financiero y 1.500 en el sector privado). Los SUD tratan de construir una unión interprofesional (la Unión Sindical Grupo de los 10) con otros sindicatos como el Sindicato Nacional Unificado de los Impuestos. Esta unión aglutina a 65.000 trabajadores y comienza a estructurarse en todos los niveles (local, departamental, regional, nacional). Pese a que sus organizaciones juegan un papel de primer orden en las movilizaciones profesionales, dicha unión sindical tiene problemas para conformarse en un marco interprofesional.

El desarrollo del SUD no debe hacer olvidar otra interesante experiencia como es la protagonizada por la CNT francesa, cuyo proceso de construcción es real y significativo. Con ocasión de su último Congreso (diciembre de 1998), la CNT declara contar con 3.000 afiliados distribuidos en 70 sindicatos. En pocos años la CNT ha logrado atraer a centenares de estudiantes vinculados en sus primeros aprendizajes de lucha al movimiento antifascista. Asimismo, ha atraido a centenares de trabajadores decepcionados por las prácticas de la CGT y la CFDT. Desde hace 5 años, la CNT está presente en las grandes luchas movilizadoras del panorama sindical y social de Francia: Movimiento de parados, Marchas europeas contra el paro, la precarización y las exclusiones, lucha de los trabajadores no fijos del sector del espectáculo, la huelga de los interinos del Ministerio de Educación, movilizaciones estudiantiles, inmigrantes, Chiapas, etc. Ha tenido éxito en la creación de secciones sindicales en el sector privado, fundamentalmente en el de la limpieza, donde ha impulsado varias huelgas contra una patronal considerada como una de las más violentas, pero asimismo en el del comercio de distribución (FNAC). Multiplica las acciones de solidaridad interprofesional en las puertas de las empresas contra los despidos. Lejos de dedicarse a un sindicalismo testimonial, la CNT es una fuerza que cuenta y con la que habrá que contar en el futuro. Dedicada durante un cierto tiempo a su proceso de consolidación, comienza a abrirse en la actualidad en dirección a movimientos como Actuar Juntos contra el Paro y buena muestra de ello ha sido su actuación en la lucha de los trabajadores del espectáculo así como una actitud positiva en sus relaciones y acciones conjuntas con el SUD.

«En el seno de las confederaciones sindicales reformistas europeas existen minorías combativas que tienen cierta actividad, como lo demuestra su participación en las Marchas europeas. Estas corrientes no se pueden ignorar en la construcción de una alternativa a la CES».

Sin embargo, el sindicalismo de lucha no se limita solamente a SUD, Grupo de los 10 y la CNT. Otras fuerzas, otros militantes trabajan en el seno de organizaciones re-

formistas. Pensamos en Escuela Emancipada, corriente sindicalista revolucionaria de la Federación Sindical Unitaria (próxima del PCF y mayoritaria en el Sector de la Educación Pública), a los sectores de oposición en CFDT derrotados en el Congreso confederal pero que agrupan a decenas de miles de afiliados y, finalmente, la CGT.

Desde hace tres años la CGT está sufriendo una mutación comparable a la de CCOO que se ha visto acelerada en los últimos meses. Para remontar la crisis del estalinismo, los dirigentes y militantes de esta organización han decidido romper progresivamente con un sindicalismo de lucha de clases y reivindicativo. La negociación en frío es la nueva línea de actuación y se ha estimulado la autonomía de los sindicatos sectoriales en la firma de acuerdos incluso si resultan desfavorables a los intereses de los trabajadores. Como ejemplo, la CGT se ha adherido a la ley sobre las 35 horas promovida por el Gobierno, ley que promueve la flexibilidad, la anulación del tiempo de trabajo y, por consiguiente, una mayor explotación de los trabajadores sin contrapartida alguna. LA CGT se acerca progresivamente a la CFDT, cuya dirección se ha adherido completamente a las políticas liberales. Esta deriva neoliberal de la CGT ha provocado tensiones a nivel organizativo y en algunos sectores comunistas. Con ocasión de su último Congreso celebrado en febrero de 1999, y que ha visto triunfar la nueva orientación, se han elevado numerosas voces para condenar dicha posición. En varios sectores (ferrocarriles, transporte aéreo, trabajadores municipales, espectáculos, energía, etc) numerosos militantes devuelven los carnets y se afilian al SUD o a la CNT o



bien abandonan todo tipo de actividad sindical.

Finalmente, Suiza comienza a salir de un período de varios decenios de paz social acordada por la patronal, el Estado y la socialdemocracia política y sindical. Desde hace tres años, el país conoce movilizaciones cuyo epicentro se sitúa en los cantones francófonos. En primer lugar, son protagonizadas por los parados a los que el Estado pretender obviar sus derechos y a los que impone empleos precarios e infrapagados. La autoorganización de los parados se ha traducido en la multiplicación de Asociaciones en Defensa de los Parados (ADC) que afectan igualmente al sector funcionarial, con una escasa tradición sindical y en el que la única estructura organizativa se limitaba a las asociaciones de carácter corporativo. Duras luchas en defensa del empleo han permitido la movilización continua de decenas de miles de funcionarios con manifestaciones masivas en Ginebra y Lausanne así como huelgas que no se habían producido desde tiempos inmemoriales. De este panorama ha surgido en enero de 1999 la Federación SUD de Servicios Públicos que agrupa a más de 6.000 afiliados y en la que los militantes libertarios tienen un papel importante en el proceso de consolidación.

En el seno de las confederaciones reformistas

Hemos descrito anteriormente la coexistencia en varios países de sindicatos de lucha alternativos o revolucionarios con una cierta implantación en paralelo con activas corrientes opositoras en las confederaciones reformistas. Pero en la mayoría de los países europeos lamentablemente no existe un espacio en estos momentos para los sindicalistas radicales al margen de las organizaciones reformistas mayoritariamente adscritas a una orientación neolberal. La decantación política en el interior de dichas organizaciones pasa por la existencia de relaciones e intercambios con sus minorías combativas. Estas últimas tienen una cierta acti-

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

vidad como muestra su participación en la red de Marchas europeas.

En Gran Bretaña, la oposición sindical al sector mayoritario de las TUC (próximo al gobierno laborista de Blair) se caracteriza por su dispersión y su débil homogeneidad. Es mayoritaria en varias uniones locales (Liverpool, Hull), y está presente en el movimiento de parados a través de las casas de parados. Muy activa desde 1997 con ocasión de las Marchas europeas contra el paro, la precarización y las exclusiones, en la actualidad se ha apartado de las iniciativas de la red de marchas europeas.

En Alemania, la situación es, asímismo, muy compleja. La oposición en el seno de la DGB es muy débil y no existe más que a escala de los Länder (regiones). Las reuniones de la red de marchas europeas han constituido un punto de encuentro entre dichas estructuras. Diferente es el caso austríaco donde la oposición sindical está organizada y dispone de su propia revista a nivel nacional.

En Grecia, el sindicato único CGT está dirigido por la corriente próxima al PASOK, que gobierna el país. Existe una oposición con un cierto peso y que participa de manera muy activa en la red de marchas europeas. Federa diferentes corrientes desde la izquierda del PASOK a la extrema izquierda, pasando por el Partido Comunista, y constituye una corriente nacionalista de izquierda.

En Bélgica, las luchas, saldadas con una victoria en el caso del cierre de la siderúrgica de Clabecq y la derrota de los metalúrgicos de Renault-Vilvoorde, han permitido la aparición de tensiones y disidencias en el seno de la FGTB de orientación marcadamente socialista.

Para finalizar, unas breves palabras sobre el Este y, en particular, Polonia, donde existen corrientes autogestionarias y sindicalistas revolucionarias surgidas del tronco de Solidaridad.



Ignorar todas estas corrientes opositoras se traduce en negar la construcción de una alternativa a la CES. Hay varios tipos de experiencias de lucha sindical. Se trata, pues, de proponer una estrategia interncional común a aquellos y aquellas que militan en las oposiciones sindicales y a aquellos y aquellas que disponen de su propio instrumento sindical bien sea "alternativo", sindicalista revolucionario o anarcosindicalista.

Por una dinamica aglutinadora

Sería injusto pensar que las organizaciones sindicales que se definen anticapitalistas permanezcan indiferentes ante una acción de carácter internacional. Desde hace una decena de años, la SAC y la CGT han promovido reuniones de ámbito internacional en Estocolmo, Barcelona, Madrid y París con el objetivo de confrontar experiencias, prácticas y estrategias organizativas desde la óptica del sindicalismo de acción directa. Estas iniciativas han sido seguidas de otras reuniones sectoriales (Educación, Transportes, Telecomunicaciones, etc) con la presencia de los sindicatos de base italianos y SUD así como la participación en reuniones de carácter más amplio (jornadas contra la cumbre del G7 en Lyon en 1996). Pero sin duda son las

«Frente a la evolución del sindicalismo reformista, el sindicalismo de lucha, difuminado a nivel internacional, debe responder mediante su capacidad de actuar, aglutinar y encarnar una esperanza de transformación social, frente al riesgo de quedar reducido a la marginación».

Marchas europeas contra el paro y la precarización iniciadas en 1997-que han dado lugar al nacimiento de una auténtica red cuyas componentes no se ciñen solo al espacio europeo- las que han posibilitado una creciente colaboración entre asociaciones y sindicatos de lucha. Esta red ha tenido su prueba de fuego al reunir cerca de 50.000 personas en Amsterdam en junio de 1997 con ocasión de la Conferencia Intergubernamental de los jefes de Estado de la Unión Europea. Sin duda alguna, la lucha contra el paro y la precarización sirve de argamasa en esta red. Es fundamental que continúe su desarrollo sobre la base del respeto a la diversidad. Pero es necesario limitar su ámbito a lo que realmente es: una red, un polo de iniciativas.

Atractiva desde el punto de vista del pluralismo, su flexibilidad, su radicalidad, deja sin embargo pendiente el problema de organización de los explotados frente a la mundialización. Esta plantea un problema de capacidad política a los sindicalistas radicales, es decir, un problema de capacidad de iniciativa política que permita articular luchas sociales de resistencia y esperanza de transformación social.

Nos parece ilusorio querer federar la contestación al nuevo orden mundial sobre la base de la dinámica actual de movimientos sociales y no primando la discusión sobre las alternativas políticas y sociales. Si el sindicalismo de lucha quiere salir de su aislamiento nacional y de su estado residual a nivel internacional (pese a su constante progresión en algunos países), es necesario combinar una participación en movimientos amplios (marchas europeas, marcha mundial de las mujeres prevista para el año 2000, movilizaciones contra el Acuerdo Multilateral sobre Inversiones cuya proyecto debe servir de base en la próxima ronda de negociaciones de la Organización Mundial del Comercio, pese a no ser ratificado por los Estados) con un reagrupamiento específico que reúna a cientos de miles de trabajadores y de parados que permita debatir y actuar. Debatir para confrontar las estrategias y ofrecer alternativas en temas como la redistribución de la riqueza, la propiedad de los medios de producción, los servicios públicos, etc. Actuar sobre la idea de coordinar a los trabajadores de un mismo grupo contra una deslocalización de actividad que acarree el cierre de los centros de producción, para apoyar las huelgas, por la armonización de las condiciones de trabajo, los salarios, etc. Pero también para favorecer las cooperaciones sindicales interregionales y fronterizas (por ejemplo, entre organizaciones de Catalunya y Languedoc-Rousillon, del Piamonte y Rhone-Alpes, etc), para apoyar a los sindicatos campesinos y los movimientos de ecología social en favor de producciones y cultivos socialmente útiles y preservando la biodiversidad, como en las luchas transnacionales contra los organismos transgénicos. Tal agrupamiento podría aglutinar tanto a organizaciones específicamente anarcosindicalistas, sindicalistas revolucionarias, como organizaciones menos señaladas ideológicamente pero refractarias al capitalismo, bien sean de carácter autónomo, bien vinculadas a los sectores de oposición en el seno de los sindicatos reformistas. El problema central reside en saber si hay que delimitar estrictamente un terreno de actuación en función de criterios de pureza ideológica con un único rasgo característico (el anarcosindicalismo o el sindicalismo revolucionario) o si se trata de asumir un pluralismo activo. En lo que a nosotros respecta, estamos por esta segunda opción. Esto no significa que para nosotros deban desaparecer las especificidades y que la corriente libertaria sea condenada a la invisibilidad. Más bien, al contrario. Pero el proyecto libertario no se puede reducir al menor denominador común.

Nos parece que una organización como la CGT, dada su experiencia, su actual grado de desarrollo y su credibilidad tanto dentro como fuera del Estado español, debe constituir uno de los ejes de este agrupamiento. Añadiremos que ello puede contribuir a decantar las oposiciones sindicales en el seno de los sindicatos reformistas que últimamente, aunque a un ritmo lento, optan por incorporarse a la CGT en España, los sindicatos SUD y CNT en Francia,

Sindicalismo y alternativa sindical en Europa y en el mundo

los SUD de servicios públicos en Suiza o los sindicatos de base en Italia. La existencia de estas cinco referencias sindicales tiene como reflejo la presión constante sobre los órganos directivos y los militantes de las centrales mayoritarias de estos cuatro países. No existe ninguna razón por la que lo que ocurre en estos países no se pueda extender a un nivel internacional.

El modelo socialdemócrata clásico se encuentra en una crisis histórica y, por otra parte, la orientación "liberal" de la CES abre en su flanco "izquierdo", tanto dentro como fuera, un espacio crítico que se inscribe en la evolución real del sindicalismo. Hay que apoyarse en esta potencialidad a la par que estimular los grupos de oposición en el seno de la DGB, las TUC... sobre la base de su propia identidad como grupo.

En resumen, se trata de:

1.-Trabajar por el surgimiento de un polo sindical permanente y alternativo que agrupe organizaciones al margen de la CES y de la propia CES pero que diverjan de la orientación dominante en esta última.

2.-Trabajar por la aparición de una amplia corriente revolucionaria libertaria internacional que, pese a su actual dispersión, ha contribuído de manera destacada a la constitución de la red de marchas europeas contra el paro, la precarización y la exclusión.

SUPERAR EL MARCO EUROPEO: POR UN MUNDO SIN FRONTERAS

Si Europa constituye un nivel de intervención dificilmente evitable, la tentación consiste en contribuir conscientemente a un sencillo desplazamiento de las fronteras allí donde de lo que se trata es de abolirlas en tanto en cuanto se oponen a la libre circulación de los individuos. En el seno de la red de marchas europeas se han elevado voces contra una posible deriva eurocéntrica. Esto ha llevado a los participantes en la marcha que tenía su salida en Tánger a establecer contactos permanentes con las asociaciones de parados y sindicatos de Marruecos y de paso ha facilitado la colaboración con la marcha internacional de mujeres que se encuentra en fase preparatoria. Cada vez con más intensidad se discute en el seno de la izuierda de la socialdemocracia la conveniencia de la tasación de los capitales a corto plazo desde una perspectiva redistributiva. Como ejemplo, la creación en Francia, Suiza e Italia de la Asociación por una tasa Tobin de ayuda a los ciudadanos (ATTAC) tras las consiguientes campañas por la condonación de la deuda del Tercer Mundo.

Aunque limitadas a un cuestionamiento del liberalismo que no afecta a los fundamentos del capitalismo, tales iniciativas deberían animar a los anticapitalistas a no replegarse sobre sí mismos cultivando una verborrea radical sino más bien a preguntarse sobre la consecuencia de eslogans como "redistribución de la riqueza" cada vez más audibles pero raramente discutidos. Lo que eso puede significar en términos de lucha por la igualdad social, de la cuestión del poder a nivel de la empresa y la sociedad (lo que plantea el tema de la propiedad de los medios de producción) pero también en términos de garantizar la renta del agricultor y que permita limitar una concurrencia devastadora para las economías del medio rural.

Concurrencia, paro, deslocalización, dependencia.... el capitalismo no conoce fronteras pero sin embargo no es insuperable.

LAURENT ESQUERRE es militante sindicalista de Alternative Libertaire.
(Traducción: Paco Marcellán)

La globalización: una perspectiva socialista

Introducción

La globalización supone, al menos, la creación de una economía mundial que no es solamente la suma de las economías nacionales, sino una realidad poderosamente independiente, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial que, en la actualidad, predomina sobre los mercados nacionales. La gran escala, los flujos a largo plazo de capital, mercancías, tecnología y trabajo por encima de las fronteras nacionales, definen el proceso de globalización.

La globalización contemporánea se asemeja y difiere de fases más recientes del proceso. Como en el pasado, las mayores fuerzas organizadoras de los movimientos del capital y las mercancías son los países imperialistas y las clases dominantes de dichos estados. La globalización implica países "globalizados" y clases "globalizadas". De este modo, el proceso está incrustado en un sistema de poder jerárquico, de intercambios y de beneficios. La formación del mercado mundial y la división internacional del trabajo implicaron tres tipos de relaciones:

1. Intercambios directos de los imperialistas con las naciones colonizadas y/o dependientes.
2. Intercambios interimperialistas entre los poderes dominantes.
3. Intercambios interdependientes entre las naciones no imperialistas y las clases.

«El conflicto entre las fuerzas globalizadoras imperialistas y el Tercer Mundo —erróneamente denominado Guerra Fría— se plasmó en 23 millones de personas que murieron en las 143 guerras que asolaron el Tercer Mundo entre 1945-1992. La fase contemporánea de la globalización es una consecuencia de lo que el Subcomandante Marcos denomina la Tercera Guerra Mundial, vigente hoy en día».

Las clases imperialistas compiten y colaboran en los mercados y en las transferencias de capital: las consecuencias de los intercambios son más o menos beneficiosas para ambas partes. Los intercambios entre los países imperialistas y los coloniales/dependientes y los flujos de capital están escorados asimétricamente y de manera beneficiosa a favor de los países imperialistas.

En resumen, la globalización es un fenómeno altamente diferenciado que ha estado históricamente relacionado con la concentración y centralización del capital, la riqueza y el poder. La fuerza conductora ha sido la cooperación y competición de las potencias imperialistas.

La globalización vista desde una perspectiva histórica

La globalización contemporánea conserva muchas de las características clave de las fases más tempranas de la globalización: las fuerzas dirigentes están concentradas en el estado imperialista y las corporaciones multinacionales y los bancos, apoyados por las instituciones financieras internacionales. Lo que es significativamente diferente es la escala, el alcance y la velocidad del flujo del

La globalización: una perspectiva socialista

capital y las mercancías, particularmente los flujos financieros entre las economías desreguladas. Los cambios tecnológicos, especialmente en las comunicaciones (ordenadores, fax, etc.) han sido un factor primordial en la medida de la alta velocidad de los movimientos de capital.

El alcance y la escala del movimiento de capital y de mercancías, sin embargo, se debe menos a los cambios tecnológicos que a los cambios políticos. La desaparición del socialismo en los países comunistas de Europa y de Asia, la conversión al capitalismo desregulado por parte de los regímenes nacional-populistas del tercer mundo y la crisis del Estado de bienestar en Occidente han abierto amplias áreas a la acumulación de beneficios (y superavit de capital) y nuevos mercados para las ventas y las inversiones. Las victorias políticas del imperialismo se centran, en consecuencia, en el avance del proceso contemporáneo de la globalización en relación con el período histórico que siguió inmediatamente a la Segunda Guerra Mundial, así como en relación con el período de entreguerras.

El conflicto entre las fuerzas globalizadoras imperialistas y el Tercer Mundo -que fue erróneamente denominado Guerra Fría- tuvo su plasmación en los 23 millones de personas que murieron en las 143 guerras que asolaron el Tercer Mundo entre 1945-1992. La fase contemporánea de globalización es una consecuencia de lo que el subcomandante Marcos denomina la Tercera Guerra Mundial, vigente hoy en día.

La identificación de los agentes económicos, políticos y sociales de la globalización es importante para entender el impacto desigual de la globalización. Asimismo, un análisis histórico de las fases de la globalización permite rebatir alguna de las reivindicaciones ideológicas de sus defensores. Un análisis retrospectivo revela que la globalización ha sido un proceso cíclico en el desarrollo histórico mundial. Hubo períodos de "alta" globalización, momentos de crisis y períodos en los que los flujos económicos se internalizaron. No hay ninguna tendencia universal inevitable hacia la globalización. Las guerras interimperialistas resultantes de la competición global, las crisis internas de superproducción y otras importantes revoluciones sociales y políticas han afectado la trayectoria de los países y clases globalistas. La naturaleza cíclica de la globalización permite a los analistas identificar las debilidades internas y externas del proyecto globalista-imperialista e identificar las estrategias alternativas que emergieron de las crisis de los proyectos globales en períodos precedentes.

«Un análisis comparativo y riguroso de las realidades del mundo socio-económico contemporáneo sugeriría que el concepto "globalista" de "interdependencia" es menos útil para entender el mundo que el concepto marxista de imperialismo».

La auténtica noción de "globalización" como una necesidad histórica es cuestionada por el carácter cíclico de su historia. La noción de que entramos en una nueva época es también dudosa: el comercio exterior y los ingresos provenientes del exterior contribuyeron al PIB de los países industrializados de Europa en un mayor porcentaje a finales del siglo XIX que a finales del siglo XX. La idea de que la tecnología es el motor de la globalización elude el hecho de que la mayoría de las nuevas tecnologías emergieron antes de la actual fase globalista y son compatibles con una producción nacional en expansión y un consumo masivo a nivel popular.

La idea de globalización es, en sí misma, sospechosa. En su más amplia acepción, se entiende como una

«Para pasar de una crítica de la configuración globalista-neoliberal a una alternativa socialista necesitamos adoptar el método del materialismo histórico y preguntarnos qué podemos aprender de las experiencias previas de la globalización a través del imperialismo».

incorporación generalizada al mercado mundial y la proliferación de beneficios a lo largo del mundo. La realidad empírica muestra que no es ni la incorporación generalizada ni la proliferación de beneficios: hay acreedores ricos y deudores en bancarrota; especuladores super-ricos y trabajadores en paro empobrecidos; estados imperialistas que dirigen las instituciones financieras internacionales y estados subordinados que acatan sus dictados. Un análisis comparativo y riguroso de las realidades del mundo socio-económico contemporáneo sugeriría que el concepto "globalista" de "interdependencia" es menos útil para entender el mundo que el concepto marxista de imperialismo.

El ascenso de la ideología globalista

El ascenso y consolidación de la "ideología globalista" se encuentra originariamente en los periódicos económicos de finales de los sesenta y principios de los setenta. La mayor expansión y conquista de los mercados por las multinacionales fue descrita como globalización por los periodistas especializados en temas económicos que buscaban una alternativa al vocabulario marxista, desde el momento que vieron la posibilidad de presentar el proceso bajo un prisma favorable. Poco a poco, el término fue adoptado por los académicos más relevantes a nivel mundial y se convirtió en un marco aceptable para analizar la expansión capitalista internacional sin tener que tratar acerca de sus orígenes, de las relaciones de poder y de los ingresos derivados de la explotación. Lo que emergió del reciclaje académico del concepto fue "globaloney" -el adorno del concepto a través de su relación con lo que se denominó la tercera revolución tecnológica y atribuyéndolo a una inevitabilidad histórica y un grado de interdependencia que estaba alejado de la realidad. Desde el mundo periodístico, académico burgués y de los negocios, el término se incorporó también al vocabulario de la intelectualidad de izquierdas. Estos intelectuales empezaron a repetir cual papagayos los mismos razonamientos y visiones del mundo en el contexto de un salto inconsciente desde los paradigmas socialistas críticos. Así, la "globalización" parece haber llegado a ser una categoría universal de análisis a través de la cual las clases imperialistas que gobiernan ejercitan el poder y paralizan la oposición de la masas populares.



El desplazamiento de los intelectuales de izquierdas desde la aproximación teórica imperialista hacia la globalización está intimamente relacionada con la derrota y el declive de los movimientos socio-políticos revolucionarios y el ascenso de las élites financieras y de exportación. Existe un juego interno dialéctico entre el poder imperialista, la ideología globalista y los politicos socialistas revolucionarios: el ascenso del imperialismo está directamente relacionado con la circulación del discurso "globalista" y el eclipse del paradigma revolucionario.

La retirada de los intelectuales de izquierdas y la consiguiente confusión teórica del movimiento popular contribuyeron, a la larga, al reforzamiento de las clases imperialistas en el poder: los cambios objetivos en el poder, resultantes de las victorias económicas y políticas, fueron ampliados por la capitulación de los intelectuales ex-izquierdistas y la confusión sembrada en el movimiento popular. La tiranía del globalismo fue la responsable de la debilidad subjetiva de las clases populares que reforzaron el poder objetivo del capital imperialista. Los intelectuales izquierdistas y los dirigentes políticos influyentes

La globalización: una perspectiva socialista

han perdido su anclaje conceptual derivando desde un marco conceptual imperialista a un determinismo tecnológico que vende más barata cualquier noción acerca de políticas de transformación del sistema. Las bases políticas subyacentes para el ascenso del "neoliberalismo" (una derivación ideológica de la hipótesis de la globalización) y las derrotas políticas y militares de la izquierda fueron desairadas en favor de las pseudo-explicaciones que marcaban imperativos económicos históricos.

La hegemonía política e ideológica del proyecto globalista-neo-liberal se consolidó posteriormente por la combinación de rigidez y flexibilidad del estado neo-liberal: las oportunidades de movilidad hacia arriba para los profesionales del sector privado y los intelectuales ex-izquierdistas cómodamente instalados en importantes ONGs y la movilidad hacia abajo para la masa de campesinos, jornaleros y trabajadores asalariados, particularmente en los servicios sociales públicos. El proyecto generó flujos masivos de capital, productos de consumo importados a bajo precio en las fases expansivas y de crisis, colapso y volúmenes de bancarrota sin precedentes y desempleo en la fase deflaccionaria.

La experiencia asiática es el prototipo de este proceso: las victorias económicas y políticas del imperialismo, el ascenso del poder económico y político "globalista" neo-liberal, la capitulación e integración de los ex-izquierdistas, seguida de la crisis, el colapso y la miseria. La pregunta fundamental que nos debemos hacer hoy es: después de la crisis, ¿es posible una revitalización de las políticas socialistas revolucionarias? Una condición para una posible puesta al día es un recuperación del sistema teórico marxista-imperialista.

La perspectiva socialista

Frente a la desaparición del "proyecto socialista", con los inversores extranjeros recogiendo los huesos de los cadáveres, esto es, las empresas locales lucrativas, ¿cómo podemos reconstruir una alternativa socialista?

En primer lugar, recuperando y reconstruyendo nuestros instrumentos teóricos. Segundo, aprendiendo e invirtiendo las lecciones de la derecha en cómo lograr una transición político-económica radical, una transición que combine la justicia social, democracia y eficacia en la organización de una nueva economía socialista.

Para pasar de una crítica de la configuración globalista-neo-liberal a una alternativa socialista necesitamos adoptar el método del materialismo histórico y preguntarnos a nosotros mismos: ¿qué podemos aprender de las experiencias previas de la globalización a través del imperialismo?

Todos los poderes imperialistas a lo largo de la historia nunca fueron "globalizados"; llegaron a ser globalistas (imperialistas), precisamente, a



través del desarrollo del mercado interior. La globalización fue un instrumento para ampliar y profundizar el mercado interior y desarrollar las fuerzas de producción. Se dio un carácter virtuoso y universal a la globalización en cada época de desarrollo exterior, tanto en términos de valores morales (difundir los valores de la civilización occidental) como en oportunidad (conseguir la modernización). En la medida en que la globalización contemporánea lidera la explotación interior del trabajo y los recursos estatales dentro de los centros imperialistas, ha debilitado la oposición laboral que crea una base objetiva y subjetiva para la acción internacional de la clase trabajadora.



La historia de la globalización está llena de rivalidades inter-imperialistas que luchan por desplazar a sus competidores e imponen los dictados de las multinacionales "nacionales" particulares y el dictado estatal. El antiimperialismo selectivo de los clientes locales facilita la entrada de todos los contendientes tardíos imperialistas. La reconstrucción de la izquierda no se puede consolidar en base a convertirse en el terreno de las rivalidades entre los poderes imperialistas ascendentes y descendentes. En el contexto actual, hay varias salidas: el aprovechamiento de la crisis asiática por los Estados Unidos para aumentar su posición respecto a Japón, Corea del Sur, etc. La tentación entre algunos izquierdistas es defender el capitalismo de "estado centralizado" frente el neoliberalismo; para otros, la alternativa es aceptar las duras prescripciones de ajuste desde el FMI sobre el intercambio del empleo, etc.

Los hechos básicos radican en que el capitalismo no puede sostener el crecimiento y el aumento de los niveles de renta: que el capitalismo y el bienestar son un producto de un equilibrio especial de las fuerzas de clases que ya no existe . La existencia de una alternativa revolucionaria socialista fue la razón básica para forzar al capitalismo a hacer concesiones reformistas en Europa y Asia. Fue la existencia de regímenes socialistas revolucionarios lo que forzó a los países imperialistas a tolerar el "crecimiento estatal directo" en Asia y a exhibirlo como modelo. Los "tigres" asiáticos se debieron a una coyuntura histórica, una confrontación particular de los sistemas sociales. Sólo el resurgir de unas alternativas revolucionarias creíbles puede permitir a los reformistas y tecnócratas del estado centralizado negociar concesiones. Tal como están las cosas hoy en día, las elecciones reales son entre un capitalismo que desnuda el trabajo de todas sus atribuciones sociales, que monopoliza las rentas públicas y se apropia de las empresas públicas y los recursos, y la alternativa socialista, que necesita ser reconstruida.

«La hegemonía política e ideológica del proyecto globalista-neoliberal se consolidó por la combinación de rigidez y flexibilidad: las oportunidades de movilidad hacia arriba para los profesionales del sector privado y los intelectuales ex-izquierdistas cómodamente instalados en importantes ONGs, y la movilidad hacia abajo para la masa de campesinos, jornaleros y trabajadores asalariados, particularmente en los sevicios sociales públicos».

La globalización: una perspectiva socialista

La parábola de la globalización

En la tarea de construcción de la alternativa socialista es crucial reconocer la parábola de la globalización en el período actual: el ascenso en los setenta, su consolidación en los ochenta e inicios de los noventa y su declive en los últimos años, empezando en Asia, Latinoamérica, exténdiendose hacia Norteamérica y la Europa occidental. La segunda gran economía capitalista, Japón, está en situación terminal, acompañada de sus clientes asiáticos. En China ya se han consolidado el estancamiento económico y el aumento del desempleo. La economía rusa se ha colapsado. Las economías norteamericana y europea pronto sentirán los estragos que se traducirán en un declive de las beneficios colectivos, así como la crisis de las exportaciones y el capital especulativo que no podrán encontrar nuevas salidas lucrativas.

La globalización trabaja en sentido contrario. Los extraordinarios beneficios basados en la apropiación imperialista de los retornos especulativos no alimentan más los mercados de stocks europeo y americano y los megapolios financieros. La bancarrota del capitalismo a lo largo de todo el mundo -su incapacidad para reproducirse- plantea una oportunidad única para debatir acerca de una transformación socialista y sobre las estrategias enfocadas a la adaptación y las luchas meramente defensivas. La adaptación a la austeridad lidera las nuevas políticas regresivas. El argumento de "un ajuste más" es una melodía inacabada. Hay sólo más dolor, ausencia de prosperidad, situándonos en un túnel sin salida. La relación entre el capital circulante excedente, el declive de las ganancias de las corporaciones y la reducción efectiva de la demanda representa una regresión infinita (al menos respecto al previsible futuro). Las luchas defensivas, en tanto en cuanto necesariamente sostienen las condiciones elementales de vida frente al colapso económico, suministran victorias a corto plazo mientras que preparan derrotas estratégicas, dada la inviabilidad de la colaboración histórica del capital y del trabajo en las circunstancias actuales.

«La economía socialista se parece más a una malla que al radio de una rueda que constituye la característica de las economías imperialistas exportadoras dominantes».

Ello nos lleva al concepto de una transformación socialista: ¿Qué transformar ? ¿Hacia dónde vamos?

Las concepciones del socialismo en el pasado y en la actualidad

Hay dos falacias básicas relativas a las transformaciones socialistas. Una es la noción de desvinculación relacionada con las ideas de "autoconfianza" y "construcción del socialismo en un país". La otra es la reciente idea del "mercado socialista", la noción de que las fuerzas dirigentes del mercado pueden crear las bases materiales para el socialismo. Ambas concepciones contienen elementos de verdad, pero en su lógica interna son muy peligrosas para la construcción del socialismo.

Primero, la posibilidad del desarrollo de las fuerzas productivas socialistas desvinculadas del mundo productivo lleva a períodos ineficaces, costosos y de acumulación severa. En la mayoría de los casos, la desvinculación no es posible sin renunciar a los productos esenciales necesarios para el consumo y la producción. Sólo bajo las duras condiciones de los períodos de guerra o en períodos de boicot, y en los estados de sitio, ha tenido sentido intentar hacer de la necesidad una virtud mediante la apelación a la 'autoconfianza', urgiendo al pueblo al sacrificio y animando la idea de que a pesar del duro acoso externo, una población revolucionaria puede producir y sobrevivir. Ese

«La transformación socialista reconoce las enormes potencialidades del mercado doméstico basadas en la propiedad igualada, los ingresos, la educación y la salud. Reconoce el tremendo potencial de la utilización de los trabajos carentes de utilidad inmediata o infrautilizados entre los trabajadores».

fue el caso cuando los Estados Unidos y la ex-URSS acosaron a la China de Mao y restringieron sus relaciones comerciales externas. Pero sería un gran error convertir circunstancias especiales en un "modelo" de desarrollo.

El segundo enfoque erróneo es la idea debida a Deng Xiao Ping de que las fuerzas del mercado, los propietarios privados, el libre comercio y la inversión extranjera, todos ellos dirigidos por el Partido Comunista, pueden llegar a ser las fuerzas conductoras hacia la construcción del socialismo. El ascenso de las fuerzas del mercado ha transformado la fuerza laboral china en un ejército de reserva global de trabajo barato; ha convertido a los líderes y los administradores del Partido en hombres de negocios que roban al Estado para su beneficio privado, destruyen el medioambiente y producen desastres ecológicos. En una palabra, es el mercado el que dirige al Partido y a sus líderes y no al revés. El resultado es el peor escenario posible en el que las estructuras políticas autoritarias del comunismo se combinan con las brutales injusticias socio-económicas del capitalismo y la degradación catastrófica del medioambiente. En la práctica, ese es el significado del "socialismo de mercado".

Nos deberíamos aproximar a la construcción del socialismo de diferente manera. Ante todo y como punto de partida, la clase trabajadora ha creado un amplio campo de conocimiento a lo largo del tiempo que es el "conocimiento mundial". El régimen revolucionario debe unirse a este conocimiento del mundo para así evitar los crueles y costosos peldaños que siguieron al desarrollo en los que este conocimiento fue generado. En una palabra, la revolución debe unir los centros mundiales del saber como un paso necesario para aumentar la capacidad local que permita hacer avanzar las fuerzas de producción y democratizar las relaciones productivas. Pero la conexión externa debe tener lugar bajo condiciones que aumenten la capacidad interna para profundizar el mercado interior y servir a las necesidades populares.

En segundo lugar, los intercambios económicos, "las relaciones del mercado", tanto externas como internas, pueden tener sólo una función progresiva si están subordinadas a un régimen democrático basado en la representación popular directa en las unidades productivas y territoriales. Tales modelos democráticos no son sólo una fuerte disuasión de las degeneraciones burocráticas, sino que también sirven como un mecanismo de control esencial sobre el contenido y la dirección de los intercambios del mercado.

La actual fragmentación y disolución de la producción es el resultado del "enclave natural" de la estrategia de exportación, donde las unidades de producción clave especializadas en productos específicos sirven a las estrategias internacionales de las élites inversoras tanto del centro como de la periferia. La estrategia socialista se centra en la creación o reconstrucción de las relaciones esenciales entre los sectores económicos nacionales. La economía socialista se parece más a una malla que al radio de una rueda que constituye la característica de las economías imperialistas exportadoras dominantes.

El actual paquete económico internacional que combina la inversión extranjera, el control y las decisiones de administración con las transferencias tecnológicas (cuando

La globalización: una perspectiva socialista

tienen lugar) debe ser disociado del socialismo. La recuperación de la tecnología sin los inconvenientes de los dictados extranjeros y salarios escandalosos así como de las patentes extranjeras es posible dada la plétora de individuos con capacidad de conocimiento tecnológico, y de empresas que pueden ser contratadas y pagadas para tranferir el saber hacer. Esta forma de "dependencia" es temporal y tiene menos posibilidad de perpetuarse: el aprendizaje a partir del préstamo empieza a ser la base para la adaptación de las necesidades locales y el desarrollo de las capacidades innovadoras autónomas. La ruptura de la tiranía de la globalización requiere la expulsión de los propietarios y el control y la adquisición selectiva de la acumulación de conocimientos y artículos que produzcan un crecimiento dinámico. En consecuencia, las estructuras parásitas y explotadoras de globalización (imperialismo) necesitan ser diferenciadas de sus componentes productivos y creativos.

Este proceso de expulsión y adquisición supone uno de los mayores desafíos para cualquier transición del globalismo neoliberal al socialismo. Es decir, administrar la contradicción inherente entre las relaciones internas socialistas y la participación externa en el mercado capitalista. Esto no requiere sólo el control democrático sobre el proceso económico sino fundamentalmente la educación ideológica y cultural de los trabajadores en valores como la solidaridad, la cooperación y el igualitarismo. Este proceso educacional y cultural puede tener sólo credibilidad si los valores articulados reflejan el comportamiento y las prácticas de los líderes y los administradores. La gran característica del socialismo en la ex-URSS fue la disociación de las ideas expresadas por los líderes y sus prácticas -que condujeron a la desilusión, el cinismo, la desconfianza y facilitó la atracción fatal de la propaganda globalista.

«El nuevo socialismo aprende de sus adversarios políticos no sólo como dar la vuelta a la mesa sino también de los errores del viejo socialismo. Es más amplio, abarcando a las mujeres, consumidores y ecologistas. Tiene una mayor sensibilidad sobre las nociones de libertad en el lugar de trabajo y en las unidades rurales de producción. Posee un gran aprecio por el discurso consecuente que integra valores personales y práctica pública».

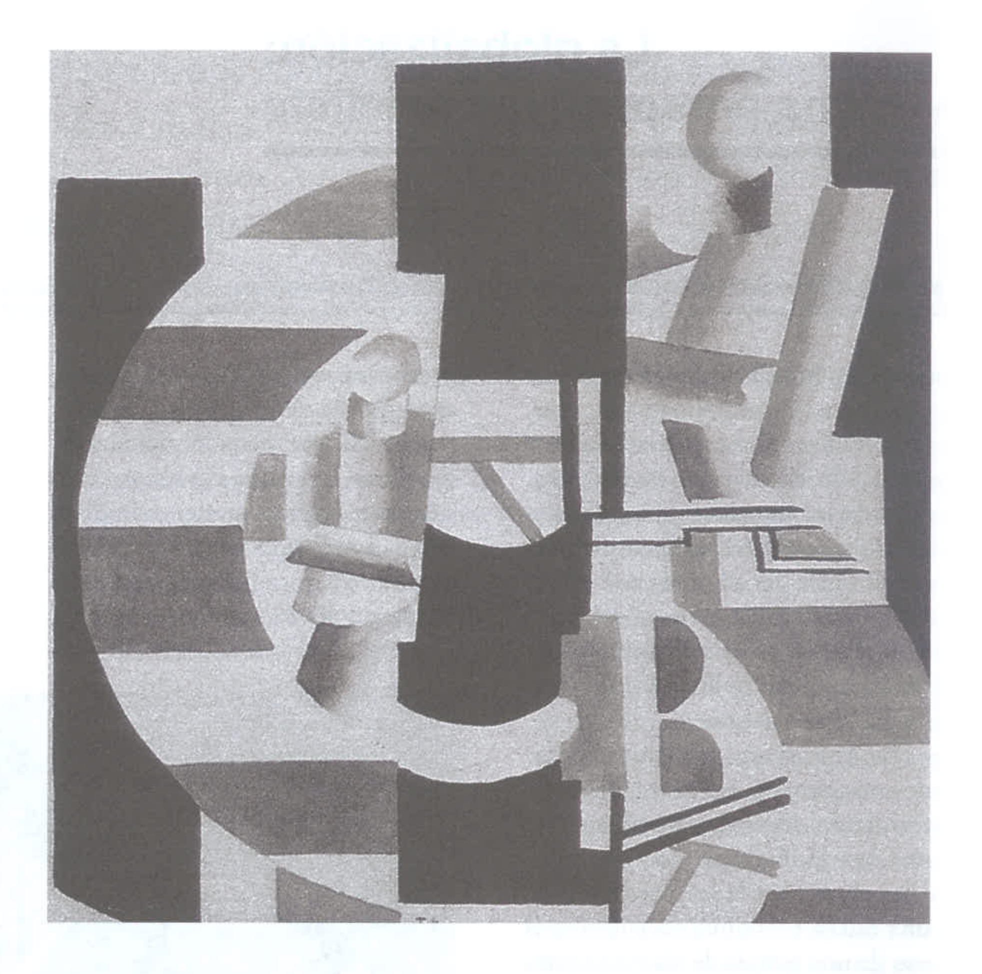
Un atractivo fundamental en la construcción del bloque de poder socialista de cara a la transformación de la sociedad y una tarea primaria para asumir el poder es la creación de vínculos socio-económicos entre las necesidades nacionales (y las demandas latentes) y la reorganización del sistema productivo. La actual estrategia de exportación es la generadora de desigualdades: la fuerza laboral está considerada como un coste, no como consumidores (demanda). Los salarios de hambre y el empobrecimiento laboral alimentan los elevados beneficios para la producción en los mercados de la periferia. La transformación socialista reconoce las enormes potencialidades del mercado doméstico basadas en la propiedad igualada, los ingresos, la educación y la salud. Reconoce el tremendo potencial de la utilización de los trabajos carentes de utilidad inmediata o infra-utilizados entre los trabajadores.

El cambio interno es esencial, pero las conexiones con los mercados y los conocimientos exteriores siguen

siendo un factor clave para producir beneficios y técnicas que faciliten la revitalización de la economía nacional. En cualquier caso, lo que es crucial es que los intercambios exteriores no sustituyan la producción local y la creación de centros locales de creación de conocimiento técnico.

Lo esencial para cualquier empresa socialista es una profunda reforma agraria que incluya una redistribución de la tierra y un traspaso de la propiedad junto con la reorientación de créditos, asistencia técnica, marketing y transporte para facilitar la producción de alimentos para el consumo de masas a precios asequibles y que a la vez proporcionen ingresos suficientes para los productores rurales. Dejando de lado el modelo de propiedad- y hay demasiadas variables para diseñar anteproyectos generales-, la reforma agraria debería abarcar los complejos agro-industriales y la generación de trabajo que conlleva. De este modo la producción de "inputs" y procesos industriales pasa a formar parte de la transformación agraria. La experiencia práctica junto con los resultados negativos de la ex-URSS nos enseñan que la estructura agraria requiere una organización descentralizada en la que los productores directos adopten las decisiones básicas con la ayuda de consejeros técnicos en el contexto de la integración de intercambios entre regiones, sectores y clases.

La transición de una estrategia de exportación imperial y capitalista hacia una economía nacional depende de la integración de regiones y de la producción- consumo en un todo unificado: de la recreación de la nación en una forma sustantiva y de la reorientación del estado al margen de aspiraciones imperialistas o capitalistas de élites financieras y dedicadas a la exportación.



La estrategia de la transición

Una condición necesaria para una transformación socialista es el cambio político en la estructura del estado. Al contrario de las irreflexivas meditaciones de los teóricos de la globalización tanto en su versión de izquierdas como en la de derechas, el estado ha desempeñado un papel importante en la formulación de estrategias de capitalización, asignando los recursos económicos a "actores capitalistas", ayudando a la élite fracasada y reforzando el control policial de las victimas del capitalismo y de los opositores al sistema. Argumentar que el papel del estado ha sido minorado es identificar erróneamente el estado con el estado de bienestar; es confundir los discursos apologéticos de los ideólogos de la globalización que lamentan su impotencia, frente a las presiones globalizadoras, con la realidad de su colaboración activa a través de las instituciones estatales.

El estado y la nación se convierten en las elementos básicos de la reconstrucción de un nuevo orden socialista internacional. Los movimientos populares en la sociedad civil están en claro conflicto con las clases dominantes en esa misma sociedad acerca de quién controla el estado y la naturaleza del proyecto socio-económico. Una vez más, los ideólogos ex-izquierdistas desorientan al movimiento popular apuntando conflictos entre el estado y la sociedad civil, en vez de examinar cómo la más intencionada y cruel explotación tiene lugar en la sociedad civil entre terratenientes, ban-

La globalización: una perspectiva socialista

queros y hombres de finanzas por una parte, y campesinos sin tierra, pequeños productores endeudados y trabajadores en paro por la otra. Más allá de las posturas intelectuales de ex-izquierdistas arrepentidos haciendo méritos ante sus nuevos jefes, se encuentran las medidas prácticas que llevan al movimiento popular del poder político a una transformación socialista.

En este aspecto podemos aprender mucho de las estrategias de transición diseñadas anteriormente por los globalistas neo-liberales. Una clave para la implantación de una nueva economía socialista es el uso de una terapia de choque contra la clase en el poder: drástica reducción de los beneficios; intervención y congelación de cuentas bancarias y *holdings*; suspensión de aranceles y demora en el pago de las deudas. Esta terapia de choque tiene un valor político y económico: políticamente desorganiza y desorienta a la clase en el poder; económicamente previene la acumulación, el éxodo de capitales y la provocación de la hiper-inflación. Más importante es la necesaria y patente intervención del estado para reestructurar la economía y reconfigurar los presupuestos estatales y sus instituciones. El objetivo es la apertura de la economía a la producción nacional, y liberalizar los créditos e inversiones para extender la producción y los intercambios a nivel nacional, regional y local. La terapia de choque provocará seguramente protestas y acusaciones de injusticia y arbitrariedad. Pero una acción rápida y directa tras la terapia de choque con sustanciosas inversiones y créditos hacia el mercado nacional pueden generar un soporte más que suficiente para el régimen.

La terapia de choque, aplicada de forma racional, significa la renegociación con los antiguos patrones y socios globalistas, y no su repudio. No conlleva una ruptura, sino una reordenación de prioridades y relaciones para favorecer las nuevas fuerzas del mercado nacional.



«El monetarismo desde abajo significa la eliminación de las finanzas estatales de deudas de billones de dólares debidas a la mala administración, estafas y especulación del sector privado, la eliminación de los créditos baratos a los exportadores y la eliminación de ventajas fiscales para las multinacionales en las llamadas zonas de libre comercio».

La segunda fase de la transición implica una reconversión económica: el desplazamiento de la super-especialización en escasos artículos y la limitada actividad en el ciclo de la producción industrial (plantas de montaje), a la producción diversificada, un mejor equilibrio entre el consumo local y las exportaciones, y una mayor inversión en educación, investigación, sanidad y productividad.

Realizar la reconversión económica requiere un cambio en las inversiones, el empleo y el sistema de ingresos. Esto implica un programa de ajuste estructural desde abajo. Esencialmente se trata de la redistribución de la tierra, ingresos y créditos. La ruptura de monopolios privados y la reforma del sistema de impuestos: planteamiento realista basado en los valores de mercado de la propiedad, reforzamiento riguroso de la recaudación de impuestos (con severas sanciones para la evasión crónica), la protección de las industrias emergentes y la apertura del comercio para los productos que no compiten con los productores locales. Los controles financieros eliminarán la actividad especulativa y la planificación estatal puede redirigir las inversiones para la formación de capital humano, empleo, trabajos públicos generadores de empleo y producción interregional.

Para evitar la inflacción y estabilizar la economía se necesitará poner en marcha una política monetaria más estricta. El monetarismo desde abajo significa la eliminación de las finanzas estatales de deudas de billones de dólares debidas a la mala administración, estafas y especulación del sector privado. La eliminación de los préstamos de bajo interés (subvenciones) y los créditos baratos a los exportadores; la eliminación de ventajas fiscales para las corporaciones multinacionales en las llamadas zonas de libre comercio. Las ganancias de los ingresos estatales y los ahorros pueden crear una actividad socioeconómica alternativa sin recurrir a la emisión de moneda.

Hay diferencias significativas entre un programa de ajuste estructural socialista y uno neo-liberal. La socialización sustituirá a la privatización como una clave para aumentar la eficiencia, la competitividad y la productividad. La socialización incluirá ampliar las redes de transporte y comunicación para futuros cambios interregionales, revitalizando así las empresas, mercados y productores provinciales. Esto significa que el análisis del "coste-beneficio" se basará en medidas regionales o nacionales en lugar de los limitados libros de balances de las empresas privadas.

Por ejemplo, el servicio ferroviario destinado a las áreas rurales puede producir pérdidas a la compañía, pero aumenta la producción y el consumo en la economía regional. La renta neta calculada en base a unidades temporales más amplias proporciona una idea clara y un criterio más exacto (socialista) para medir la efectividad del coste. Asimismo, las inversiones públicas que permiten la contratación de parados y el aumento de la producción desde cero hacia adelante es otra medida de la utilización eficiente del capital humano. En términos de competitividad está claro que lo que es determinante es el reconocimiento de que las economías se basan en alimentar a las personas -un punto elemental y básico. Las empresas socializadas que elaboran productos alimenticios básicos son mucho más competitivas desde el punto de vista de conocer las necesidades básicas que otras homólogas en el modelo de exportación que las ignoran por completo. En el contexto de conocer las necesidades básicas alimentarias, la producción socializada responde mejor a las demandas populares y está más capacitada y preparada para conocer esta "demanda del mercado".

La socialización de las empresas económicas es necesaria pero no suficiente para crear una economía socialista viable. Lo que se requiere es un plan de una reconversión industrial que permita a la demanda popular, no a burócratas corporativos impersonales, decidir quienes son "los ganadores y los perdedores." Esto significa cerrar y reconvertir la producción de artículos de lujo y las empresas de importación sustituyéndolas por empresas que generen productos de calidad para el consu-

La globalización: una perspectiva socialista

mo local de la población. Esto requiere que los trabajadores, en tanto que consumidores, jueguen un papel vital en el proceso de toma de decisión para evitar las superproducciones injustas de los estados excomunistas.

Sin embargo, la reconversión industrial requiere un equilibrio entre la producción nacional y la internacional: los beneficios de la exportación continuarán siendo importantes para los ingresos financieros vitales para el modelo de crecimiento nacional dinámico. Lo que es crucial en esta relación es la reinversión de las ganancias adicionales de la exportación en el desarrollo del mercado interno, no su transferencia a la periferia o la actividad especulativa como es el caso hoy en día.

Crucial para el modelo de ajuste estructural desde abajo es la modernización del estado. El estado en el modelo de exportación se estructura mayoritariamente a partir de reguladores que definen las reglas y destinan los recursos para satisfacer a los inversores y comerciantes de la periferia, explotando los recursos nacionales y proporcionando pequeña información a los productores locales sobre los procesos de decisión. Este proceso de la élite genera la corrupción, como se pone de manifiesto en las quiebras y en los escándalos derivados de los procesos de privatización.

Rechazando el modelo neoliberal de exportación no hay marcha atrás hacia el estado burocrático centralizado que suprimió la democracia popular, bloqueó las iniciativas innovadoras y produjo grandes ineficiencias. La modernización del estado significa la descentralización de las administraciones de las cuotas estatales a los receptores locales en la sociedad civil que votan según sus prioridades. Esto significa la redirección de los representantes políticos desde las inútiles funciones burocráticas hacia un trabajo productivo. La reforma estatal significa la reubicación de los trabajadores de la salud en los barrios, la de los ingenieros agrónomos hacia las zonas rurales y la de los profesores hacia las abarrotadas escuelas públicas del medio urbano.

El socialismo significa equilibrar el consumo con la producción: los derechos de los trabajadores con las obligaciones para aumentar la productividad y observar una disciplina en el lugar del trabajo; esto significa que los consumidores, mujeres y minorías étnicas están incluidos en las decisiones sobre producción y consumo.

Los consumidores y los ciudadanos tienen que desempeñar un papel clave en la dirección del estado y de las instituciones económicas para impedir otra "dictadura contra el proletariado" o una abundancia de bienes de consumo baratos que nadie está interesado en financiar debido a la calidad, al estilo o a su atracción.

Probablemente, la medida más básica y novedosa del nuevo socialismo es el papel clave que los trabajadores, consumidores y ecologistas tendrán en la revisión, evaluación, contratación y despido de los administradores. El evitar una burocracia privilegiada en las empresas económicas públicas se basa en el papel activo de los productores y consumidores directos en la toma de decisiones fundamentales. Así, bajo el nuevo socialismo, autoadministración a nivel estatal, regional y local es la alternativa a la élite privada de exportación en la economía globalizada y a los burócratas estatales del pasado.

El papel clave de los productores directos también supone responsabilidades, un reconocimiento de que en la transición algunos trabajadores pueden todavía conservar "hábitos y prácticas" de trabajo que pueden resultar peligrosos para la producción y creación de bienes de calidad. El empleo de por vida garantizado no es viable: las evaluaciones periódicas tanto de resultados de calidad como de cantidad de los servicios deberían constituir la norma básica a la hora de garantizar el puesto de trabajo. Los infractores habituales deberían ser despedidos. Los burócratas abusivos serían llamados a dar cuenta de sus abusos. Los trabajadores del servicio público deberían asumir la responsabilidad por los retrasos inaceptables. La organización local y descentralizada permite a amigos, veci-

nos y ciudadanos tomar las decisiones por su propia cuenta a la hora de suministrar electricidad, reparar las lineas telefónicas, etc. Los profesores absentistas deberían recibir "salarios absentistas" y responder ante los padres, estudiantes y el resto de la comunidad. Los profesores que reciclan lecturas pasadas de fecha en apuntes amarillentos deberían ser evaluados y avisados de aumentar el nivel de sus clases o presentar la dimisión.

El nuevo socialismo significa el final del doble discurso. Significa que el estilo de vida personal debería de estar de acuerdo con el discurso público. Los intelectuales no pueden criticar el neoliberalismo y después sumirse en el consumo frenético de los productos de consumo importados. Uno no puede predicar igualdad hasta la puerta de la casa y después practicar políticas autoritarias (patriarcales) en la familia. El nuevo socialismo reconoce la complejidad de las contradicciones en la transición, entre otras la necesidad de la democratización de las relaciones raciales, étnicas y genéricas -para atraer aquellas luchas importantes por sí mismas- como elementos clave en la transición desde el globalismo al nuevo socialismo.

Conclusión

Comprendiendo los límites estructurales e históricos de la "ideología globalista" podemos escapar de la tiranía del globalismo. Las alternativas no son utopías incorpóreas que son "imaginadas" por individuos navegando por Internet. La alternativa emana de las experiencias pasadas y presentes y las oportunidades que resultan de los fracasos y crisis de las "estrategias de exportación".

Centrándonos en las relaciones sociales y el estado como los bloques constructores de los imperios globales podemos escapar de la prisión del pensamiento globalista e introducir el reino de la acción social y política. La inversión de las políticas de los ideólogos globalistas lleva a la formulación de una estrategia alternativa en la que la movilización social y el poder estatal suministran un nuevo contenido de clase para los tratamientos de choque, las reconversiones industriales y los ajustes estructurales. El nuevo socialismo aprende de sus adversarios políticos no sólo cómo dar la vuelta a la mesa sino también de los errores del viejo socialismo. Es más amplio, abarcando a las mujeres, consumidores, ecologistas. Tiene una mayor sensibilidad sobre las nociones de libertad en el lugar de trabajo y en las unidades rurales de producción. Posee un gran aprecio por el discurso consecuente que integra valores personales y práctica pública.

El colapso de la globalización, tal y como ha sido entendido hasta ahora, en Asia, la ex-URSS, Africa y América Latina está creando tremendos desastres sociales pero también es una oportunidad histórica para superar el capitalismo. Sería un fracaso completo negarse a aceptar una nueva sociedad socialista, una nueva nación como un espacio integrador, una nueva cultura de participantes y no de espectadores pasivos, y un nuevo internacionalismo de iguales.

JAMES PETRAS es sociólogo y profesor de la Binghamton University de Nueva York.
(Traducción: Alba y Paco Marcellán)

DOSSIER

Sindicalismo revolucionario en Europa:
trayectoria, perspectivas, posibilidades y retos.



Política africana para un desarrollo humano

África subsahariana se mueve, hace política, en la ingente tarea de lograr las bases de un desarrollo humano. Condición imprescindible: la estabilidad de sus países, el recto funcionamiento de los gobiernos en una línea crecientemente democrática. Hacia esta meta van los distintos caminos por los que avanza la política africana. Pero sólo tenemos noticias de los procesos más traumáticos: guerras, golpes de Estado, matanzas y hambrunas. No se dice una palabra de las elecciones celebradas con transparencia, no siempre total, en la mayoría de sus estados, en 1998 en nueve de ellos, por ejemplo. Tampoco se informa de la actividad y pronta respuesta, incluso en las crisis agudas, de una diplomacia africana paciente, persistente, imaginativa y flexible, otro de los caminos permanentes de hacer política.

África trata, por todos estos medios, de lograr el asentamiento interior de sus Estados, la seguridad de sus fronteras, el establecimiento de uniones regionales operativas, la clarificación de liderazgos y "locomotoras" políticas y económicas. En Europa olvidamos nuestro pasado, los siglos que ha llevado la construcción de cualquiera de nuestros países, las guerras constantes desde la remota Edad Media hasta nuestros días, los dramas aún abiertos sobre la piel de nuestro continente. El eje de nuestra flamante Unión Europea, París - Berlín, es el fruto de dos guerras mundiales con ambos países enfrentados. Parece que al fin Europa se ha percatado de que hay más beneficios en la paz y la unidad que en el tenaz empeño por aplastar o dominar al diferente. Tampoco solemos pensar en los problemas aún pendientes: llegar a un gobierno, un centro de decisión, común en política interna y exterior, en defensa y economía conlleva la pérdida de poder para las élites políticas de los distintos países. Se resiste el propio sentido nacional de cada uno de los pueblos.

«... miles de etnias con sus propias élites de poder y sus trayectorias históricas milenarias, una demografía galopante, la economía en bancarrota, pasar de una tradición antiquísima a una modernidad que viene de fuera... Remansar y encajar todas estas piezas en un Africa de firme desarrollo humano para todos lleva su tiempo»

¿Por qué no pensar que África tiene aún un largo camino que recorrer para llegar a nuestras conclusiones? Les pedimos una adaptación rápida a las metas que les proponemos sin tener en cuenta los múltiples obstáculos: miles de etnias con sus propias élites de poder y sus trayectorias históricas milenarias, una demografía galopante, la economía en bancarrota, pasar de una tradición antiquísima a una modernidad venida de fuera; unos hábitos de gobierno patrimonialistas, voraces, corruptos, sobre los que compartimos responsabilidad con los africanos. Remansar y encajar todas estas piezas en un África de firme desarrollo humano para todos lleva su tiempo. Casi siempre

Política africana para un desarrollo humano

lo olvidamos. El presente artículo quiere mostrar alguno de los caminos por los que África transita hoy. Y lo hace con autonomía, contrariando a veces los intereses de las potencias que antes dirigían el agua hacia sus propios molinos. Esta actitud no es nueva: un reciente y triste ejemplo ha sido Mobutu, que se las arregló para poner su vela a los vientos de la guerra fría, de modo que sirviesen a sus propios intereses.

Puesto que veremos procesos de asentamiento y liderazgo que se desarrollan mediante la guerra, hemos de aclarar que no pienso que éste sea el camino ineludible. Sólo observamos que, tristemente, la guerra sigue siendo un medio de hacer política. Esto debe llevarnos a la reflexión y a la búsqueda de otros modos de resolver los conflictos. Los mismos africanos lo afirman con sus denodados esfuerzos por lograr un alto el fuego, un plan de paz, un consenso entre adversarios potenciales.

Transición e intervención en África occidental

Con sus más de 120 millones de habitantes, Nigeria es el gigante no sólo de África Occidental, sino de toda África. El mayor estado negro del mundo atraviesa una profunda crisis económica y política. Su masa de población, doblada cada 30 años, es un factor preocupante en la actual coyuntura: sólo será un elemento positivo si su crecimiento va unido a una mejora económica, si se regula su distribución y se valoriza por la formación. Dicho de otro modo: los nigerianos podrán mirar con optimismo el futuro si solucionan sus problemas económicos, pero esto sólo se producirá si resuelven la crisis política.

Etnias, religiones, militares y política

Nigeria fue construida por Gran Bretaña sobre la base de tres experiencias históricas, políticas y sociales diferentes:

– el Norte, etnias Hausa - Peul, dominio de teocracias musulmanas

– el Sudoeste, reinos animistas, Yorubas

– el Sudeste, democracias de aldeas igualmente animistas, Ibos.

Las diferencias se hicieron más profundas con el dominio británico. El Norte permaneció cerrado a la religión y cultura foráneas. El Sur suministró la mayoría de los intelectuales y cuadros de la colonia. En vísperas de la independencia, a pesar de los tardíos esfuerzos por rectificar, había en el Sur cinco veces más jóvenes escolarizados que en el Norte. De los 800.000 asalariados (2% de su población), la mayoría vivía en el Sur, donde se ubicaban las plantaciones, los puertos y las pocas industrias existentes.

Los grandes partidos nacen, entre 1945-51, sobre la base del regionalismo, no por diferentes posicio-



«Nigeria está en la encrucijada de tres religiones: islam, cristianismo y cultos tradicionales. El desarrollo de corrientes islamistas y del proselitismo evangélico agresivo de las nuevas Iglesias contribuye a la politización de las 'religiones importadas'. Los votantes se mueven cada vez más sobre bases confesionales».

nes ideológicas. Tras la independencia, la vida política estuvo caracterizada por una lucha feroz por el control del poder, que abría también las puertas de la dirección de la economía. El juego de coaliciones Norte - Este, con las etnias menores como comparsas, permitió arrinconar a los Yoruba, y abrió la puerta a la corrupción y la patrimonialización de los recursos del país.

El Estado federal parecía la fórmula ideal para mantener la cohesión en la diferencia, siempre existía una tentación secesionista latente si el poder parecía perjudicar gravemente a una etnia. Las tensiones alcanzaron su punto culminante en la secesión de Biafra: una nueva división territorial dejaba a los Ibo sin acceso al mar y perdían el control de los campos petrolíferos. La guerra se saldó con la victoria del ejército federal. Los militares, ya en el poder, afianzaron su permanencia y lograron la aureola de salvaguardia de la unidad nacional ... y el control del petróleo. De los 38 años de vida del estado, sólo 10 han sido de gobierno civil.

Nigeria está en la encrucijada de tres religiones: Islam, Cristianismo, Cultos tradicionales. El desarrollo de las corrientes islamistas y del proselitismo evangélico agresivo de las nuevas Iglesias contribuye a la politización de las "religiones importadas". Los votantes se mueven cada vez más sobre bases confesionales, según los datos de elecciones recientes. Ante la ofensiva de los partidarios de un hegemonismo islámico, los cristianos se movilizan. La Asociación Cristiana de Nigeria (CAN), que agrupa a las principales Iglesias, ha anunciado su determinación de oponerse a los intentos de islamización del país. Podría provocar una guerra civil, como en Líbano y Sudán, o una división de la Federación a lo Pakistán. En este contexto los seguidores de cultos tradicionales se presentan como árbitros de la unidad nacional, junto con sectores numerosos del ejército y de la élite, cristianos y musulmanes defensores de los principios laicos y la tolerancia religiosa.

Petróleo, euforia y crisis

Nigeria es la segunda potencia del África subsahariana, miembro de la OPEP, integrada en la CEDEAO. Sus recursos naturales energéticos (petróleo, gas), agrícolas, hidráulicos y mineros (hierro, colombita...) son muy importantes. La infraestructura de carreteras, banca y comercio está desarrollada y el equipamiento escolar ha permitido la formación de una élite de alto nivel.

Es una sociedad en la que el espíritu comercial tiene larga tradición. Ha sabido articularse bien con el capital internacional y su sector informal cubre todas las actividades. Pero Nigeria sigue siendo un gigante con pies de barro: presenta diferencias étnicas y regionales y fuertes desigualdades de ingresos. Exportadora de petróleo (5ª/6ª mundial) como casi único producto, su régimen de crecimiento fluctúa en función de la coyuntura petrolera. La economía, en su conjunto, presenta numerosos síntomas del síndrome petrolero.

Los fuertes ingresos, 150.000 millones de dólares entre 1972-85, produjeron una apariencia de desarrollo, el alza de los salarios, un afán consumista y suntuario, una llegada masiva de productos de importación. El campo se abandonó: eran más baratos los alimentos importados, la ciudad y los salarios atraían a los jóvenes, las explotaciones familiares no podían pagar los brazos necesarios.

La economía se atasca en importantes cuellos de botella, como el peso del aparato administrativo, la débil rentabilidad de los grandes proyectos (por ejemplo las acerías de Ajaokuta), la insuficiencia de equipamiento eléctrico, telecomunicaciones y vías de comunicación secundarias, el peso del tribalismo en la atribución de empleos, los criterios políticos de localización de las industrias (el 90% del empleo industrial está concentrado en 15 lugares, el 70% en sólo 8 ciudades). La puesta en marcha de unidades productivas no parece haber creado una dinámica autónoma del sistema productivo. Fuertemente dependiente del exterior: importación de maquinaria y materias primas; al ser empresas filiales de multinacionales, el poder de decisión tecnológica y gestora están siempre en manos extranjeras.

Política africana para un desarrollo humano

La deuda contraída en los años de euforia ha ido creciendo: se ha doblado entre 1983-91. Su pago supone el 40% de las exportaciones. Para completar el retrato hay que añadir la corrupción y patrimonialización de los recursos del país, la mala gestión, una coyuntura económica desfavorable con la caída del precio del petróleo, el encarecimiento de las importaciones, el fuerte gasto público debido a la multiplicación de estados y gobiernos locales, pago por "servicios políticos"...

La riqueza petrolera no ha llegado de la misma manera a los nigerianos. En 1981 un 12% de "ricos" se repartían un tercio del capital nacional. El ajuste estructural ha reducido el sector que vive de la renta pública y parapública, ha suprimido puestos de trabajo y reducido los ingresos de unos cinco millones de asalariados. La pobreza se expande. La solidaridad, tantas veces evocada para explicar la capacidad de los africanos para hacer frente a los problemas, no es ilimitada.

Geopolítica de Nigeria

Con importantes intercambios formales/informales, ejerce una fuerte influencia sobre las economías y la política de los países fronterizos. Aspira a integrarlos de algún modo en su economía y su estructura federal.

Dentro del África occidental, su espacio natural, ha intentado, desde los 70, agrupar a todos los Estados en una Comunidad Económica (CEDEAO), de cuya fuerza de emergencia tiene el cuartel general. En la realidad el proyecto ha avanzado poco: lazos con la antigua metrópoli, economías orientadas hacia Europa, débiles intercambios internos, falta de complementariedad.

«Con sus más de 120 millones de habitantes, Nigeria es el gigante de toda África. Pero el mayor estado negro del mundo atraviesa una profunda crisis económica y política a pesar de que sus recursos son muy importantes».

Las pretensiones de Nigeria de ser una potencia africana y principal referente en las relaciones del mundo exterior con el África negra chocan con las posiciones de otros centros de poder, decididos a limitar su expansión.

Nigeria lleva mal las ataduras de los Estados francófonos y de otros países africanos con esta potencia europea. Muchos nigerianos creen que Francia es su principal adversario, por delante incluso de Libia. Una de las constantes de la política exterior nigeriana es una voluntad firme de alejar a París del subcontinente africano. Las relaciones han mejorado gracias a la economía: el sector privado se ha ido retirando de territorios francófonos menos rentables y ha invertido masivamente en este país. Ha cambiado la valoración del gobierno socialista, que ve en Nigeria uno de los pocos países africanos con porvenir. Los recelos, no obstante, continúan por la pretensión francesa de ser el campeón de la democratización y del derecho de injerencia "humanitaria" en África. Hoy en día, ante el desenganche progresivo francés, muchos estados francófonos temen la irrupción del "gran hermano", al que consideran más peligroso para su autonomía. Para conservarla, algunos buscan el apoyo de otros aliados.

La nueva Sudáfrica es ciertamente un poderoso rival en el liderazgo, puesto que tiene una potencia económica y política muy superior a la de Nigeria. La figura mítica de Mandela acrecienta la diferencia, especialmente en el reciente período Abachá, desprestigiado por sus violaciones de los derechos humanos y sus intervenciones armadas en Liberia y Sierra Leona, fuera del control de la CEDEAO.

Libia se alza como otra potencia regional rival. Gadafi pretende continuar una vieja política hacia el el sur y el este. Reivindica territorios, ha intervenido en Chad, Níger, Etiopía, Uganda. Proyectos de fusión con Sudán, de "Estados unidos islámicos del Sahel": Chad, Níger, Mali, norte de Nigeria. En nombre de su ideología de "gobierno por el pueblo (jamahiriyya)" apoya a diversas oposiciones locales y corrientes musulmanas contestatarias. Ha sostenido también a diversos movimientos de liberación en el África austral.

Las relaciones con Libia han sido tensas y Gadafi ha preocupado seriamente a Nigeria con actuaciones en países del entorno: lazos con el régimen "marxista" de Benin, ayuda en petróleo al régimen progresista de Ghana para romper el embargo decretado por Nigeria, apoyo al régimen populista de Sankara en Burkina y a los partidarios del "rebelde" Taylor en Liberia. Dentro de Nigeria, Gadafi mantiene relaciones con el "Partido de la redención del pueblo", que ha conseguido el gobierno en dos estados del norte. Muchos intelectuales musulmanes participan en la "Liga de la llamada islámica" patrocinada por Libia. Una parte de la inteligencia progresista de Nigeria está a favor de Gadafi en su combate contra las injerencias imperialistas.

A nivel mundial, Nigeria quiere situarse como una potencia de segundo orden, representar a toda la comunidad negra y formar un *lobby* capaz de hacer por África lo que el judío hace por Israel.

La transición de Abubakar

El programa de transición, anunciado por Abubakar el 20 de julio pasado, resulta sorprendente, puesto



que formó parte de los más cercanos colaboradores del fallecido dictador. La explicación estaría en las presiones tanto internas como externas. Pocos regímenes no democráticos han sido tan fuertemente denunciados como el del general Abachá. Condenas duras de la Sudáfrica de Mandela, la exclusión de la Commonwealth, la campaña, encabezada por EE.UU., para la democracia en Nigeria, hicieron ver al régimen el aislamiento en que se encontraba.

Se ha producido un deshielo rápido entre Nigeria y Occidente, en respuesta a la apertura iniciada por Abubakar y a sus primeras medidas de clemencia: el perdón de los condenados a muerte por el pretendido complot de diciembre del 97, la liberación de prisioneros, como el anterior jefe de Estado el general Olusegun Obasanjo, periodistas, líderes sindicales.

El programa de vuelta del ejército a los cuarteles se ha ido desarrollando sin dificultades . Dos jefes del servicio secreto del policíaco régimen de Abachá han sido destituidos. Abubakar ha querido marcar, desde el primer momento, distancias con el pasado. En su discurso del 20 de julio denunció las manipulaciones de Abachá en su pretendido programa de transición a la democracia. Reconoció el fracaso de la política económica del régimen militar, el paro, la escasez de gasolina, la producción insuficiente de electricidad, el bajo nivel de los ingresos medios, añadiendo que "los problemas particulares de las regiones productoras de petróleo exigen una atención urgente". En esta frase está implícito el problema de los Ogoni y el recuerdo de su líder Saro-Wiwa, ejecutado junto con otros opositores.

La verdadera transición debía empezar desde cero. Abubakar dejó bien clara su intención básica: "La administración no tiene ningún deseo de sucederse a sí misma y está firmemente comprometida en una transición rápida hacia un gobierno democráticamente elegido". No queda otro camino que aplicar el nuevo programa de vuelta a un régimen civil.

Pasos hacia la democracia

Agosto 98: Abubakar nombra la Comisión electoral independiente para ayudar al gobierno en las distintas elecciones. Pocos días después

Política africana para un desarrollo humano

forma un Gobierno de transición con civiles deberá llevar a término el calendario electoral.

5 diciembre: Elecciones municipales a las que se presentan nueve partidos. Son la puerta a las elecciones siguientes: sólo pasarán a ellas los que obtengan al menos un 5% de los votos en dos tercios de los estados federales. Se trataba de evitar que los partidos se constituyan sobre bases étnicas o regionales demasiado marcadas. Los únicos que superaron la criba:

1º) 50% de votos: Partido democrático del pueblo (PDP) de centro-izquierda, liderado por Olusegun Obasanjo, único militar que cedió el poder a los civiles, encarcelado por Abachá, 1995-98, ahora retirado.

2º) 24%: Partido de todos los pueblos (APP) de centro-derecha, partidarios del desaparecido dictador Abachá.

3º) 13%: Alianza por la democracia (AD) de izquierda/progresista, opositores de muchos años a los regímenes militares.

9 enero 99: Elecciones regionales, con una participación muy amplia, al igual que sucedió en las municipales.

1º) PDP, vence en 21 de los 36 estados.

2º) APP, 9 Estados.

3º AD, 6 Estados.

20 de febrero: Elecciones legislativas, el PDP de Obasanjo obtiene la mayoría absoluta.

27 de febrero: Elecciones presidenciales, Obasanjo es elegido presidente con el 62,8% de los votos. Muy importante es el hecho de que estos votos están repartidos por todo el país de modo bastante homogéneo, lo que le acredita un respaldo amplio y no exclusivamente étnico-regional. Su toma de posesión y la retirada de los militares a los cuarteles será el 29 de mayo.

¿Podrá el nuevo presidente evitar las taras que provocaron la caída de los regímenes civiles precedentes? La cuestión primordial para los electores nigerianos ha sido siempre saber qué región del país dominaría a las otras, para apoderarse de los recursos del país a través de sus dirigentes. El sistema federal, reconocido por la Constitución como indispensable para un país tan diverso, reconoce la autonomía de cada uno de los treinta y seis estados. Pero esta autonomía está suficientemente limitada y la lucha por el poder central es primordial, puesto que éste decide el destino de los ingresos petroleros.



Cara a estos riesgos, Abubakar, en los inicios de la transición, llamó a la clase política a "reducir sus diferencias y a colaborar en la formación de partidos de base nacional". Se debe, sin embargo, evitar una visión simplista: no existe una correlación automática entre etnias y posicionamiento político. Si los Nordistas son vistos, muchas veces, por los demás Nigerianos como un bloque homogéneo, esto no es real. Entre los Hausas hay muchos disidentes, radicales, oponentes al régimen militar. Los Yorubas, que actualmente dan la impresión de estar políticamente unidos, no lo han estado nunca bajo regímenes civiles: el general Obasanjo y Abiola se opusieron a muchos Yorubas -entre ellos Fela, que los denunció en una canción-, y apoyaron entre 1979-83 al NPN, percibido como un partido nordista. Se pregunta, hoy en día, si Olusegun Obasanjo, dirigente de estatura más nacional que regional y

«Libia se alza como otra potencia regional. Gadafi pretende continuar una vieja política hacia el sur y el este. Reivindica territorios y ha intervenido en Chad, Niger, Malí, Etiopía y Uganda. Apoya a diversas oposiciones locales y corrientes musulmanas contestatarias».

de renombre internacional, puede ser el presidente unificador que precisa Nigeria.

¿Será capaz de sacudirse la influencia y la corrupción de los militares? Determinados medios, especialmente Yorubas, le acusan de ser un hombre de paja del general Babangida, verdadero poder fáctico con una red obscura de negocios y contactos.

El delta del Níger, país del petróleo, es una caldera a punto de explosión: etnias minoritarias se oponen, incluso con las armas, a la expoliación de su territorio en beneficio de las grandes compañías petroleras y del enriquecimiento de los militares. La ejecución del líder Ogoni ha exacerbado aún más las reivindicaciones.

La política internacional de Nigeria, en particular su papel de gendarme del África Occidental, está siendo muy controvertido. Obasanjo ha advertido que se hará un análisis profundo y neutral sobre la actuación de las tropas de ECOMOG: los soldados nigerianos se retirarán inmediatamente si no hay poderosas razones para continuar en Sierra Leona o Liberia. Esto le pondría frente a altos generales que se están enriqueciendo a mnos llenas con los diamantes de estos países.

La tierra de los esclavos retornados

Sierra Leona y Liberia, países "gemelos", ocupan una ancha franja costera de 182.000 km² dentro del área tropical más abundante en lluvias. Tienen una historia semejante, aunque no idéntica, hasta nuestros días.

El origen de los actuales países se produce en el siglo XIX, con la llegada de antiguos esclavos que se instalarán en la costa, llevados a Liberia por filántropos de EE.UU., o conducidos a Sierra Leona por navíos británicos que los han rescatado de barcos negreros, de Jamaica y otros lugares. El territorio que ocuparán estaba ya poblado por etnias Mandé, Kru y Mel. En Sierra Leona su historia anterior no presenta luchas atávicas. En Liberia los Krahn, rama de los Kru, tienen ya una reputación guerrera y no parecen ser los únicos, puesto que los "nuevos africanos" tendrán que luchar duramente para hacerse un espacio.

Entre 1787 y 1890 llegan unos 30.000/40.000 antiguos esclavos que han tenido un contacto desigual con el mundo blanco. Anglicizados, cristianizados, más o menos escolarizados, crean colonias costeras y se conceden el poder cívico y económico para la explotación del territorio y el comercio exterior. En ambos casos el interior quedará abandonado a los "salvajes" autóctonos, mano de obra barata sobre los que ejercerán un dominio despótico, convencidos de su "misión civilizadora", superior preparación y apoyo económico de EE.UU. (Liberia) y Gran Bretaña (Sierra Leona). Los británicos implantarán una clara dualidad territorial y humana: la franja costera será declarada colonia (1808), el interior no existe hasta 1896, asumido como protectorado. En los dos países se van creando abismos entre las etnias.

La nueva etnia negra se fue enriqueciendo en las décadas posteriores, abriendo el territorio al capital extranjero, especialmente al descubrirse los inmensos recursos minerales: el hierro, grandes reservas y muy buena calidad, especialmente en Liberia; los diamantes, oro y bauxita de Sierra Leona. Serán la base de la exportación y de la economía, también de las grandes fortunas de la élite. El campo queda poco a poco abandonado, salvo las grandes plantaciones de caucho. A Liberia se la conocía como la "República Firestone". Los prometedores comienzos de cultivos de cacao, café y arroz fueron abandonados, sustituidos por una progresiva importación de cereales o los alimentos de la ayuda americana. El campo emigra a la ciudad, a las minas o a los latifundios del caucho. La agricultura es puramente de supervivencia.

En los dos países se rompe con el orden establecido por la etnia negra inmigrante. En Sierra Leona los autóctonos se organizan en partidos. En 1961, con la independencia, suben al poder. Hay un período de estabilidad relativa y supresión de instituciones anglosajonas y libertades, partido único. Corrupción galopante, el 95% de la explotación de diamantes está en manos de unas pocas

Política africana para un desarrollo humano

familias libanesas a las que se ha asociado la élite política. Desde 1985 el endeudamiento es ya vertiginoso: depreciación de la moneda, inflación de dos cifras, disolución patrimonial del Estado.

Guerras e intervención de ECOMOG

En Liberia la fractura viene, en 1980, con un golpe militar: Doe, un Krahn (5% de la población), un "verdadero negro", hace ejecutar, en una macabra ceremonia, al presidente y a sus ministros. Masacres contra negros-americanos y etnias sospechosas, uso patrimonial de los recursos del país.

En diciembre de 1989 se alza contra Doe el Frente Patriótico Nacional de Liberia (NPFL). Su líder, Charles Taylor, es un afro-americano y sus seguidores provienen especialmente de las etnias Gyo y Mano. Se dice que reciben entrenamiento y apoyo de Libia. En pocos meses ocupan el 90% del territorio y llegan a las puertas de Monrovia.

La guerra se alarga y se complica. Surge el INPFL, liderado por Prince Johnson, una escisión del grupo de Taylor, al que acusa de no ser "totalmente negro". Contra todos ellos se alza el ULIMO (Movimiento Unido de Liberación), basado en la etnia Krahn. Las matanzas y el pillaje son generales, surgen nuevas facciones. Los jóvenes, incluso niños, son soldados y protagonistas de escenas de extrema crueldad (de los 60.000 combatientes, un 75% son menores de 25 años, un 10% no tienen 15).

En Sierra Leona, apoyado por Taylor, comienza su lucha, en 1991, el Frente Unido Revolucionario (RUF) liderado por Foday Sankoh, con un fondo ideológico mezcla de maoísmo, nacionalismo y creencias tradicionales: "Hemos tomado las armas para abatir el sistema corrupto impuesto por el APC y el ejército. Nosotros no vamos a formar un gobierno militar. Estamos en contra del militarismo. Pero tampoco tomaremos el poder para entregarlo a los políticos. No, vosotros, comandantes, lo guardaréis. Por eso tenéis que ser disciplinados".

«Si no es creíble la 'guerra total hasta Kampala y Kigali' con la que soñaba Kabila, tampoco se ve cercana la paz. En Africa se sigue apostando por el mantenimiento de las fronteras y todos sus estados se agarran a este principio para evitar problemas en cadena».

Tres años después los rebeldes están a las puertas de Freetown. No "tienen" ninguna ciudad, es una guerra sin frentes, pera atacan por doquier. El Sur, granero de Sierra Leona, abandonado y devastado. La zona diamantífera aislada, el gobierno se ve estrangulado financieramente.

En la capital toman el poder los militares. Sus dos gobiernos sucesivos no logran detener al RUF. Los combates se han generalizado y el pillaje, las matanzas y atrocidades son obra indistinta de rebeldes y ejército regular. Casi la mitad de la población abandona sus lugares de origen, muchos de ellos irán a Guinea, Liberia.

En ambos casos, África Occidental ha mantenido dos líneas de solución:

a) la vía diplomática, tratando de conseguir un alto el fuego y la paz definitiva. Sus características son:

- rapidez de respuesta a la aparición de la crisis
- diversidad de foros y mediaciones: CEDEAO, ONU, OUA, con mayoría de iniciativas autónomas africanas y liderazgo de Nigeria
- paciencia y constancia en la negociación, a pesar de los fracasos
- respaldo al gobierno legal, incluso cuando esta legalidad es discutible.



b) el recurso al ECOMOG. Este brazo armado de la CEDEAO nace en 1991, con el encargo de supervisar el alto el fuego acordado en Liberia. El mando y la mayoría de los soldados son nigerianos, con presencia de otros países de la región. En la realidad han sido una proyección de Nigeria como potencia regional. La decisión de transferir el ECOMOG a la nueva crisis de Sierra Leona fue tomada, en 1997, unilateralmente por Abachá, entonces presidente nigeriano. En ambos países han tomado partido por el gobierno, combatiendo contra Taylor y apresando a Sankoh, líder del RUF, durante un viaje de negociación en Abuja.

Los acuerdos de paz han llegado en 1995, para Liberia, y en 1997, para Sierra Leona. En Liberia el proceso de alto el fuego, gobierno de transición y elecciones culminó con el triunfo de Taylor, nuevo presidente que integra en su gobierno a destacados independientes. Resulta paradójico este resultado final, ya que Taylor era la auténtica "bestia negra" de Nigeria. ECOMOG combatió duramente contra su grupo, aliándose con varias facciones. Sierra Leona ha visto la vuelta de Kabbah al poder, mientras Sankoh permanece en prisión.

El balance actual es dispar: Liberia ha empezado una época más asentada, aunque han continuado los enfrentamientos Taylor / Jhonson, verdadera amenaza para la estabilidad política y económica. Es muy significativo el respeto de Nigeria al triunfo de Taylor en las elecciones (65,4% de los votos), teniendo en cuenta su veto tácito y su poder militar, con ECOMOG, durante el proceso de transición. Es un hecho que valoriza las "soluciones africanas", cuando nuestra Europa no acaba de encarrilar el problema recurrente de la ex-Yugoslavia. En la dura tarea de reconstrucción del país en ruinas, Taylor ha llamado a las puertas de Francia, del club de París, del FMI. Ha conseguido que le desbloqueen 220 millones de dólares, sólo para empezar; luego necesitaría otros 3.000. Los inversores están volviendo a Liberia: compañías francesas, alemanas, británicas, EE.UU., Sudáfrica. También se pone en marcha el caucho, con mayor presencia francesa. La minería está rehaciéndose lentamente. La gestión política de Taylor presenta aspectos que hacen temer a la gente una vuelta a los viejos modos, cuando ECOMOG abandone definitivamente Liberia. Las organizaciones de derechos humanos negocian con el gobierno, se reabren periódicos y emisoras independientes.

Sierra Leona ofrece un panorama más desalentador. Se impuso una solución por las armas, sin acabar, por otra parte, con el potencial del RUF. Todas las razones nos llevan a dudar de la disposición del Kabbah, de nuevo presidente gracias a Nigeria, para prescindir de su milicia étnica, los Kamajor, emprender una verdadera democratización y reconstruir el país sobre la base de una participación más justa en los recursos. En enero de 1999 ha vuelto la guerra. Los rebeldes ocupan la capital. ECOMOG inicia su enésima contraofensiva. Repliegue de los efectivos del RUF. La diplomacia africana está buscando afanosamente una vía pacífica. La negociación directa entre el presidente y Sankoh, líder del RUF, actualmente preso en un navío de guerra nigeriano, aún no se ha producido. Parece que la salida pacífica no interesa a Taylor, presidente de Liberia y apoyo del RUF, ni a los generales nigerianos: ambos estarían engrosando su fortuna con los diamantes de Sierra Leona.

La implicación de Nigeria en la crisis, y sobre todo las iniciativas adoptadas frecuentemente por este país sin previa consulta a la CEDEAO, son una novedad en la región. El embargo decretado sobre armas y combustible fue ampliado unilateralmente por Nigeria a los alimentos, creando una situación altamente dramática. Los países de la región y las potencias más interesadas, como EE.UU. y Sudáfrica, eran contrarias a la intervención armada. Estaba aún pendiente la aplicación de

Política africana para un desarrollo humano

un plan de paz aceptado por ambas partes. Mientras algunos estados de la región felicitan a Nigeria por este "éxito", otros se preguntan sobre los planes de un régimen militar que muestra la tradicional ambición de Nigeria: ser una potencia regional. El gigante nigeriano tranquiliza a algunos, pero suscita temores en otros. El giro que se produce con la muerte de Abachá y la transición emprendida por Abubakar y ahora por el presidente electo Obasanjo marcan un compás de espera.

LA CRISIS DEL ÁFRICA MEDIA

Estamos ante la crisis más grave de África, a juzgar por los países implicados directa o indirectamente. Desde el Cuerno de África al África Austral salta por los aires la situación establecida y el "orden americano" para la contención del "enemigo islámico". Apenas un año después de que Rwanda y Uganda, fuerza principal de la Alianza para la liberación del Congo-Zaire, llevaran a Kabila al poder, ahora quieren echarlo. ¿Cómo se ha llegado a este cambio de actitud? Los hechos son conocidos. Analizaremos los intereses y agentes que han originado esta situación.

Antes pro, ahora contra Kabila

La potente máquina militar de Rwanda y Uganda llevó a Kabila hasta Kinshasa en una guerra cuidadosamente preparada por los estrategas Tutsi. Apoyaban a los Banyamulenge en su lucha por ver reconocida su ciudadanía congoleña y el derecho a sus tierras. Y ante todo querían acabar con los grupos armados que, desde el Zaire, atacaban su territorio y mantenían a los dos países en una situación bélica que hacía imposible su asentamiento y reconstrucción. Acabaron con los campos de refugiados Hutu. Pero el núcleo duro armado, los Interahamwe genocidas, los restos del ex-ejército rwandés y la guerrilla contra Uganda, se retiraron o se emboscaron, dejaron pasar a los Tutsi y volvieron a tomar posiciones junto a la frontera, para continuar su lucha y sus matanzas.

Kabila no ha cumplido el compromiso de acabar con estos grupos armados que operan desde el Congo. En buena lógica no podía hacerlo, ya que no tenía ejército propio, por lo que esta falta de eficacia habría que cargársela a los ejércitos de esos mismos países, que tenían total licencia para actuar dentro del territorio del nuevo Congo. Tampoco ha reconocido la nacionalidad a los Banyamulenge. Cuando Rwanda le recordó su compromiso, Kabila comentó: "El Congo es soberano y este pequeño país no nos va a dictar la ley".

Los planes de Uganda y Rwanda incluían otros fines a medio/largo plazo. Para Rwanda, asfixiada por su exceso de población, es importante la apertura del Este del Zaire como zona de emigración. Se configuraría una región económica de los Grandes Lagos: el potencial hidroeléctrico y minero del Zaire pondrían la base al desarrollo industrial, Rwan-



«Desde el Cuerno de África al África Austral salta por los aires la situación establecida y el 'orden americano' para la contención del 'enemigo islámico'. Apenas un años después de que Rwanda y Uganda llevarán al poder a Kabila en el Congo-Zaire, ahora quieren echarlo».

da se convertiría en el centro de comunicación y comercio Este - Oeste de África. Museveni, artífice de la estabilización y desarrollo de Uganda, tendría el liderazgo de la región.

Estos proyectos sólo pueden realizarse con el consenso de los tres países. Rwanda y Uganda tienen serios problemas internos, a los que justamente pueden hacer frente, a pesar de su potencial militar. No están en situación, y ambos lo saben, de ocupar permanentemente un territorio como el Kivu, mucho menos el Zaire, casi tan amplio como la Unión Europea. Está además la hostilidad de una población que difícilmente admite siquiera la presencia pacífica, permanente, de "extranjeros" en las tierras que consideran su patrimonio exclusivo. Se ve, por tanto, la importancia que para Rwanda y Uganda tenía el contar en Kinshasa con un poder cercano a sus intereses, con el cual pactar la configuración de la región. Así se entiende que el detonante de esta guerra fuese la decisión de Kabila en julio del 98: destituye a los altos mandos de la Alianza, que ocupaban puestos en el ejército y el gobierno, y ordena a los militares de Rwanda y Uganda que abandonen el Congo, sin que exista una alternativa nacional. Kabila nunca ha sabido, ni ha querido, explicar a los congoleños las ventajas que podría reportar una colaboración con ambos países.

Junto a los Banyamulenge, Uganda y Rwanda, se sitúan políticos y militares de origen diverso, bajo el nombre de Unión Congolesa para la Democracia (RCD). Algunos han tenido un papel activo en la caída de Mobutu. Hay katangueños, kasaianos, antiguos lumumbistas, incluso kabilistas en desgracia. Acusan a Kabila de no querer democratizar el Congo, de caer en los mismos procedimientos de poder y corrupción que Mobutu, de internacionalizar el conflicto con el riesgo que esto supone. En un principio exigieron la marcha de Kabila, más tarde han admitido su continuidad, con tal que convoque una nueva Conferencia Nacional, abierta a todas las tendencias, encargada de establecer un calendario y unas bases políticas para la democratización. Aunque aseguran ser autónomos, la RCD tiene escasa credibilidad entre los congoleños, que les acusan de ser una marioneta de Uganda y Rwanda. Kabila no los admite como interlocutores en una posible negociación.

Se les ha unido Etiopía, que aporta una ayuda importante: sus 50 Mig, recién reparados por técnicos rusos. El dominio del aire deja de estar a favor de Kabila.

El corto gobierno de Kabila

Kabila se instaló en un poder débil, hipotecado por las ayudas que le llevaron hasta Kinshasa. Tenía ante sí una tarea ingente: organizar un país en ruinas desde hace años, sin infraestructura ni ejército, podrido por hábitos de corrupción a todos los niveles, con las arcas del Estado vacías. Desconfía de los partidos de oposición a Mobutu, pues entiende que han compadreado con el poder y no entran en su proyecto de renovación. No se ha comprometido en un calendario para la democratización, últimamente ha suavizado su posición con pequeñas mejoras y ha anunciado una asamblea constituyente y elecciones para 1999.

Ha gobernado con un equipo reducido e inexperto de familiares y colaboradores cercanos. Por esto se le acusa de actuar al estilo Mobutu: ¿negocios, corrupción? Además el apoyo de Rwanda y Uganda, a pesar de haber echado al dictador, le hacía sospechoso ante muchos zaireños. En torno a Kabila revoloteaban asesores y generales Tutsi. ¿Está vendiendo la patria a los extranjeros?

Su acción de gobierno, con incertidumbres, pasos en falso y algunos logros, arroja un balance pobre: ha mejorado la seguridad en las ciudades, se ha reducido la inflación, hay una cierta "moral pública", que no ha impedido la vuelta al estilo Mobutu en algunos de los altos dirigentes. Ha mantenido una diplomacia vacilante: ha flirteado con los grupos armados Hutu y Savimbi, con los ex-mobutistas, "porque son ellos los que tienen el dinero". Ha buscado nuevos puntos de apoyo: para escapar a la hipoteca que le ata-

Política africana para un desarrollo humano

ba al Este (Uganda y Rwanda), aproximándose al Oeste (Francofonía) y al Sur (África Austral).

El respaldo/permiso inicial de EE.UU. ha cambiado últimamente: lo definen como "un misil fuera de control". No han llegado los recursos necesarios para la reconstrucción. Ha llevado mal las relaciones con los donantes de fondos, en una actitud arrogante: "Tenéis que pagar por el apoyo que prestasteis a Mobutu". El capital extranjero se mantiene a la espera. Tampoco ayuda su dudosa gestión de las riquezas mineras: se han firmado contratos con varias compañías a la vez, se revocan algunos ya firmados.

En un año se ha puesto a mal con todos los que le llevaron al poder. La cumbre de Estados de la región, mayo 98, no pudo celebrarse: los invitados le dieron de lado o enviaron delegaciones de segundo rango. Uganda y Rwanda le transmitían de este modo el mensaje de que "el centro de decisión de la región no está en Kinshasa sino en Kampala-Kigali". Tanto Museveni como Kagame no han perdido la ocasión de recordarle que son ellos los que le alzaron al poder. Kabila no soporta esta situación, cree que el liderazgo regional le corresponde al Congo y a él.

Al estallar la guerra. Kabila volvió a los métodos de Mobutu: utilizó el tribalismo, las etnias, para desviar las críticas. Sabe que los Tutsi son mal vistos por la población, especialmente en Kinshasa y en el Este. Los tomó como chivo expiatorio y cargó sobre ellos toda la responsabilidad de la rebelión, desencadenando una "caza a los Tutsi" establecidos en Kinshasa: "son extranjeros, infiltrados, no son congoleños y deben irse del país". Esta línea de acción le ha dado buenos resultados: las gentes han olvidado su mala gestión, el retraso de la democratización, el amordazamiento de la oposición. Ha reavivado el sentimiento nacional, contra "los extranjeros que quieren apoderarse del Congo". Para ayudar un poco más a su revalorización, Kabila concedió... tres meses sin pagar el recibo de la electricidad.

Angola, el error de cálculo de Uganda

Aunque en un discreto segundo plano, también Angola se posicionó a favor de la Alianza. Mobutu había mantenido un apoyo permanente a la UNITA de Savimbi en su lucha contra el gobierno angoleño. Al comienzo de la fase anterior, Angola esperó prudentemente el desarrollo de los acontecimientos, pero permitió que se uniesen a la Alianza los katangueños que en su momento huyeron de Mobutu y formaban parte destacada de su ejército. No lo hacía desinteresadamente, el precio era el fin del apoyo a Savimbi y la neutralización de sus acciones contra territorio angoleño.

Uganda y Rwanda habían planeado una guerra breve y triunfal contra Kabila, con un coste reducido: tomar Kinshasa desde el oeste con sus tropas, en su mayoría rwandeses. Kabila, indefenso ante el avance de los rebeldes, desplegó una actividad febril, tratando de tejer otra red de apoyos. Durante varios días, la incógnita era Angola. Los estrategas del Este creían que, dada la tensión prebélica contra UNITA, se mantendría al margen. Pero se equivocaron: sorprendentemente Angola respaldó a Kabila contra Uganda y Rwanda. La guerra relámpago fracasó, las tropas rwandesas volvieron al Este del país. Comenzaba una nueva etapa.

¿Por qué tomó esta decisión el gobierno angoleño? La guerra civil contra UNITA ha desangrado al país durante más de veinte años. Savimbi controla amplias zonas, con grandes riquezas en diamantes. Con Mobutu, podía utilizar territorio y bases zaireñas para sus guerrillas. Por intereses de la guerra fría, de configuración regional o de pingües negocios, contaba con importantes respaldos en la cúpula de poder. Pero UNITA ha ido perdiendo fuerza: se llegó a un acuerdo de paz, que restaba legitimidad a su lucha, ha perdido a Mobutu y su santuario del Bajo Congo, la opinión internacional, mayoritariamente, le ha abandonado. Sin embargo, Savimbi no acabó de aceptar los acuerdos de paz, aún conservaba 30.000 hombres bien armados y fogueados. Le respaldan To-

go, Burkina, Costa de Marfil, Zambia y Egipto. En los días del levantamiento contra Kabila, en Luanda se hablaba otra vez de guerra.

El posicionamiento de Angola no se habría producido, probablemente, si la guerra no hubiese comenzado en el Bajo Zaire, donde tiene grandes intereses. El enclave de Cabinda es el principal soporte de la economía angoleña, por su riqueza petrolífera. Es vital mantener su dominio. Ya en la fase primera, la salvaguardia de este territorio hizo que Angola se posicionase por Kabila. Fue también la razón del apoyo a Nguesso en el Congo Brazzaville. El pasillo congoleño de Matadi y Kitona, entre el enclave y la frontera norte de Angola, sirvió de base de operaciones y de entrenamiento para UNITA , en la época Mobutu.

Angola ha entendido que, a pesar de que Kabila no ha cumplido sus promesas, e incluso ha flirteado con Savimbi, apoyarle es la mejor opción contra UNITA, su auténtico enemigo. No ayudarle rompería las relaciones de confianza establecidas en la primera fase y podría empujar a Kabila a apoyarse en UNITA, que dispone aún de un potencial militar nada desdeñable. La situación de guerra produciría una debilidad/dispersión del poder de Kabila, lo cual permitiría a Savimbi ampliar su zona de apoyo y desarrollar impunemente sus acciones contra Angola.

Apoyar a Kabila es hacerlo débil, dependiente, prácticamente en exclusiva, de Angola. Aumenta su compromiso de ir contra UNITA y permite a Angola situar sus tropas en el Congo en zonas importantes para su seguridad.

Cuentan también las razones económicas: el comercio con el Congo va adquiriendo importancia para Angola. Recientemente ha conseguido autorización para que su compañía petrolera Sonangol comercialice sus productos en la R.D. del Congo. El mercado es potencialmente importante.

Los recién llegados al bando de Kabila

Los primeros días de la guerra, Kabila no aparecía en público. Se cruzaron diversos rumores, se hablaba incluso de dimisión. La realidad era que el incombustible presidente estaba peregrinando por distintas capitales y foros africanos en busca de apoyos y respaldos institucionales. Han acudido en su ayuda Zimbabwe, Namibia, Chad, Sudán y el mismo Gadafi. Las razones que les mueven son muy variadas.

Zimbabwe atraviesa momentos de tensión interna. El autoritarismo del gobierno ha aumentado. Mugabe está en el poder desde 1980. Ha ganado las elecciones del 96 , boicoteadas por la oposición, que sólo ha conseguido dos diputados... uno de los cuales ha sido condenado a cadena perpetua por haber "conspirado" contra el gobierno. Las protestas sociales aumentan, se acusa al poder de corrupción. Mugabe ha emprendido una huida hacia adelante por dos caminos. Anuncia la reforma agraria, pendiente desde la independencia, que devolvería a los negros una parte de las tierras fértiles que les arrebataron los blancos. Y se une a Kabila volcando hacia el exterior la atención de su país, muy alejado del Congo. Pero hay otras razones personales. Mugabe ha establecido con el Congo de Kabila una red de intereses comerciales: armas (40 millones de dólares), productos de Zimbabwe (45 millones), negocios en el Congo, algunos de ellos de tipo "familiar" entre los dos líderes (en torno a 200 millones). Está en proyecto una "joint-venture"



Política africana para un desarrollo humano

con Gecamines: la empresa congoleña extraería y concentraría el cobre, Zimbabwe se encargaría del segundo tratamiento. Esto permitiría a Mugabe proteger su producción de cobre, en pleno descenso.

Mugabe preside la SADC, organización de desarrollo de nueve países del África Austral, fundada en 1980 para limitar la dependencia económica del frente antiapartheid en relación con Sudáfrica. Mugabe mantiene desde hace años un antagonismo con Mandela por el liderazgo de la región. Ha optado por apoyar militarmente a Kabila, frente a Mandela que abogaba por la negociación diplomática. El apoyo de Zimbabwe ha sido especialmente importante por sus aviones de combate, de los que en un principio carecían los rebeldes.

Namibia parece haberse movido por motivos económicos: un acuerdo comercial de cinco millones de dólares, "facilidades de pago" para el Congo y, sobre todo, un proyecto aún sin concretar que traería a Namibia, país con sequía crónica, agua del Congo a través de Angola. Su aportación a Kabila consiste en una pequeña fuerza de 2.500 soldados.

El mismo número ofrece el Chad, con una particularidad muy interesante. Kabila no ha vacilado en llamar a las puertas de Gadafi. El líder libio está muy introducido en la vida social y política de diversos países del África Central y Occidental, a través de movimientos religiosos, políticos, incluso armados. Hasta el momento su mayor logro ha sido la presidencia de Taylor, su hombre en Liberia. Está enfrentado a Museveni, a quien ayudó en su lucha por el poder, y que hoy es la pieza básica en la contención del Sudán islámico. Gadafi ha ofrecido sus aviones y su dinero para el transporte y mantenimiento de la expedición chadiana. Si la apuesta le sale bien, tendría en "su nómina" al Congo, uno de los grandes del continente.

El último en llegar ha sido Sudán. El apoyo a Kabila le abre el nordeste del Congo, camino directo al corazón de Uganda, enemigo irreconciliable con el que se enfrenta desde hace años, directamente y a través de movimientos armados de uno y otro lado. Le ofrece una vía de penetración del Islam.

Completan la lista un conjunto heterogéneo, los más interesados en una guerra total: los restos del ejército de Mobutu, del Hutu de Rwanda, los Interahamwe.

La guerra hoy

El bando anti-Kabila se ha hecho fuerte en el Este. Se han registrado algunos combates, por ataques de los Mai - Mai (guerreros de la región que están también contra Kabila), y de grupos armados Hutu. Ha habido también algunos bombardeos aéreos, que sólo tienen un impacto psicológico y no influyen en el control del territorio.

Se encuentran, sin embargo, con una dificultad que no estaba en su programa de guerra relámpago: la necesidad de gobernar y gestionar con cierta normalidad una extensa región en la que no encontrarán colaboración. El Kivu ha tenido siempre una sociedad civil amplia, coordinada y activa, pero con una extrema sensibilidad contra "los extranjeros" (Uganda, Rwanda), a los que acusa de querer anexionarse la región.

El bloque pro-Kabila ha establecido su territorio en el Oeste del Congo. Habría, entre los dos bandos, un espacio central no ocupado, poco trascendente estratégicamente y con enormes dificultades de transporte. Ninguno de los dos bandos está emprendiendo movimientos de largo alcance fuera de su espacio.

El futuro de la R.D. del Congo

¿Qué salida puede tener el conflicto? Desde el primer momento Kabila acusó de la guerra a Rwanda y Uganda ignorando a los rebeldes. Anunció la guerra hasta sus últimas consecuencias, como única salida al conflicto. Con esta postura acudió a los distintos foros de intermediación o estudio de la crisis. Sólo buscaba el respaldo total a su actuación.

¿Se puede llegar a una guerra total? No parece probable, por mucho que Kabila lo presentase, en un principio, como única solución. La R.D. del Congo no tiene hoy en día un ejército capaz de enfrentarse con éxito a Uganda y Rwanda. Es un presidente debilitado por su dependencia

de Angola. Esta tiene importantes intereses en el Oeste del Congo, pero no en otras zonas. Se enfrenta, además, a una situación interna muy difícil. Ha estallado de nuevo la guerra. Cuando el gobierno iba a lanzar una gran ofensiva, UNITA ha atacado con armamento y medios muy sofisticados y están recuperando terreno. El gobierno no puede enviar soldados lejos de sus fronteras.

Angola considera a Uganda un aliado potencial en la región. En los primeros días del conflicto se produjo un hecho muy significativo: las tropas angoleñas esperaron a que partiesen los aviones que transportaban a los heridos rwandeses, antes de tomar el aeropuerto de Matadi. Tampoco se puede esperar mucha agresividad en Zimbabwe. Mugabe, su presidente, se enfrenta a un ambiente tenso de oposición abierta, incluso dentro del ejército. Los primeros 31 soldados muertos elevan el tono de la crítica por el envío de 8.000 soldados. Parece que ha habido un intento de golpe de Estado.

Si no es creíble la "guerra total hasta Kampala y Kigali", con la que soñaba Kabila, tampoco se ve cercana la paz. La diplomacia africana se ha movido a fondo en distintos niveles: regionales, continentales, en la ONU. La mayoría de los gobiernos han apoyado a Kabila, pero abogan por una solución negociada con estos pasos: alto el fuego, retirada de tropas extranjeras, despliegue de una fuerza internacional de interposición, negociaciones de paz. El programa estaba muy en el aire, falto de concreción y sobre todo de compromiso de las partes implicadas, muy cerradas en sus posiciones y exigencias. Las últimas noticias son más esperanzadoras: en una minicumbre celebrada en Namibia el 18 de enero del 99, Angola, Namibia, Zimbabwe, Uganda y Rwanda han llegado a un acuerdo de alto el fuego. Quieren presionar a Kabila para desbloquear el proceso. Los rebeldes ofrecen, 16 de enero, negociaciones directas en Kisangani, con el presidente congoleño. Desde hace algún tiempo están teniendo lugar encuentros discretos entre representantes de ambas partes. En los primeros días de abril, Gadafi ha logrado reunir a Kabila y Museveni, cabezas de los bandos enfrentados. No ha trascendido el alcance de la entrevista, pero es indudable que algo se mueve, aunque sea incierta la solución final a puntos de partida tan enfrentados y distantes. Parece descartable una partición del Congo, que otorgaría a Rwanda y Uganda el Este del país. En África se sigue apostando por el mantenimiento de las fronteras, todos sus estados se agarran a este principio para evitar problemas en cadena. La salida razonable debería avanzar en dos líneas:

1ª) La configuración del Estado congoleño como una federación que concediese amplia autonomía a regiones que, con conciencia de pertenecer al Congo, han tenido desde muchos años atrás un funcionamiento distante del poder central. Sería el caso del Este (Kivu, Maniema) y del Sur (Katanga, Kasai). Junto con la democratización, este debate sigue pendiente. En los 90, durante la Conferencia Nacional, la opinión se inclinaba claramente por el federalismo, para evitar la repetición de un poder central fuerte y corrupto al estilo Mobutu.

2ª) La creación de una unidad regional socio-económica que integrase a los estados de la zona en un programa de intereses, seguridades y soluciones comunes.

Este programa es utópico, de momento. Las dos zonas seguirán distanciadas, con algunas escaramuzas, pero sin grandes ataques mutuos. Es de esperar que la situación no se les vaya de las manos, porque hay grupos, especialmente Hutu, interesados en provocar la guerra total para recuperar el poder en Rwanda.

ÁNGEL ALFARO ARRIOLA
es miembro de IPES Internacional. Iruña.

BIBLIOGRAFÍA

A. Dubresson, J.Y. Marchal, J.P. Raison, *Les Afriques au sud du Sahara*, Belin -Reclus, París, 1994.

Ph. Hugon, *L'economie de l'Afrique*, La Découverte, París, 1993.

Varios autores, *Conflits en Afrique*, GRIP - Complexe, Bruselas, 1997

Varios autores, *Kabila prend le pouvoir*, GRIP - Complexe, Bruselas, 1998

M. Jorge, *Pour comprendre l'Angola*, Présence Africaine, París, 1997

Varios autores, "Du Zaïre au Congo", *Afrique contemporaine*, nº 183, julio - septiembre 1997, París

Varios autores, "Afriques noires, Afriques blanches", *Herodoto*, nº 65 - 66, París, 1992

Varios autores, "Géopolitique d'une Afrique Médiane", *Herodoto*, nº 86 - 87, París 1997

Varios autores, *Afrique, la fin du Bas Empire*, Gallimard - Limes, París, 1997

Varios autores, "Les convulsions du monde", *Manière du voir*, nº 43, enero-febrero 1999, Le Monde, París

- Revistas :

Politique Africaine, nº 64, 68, 70, Karthala, París

Afrique - Asie (mensual), números de 1997-1999, París

Jeune Afrique (semanal), números de 1997-1999, París

L'Autre Afrique (semanal), números de 1998-1999, París

La ausencia de Anarquismo en Finlandia

(Una hipótesis para una explicación)

Preguntarse por el contrafactual "¿por qué no prosperó el anarquismo en Finlandia?" parece una operación intelectual exageradamente diletante. No lo es, como se comprobará por las páginas que van a continuación. Su autor, experto en tan lejano y desconocido país, nos hace una lectura, desde el negativo, de por qué y cómo se desarrollan o no determinadas ideologías u opciones, atendiendo al entorno social, político y económico en que tratan de proyectarse.

Es muy probable que a la hora de hablar de los estados nórdicos nos vengan rápidamente a la memoria los nombres de Suecia, en primer lugar, Noruega y Dinamarca después, y, quizás, en último lugar, la tan lejana Islandia. Con la integración de Finlandia en las instituciones de la Unión Europea desde el 1 de enero de 1995, el interés, la actualidad y la literatura sobre la abandonada Finlandia parecen haber recolocado finalmente una composición mas completa y, por ende, más enriquecida de lo que comúnmente se ha venido denominando *lo nórdico*. Es también muy probable que este "abandono" haya sido resultado de una tormentosa y cuestionada neutralidad que ha puesto permanentemente en duda el carácter y tradición democrática de este país, considerado en los círculos políticos occidentales "satélite capitalista de la Unión Soviética en la Europa democrática". Una consideración muy lejana de la realidad y resultado, en mi opinión, de un profundo desconocimiento de la realidad socio-política finlandesa, además de una manifiesta actitud "olvidadiza" en la medida en que se ha simplificado enormemente la delicada dificultad de los enturbiados años de la Guerra Fría y, por consiguiente, el escaso reconocimiento del gran esfuerzo realizado por este pequeño país en conservar intacto su modelo socioeconómico, su régimen político y su independencia nacional.

Lógicamente, no es el objetivo de este articulo realizar una valoración, ni tan siquiera una explicación descriptiva del desarrollo histórico de la vida política finlandesa y el conjunto de su sistema político. Sobre este punto, bastará simplemente una breve enumeración de sus retos históricos superados y aspiraciones políticas ejecutadas que ilustran suficientemente la honda vocación democrática y la eficiencia del funcionamiento de sus instituciones políticas ante las coyunturas históricas más complejas: la implantación del sufragio universal desde 1906, convirtiéndose la mujer finlandesa en la primera mujer europea con derecho al voto y a ser elegida representante de la nación; la institucionalización de la cámara única en dicha fecha, cuando las naciones mas avanzadas disponían aún de un sistema bicameral; la práctica semipresidencial de su forma de gobierno que permitió superar con éxito el difícil test de

la década de los años 30 y 40, convirtiéndose la República de Finlandia en el referente histórico paradigmático dada la persistencia de un modelo de gobierno de estas características; la construcción de un Estado de Bienestar con el que hacer frente a las desigualdades socioeconómicas que la sola libertad de mercado reproduce; y muy especialmente la sólida resistencia demostrada por la nación finlandesa al repeler la agresión soviética primero, y la reconstrucción después de una política exterior edificada sobre los principios de la colaboración, amistad y neutralidad cuyo instrumento eficaz consistió en una acertada diplomacia preventiva con la que templar las permanentes aspiraciones imperialistas de su poderoso vecino.

Ahora bien, y ésta es la cuestión poco o nada investigada sobre la que este breve artículo pretende arrojar un halo de luz a modo simplemente de hipótesis: ¿cómo se puede explicar que este pequeño estado, delimitado geográficamente por 1300 kms., ante un potencial foco revolucionario y contra el que tuvo que enfrentarse para salvaguardar su independencia política, haya logrado conservar un sólido partido comunista en el seno de su sistema de partidos y, por el contrario, haya desconocido, o ignorado, la impronta de la influencia anarquista en sus subsistemas político y cultural?, ¿por qué el movimiento anarquista no cristalizó en este país vecino, el epicentro revolucionario más importante de toda la historia contemporánea?

Una breve referencia histórica

Desde el 17 de junio de 1808 y durante algo más de un siglo, Finlandia fue gobernada por zares rusos. Conocida entonces como "la provincia oriental sueca"', Finlandia fue convertida en 1812 en Gran Ducado de Alejandro I por el Tratado de Turku. A lo largo de todo este período, y fuera de todo pronóstico imaginable a juzgar por las acciones políticas zaristas realizadas por doquier en todos los rincones de su vasto imperio, la pequeña República disfrutó de una amplia gama de privilegios peculiares, los cuales desa-



rrollaron intensamente su autonomía independiente, siempre con el beneplácito de la máxima autoridad rusa. Este objetivo de *una política nacional* fue considerado más eficaz que un súbito proceso de integración o absorción completa con la que garantizar toda la comunicación con el Báltico, dada la importancia geoestratégica en la que se centraron, desde el comienzo, los intereses rusos.

Durante este largo período (1809/1881), Finlandia accedió gradualmente a la construcción de un aparato estatal autónomo por medio de sucesivas concesiones imperiales como sinceros agradecimientos a la lealtad de las autoridades finlandesas. Un hecho histórico relevante es la primera reunión del parlamento como asamblea representativa precisamente el mismo año en el que las tropas rusas sofocan una rebelión en Polonia, parte también del Imperio.

Es también durante este período de florecimiento de unidad estatal cuando el movimiento nacionalista finlandés, integrado por intelectuales y religiosos agrupados bajo la denominación Fennomania, despierta como una reacción contra el imperialismo lingüístico, cultural y socioeconómico de la élite sueca. Los dirigentes del movimiento nacional, amparados en la construcción de una entidad cultural genuina y sin reivindicaciones políticas más allá de los derechos que el Zar otorgaba a las instituciones del Ducado, pretendían una reestructuración de la élite del poder económico y social en su dimensión académica y política a fin de sustituir la privilegiada clase sueca por una clase dirigente propiamente finlandesa que se hiciera rectora de la función político-administrativa del desarrollo autonómico del Ducado del Zar. Es por lo que el movimiento nacionalista finlandés encuentra y considera como rival y oponente más radical a sus reivindicaciones no a la autoridad rusa, la cual le proporciona los aparatos indispensables para la gestión político-administrativa de la provincia, sino a la clase privilegiada sueca que durante siglos había conducido los hilos del poder político, económico, social y académico de la gran masa de la población.

La ausencia de Anarquismo en Finlandia

Sin embargo, la política de *concienciación nacional* protagonizada por los zares Alejandro I y Alejandro II desveló más tarde el peligroso inconveniente subversivo del desarrollo de una entidad autónoma: la pobre "provincia oriental" arrebatada a la Corona sueca en 1809, se había transformado en 1899 en una sociedad organizada, autogobernada, defensora de su lengua y de sus tradiciones con una industria en expansión y un propio sistema financiero, es decir, una sociedad modelo para las económicas y culturalmente atrasadas provincias del Imperio. En definitiva, "Finlandia no era ya el pequeño estado leal creado sobre los bosques y las rocas sino una nación competitiva económica y culturalmente que comenzó a interesar a los mercados europeos"[1].

El movimiento nacionalista finlandés experimentó por último un nuevo impulso en el motor de la respuesta nacional: una incisiva escisión de naturaleza político-social. Los cambios económicos y sociales protagonizados por el desarrollo industrial y urbano configuraron una tercera variable junto a la cuesti_n lingüística y la cuestión política[2], la denominada cuestión social, protagonizada por la agudización de las desigualdades sociales producidas por el movimiento industrial, situación que dio lugar en 1903 a la aparición del partido socialdemócrata finlandés. Los efectos de la industrialización en un país eminentemente agrícola, constituido principalmente por medianos y pequeños propietarios, impulsaron también en 1906 la aparición de uno de los partidos políticos centrales en el espectro del sistema de partidos finlandés, el partido o unión agraria.

«¿Cómo se puede explicar que este pequeño estado haya logrado conservar un sólido partido comunista y, por el contrario, haya desconocido o ignorado, la impronta de la influencia anarquista? ¿Por qué el movimiento anarquista no cristalizó en el epicentro revolucionario más importante de toda la historia contemporánea?».

A pesar de las diferencias económica y sociales y las diferentes estrategias políticas a adoptar frente al proceso de absorción rusa, la totalidad del movimiento nacionalista finlandés (integrado ya por conservadores, liberales -estos últimos bajo la denominación de constitucionalistas-, fino-suecos y socialistas) alcanzó un desafiante consenso: el cambio radical de las instituciones políticas que supuso el establecimiento de una cámara única y la implantación del sufragio universal.

La versión finlandesa de la Huelga General de 1905, al igual que en Rusia, colapsó el ejercicio de la autoridad y contribuyó a agrupar estrechamente a trabajadores y burgueses bajo la aspiración nacional, pero desveló también, a pesar de su ferviente clamor patriótico, las profundas diferencias sociales que latían en el seno de la "consensuada" nación finlandesa. Posteriormente, el éxito de la Revolución Bolchevique, la proclamación de la independencia de la República de Finlandia el 6 de diciembre de 1917 y el extremo deterioro de la situación económica de la clase trabajadora que radicalizó más hondamente un amplio sector de la misma, condujeron a Finlandia a un directo enfrentamiento militar.

Aproximación conceptual.

El concepto anarquismo es, quizás, uno de los más problemáticos de la historia del pensamiento político. No creo que resulte exagerado afirmar, además, que este concepto corresponde a ese tipo de nociones

«Muchos grupos, asociaciones y partidos han sido considerados anarquistas, sin serlo, sólo por haber recurrido, eventual o frecuentemente, a la agresión. Es el caso de los constitucionalistas finlandeses que promovieron la desobediencia civil contra las incursiones rusas en sus asuntos internos».

que requiere un permanente "relavado" dada la ambigüedad e imprecisión de algunos de sus múltiples matices, especialmente, cuando, por ejemplo, y por utilizar una de sus máximas más provocativas, se pretende explicar que "el desorden es orden".

La exclusiva identificación del anarquismo con el uso de la violencia, intencionadamente o no, posee ya una larga historia. Al menos, sus más fieles seguidores podrán sentirse satisfechos dado que una cierta agresividad, es preciso admitir honestamente, es siempre componente natural del instinto humano, por lo que, de este modo, todo el mundo posee en su interior, casi irremediablemente, una determinada dosis anarquista. Seamos serios, el anarquismo no es, al menos únicamente, un mero uso de la violencia para alcanzar una finalidad política.

El enunciado de Osmo Jussila sobre la revolución finlandesa invita una vez más a este tipo de malentendidos. Afirmar que "las escaramuzas de Hakaniemi y la revuelta 'anarquista' que se sucedieron por doquier en Finlandia durante el motín de Sveaborg bastaron para fortalecer la cooperación del Senado con el Gobierno Imperial en el mantenimiento de la ley y el orden"[3] y que "la élite del movimiento laborista organizado se sumó sólidamente con los constitucionalistas en la lucha contra el anarquismo y la revolución", me hicieron considerar la posibilidad de grupos anarquistas en Finlandia. Sin embargo, lo que O. Jussila quiso subrayar fue, en mi opinión, la existencia de grupos de trabajadores desesperados que recurrieron a la violencia y provocaron desorden y confusión. Pienso que es preciso matizar nuevamente este punto y recordar, además, que "la anarquía es frecuentemente mal utilizada como sinónimo de desorden y caos, cuando en la teoría internacional tradicional anarquía y orden no son necesariamente excluyentes"[4].

Así pues, y en primer lugar, ¿cómo podría ser redefinido el anarquismo con mayor propiedad a fin de verificar la inexistencia de esta alternativa política en la República Finlandesa? ¿Cómo puede ser explicada la ausencia de influencias anarquistas en un república (1) fronteriza al epicentro revolucionario, (2) envuelta en una guerra civil pero con rasgos de "liberación" contra un agresión "extranjera" y (3) conservando, al mismo tiempo, un sólido partido comunista en el seno de su sistema de partidos?

Para ello, propongo tres diferentes perspectivas:

1.- Anarquismo como utilización de métodos violentos.
2.- Anarquismo como acción política contra la autoridad.
3.- Anarquismo como filosofía-política, la cual puede incluir, evidentemente, un propio y específico estilo de vida.

No cabe duda que la exclusiva utilización de las dos primeras perspectivas son las que generalmente han conducido a este tipo de malentendidos. A este respecto, muchos grupos



La ausencia de Anarquismo en Finlandia

de presión, asociaciones y partidos políticos podrían ser considerados anarquistas sin serlo, sólo por haber recurrido, eventual o frecuentemente, a la agresión. Un ejemplo ilustrativo correspondería a los constitucionalistas finlandeses ya que promovieron la desobediencia civil contra las incursiones rusas en sus propios asuntos políticos internos, de cuyas filas acabó germinando un grupo violento, el Kagal, a modo de brazo armado de los constitucionalistas. Por otro lado, muchos anarquistas expresaron abiertamente su rechazo a la utilización de la violencia como procedimiento para lograr sus objetivos políticos. Kropotkin, por ejemplo, a diferencia de Bakunin o Trotsky, se caracterizó por su defensa del desmantelamiento del capitalismo a través de métodos pacíficos.

Desde un punto de vista estrictamente etimológico, anarquía significa meramente ausencia de gobierno o de autoridad, lo que es ya un importante primer paso. Pero un enfoque más teórico-filosófico proporciona una definición mucho más precisa que implicaría: 1.- creencia en la sociabilidad natural del ser humano, denominada comúnmente "optimismo antropológico", 2.- libertad para el desarrollo completo de las capacidades físicas y morales, que según la fórmula de Bakunin es como declarar que se cree tanto en el instinto como en el pensamiento, 3.- la ley es el origen de las desigualdades que incitan a los individuos a la agresión recíproca, y, por último, 4.- el "desorden" de la naturaleza espontánea de los individuos libres establecerá un nuevo orden basado en una sociedad desconocedora de la autoridad. En otras palabras, la sociedad debería ser organizada por medio de libres acuerdos entre los grupos constituidos para la común satisfacción de las necesidades del género humano. Este orden espontáneo y la libre cooperación de los individuos deberían sustituir la coerción y la explotación que la ley establece, según los criterios anarquistas.

«La visión marxista del control de los medios de producción y la obediencia hacia el partido, consolidado sobre la organización y la disciplina, está mucho más próxima a la cosmología cultural de la sociedad finlandesa que del principio anarquista de la espontaneidad social».

El anarquismo presenta además otro conocido inconveniente común a las otras grandes familias del pensamiento político. El anarquismo no comprende solamente una versión única y monolítica de la realidad socio-política, sino que en su seno también se distinguen nítidamente subgrupos que muestran abiertamente sus diferencias entre ellos mismos. De este modo, y brevemente, pueden diferenciarse: 1.- el anarco-individualismo, que presupone la absoluta libertad del individuo considerado como un pequeño propietario independiente y cuyo exponente más reciente se encuentra en la figura del fallecido poeta Leo Ferré "si no canto más a los anarquistas, es a causa de la palabra anarquía. No quiero sujetarme a nada ni a nadie. No quiero seguir siendo una bandera, aunque sea negra"[5], entendido como el Anarquismo puro e integral; 2.- el anarco- sindicalismo, en el cual las organizaciones sindicales, con sus libres acuerdos, se constituyen en las fuerzas reales promotoras del cambio y la revolución; 3.- el anarco-comunismo, basado en la combinación de la absoluta libertad de los individuos con la propiedad común de los medios de producción[6].

Así pues, anarquismo no es ni una mera acción política contra la autoridad ni tampoco exclusivamente la utilización de procedimientos violentos para alcanzar un fin, sino una convicción política profunda basada en la sociabilidad natural de

los individuos con el fin de alcanzar un orden natural que respete las libres existencias espontáneas. Evidentemente, se podría afirmar, y muy justificadamente, que Finlandia "no tenía necesidad" de anarquismo alguno; más aún, los rasgos sobresalientes de su cultura política contribuyeron enormemente, y fueron decisivos, en el mantenimiento de la unidad de una sociedad que tan difíciles restos históricos tuvo que superar y tan escasos elogios ha recibido de sus compañeros occidentales. Pero otra cuestión bien distinta es, obviamente, intentar dar respuesta, y en este caso sólo una aproximación en forma de hipótesis, a una interrogación hasta ahora poco o nada investigada. Es tiempo, pues, para una explicación.

Es normalmente admitido, y afortunadamente, que no existe una única respuesta para cada pregunta. Más aún, una respuesta puede llegar siempre a proponer una nueva e insospechada cuestión. Este intento para una explicación de la ausencia de anarquismo en Finlandia se divide en varios factores que contempla ciertas categorías relacionadas a sus propias naturalezas. De este modo, por ejemplo, los elementos socioeconómicos, tales como la estructura social agraria, son incluidos en una categoría general denominada factor socioeconómico. Todas estas variables están estrechamente interrelacionadas unas con otras, pero, sin embargo, apuntaré desde este momento que, en mi opinión, el subsistema cultural constituye la decisiva razón explicativa de esta ausencia.

Una cultura política tradicional asentada, principalmente, en el principio de la obediencia, no sólo como respeto leal hacia la autoridad, sino, incluso, como una creencia real y profunda en la legitimidad del ejercicio de la autoridad, no puede



constituir, obviamente, el campo más apropiado para la actitud política desafiante que promueve el anarquismo contra el poder. Es decir, los objetivos teóricos anarquistas no pueden llegar a ser una alternativa política debido, principalmente, a los principios culturales profundamente enraizados en la sociedad finlandesa.

Por el contrario, el marxismo ortodoxo, abrazado por la mayor parte del movimiento laborista, introdujo un programa para un 'nuevo orden' sustituyendo a los protagonistas, pero conservando la variable política (Estado o poder) sin desmantelar el conjunto de la estructura de la sociedad para abandonarla agradablemente después 'a la libre espontaneidad de los individuos en ella'.

La visión marxista del control de los medios de producción por el Estado proletario y la obediencia irrefutable hacia el partido, sólidamente consolidado sobre la organización y la disciplina, está mucho más próxima a la cosmología cultural de la sociedad finlandesa que del principio puramente anarquista de la espontaneidad social. A este respecto, convendría recordar las premisas características de éstos resumidas en el siguiente enunciado: "no queremos un poder que organice la vida económica y la reglamente, porque ese poder llevaría en sí mismo el germen de nuevas revoluciones y sólo serviría para cambiar la forma de explotación y de despotismo y someter al hombre de nuevo al dios todopoderoso de nuestros días, el Estado"[7].

El conformismo tradicional de la cultura política finlandesa, ausente de revueltas, en realidad un rasgo común a todos los estados nórdicos, junto con la integración cultural de

La ausencia de Anarquismo en Finlandia

la población trabajadora en la construcción de la nación finlandesa, impidieron, entre otros factores como ahora veremos, el desarrollo de esta alternativa política.

FACTOR SOCIOECONÓMICO.

Uno de los rasgos escandinavos más sobresalientes de la economía y sociedad finlandesa es, sin duda alguna, el carácter agrario de la producción y de la propiedad. El desarrollo industrial iniciado en la década de 1850 se centró en los productos forestales y exportó amplias cantidades de madera (la gran fuente natural de Finlandia) principalmente a Rusia y a Alemania, países que marcaron decisivamente el futuro de la independiente Finlandia. Este modelo permaneció casi inalterable hasta después de la II Guerra Mundial.

La siguiente figura refleja bastante bien este amplio sector de la agricultura en la economía nacional: en 1917, 2/3 de la población era aún dependiente de la producción agrícola para su supervivencia y el 84% de la misma vivía aún en el campo. La producción industrial de la madera, en industrias establecidas en el campo, empleaba a la mitad de la fuerza laboral, de lo que puede deducirse que Finlandia carecía de un proletariado industrial y urbano.

La ausencia de un proletariado urbano presenta, especialmente desde el punto de vista de Trotsky, dos inconvenientes fundamentales bien conocidos. Por un lado, y aunque una revolución, siempre desde un enfoque anarquista, puede también iniciarse en un país pobre primordialmente agrario, ésta sólo tendría garantizado su éxito en los países industrializados, y, por otro lado, y como consecuencia de la primera premisa, la revolución sería sólo conducida por trabajadores industriales dada la tradicional desconfianza de los anarquistas hacia la burguesía y el campesinado.

«El conformismo tradicional de la cultura política finlandesa junto con la integración cultural de la población trabajadora en la construcción de la nación impidieron, entre otros factores, el desarrollo de una alternativa política anarquista».

No obstante, la población agraria finlandesa experimentó, ciertamente, profundos cambios radicales tras la expansión rápida de la industrialización que tuvo lugar en el seno de esta estructura social agraria. Un inmediato resultado de este proceso fue la división de la 'homogénea' estructura social inicial en tres diferentes grupos: propietarios campesinos, trabajadores agrícolas y colonos. Mientras que estos últimos eran considerados, incluso por ellos mismos, pequeños propietarios, los trabajadores agrícolas difícilmente sobrevivían sólo con las tareas agrícolas esporádicas. La intensificación de estas diferencias económicas junto con el, reducido, grupo industrial urbano incrementó la radicalización de un sector del movimiento laborista. David Kirby ha señalado sobre este punto que "el comunismo agrario puede caracterizarse como, y esencialmente, un movimiento de protesta integrado por trabajadores que vivían 'en los márgenes' de la miseria, los cuales, aunque carecían de tradición organizativa, estaban preparados para una acción directa con la que resolver sus dificultades económicas"[8]. Sospecho que estos trabajadores desesperados constituyen los grupos anarquistas que O. Jussila menciona en su artículo, especialmente por esta clara predisposición a una acción directa con la que conseguir sus fines ansiados. Pero, ¿podemos considerarles realmente anarquistas? Antti Kujala añade, por otro lado, que "la guardia roja –durante la Huelga General de

«La progresiva expansión de la sociedad de consumo y la absorción de los valores postindustriales en el seno de la sociedad finlandesa han originado un cambio cultural similar al experimentado en las sociedades occidentales. Sin embargo, la cultura finlandesa se sigue basando en rasgos tales como la obediencia, el conformismo, la prudencia y la disciplina».

1905– era oficialmente una fuerza de mantenimiento del orden y no una organización armada, pero estaba infiltrada por elementos listos para un conflicto violento..., estos elementos rechazaron los objetivos nacionales pronunciándose incondicionalmente para colaborar como la sección finlandesa del movimiento revolucionario"[9].

Sin embargo, la internacionalización de los objetivos del movimiento laborista y la acción directa, como ya he señalado, no son patrimonio exclusivo del anarquismo. Por otro lado, y desde un punto de vista estrictamente socioeconómico, incluso admitiendo la existencia de un sector radical del movimiento laborista, la gran parte de la población siguió siendo esencialmente agrícola y colaboró con las fuerzas burguesas contra el radicalismo emergente, cumpliéndose así las premisas de Trotsky previamente enunciadas.

Incluso en la reciente década de 1980, Finlandia era aún el último país industrializado de los estados escandinavos y continuó funcionando con un ineficiente sector agrícola, padeciendo profundas diferencias regionales. La afirmación de Pertti Haapala a este respecto es concluyente: "La naturaleza agrícola del país fue la razón de la derrota de la revolución, porque el bando blanco fue capaz de movilizar la población rural contra la clase trabajadora urbana"[10].

FACTOR POLÍTICO.

Estaremos de acuerdo en que uno de los requisitos fundamentales para adoptar una actitud defensiva contra los valores 'comunes y generales' consiste en la confirmación y seguridad individuales que rechaza toda integración manipulada que conduce a un conformismo negativamente dócil.

El poder político posee una extensa literatura dedicada a esta cuestión crucial: cómo es definida la legitimidad del ejercicio del poder.

Desde un punto de vista sociológico, dos instrumentos elementales de control social, entre otros, garantiza esta ventajosa docilidad: 1.- la participación socializada en el sistema político, 2.- los canales educativos (la universidad como su mejor laboratorio) para satisfacer este apoyo necesario al sistema.

Este es un rasgo sobresaliente que caracteriza a la cultura política finlandesa, en contraste con los países europeos occidentales, la participación política de las clases populares en las instituciones. Mientras que en Europa occidental los trabajadores lograron sus derechos respectivos tras sucesivos enfrentamientos violentos contra la autoridad, lo que implica, lógicamente, su distanciamiento del ejercicio del poder político, en Finlandia "los partidos, las organizaciones sindicales y la prensa laborista funcionaban legalmente"[11].

Risto Alapuro ha señalado tres importantes razones que explican esta actitud 'democrática' de la clase alta finlandesa: 1.- la ausencia de riesgo, dada la preeminencia de la clase propietaria agraria; 2.- el desarrollo del movimiento nacional y, por ende, la necesidad de una amplia colaboración con la población humilde campesina y 3.- la creencia en la 'conciencia responsable', cuya participación provee un útil instrumento para moldear un ciudadano serio, decente y respetable[12].

La estructura socioeconómica de la sociedad ha sido ya señalada en el apartado anterior, por lo que bastará añadir un dato más. El dominio de la nobleza finlandesa se asentaba más en su central posición en la burocracia estatal, dada la extensa homogeneidad de la propiedad campesina.

La integración de la clase trabajadora en el proceso de construcción de la nación finlandesa debe ser considerada un factor crucial para la comprensión de la ausencia de una estricta lucha de clases en sentido propio. Es por lo que "aunque la sociedad finlandesa, durante el cambio de siglo, estuvo dividida en dos clases, quizás más que nunca anteriormente, la cuestión rusa fue tan dominante que concilió, e incluso aplazó, este problema social"[13]. La ausencia de una clase media en la estructura social finlandesa forzó a la clase alta a una indispensable cooperación con el 'pueblo', compuesto

La ausencia de Anarquismo en Finlandia

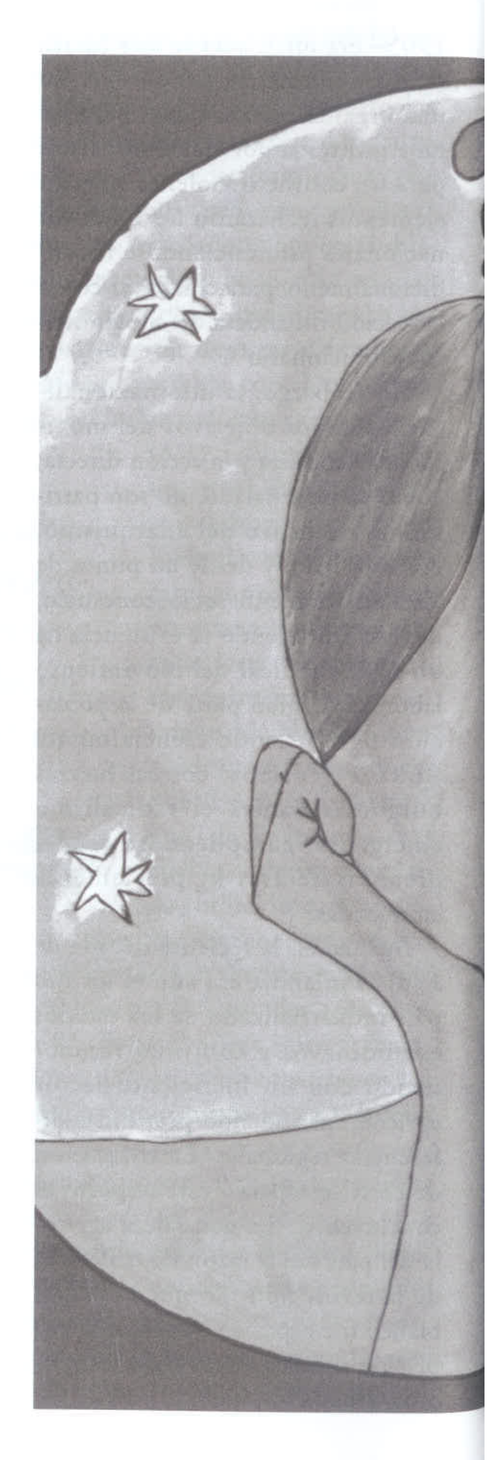
básicamente, y una vez más, por pequeños propietarios campesinos. Esta actitud democrática de la clase alta cooperando con las capas más humildes de la población permite una conclusión más determinante: "como partido político, Fennomania -denominación del movimiento nacionalista finlandés como ya ha sido señalada- no estaba preparando movilizar a la gente común contra el sistema político, sino que aspiraba a establecer un concepto de legitimación en beneficio de la estructura política dominante"[14].

Este proceso de integración fue facilitado por la estructura local de la sociedad finlandesa, en cuyas pequeñas comunidades, como es sabido, los individuos se identifican mucho más fácilmente con los valores comunes, no pudiéndose obviar, lógicamente, el amplio control social que proporcionan éstas dada su reducida concentración demográfica. Es por lo que la participación de las clases socialmente inferiores a nivel local debe ser considerado un importante instrumento político para la integración de los individuos en una cierta cosmología de valores, a pesar de que "la mayoría de las organizaciones locales, llamadas sociedades o asociaciones, no adoptaron formalmente los principios modernos organizativos, lo que hubiera garantizado a los miembros un control sobre las élites y sus actividades. La clase 'educada' asumió el liderazgo, mientras que el rol del 'pueblo' ejerció como 'alumno' y colaborador", y cuya meta fue una vez más "fortalecer el sentido de la obligación hacia el Estado y establecer unas nuevas bases para la legitimidad del orden político-social"[15].

Con el tiempo, la participación en instituciones mayores se convirtió, aunque ciertamente con dificultades, en nuevo paso en el proceso de integración del movimiento laborista en el sistema político junto con la legalización de las libertades políticas mencionadas anteriormente.

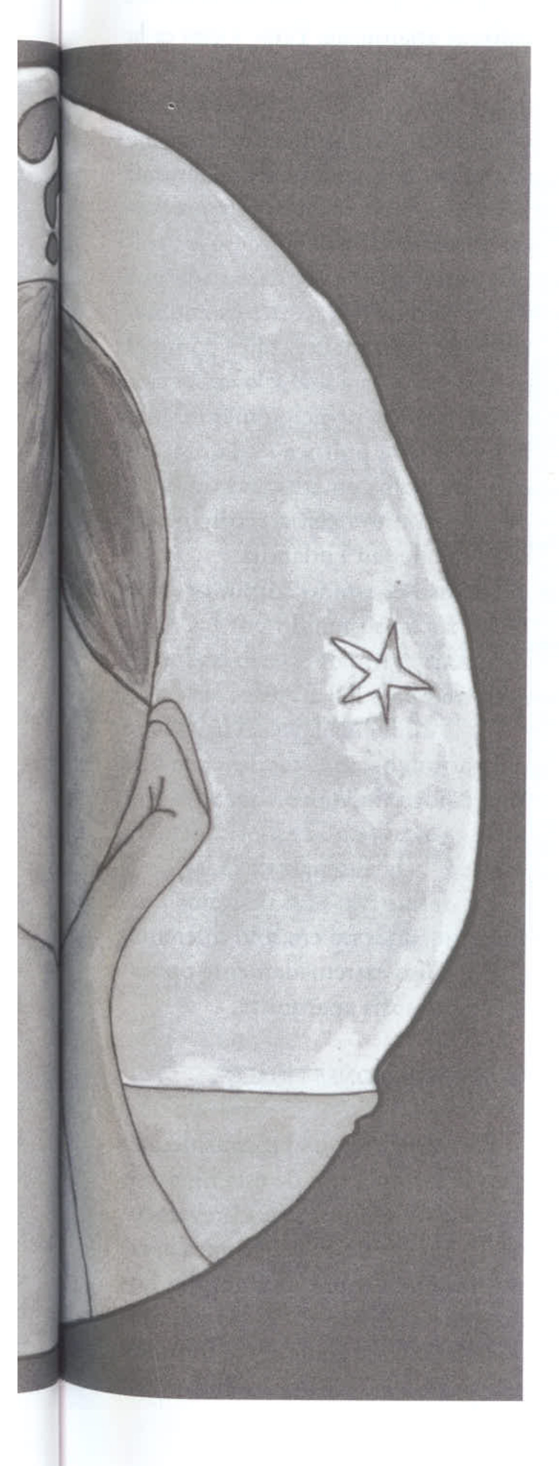
No hay duda que la permisividad de las fuerzas burguesas y la precaución de una amplia parte del movimiento laborista comparte un común denominador: un análogo equilibrio en el proceso de construcción nacional. Este equilibrio explica, como señala Pertti Haapala, "por qué el movimiento laborista finlandés no se interesó tanto en cooperar con los movimientos laboristas occidentales y ruso, por más que compartieran puntos comunes en sus programas"[16].

En 1907, los socialistas lograron 80 escaños de 200 en las primeras elecciones generales del país, y en 1916, por vez primera en la historia, accedieron a los puestos gubernamentales. Otro elemento relevante, tras el final de la guerra civil, fue la no abolición de las libertades políticas: en 1919 los socialistas lograron nuevamente 80 escaños parlamentarios. Qué duda cabe que estos hechos constituyen otro ejemplo elo-



giable de consenso y participación democrática en una nación con tan difíciles retos políticos a superar. Pero también pueden permitir una segunda lectura menos apasionada, o si se prefiere, algo más objetiva:

La "permisividad" de la élite del poder político en la integración del partido laborista en las instituciones del Estado no responde a una profunda convicción democrática como invitaría a pensar a simple vista, sino a una estrategia política muy determinada por una necesidad apremiante: la conservación de la unidad nacional con la que hacer frente a agresiones externas, las cuales exigen necesariamente en un Estado pequeño y fronterizo, la participación del mayor número posible de ciudadanos. Es esta "necesidad indispensable" la que obliga a la élite política rectora de los destinos de la nación finlandesa a promover la integración de la población mayoritariamente humilde.



Para concluir este apartado, subrayaré una vez más estas dos razones fundamentales:

1.- la participación política como instrumento de integración de la clase trabajadora en el sistema político (¡incluso colaborando con la clase alta en tareas gubernamentales!).

2.- la integración del movimiento laborista en el movimiento nacional; dos elementos que contradicen otros dos enunciados típicamente anarquistas: 1.- la política de coexistencia debe ser rechazada dado que es incoherente con la "revolución permanente" y 2.- el nacionalismo y el patriotismo son, por esencia, restrictivos y deben ser subordinados a la revolución.

Factor cultural.

Es generalmente admitido, principalmente entre observadores extranjeros, que la sociedad finlandesa posee un carácter extremadamente disciplinado, ordenado, incluso, ascético. Esto no debería sorprender puesto que uno de los rasgos más característicos de la cultura política finlandesa, y de su historia, es la **continuidad**, no sólo desde un punto de vista institucional -bastaría recordar que "las circunstancias excepcionales que prevalecieron durante los primeros años de la independencia demandaron un número de medidas de emergencia, pero, en los aspectos esenciales, Finlandia pasó de ser un Gran Ducado autónomo a una República soberana con su sistema legal y administrativo inalterado"[17]-, sino, y en cuanto concierne a este ultimo apartado, también en sus aspectos culturales tradicionales.

La progresiva expansión de la sociedad de consumo y la absorción de los valores post-industriales en el seno de la sociedad finlandesa han originado, obviamente, un cambio cultural similar al experimentado por las sociedades occidentales. Sin embargo, el carácter sobresaliente de la cultura finlandesa se basa aún en estos rasgos anteriores, tales como la obediencia, el conformismo, la prudencia y la disciplina.

La cultura política finlandesa encuentra sus raíces en la ética protestante. Bien es sabido que Finlandia al convertirse en Gran Ducado del Zar de Rusia conservó también, además de sus instituciones, leyes y tradiciones, la religión.

Siempre se ha valorado que el protestantismo enfatizó (y glorificó) la autonomía y la independencia del individuo. Desde un punto de vista estrictamente religioso, la Reforma significó la independencia del individuo frente a la Iglesia, el sacerdote y los ritos religiosos. Sin embargo, y esta es la clave que clarifica esta 'ilusión', si bien "la Reforma fue una revuelta contra el poder centralizado del Papado, ésta trasladó el centro de la autoridad religiosa a la comunidad local o al Estado"[18] (¡dos pilares básicos del sistema político finlandés!). Además, "las iglesias nacionales protestantes fueron más eficientes y mejor controladas que el viejo Papado internacional, incluso

La ausencia de Anarquismo en Finlandia

más autoritarias... hasta el punto de que el entusiasmo comunitario acabó convirtiéndose en intolerancia dogmática"[19].

Pertti Haapala y Risto Alapuro arrojan, a este respecto, una luz más en los enunciados siguientes: 1.-"varios movimientos, basados en la autosuficiencia y ayuda mutua, en particular el movimiento 'templanza', procedentes de las asociaciones laboristas, lograron un fuerte apoyo entre los trabajadores industriales"[20] y 2.- "incluso tras el cambio de siglo, la frontera entre el partido y el movimiento 'templanza' permaneció bastante vaga. Había un marcado acento evangélico en los discursos de los líderes del partido, que en el ámbito socialista a menudo fue denominado el evangelio del movimiento laborista"[21].

La profunda asimilación de los valores luteranos por los trabajadores urbanos y agrarios permite esbozar un esquema amplio del fondo cultural del movimiento laborista: autocontrol, esfuerzo laboral, ascetismo y obediencia, cuyo resultado final facilitó un ciudadano modelado, disciplinado y extremadamente organizado. Incluso admitiendo que el sacerdote fuera considerado uno de los cuatro 'enemigos' de la clase trabajadora[22], no cabe duda que ésta abrazó culturalmente estos principios mencionados basados profundamente en tales premisas tradicionales y patriarcales: "los miembros de las asociaciones de los trabajadores estaban imbuidas por un fuerte sentido de la moralidad, que a menudo adoptó rasgos religiosos"[23].

Las palabras de S. Duncan Huxley revelan el extremo de la profundidad de esta asimilación: "cuando los constitucionalistas se pusieron a movilizar a las masas se vieron envueltos en un grave dilema: la resistencia era una innovación en la sociedad finlandesa"[24].

Es decir, el radicalismo de la clase trabajadora finlandesa tuvo que enfrentarse a una innovación cultural, todo un desafío: el rechazo a la autoridad. Sólo una parte del movimiento laborista, influida por los acontecimientos que se sucedían en el país vecino, decidió adoptar una nueva actitud, pero la amplia proporción del conjunto del movimiento laborista permaneció, en gran medida, leal al esquema tradicional de valores. Una de las razones elementales que puede pincelar otro indicio importante es la debilidad intelectual en el seno de la clase trabajadora, es decir, la ausencia de una alternativa política conducida por un amplio grupo de intelectuales o pensadores: "la revolución finlandesa fue diferente de otras muchas en que prácticamente el conjunto de la 'intelligentsia' se opuso"[25].

La ausencia de anarquismo es, de este modo, incluso 'estructural'; en otras palabras, nadie introdujo en el movimiento laborista un programa deliberado para un cambio en la estructura y valores políticos desde un enfoque anarquista. Pero, y esta es la piedra clave de mi hipótesis formulada a modo de pregunta: **¿quién podía asumir en Finlandia un mensaje anarquista con tal trasfondo cultural?**

La estrategia socialista de precaución, sostenida por numerosos trabajadores, puede ser explicada por toda una serie de factores ya enumerados anteriormente, tales como el movimiento nacional y la estructura social, pero, y principalmente, debido a que la política de la precaución enraizaba en antiguas tradiciones; o sea, ¡no existía tradición de revoluciones en Finlandia!

Incluso el estado comunista y el orden social sostenido por los revolucionarios finlandeses basados en los principios del Estado, la legalidad y la disciplina hacia el partido se ajusta mucho más fácilmente a la 'mentalidad finlandesa' que una filosofía apoyada en la espontaneidad, la acción y la ausencia de la ley.

En definitiva, el subsistema cultural finlandés no era sólo diferente, sino incluso extremadamente opuesto a la filosofía anarquista.

CONSIDERACIONES FINALES.

Las variables que he considerado para la formulación de esta hipótesis pueden ser renombradas brevemente: 1.- la estructura económica agraria, fundada sobre una amplia homogeneidad social, 2.- la participación política de la clase humilde campesina en las instituciones del

Estado, 3.- la integración cultural de los individuos a nivel local, 3.- la emergencia y el desarrollo del movimiento nacional, 4.- el control social luterano de los municipios, 5.- la debilidad e insuficiencia intelectual del movimiento laborista y, por último, y primordialmente, 6.- la ausencia de una cultura subversiva basada en el principio político fundamental de la libertad individual promotora del cuestionamiento del ejercicio de la autoridad.

Como ya ha sido señalado en un párrafo precedente, no existe una única explicación para cada cuestión abierta. Este artículo pretende, como su título indica, ser tan sólo una hipótesis que arroje alguna luz sobre esta cuestión tan escasamente investigada a pesar de la proximidad geográfica de Finlandia al epicentro revolucionario de la época. Confiemos en que esta breve explicación se convierta en una perfecta rampa de lanzamiento para futuras investigaciones mucho más profundas.

NOTAS

1. Matti Klinge, "Let us be Finns", Otava, Finland, 1990, pág. 105
2. Cambio de actitud de la autoridad rusa hacia el Gran Ducado que se tradujo en una agresiva política de integración y supresión de las libertades y privilegios de la provincia.
3. Osmo Jussila, "Nationalism and revolution. Political dividing lines in the Grand Duchy of Finland during the last years of Russian rule", *Scandinavian Journal of History*, Nº 2, 1977, págs.302 y 306.
4. G. Evars y J. Newnham, *Dictionary of world politics*, 1992.
5. Leo Ferré, *Canciones*, Ediciones Júcar, Los Juglares, Madrid 1974.
6. La diferencia crucial entre el comunismo y el anarco-comunismo consiste en el rechazo de éste a los postulados marxistas sobre la dictadura del proletariado. Sobre este punto, Bakunin afirmaría seguramente que el socialismo autoritario o de Estado produce consecuencias devastadoras.
7. "Lo que queremos los anarquistas", citado en La Cuestión Social (Valencia, 28-V-1892), citado en Javier Paniagua, *Anarquistas y Socialistas*, Historia 16, Madrid, 1989, pág. 223.
8. David Kirby, "The labour movement", en M. Engman y D. Kirby (ed), *People, natio, state*, United Kingdom, 1987,pág.210.
9. Antti Kujala, *Vallankumous ja kansallinen itsemääräämis-oikeus*, Helsinki, 1989, pág.315.
10. Pertti Haapala, "how was the working class formed: the case of Finland 1850-1920", *Scandinavian Journal History*, Nº 12, 1987, pág. 196.
11. Antti Kujala, *ibid*, pág.311.
12. Risto Alapuro, *State and Revolution*, Berkeley, 1988, págs. 92 y 96..
13. Osmo Jussila, *ibid*, pág. 291.
14. Risto Alapuro, *ibid*, pág 96.
15. Ilkka Liikanen, "Light to our people: educational organization and the mobilization of Fennomania in the 1870s", *Scandinavian Journal History*, Nº 13, 1988, pág.438.
16. Pertti Haapala, *ibid*, pág.183.
17. Max Engman, "Finland as a succesor-state", en M. Engman y D. Kirby (ed), *ibid*, pág. 107.
18. Randall Collings, *The rise and fall of Modernism in Politics and Religion*, Acta Sociologica, 1992, pág.175.
19. Randall Collings, *ibid*, pág.175.
20. Pertti Haapala, *ibid*, pág.192.
21. Risto Alapuro, *ibid*, pág.109.
22. sobre este punto ver J. Ehrnrooth, *Sanan vallassa vihan voimalla, Jyväskylä*, 1992, págs.378 y 379.
23. David Kirby, *ibid*, pág.198.
24. S. Duncan Huxley, *ibid*, pág.194.
25. Risto Alapuro, "The Intelligentsia, the State and the Nation", en David Kirby, *ibid*, pág.155.

OTRAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Jaakko Nousiainen, *Suomen Poliittinen Järjestelmä*, Werner Sädersträm Osakeyhtyä, Helsinki, 1992.

A.F. Upton, *The communist parties of Scandinavia and Finland*, Great Britain, 1973.

Jyrku Livonen, "State or party?. The dilemma of relations between the soviet and the Finnish communist parties". *Journal of Communist Studies*, Nº 2, 1986.

D. Kirby, "Revolutionary ferment in Finland and the origins of the civil war 1917-18", *Scandinavian Economic History Review*, Nº 26, 1978.

David Kirby, *Finland and Russia 1808-1920, from autonomy to independence: a selection of documents*, Macmillan, London, 1975.

John H. Hodgson, *Communism in Finland*, Princetown, New Jersey, 1967.

Risto Alapuro, "Nineteenth century nationalism in Finland in comparative perspective", *Scandinavian Political Studies*, Nº 2, 1979.

ALFREDO HIDALGO LAVIÉ es profesor de Política Social y Servicios Sociales en la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Jerez (Universidad de Cádiz).

Pactos autonómicos por el empleo: más cerca ... pero más lejos

El pacto social es el resultado de una forma de entender el sindicalismo. Se firme en Madrid, en Sevilla o en Guadalajara todo pacto tiene unos componentes —de ser firmado sin tener en cuenta a los afectados y de formar parte importante de sus contenidos el reparto de protagonismos y dotación de los firmantes— que contribuyen a diseñar un modelo sindical útil al poder establecido, ligado a él, dependiente de él y en el que los trabajadores quedan como referencia más lejana cada día. El pacto social es bastante más que un acuerdo de carácter general y todos los pactos que se han firmado en las distintas Autonomías tienen muchos de sus componentes.

Seguramente las relaciones laborales están entrando en un momento de *impass*. Las grandes Reformas y Reformas de las Reformas, los fuertes ataques a las posiciones de los trabajadores realizadas en un ambiente hostil y rodeadas de un discurso neoliberal agresivo, parecen ser innecesarios. Esto no se debe a que al capital le haya dado un ataque de cordura filantrópica, se debe, sencillamente, a que no hay posiciones obreras a las que atacar, a que el panorama laboral-sindical y el marco legal es más que favorable para que la patronal lleve a cabo todas las medidas que le sean útiles y para que su objetivo de obtención de beneficios crecientes no encuentre ninguna traba en las relaciones laborales. El poder económico no necesita medidas excepcionales para imponerse a una clase obrera sumisa en la derrota y a un sindicalismo que huye de la confrontación como gato escaldado, le basta con la normalidad adquirida.

En este contexto se inscriben los pactos por el empleo que se van firmando en las distintas Autonomías. Laboral y sindicalmente aportan poco o nada. Más que una descentralización de las decisiones y una aportación de diversidad suponen una repetición de la central adhesión a la realidad existente como forma de afianzarla. Nada nuevo ni en los contenidos ni en los comportamientos.

Se suman, además, a las nuevas corrientes en las formas de hacer: nada de cambios, ausencia de intencionalidad, nada que pueda despertar reacciones. Se trata de que las cosas sigan su curso. Podría decirse que los pactos se suceden pero la realidad permanece sin ninguna incidencia de los unos en la otra, reducidos los unos a un juego de entretenimiento y representación para que todo siga igual.

Estos pactos se inscriben de la normalidad imperante, como gestión de la realidad existente, sin que ninguna de las partes firmantes aspire a cambiarla, y en los que lo único que parece ventilarse es el reparto de protagonismos ... y de prebendas.

El proceso es más o menos similar en todos los sitios, variando quizás el autobombo que se dé al acuerdo que, más que de sus contenidos, depende del grado de búsqueda de diferenciación del gobierno autonómico en cuestión con respecto al gobierno central. Sin embargo, pese a esas diferencias de puesta en escena, tienen toda una serie de características comunes:

«Los pactos por el empleo que se van firmando en las distintas autonomías aportan poco o nada laboral y sindicalmente. Más que una descentralización de las decisiones y una aportación de diversidad suponen una repetición de la central adhesión a la realidad existente como forma de afianzarla».

• Los trabajadores se enteran por la prensa. Esto es, la parte sindical no hace ninguna apelación a los trabajadores, ninguna tarea de información a lo largo de todo el proceso que pudiera ser significativa de su voluntad de recurrir a ellos si los derroteros del pacto no fueran los deseados. Es esta una de las características de todo pacto social en cuanto garante de la paz social y en cuanto conducción a una forma de sindicalismo desvirtuada: la negociación no es el resultado de un ejercicio de presión sino del diálogo en torno a una mesa; el sindicalismo no es cosa de los trabajadores sino de las organizaciones sindicales, y no de éstas sino de sus cúpulas burocratizadas. Algo que se reproduce en todos los pactos autonómicos por el empleo.

• Los trabajadores se enteran por la prensa de que "después de un largo y complejo proceso diálogo ..." Se enteran, pues, de que se lleva tiempo hablando a sus espaldas sobre algo que en teoría les afecta. Se enteran de que ellos poco tienen que ver con el sindicalismo porque, sencillamente, éste les viene siendo arrebatado.

• Este proceso de diálogo, pese a las enormes discrepancias (que nunca se especifican), ha dado el fruto de establecer algunas coincidencias, a saber: la enorme preocupación de la patronal por resolver el problema del paro, y la alta sensibilidad sindical respecto al mantenimiento y acrecentamiento de la competitividad. Es esta la segunda gran característica de la concepción del pacto social como algo profundamente antisindical: el establecimiento de un punto de encuentro, la puesta de acuerdos en unos intereses comunes superiores a las pequeñas discrepancias. Pero, si nuestros intereses son comunes, ¿para qué queremos sindicatos los trabajadores?



Así, estos pactos contribuyen decisivamente en el proceso de adormecimiento y de muerte social. No existen posiciones encontradas ni opciones distintas entre las que elegir. No existe, por tanto, decisión, ni política, sino sólo gestión en la dirección de una decisión que nos viene dada y en la que todos estamos de acuerdo. Es decir, la realidad es la que es y no puede ser de otra forma; algo que naturalmente beneficia al favorecido por la realidad existente.

Esta imposibilidad de cambiar la realidad no afecta sólo a las grandes líneas de actuación (por supuesto todo el mundo acepta la imposibilidad de un cambio de modelo social), sino que poco a poco se va trasladando a las decisiones más pequeñas. Cualquier pequeña modificación de las relaciones laborales, cualquier forma de contravenir los cursos de los acontecimientos y las decisiones que nos vienes dadas, cuando trata de favorecer a los trabajadores, puede ocasionar un auténtico cataclismo con efectos exactamente contrarios a los que se pretendían.

Pactos autonómicos por el empleo

• Esta solidificación de la realidad a que contribuyen estos pactos se constata en algunos de sus contenidos. Las 35 horas no se pueden adoptar por ley porque constituiría una intromisión inasumible en la realidad y provocaría un caos organizativo de los procesos productivos, con lo que el tema se aplaza y se desplaza a la negociación colectiva. Pero en la negociación colectiva tampoco es abordable porque supondría un descenso de la competitividad comparativa de consecuencias funestas para quien las adoptase. Así, las 35 horas van peloteadas, de lo general a lo particular y de lo particular a lo general, como forma de ganar tiempo a una medida que sólo se adoptará cuando sus efectos sean nulos sobre el empleo.

• En otros temas lo que se aprecia es esa separación que se va instalando entre lo que se dice y lo que se hace. Patronal y sindicatos no tienen ningún empacho en coincidir en una declaración contundente contra las horas extras que no tendrá ninguna consecuencia sobre su realización.

Pero si estos pactos autonómicos aportan poco a la modificación de la realidad y a las formas de plantear y hacer sindicalismo, su firma no puede considerarse un hecho banal. Tienen su importancia por lo menos en dos direcciones.

1ª.- Ayudan a construir una totalidad, una realidad más cerrada e inamovible. La firma de un pacto general auspiciada por el gobierno de Aznar pudiera ser cuestionada como acierto o error de los participantes. Cuando en *todos* los gobiernos autonómicos se firman pactos de características similares, ese todos, aunque constituido por tan pocos y tan similares, da una apariencia de incuestionabilidad y cierra herméticamente la apariencia de viabilidad de cualquier otra posibilidad. Colaboran así de forma no despreciable a la construcción de esa realidad única e incuestionable que se expresa en el pensamiento único.

2ª.- Suman en esa dinámica a posibles discrepantes, que un pacto de índole general deja al margen e incita con ello a la discrepancia, cerrando con ello posibles brechas de contestación. Es el caso de ELA y LAB en las pactos de la Comunidad Autónoma Vasca, que con su adhesión sirven de constatación de la uniformidad real, y de que en los pactos lo que se ventila no son los intereses de los trabajadores, a los que se ha renunciado de antemano, sino el reparto de protagonismos y prebendas de los participantes.

«Estos pactos contribuyen decisivamente en el proceso de adormecimiento y de muerte social. No existen posiciones encontradas ni opciones distintas entre las que elegir. No existe, por tanto, decisión, sino sólo gestión en la dirección de una decisión que nos viene dada».

El sindicalismo nacionalista, hipercrítico con la dinámica pactista cuando se desarrolla en un nivel del que queda excluído, y que propugna la apariencia con campañas en contra de los contenidos de esos pactos, se adhiere a contenidos similares con tal de no quedar excluído del reparto (institucional, de representación formal, de privilegios ...) en los niveles en los que sí puede contender por su parte del pastel.

Y es que la realidad es única, se diga en castellano, euskera, catalán o chino.

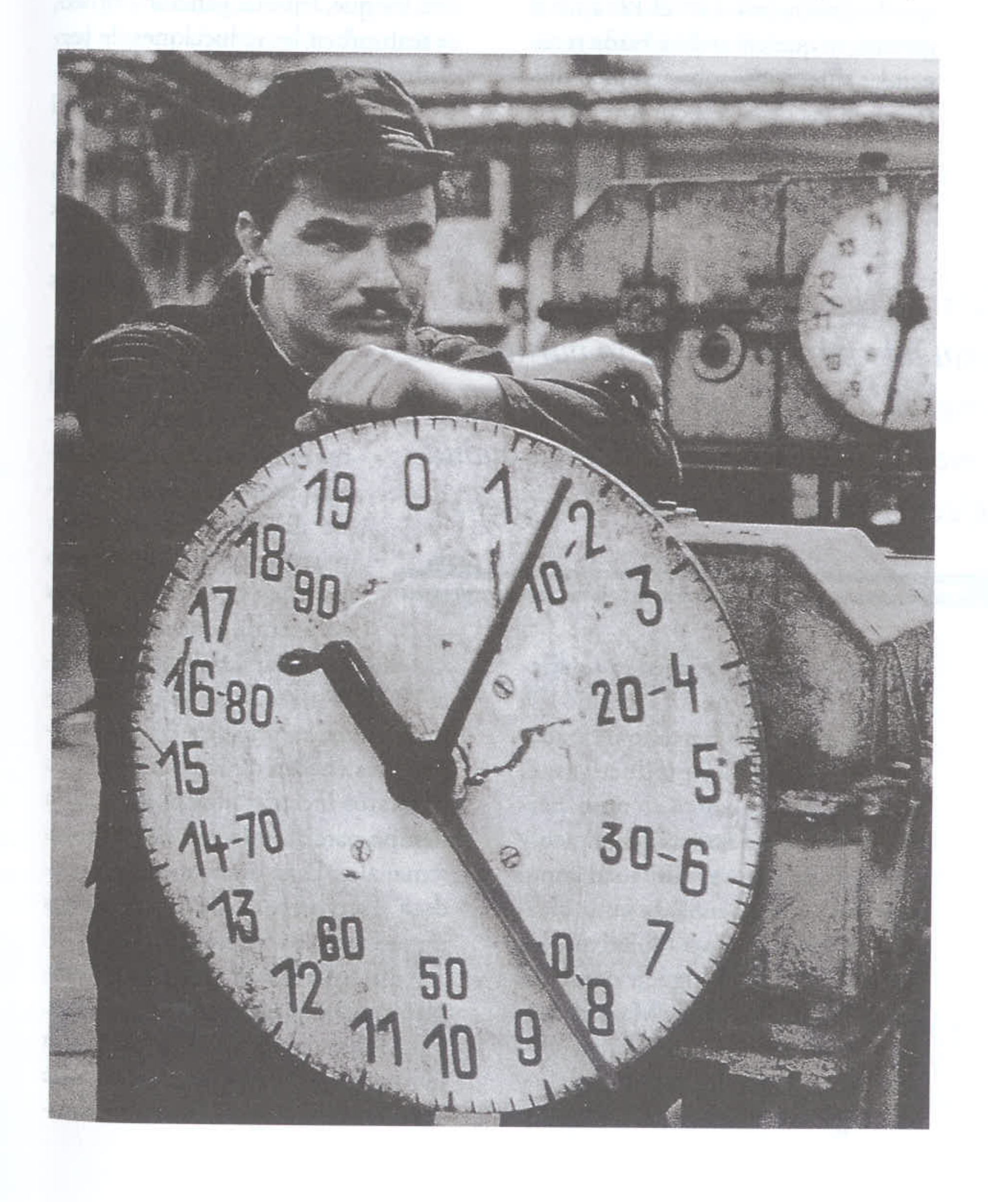
A continuación reproducimos las tomas de postura de la CGT de Andalucía y de Euskadi respecto a los pactos en sus correspondientes autonomías.

Acuerdo Vasco de Empleo: de espaldas a la realidad

"No se puede decir que las trabajadoras y trabajadores vascos hayamos hecho un gran negocio con esto del frentismo sindical. ELA y LAB por un lado, CCOO y UGT por otro, haciéndose la guerra y gastando pólvora en discusiones que poco lejos y a poco bueno nos llevan. En lugar de ver la manera de aunar fuerzas e ir por el camino de los logros sociales y sindicales, cada frente se dedica a pelear con el contrario, reducir su fuerza y así reforzar su parcela de poder. Poder sindical, en el peor sentido del término, que no mayor fortaleza de los trabajadores en su conjunto.

Sin embargo, han hecho tregua, todos con la patronal Confebask, para firmar el Acuerdo Vasco de Empleo, donde se prometen todas las felicidades para los trabajadores vascos: 35 horas, contrato de sustitución, ETTs igualadas en salarios y horas extras fuera. El reino de Jauja. Pero, ¿qué hay en realidad, aparte de buenas intenciones? Veamos.

El acuerdo para jubilar anticipadamente y sustituir trabajadores por jóvenes está a la espera del crucial asunto de quién paga. Ahí está la madre del cordero. De momento, la patronal ya se ha hecho la remolona, de manera que si el dinero acaba poniéndolo en demasía la Administración estaremos de nuevo ante el viejo expediente de regulación, donde entre todos pagamos la renovación de la mano de obra de las grandes empresas.



Los trabajadores de ETTs igualan su salario al resto del sector. Esto hay que confirmarlo en cada convenio. Lo que de hecho ya se venía haciendo últimamente. Lo peor es que de esa manera, con el citado Acuerdo, se legitima y legaliza sindicalmente la presencia de ETTs en nuestras empresas, cuando lo realmente sindical sería obstaculizar al extremo su actividad. Por no hablar de que sólo se igualan los salarios, que no el resto de situaciones sociales (cotizaciones ...).

La tercera parte del Acuerdo es la eliminación de horas extras. En este punto, como en el anterior, el Acuerdo parece vivir de espaldas a la realidad. Vivimos en el lugar donde más se tira de ETTs y vivimos en una situación en la que progresivamente se tiende a eliminar la diferencia entre jornada ordinaria y horas extraordinarias. Nos lo tendrán que explicar en los hechos, porque mucho nos tememos que todo esto es papel mojado.

Y de las 35 horas, ¿qué? Quedaban en el preámbulo del Acuerdo para una discusión futura en el marco de una comisión de trabajo. De momento, ELA y LAB ... y UGT han animado el cotarro anunciando una huelga primaveral para su implantación. Habrá que estar ahí, pero veremos en qué queda.

Y lo mismo hasta llegan un día esas 35 horas, como están llegando

Pactos autonómicos por el empleo

en Francia y otros países. Pero no serán 35 horas en cómputo semanal y con creación de empleo. A este paso serán también en cómputo anual, para que en nombre de la productividad las grandes empresas puedan sacarle aún más partido a esas 35 horas que a las que se meten en la actualidad.

La situación no es nada halagüeña. Unos y otros nos están conduciendo a una situación sin futuro alguno, a debates sin auténtico interés sindical, a disquisiciones de frente. Se impone recuperar la posición y luchar, juntos, realmente por 35 horas en cómputo semanal y por ley, con la vista puesta en la creación de empleo y en una vida más digna. En esa posición esta la CGT. Salud."

Andalucía: UGT y CCOO se suben al carro

"Los sindicatos CCOO y UGT siguen firmado acuerdos a nuestras espaldas que empeoran las condiciones de trabajo y que suponen retrocesos en los derechos adquiridos de los trabajadores.

En esta ocasión se trata del Decreto de la Junta de Andalucía sobre reducción y reorganización del tiempo de trabajo y del Acuerdo sobre reducción de la jornada de trabajo a 35 horas como medida de creación de empleo para la Administración General de la Junta de Andalucía. En ambos casos, tomando como excusa la creación de empleo, los representantes de CCOO y UGT han asumido las propuestas del PSOE —que son las mismas que las propuestas por el PP a nivel general, y que en ambos casos recogen las directrices sobre empleo dictadas en las distintas cumbres de la Unión Europea—.

Así nos encontramos con un preámbulo donde se recogen la reordenación del tiempo de trabajo, la adaptabilidad del mercado de trabajo a las necesidades productivas, el fomento del trabajo a tiempo parcial, las políticas activas de empleo y la mejora de la competitividad como objetivos ... que ayudarán en la creación de empleo. Estos objetivos, los mismos que se persiguen desde los gobiernos de Bruselas y Madrid, han sido suscritos en Andalucía por UGT y CCOO sin ningún rubor y sin ninguna consulta a los trabajadores. Incluso estos sindicatos coinciden con el PSOE y el PP en no apostar por una reducción de jornada a 35 horas en cómputo semanal y sin reducción salarial. Así lo manifiestan públicamente y lo están corroborando en convenios colectivos con los que, lejos de generar empleo, se reabsorben las reducciones de jornada con aumentos de productividad y aumentando la disponibilidad de la plantilla según la demanda. Parece claro que UGT y CCOO están más por las subvenciones institucionales que por defender los intereses de los trabajadores.

«Las 35 horas van peloteadas, de lo general a lo particular y de lo particular a lo general, como forma de ganar tiempo a una medida que sólo se adoptará cuando sus efectos sean nulos sobre el empleo».

Volviendo al Decreto de la Junta sobre reducción del tiempo de trabajo, las únicas diferencias con respecto a las propuestas del Gobierno del PP estriban en un mayor reparto de dinero para los empresarios. Los incentivos consisten en:

• Subvencionar a las empresas hasta 700.000 pesetas por nuevo contrato si reduce la jornada a 35 horas semanales en 2/3 de la plantilla. Los contratos incentivados podrán ser a tiempo parcial, mínimo de 20 horas semanales. Es la única medida novedosa y servirá para dar dinero de los impuestos a los empresarios.

• Incentivos a la creación de empleo por reducción de horas extras. Esta subvención no acabará con la mayor parte de las horas extras, que se cobran en "negro" fuera de nómi-

na y no se declaran. Sólo subvenciona a las empresas que ya declaran las horas extras y les será más rentable la contratación a tiempo parcial, por la que obtendrán más subvenciones.

• Incentivos a la creación de empleo por sustituciones de vacantes o ausencias legales. Por ejemplo: en las sustituciones por maternidad las empresas recibirán el 50% del salario mínimo interprofesional si la sustitución la realiza otra mujer. Es dinero que la Junta de Andalucía da a los empresarios en vez de subvencionar la ampliación de permisos por maternidad (aquí 16 semanas), cortos y cicateros si lo comparamos con otros países (un año de media).

Por lo que hace referencia al Acuerdo que afecta al personal de la Junta de Andalucía y que reduce la jornada de 37'5 horas semanales a 35, promete la creación de 2.100 puestos de trabajo nuevos, dato sobrevalorado porque incluye las vacantes ya existentes y otros puestos dotados. Pero, además, este Acuerdo deja fuera a los sectores de Enseñanza y Sanidad (alrededor de 150.000 trabajadores, el 77% de la plantilla total de la Junta), con lo que queda muy restringido para su aplicación. De incluirse estos sectores en la rebaja horaria se podrían crear 14.000 puestos de trabajo. Tampoco afecta a empresas públicas como EGMASA, 061 o Inturjoven, creadas con capital público, con beneficios que no se sabe a dónde van y con unos trabajadores claramente discriminados respecto a los empleados públicos.

Es significativo también dentro de este acuerdo firmado por CCOO y UGT la pérdida de derechos para los trabajadores de la Junta, que se concentran principalmente en una mayor disponibilidad horaria.

La CGT de Andalucía ha denunciado ambos Acuerdos y apuesta por una jornada laboral de 35 horas sin reducción salarial, en cómputo semanal y por el salario social en las Leyes de Presupuestos y Acompañamiento. En definitiva, por el reparto del trabajo y de la riqueza."

CHEMA BERRO es trabajador de la Sanidad y miembro del Consejo Editorial de Libre Pensamiento.

El viaje del neoliberalismo al centro. Un viaje a ninguna parte

En los últimos tiempos estamos asistiendo a una nueva ceremonia de la confusión, que utiliza la táctica consabida –es decir, una fuerte descarga en los grandes medios de comunicación de masas– y que tiene dos claves sustanciales: una pretendida humanización del neoliberalismo (expresada mediante una ficticia preocupación por los temas sociales en los grandes centros de decisión política y económica) y la buena nueva de la tercera vía política como expresión máxima de la única posible, a caballo entre los milenios.

En una sociedad sometida a las leyes del mercado, tiene una importancia vital la creación de ofertas que sean interpretadas masiva y mayoritariamente como demandas. Esto que parece tan evidente cuando nos referimos a cualquier producto o servicio, también se utiliza (y, por supuesto, no se trata de una táctica novedosa) en el campo político-social.

De tal manera que a la pretensión de convencernos de que todas las medidas económicas y sociales tomadas, por duras que nos parezcan, tienen en el fondo el objetivo de beneficiarnos, se ha unido la virtualidad de que quienes deben tomar las decisiones políticas son una nueva especie formada por los mejores funambulistas, especilizados en caminar por la estrecha línea que conjuga los intereses de las clases populares con los beneficios de las minorías dominantes, como si de una gran avenida se tratara.

La cuadratura del círculo

Comencemos por la vertiente política o, por expresarlo con mayor corrección dada la absoluta interrelación, por la vertiente de la representación política. Los abundantes mercachifles, expertos en sociología del consumo (en su más amplio sentido), llevan años vendiéndonos la bondad de las posiciones centristas. Posiciones supuestamente equidistantes de todo: de la historia más o menos reciente, de la confrontación social (la lucha de clases y la historia no son sino reliquias del pasado), de los intereses sociales e individuales, ...

Creada la supuesta demanda de centralidad (en el occidente europeo son abrumadores los estudios sociológicos que adscriben a una aplastante mayoría de la población en el centro político), las ofertas de centro surgen como hongos en un otoño lluvioso.

Es curioso observar cómo a la disputa por el centro se apuntan políticos y formaciones políticas de lo más variopinto[1], con lo que sus electores/as y afiliados/as se suman, sin comerlo ni beberlo, a la orgía de la centralidad. No obstante, para que el despiste no sea excesivo (y el personal más sumiso pueda sentirse relativamente cómodo con su recién estrenada posición) se han creado términos correctores: centro-derecha, centro-centro, centro-izquierda, centrista de toda la vida, social-liberales, eco-liberales, ...

«Cuando muchos europeos de buena voluntad se las prometían felices ante la mayoría de gobiernos socialdemócratas, se despiertan de la resaca con gobernantes travestidos en maquinistas de una nueva línea férrea que no conduce a otro destino que al que iban los trenes de la derecha».

Algo parecido a las argucias de un entrenador de fútbol para esconder que lo que pretende es crear una amplia línea de contención y que nadie juegue al fútbol.

Pero, como en la cita bíblica, muchos son los llamados y pocos los escogidos. Así, el centro apoyado por los medios y por los poderes económicos, en fin, el centro que triunfa (también electoralmente) en la mayoría de los estados de la Unión Europea, es el que responde a la etiqueta de la "tercera vía": Blair, Jospin, Schröder, D'Alema y, más recientemente, Prodi.

Cuando muchos europeos de buena voluntad se las prometían felices ante la mayoría de gobiernos socialdemócratas, se despiertan de la resaca con gobernantes travestidos en maquinistas de una nueva línea férrea que no conduce a otro destino que al que iban los trenes de la derecha. Al único destino que hoy por hoy permiten sus compromisos con los verdaderos poderes: el Banco Central Europeo, el AMI, el FMI,...

Espejismos y realidades

Pero la apariencia de síntesis, de centralidad, de conjunción, se va por tierra en cuanto se rasca un poco, en cuanto la virtualidad se enfrenta a la cruda realidad. Si lo que está en juego no son unas elecciones políticas sino los beneficios económicos y el modelo de sociedad, el espejismo salta por los aires y las evidencias son diáfanas.

La reciente dimisión de Oskar Lafontaine como ministro de finanzas alemán es una clara muestra de dos factores: la distorsión de la imagen y los estrictos límites de juego. En principio, se le ha presentado en los grandes medios de comunicación como una reliquia del pasado, como una rémora para la modernización de la socialdemocracia y de Europa, ... poco menos que alguien al mando de una checa en vez del presidente del SPD. Respecto del segundo aspecto, la radical y fulminante exclusión de alguien que parecía dispuesto a discutir decisiones del Banco Central Europeo, a promover reformas fiscales que gravaran algo más a las gran-



El viaje del neoliberalismo al centro

des fortunas, ... es una muestra del estrecho marco de maniobra de las nuevas vías. No se ha tratado de la incompatibilidad de Lafontaine con el Nuevo Centro (*Neue Mitte*) de Schröder, no ha sido un problema doméstico de estrategia electoral y política, ha sido el triunfo de las presiones de Wim Diusemberg, presidente del BCE, de las amenazas de la aseguradora Allianz y de la eléctrica RWE de trasladar sus sedes centrales fuera de Alemania, de la obligación de llevar al puerto previamente señalizado la Agenda 2000, de dar satisfacción al capital especulativo, que respondió a la dimisión con una espectacular subida del euro en los mercados financieros.

Otro resultado práctico de la acción de las llamadas terceras vías es el rápido nombramiento de Romano Prodi como presidente de la Comisión Europea, proceso en el que han participado todos sus correligionarios europeos e, indudablemente, los grandes grupos de presión financieros e industriales. Prodi fue el catalizador de una operación de centro en Italia, a la sombra del Olivo. El tradicional árbol mediterráneo se convirtió en cobijo de todo tipo de político especulador (desde ex-comunistas a ex-demócratacristianos) a la búsqueda del poder, con un programa ni tan siquiera discretamente social[2].

En fin, no son las veleidades sociales (si las tuviera) ni la equidistancia entre el mercado y la solidaridad lo que le ha llevado a la presidencia.

Tony Blair define perfectamente sus atributos: "Pero quizás lo más importante de todo es que inició el tipo de reformas estructurales que ya habían ayudado a reducir el paro en Gran Bretaña. Con un proceso de profundas privatizaciones redujo la deuda nacional y promovió la modernización del mercado de capitales. Este es el tipo de hombre que Europa necesita. Un modernizador al que no le asusta tomar decisiones. Un hombre capaz de convertir la Comisión en una máquina de reformas"[3]. Sin comentarios.

El verdadero rostro neoliberal

Cada vez es más evidente la absoluta subordinación de la política a la



economía. En este marco las terceras vías no son otra cosa que una operación de imagen de los poderes económicos. Hemos visto cómo han actuado las grandes compañías ante un ministro con ciertas pretensiones socialdemócratas. Estamos asistiendo a la demonización de las teorías económicas del victoriano lord Keynes, porque negó los principios y denunció los efectos del neoliberalismo, aunque no se puede pensar en él para elaborar una galería de revolucionarios.

El verdadero rostro (fundamentalista) de los poderes económicos no es otro que el del grupo de presión Mesa Redonda Europea de la Industria cuando reclama para las empresas la responsabilidad de la formación[4], no es otro que las amenazas de cierre y traslado de la producción (y consiguiente incremento del paro directo e indirecto) de Volskwagen en Landaben (Pamplona), de Pirelli en Manresa o de Ford en Almusafes (Valencia).

Los verdaderos objetivos los muestra Francisco González, presidente de Argentaria, cuando en su junta de accionistas reclama: reformar nuevamente el mercado laboral para flexibilizar aún más las contrataciones y rebajar las cotizaciones sociales de las empresas, segregar del sector público todas las actividades de interés para el sector privado, etc.

En sus ejercicios de ventriloquía, los viejos muñecos cumplieron su papel. Ahora necesitan que los muñecos presenten un pasado de izquierdas y un presente de profunda convicción en el mercado, aunque, eso sí, con expresiones vacías que mezclen modernidad con solidaridad, eficacia con interés general, ... Pero la mano que les mece y la voz que habla por ellos sigue siendo la misma. Y dispuesta a profundizar en sus intereses. Una cosa es su auténtico discurso y otro el que expresan a través de sus títeres. Ellos no suelen someterse a formalidades democráticas, ni están dispuestos a poner en solfa sus privilegios.

NOTAS

1.– Con ello se acentúa la creencia de que es imposible una política social y económica alternativa, se impone por eliminación el discurso único y sólo pequeños matices pseudosociales sobre el papel marcan las tenues diferencias. Por contra, se agigantan las imágenes de los líderes. El envase más atractivo decide.

2.– En plena euforia de algunos políticos por trasplantar el fenómeno del Olivo, a tierras catalanas, Paco Fernández Buey realizó un pormenorizado estudio del programa Prodi concluyendo que podía ser ratificado por el mismo Jordi Pujol.

3.– Artículo del premier británico en *El Mundo*, del 26 de marzo pasado.

4.– Artículo de Gérard de Sélys, *Libre Pensamiento*, nº28, otoño 1998.

EMILIO CORTAVITARTE es profesor de Bachillerato. Ha sido secretario de la Confederación Catalana de la CGT.

A los 30 años

Una visión política del movimiento vecinal en España: Las Asociaciones de Vecinos desde su nacimiento a nuestros días (1968-1998)

Las Asociaciones de Vecinos mostraron su pujanza en la última época del franquismo, cuando una sociedad a la que no se le ofrecían cauces de participación fue capaz de creárselos y de dotarles del vigor para que su actuación se dejase oir y fuera eficaz. Eran los años en los que el trabajo era unitario por necesidad y, también por necesidad, se buscaba la participación de los vecinos, que era de donde surgía la fuerza. Los individuos más conscientes y politizados, pertenecientes a organizaciones o autónomos, buscaban la participación del conjunto de los vecinos y de esa unión salía una sociedad viva y dinámica. La democracia, y dentro de ella las elecciones municipales, supusieron un ataque profundo a las AAVV. Las organizaciones políticas priorizaron el cauce que la democracia ofrecía y las AAVV se convirtieron en mero campo de batalla de las distintas opciones políticas y se vieron supeditadas al interés electoral. En una democracia electoral enemiga de la participación, las AAVV fueron languideciendo y desapareciendo. La historia de las AAVV es, pues, el resultado de la fortaleza o debilidad de los movimientos sociales.

Antecedentes

Desde julio de 1957 existían en nuestro país las Asociaciones de Cabezas de Familia, fomentadas por el régimen franquista y que dependían orgánica y políticamente de la Secretaría General del Movimiento. Su número llegó a ser de 2.500 entidades en todo el Estado. En su funcionamiento práctico estaban controladas por falangistas y gentes adictas al régimen. Su funcionamiento fue muy diverso y su eficacia también: algunas de ellas, pese al control, tuvieron contenido y actividad porque fueron "ocupadas" por militantes de movimientos obreros cristianos y de partidos, en ambos casos sin excesiva significación política. Los vecinos de los barrios populares dejaron, pronto, de creer en ellas como defensoras de sus intereses ante su manifiesta pasividad, lo que dio lugar a un vacío y a una creciente desconfianza en este campo.

A finales de los años 60 se crearon las Comisiones Obreras de Barrio, que no dan grandes resultados. Posteriormente surgieron las Comisiones o Comités de Barrio, que con el tiempo se transformarán en las Asociaciones de Vecinos (AAVV).

1968: el nacimiento

El asociacionismo vecinal propiamente dicho surge en los barrios populares o de nueva creación al amparo de la Ley de Asociaciones de 1964, todavía hoy vigente, que reconoce la libertad de asociación, aunque con muchos recelos por parte de las autoridades franquistas. El asociacionismo vecinal nació marcado por la dictadura.

Será cuatro años más tarde, en 1968, cuando podemos hablar del arranque de las Asociaciones de Vecinos en la medida en que se produce la inscripción de las ya creadas en

«Las reivindicaciones aisladas y acciones espontáneas dieron paso a formas de acción estables, organizadas, a acciones insertas en el marco de campañas generales que iban más allá del problema concreto, y a movilizaciones masivas cada vez más globales y políticas».

el Registro Oficial de Asociaciones, tal como exige la ley. El movimiento vecinal de barrios nace en el proceso de crecimiento de la oposición democrática frente al franquismo.

Ese movimiento vecinal asumió:

a) Unos fines generales propios. En ellos la problemática urbana constituyó uno de los principales elementos de sensibilización y movilización vecinal. Son los vecinos de los barrios que se organizan, por libre, para defender sus derechos y solucionar sus problemas frente a la desidia, demagogia y corrupción de la administración local franquista. Precisamente una de las razones del éxito de las Asociaciones vecinales radicó en el fracaso y falta de representatividad de los gobiernos locales.

b) Unos fines políticos. Su lucha contra la dictadura y por la democracia.

En la etapa que va del 68 al 75, el movimiento vecinal mantuvo un aceptable nivel de espontaneidad a pesar de la presión de los partidos políticos por hacerse con su control. Sin embargo, a la larga, esa presión aumentada ha condicionado la visión negativa generalizada que de las Asociaciones de Vecinos se tiene.

En esos años se dan progresivos encontronazos con los poderes municipales franquistas, hasta entonces ignorados; aparece la represión y las libertadas brillan por su ausencia. La desesperación y las situaciones límites favorecieron movilizaciones excepcionales. Las AAVV se defendieron como pudieron de las agresiones, sin atreverse a elevar demasiado el tono democrático de sus reivindicaciones. Sin embargo, lo verdaderamente importante de todo este proceso fue que las luchas se trasladaron a los barrios y a los pueblos con unas dimensiones insospechadas.

A pesar de todo, y tal vez por ese todo, las Asociaciones se hicieron representativas ante:

— La Administración general, la cual pone todas las cortapisas que puede a su desarrollo y extensión para evitar que se conviertan en interlocutores válidos de los vecinos.

— Los Ayuntamientos franquistas, que muchas veces y a pesar de las presiones que reciben de administraciones superiores, se ven obligados a reconocer a las AAVV como interlocutores/representantes de los vecinos.

— Los vecinos, cuyos intereses defienden. De esta manera, las AAVV se convirtieron en centros cívicos del barrio.

¿CÓMO SURGEN?

A partir de la Ley de Asociaciones de 1964, los caminos por los que surgen las AAVV son varios, aunque el denominador común fue la superación de la mentalidad y la práctica de resolver los problemas de forma individual y el nacimiento de una conciencia de barrio, de comunidad. En los barrios de nueva edificación, la deficiente urbanización y equipamiento social se convirtió en el factor aglutinante; en los barrios antiguos lo fue la existencia de los planes parciales (proyectos de remodelación urbanística que afectan a una zona o barrio) que afectaban a los habitantes del barrio y las deficientes condiciones de vida; en los barrios de casas bajas o chabolas, el contacto de los inmigrados y el movimiento obrero sirvió de factor de concienciación para exigir, de forma organizada, unas mejores condiciones de vida.



AA.VV. a los 30 años

Otras veces la creación de una asociación de vecinos vino motivada por las gestiones para resolver problemas concretos en el barrio, realizadas por grupos diversos presentes en él y que generaron una experiencia colectiva que dio paso a un grupo unido y con planteamientos de dar continuidad, amplitud y contenido a su acción de barrio. Este grupo, como gestor de una nueva asociación, daba los primeros pasos: convocatorias, gestiones, legalización... y extendía su radio de acción.También se dieron circunstancias, a veces, en las que surgieron artificialmente, creadas por un grupo minoritario del barrio. A su vez, las citadas comisiones o comités de vecinos existentes se convirtieron en AAVV.

1976: LA CONSOLIDACIÓN

En 1976 se pusieron en marcha formas de acción que demostraban la madurez reivindicativa y representativa de las AAVV. Las reivindicaciones aisladas y acciones espontáneas dieron paso a formas de acción estables, organizadas, a acciones legales insertas en el marco de campañas generales que iban más allá del problema concreto, y a movilizaciones masivas cada vez más globales y políticas.

En esta etapa, gracias al trabajo de las AAVV, el ciudadano aprendió a interesarse en los asuntos de su colectividad y a apreciar la democracia. Las AAVV se movilizaban, y con ellas cientos de miles de vecino, porque los problemas que se planteaban en los barrios y pueblos eran reales, no teóricos.

En la medida en que el movimiento vecinal se extendió y amplió, pasó a ser objeto de mayor atención social y política: Gobierno y partidos crearon en su seno Secretarías dedicadas al movimiento ciudadano y gabinetes de estudio de la realidad socio-urbanística, de la prensa local, etc. Ello generó un proceso de atención política que, desde entonces, ha influido en todas las direcciones. Y el movimiento vecinal, a partir de ese momento, pasa a ser objeto de estudio. Y el interés no era vano: en 1977 se contabilizaban en el Estado español unas 2.000 asociaciones de vecinos.

«El auge que experimentó el movimiento vecinal puso en alerta a los partidos políticos, sobre todo del abanico de la izquierda. Ese interés, muchas veces desmedido, provocó tensiones, afán de protagonismo, utilización desafortunada y una dependencia de todo un barrio de tal o cual dirigente».

Fue, también, la época de las coordinadoras y federaciones de ámbito local y regional. Madrid consolidó a su Federación en 1975, con más de 50 AAVV, aunque sólo pudieron firmar la legalización de la misma doce asociaciones al ser las únicas reconocidas por el Gobierno civil. Barcelona había constituido su Federación en 1972. Pero la mayoría de AAVV en la década de los 70 se encontraba en "trámite" de legalización.

A partir de 1970, la prensa popular de los barrios, en condiciones semiclandestinas, se convirtió en el portavoz de todas las reivindicaciones y aspiraciones de las organizaciones de barrio y de vecinos. Sólo en Madrid, en periodos álgidos, la prensa de barrios, diversa y plural, llegó a editar "por libre" 70.000 ejemplares semanales que con su presencia en la calle pusieron de manifiesto la lucha en pro del derecho a la información.

Como ya se ha apuntado, el auge que durante esta etapa experimentó el movimiento vecinal puso en alerta a los partidos políticos, sobre todo del abanico de la izquierda. Ese interés, muchas veces desmedido, provocó tensiones, afán de protago-

nismo, utilización desafortunada y una dependencia de todo un barrio de tal o cual dirigente vecinal.

1977: LA CRISIS

A pesar de todo lo dicho, a partir de 1977 las AAVV se situaron en una encrucijada de la que no supieron salir, entrando en una crisis, aún no superada, a causa de la nueva situación política. La crisis se puso de manifiesto:

a) En sentido general. La reforma, política que se hizo a espaldas de la gente, supuso la consolidación de un régimen democrático burgués, enemigo de la participación ciudadana directa. En ese nuevo, pero viejo, régimen los partidos políticos adquirieron un papel hegemónico, tanto en la representación popular como en la participación política, incluido el nivel local.

Los partidos y sindicatos predestinados a ser mayoritarios y hegemónicos en el organigrama de la democracia burguesa apostaron por reforzar su peso social en detrimento del movimiento cívico y vecinal, máxime después de su legalización en 1977.

El movimiento vecinal se malvendió en las negociaciones para elaborar la Constitución (aprobada el 6 de diciembre de 1978) entre los partidos del arco parlamentario elegido en junio de 1977. Se le agradecieron los "servicios prestados" y se le ignoró en el texto constitucional. En esa operación participaron todos los partidos parlamentarios —de izquierda y de derecha— con el refrendo sindical de los sindicatos negociantes.

Comentarios y artículos políticos de esos tiempos orientan a que el movimiento vecinal de las AAVV se circunscriba al barrio, en unos casos, y en otros a que atraviese un "puente de plata" para que, sin más, desaparezca, dejando la responsabilidad de la gestión de los municipios a los futuros nuevos ayuntamientos.

Fue el momento en el que el movimiento vecinal sufrió la pérdida de muchos de sus principales militantes, que fueron reclutados en las diferentes listas de los partidos para participar electoralmente en las elecciones generales.

b) Las elecciones generales del 15 de junio de 1977 provocaron las primeras tensiones partidarias en las AAVV y en los organismos de coordinación, estableciéndose criterios electoralistas en las diversas acciones de las AAVV que se antepusieron al interés vecinal.



A partir de ese momento la política queda como campo exclusivo de los partidos y las AAVV pasan a ser el cauce válido de la masa de votantes del barrio en provecho de la oposición de izquierdas y, en todo caso y bajo los auspicios del partido dominante, los encargados de asumir las reivindicaciones de tipo urbanístico.

A su vez surgió un nuevo fenómeno: por una lado las AAVV se despolitizaron y, por otro, aparecieron vanguardias politizadas que ocuparon las Juntas Directivas de aquéllas, controlando las asambleas e imponiendo sus planteamientos políticos. Estos hechos, que no fueron asumidos frecuentemente por los socio-vecinos, produjeron un importante distanciamiento entre estos y las Asociaciones y, en definitiva, entre las Asociaciones y los barrios. Se produjo lo que podríamos denominar una pérdida de base social, un período de desmovilización en las organizaciones de base del movimiento vecinal. Las AAVV se quedaron funcionando casi únicamente con los militantes de las "vanguardias".

Como ya estaba previsto, con las elecciones generales la cultura política dominante favoreció la consolidación de un modelo democrático asentado sobre el consenso plebiscitario, donde la participación política de los ciudadanos quedó relegada, básicamente, a las consultas electorales.

c) En abril de 1979 se celebraron las primeras elecciones democráticas en los municipios. La primera etapa de la democracia municipal fue para las AAVV la etapa del desconcierto.

AA.VV. a los 30 años

En este período vieron cómo se despoblaban sus filas y se cuestionaba su representatividad por los mismos Ayuntamientos, que les recordaron que tan importante como reivindicar es "concretar y colaborar con los poderes municipales". Sin embargo, el problema más grave que se suscitó fue el de la confusión, al tener que plantear de nuevo las mismas reivindicaciones a aquellos que, en otros momentos, las defendieron desde las posiciones del movimiento vecinal. Y aún mas: experimentar la tendencia de las corporaciones municipales democráticas a reconducir las aspiraciones de participación política vecinal a fórmulas exclusivamente institucionales o formales.

La segunda etapa fue un dejar hacer a las nuevas corporaciones municipales a cambio de nada. Esta nueva situación aletargó la actividad reivindicativa de las AAVV, lo que supuso perder iniciativa y confianza ante los vecinos. Los iniciales éxitos de algunos de los nuevos ayuntamientos democráticos abonaron la imagen de unas AAVV desfondadas y fuera de juego.

Por todo lo dicho en este apartado, y por más cosas, las relaciones de las AAVV con la Administración municipal no funcionaron correctamente y se cerraron canales de diálogo y participación que podían haber sido habituales. Así las cosas, el movimiento vecinal fue haciendo una cesión de responsabilidades en los municipios que, en algunos casos, supuso un retroceso en la solución de los problemas vecinales.

d) Conseguida la democracia y sus libertades, los municipios democráticos aparecieron como las entidades que iban a solucionar todos los problemas urbanos. De esta manera, el movimiento vecinal, sus AAVV y entidades de coordinación, se quedaron, de buenas a primeras, sin objetivos y por lo tanto sin motivos para la participación política.

Hasta hacía poco se tenían unos objetivos sociales, urbanos y políticos amplios, habían un enemigo común —el fascismo autoritario, corrupto e ineficaz, con un capitalismo agazapado en su seno—. Ahora, todos los poderes se conjuraron para demostrar que el enemigo común había desaparecido; era la hora de recorrer juntos (ellos y nosotros, políticos y vecinos) el largo camino de la democracia. Y esto ya es otra cosa. "Nos repartiremos los sillones del Parlamento, nos repartiremos el poder de los Sindicatos, los Ayuntamientos ...".

Los partidos políticos, como les corresponde, negociaron los cimientos de las construcción del estado burgués, con su ideología incluida. Uno de los contenidos de esa ideología del nuevo Estado es que "ya no es necesario llevar la lucha sociopolítica a los barrios; el nuevo régimen democrático garantiza los derechos de todos". En consecuencia, el movimiento vecinal, como otros, ya no tiene nada que hacer, al menos en su versión de los años sesenta y setenta. De paso, se fomentó en la gente —los ciudadanos, los vecinos, la calle— una actitud de no participación, de pasividad, de dejar hacer a las instituciones.

(Reseñar también que hubo AAVV que nacieron con fines reivindicativos muy precisos y centradas en problemáticas muy concretas: carencia de infraestructuras o equipamientos básicos, fraudes inmobiliarios, ausencia de cauces de participación social, etc. Una vez resueltos muchos de aquellos problemas, o asumidas gran parte de sus reivindicaciones por los Ayuntamientos o instituciones democráticas, no fue fácil para muchas de ellas actualizar sus objetivos y redefinir su papel social y sus funciones. Por eso, si sobrevivieron fue vegetando. Pero este es un problema añadido a lo expuesto en el apartado anterior).

La crisis continúa

A los 30 años del nacimiento de las primeras AAVV, el movimiento vecinal no ha resuelto, de ninguna forma, la crisis iniciada en 1977. Se han mantenido, pero convirtiéndose en un caricatura de lo que fueron. A esto les ha conducido la redefinición de su papel y la actualización de sus objetivos que han hecho sus burocráticos órganos dirigentes. Lo cual, por otra parte, ha sido posible porque se sigue dando el viejo vicio del control/subordinación del movimiento

vecinal por parte de los partidos políticos. El resultado es que el movimiento vecinal no es la voz de los vecinos.

El movimiento vecinal, en su situación actual, y a pesar de sus múltiples y teóricos proyectos, carece de un proyecto político propio que dé respuesta al presente desencanto político y social de la gente, porque ha olvidado que la ciudad es la gente, la ciudad es vida.

El pseudo movimiento vecinal burocratizado actual se mueve en una realidad ficticia que él mismo ha creado, en un mundo idealizado de cifras, de objetivos, de ciudades deseadas, de Estados de bienestar, de asociaciones ideales de vecinos organizados ... Pero el movimiento vecinal ha dejado de ser un referente para los ciudadanos. Es una hermosa y rica nuez, con el fruto seco (a pesar de las AAVV que funcionan). Sus dirigentes disfrutan de las migajas de los círculos de poder ...

Principios del municipalismo libertario: otra visión (Lisboa 1998)

A pesar de matices en su aplicación y escala local, la mayor parte de los participantes en la Conferencia de Lisboa (celebrada en agosto de 1998) han expresado un gran apoyo a los principios básicos del municipalismo libertario, que pueden ser resumidos de la siguiente manera:

– El capitalismo y el estado, en tanto sistemas de dominación y explotación, son antitéticos con la realización de la libertad social y deben ser erradicados por completo. Deben ser reemplazados por una sociedad racional y liberadora que apoye la libertad humana y fortalezca el bienestar en su fundamento ecológico. En esta sociedad, las gentes, en vez de depender del estado o de otras élites para organizar sus vidas, pueden ser dueños directos de sus propias decisiones.

– El escenario en el cual deben llevar a cabo sus decisiones sobre su vida es la comunidad, no simplemente el lugar de trabajo. Están comprometidos con esta tarea en tanto ciudadanos, no simplemente como trabajadores.

– Es esencial para este proyecto el desarrollo y expansión de una esfera política definida por una democracia directa ("cara a cara") en el escenario cívico local.

– La institución en que se concreta la esfera de autogestión política no es el parlamento ni el sindicato sino la asamblea de ciudadanos.

– La municipalidad —es decir, la aldea, el pueblo, la pequeña ciudad o el barrio de la gran ciudad— contiene el potencial para transformarse en dicho escenario político. Aunque contiene muchos elementos estatales en el presente, sigue siendo el escenario legítimo en el que anarquistas sociales, socialistas libertarios y comunistas libertarios deben luchar por crear asambleas de ciudadanos e instaurar una democracia directa ("cara a cara").

– Con el objeto de instituir conjuntos transmunicipales o regionales, la asambleas de una determinada región pueden enviar delegados a un congreso confederal. Las confederaciones unidas deben llegar a ser un poder "dual" (contrapoder) respecto del estado-nación y del capitalismo. Deben ser las entidades de donde surja una revolución social y al mismo tiempo deben servir de marco a las instituciones de una sociedad libre, racional y ecológica.

– Gradualmente, los consejos o ayuntamientos de las ciudades pueden llegar a ser los entes de coordinación para la gestión de asuntos políticos y económicos, siendo sus miembros actuales reemplazados por delegados de las asambleas. La producción y la distribución tendrá lugar bajo el principio de "cada uno de acuerdo a su capacidad, a cada uno de acuerdo a sus necesidades".

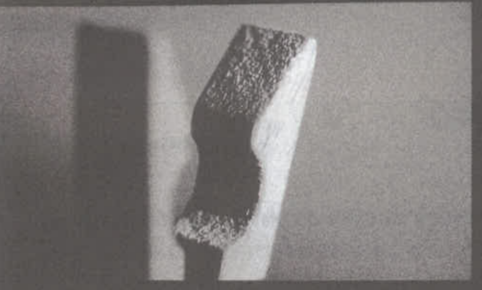
– Para comenzar el proceso de creación de tal sociedad debe ser creado un movimiento municipalista libertario. Para el desarrollo de tal movimiento, el parlamentarismo será rechazado en todas sus formas.

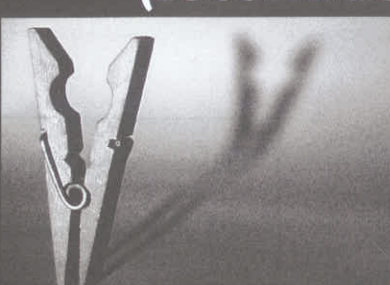
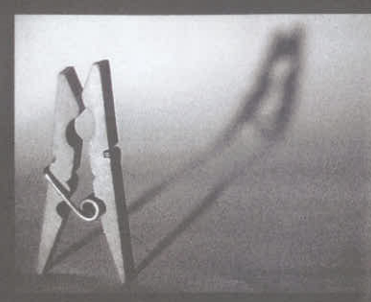
Bibliografía y revistas

— *Madrid/Barrios*. 1975. C.I.D.U.R. Ediciones de la Torre. Madrid 1976
— *Movimiento ciudadano: crisis*. J. Omeñaca. Bilbao 1977.
— *Guía para las Asociaciones de Vecinos*. Juan Rey. Biblioteca Básica Vecinal. Nº 6. C.A.V.E.. Madrid 1998.
— *CAVE*, nº 6. Noviembre-Diciembre 1992.
— *Gaceta Ilustrada*, nº 1.029. 27 de junio de 1976.
— *Personas*, nº 151. 25 de septiembre 1976.
— *Posible*, nº 89. 29 de septiembre 1976.
— *El Viejo Topo*.

LUIS ALTABLE fue fundador de la AV de Carabanchel en los años 70. Miembro de la Fundación Salvador Seguí-Madrid.

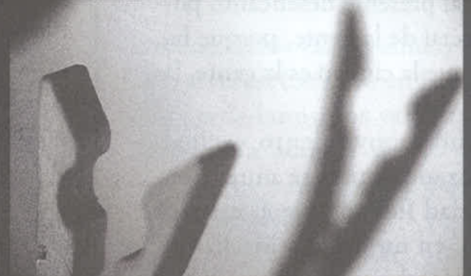
INSEPARABLES
(fotolinde)

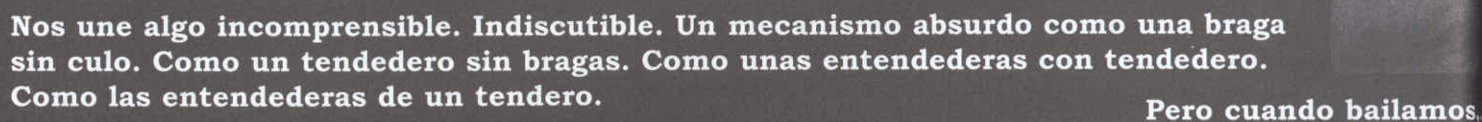


Estamos tan unidos. Sí, por lo sano. Pero juntos nos sostenemos. Lo de ahí abajo, nada más. Mi cabeza se aleja de ti, pero mis pies te buscan. Me alejo y no puedo apartarte de mi cabeza.







Nos une algo incomprensible. Indiscutible. Un mecanismo absurdo como una braga sin culo. Como un tendedero sin bragas. Como unas entendederas con tendedero. Como las entendederas de un tendero.

Pero cuando bailamos...



...el mundo es una prenda,

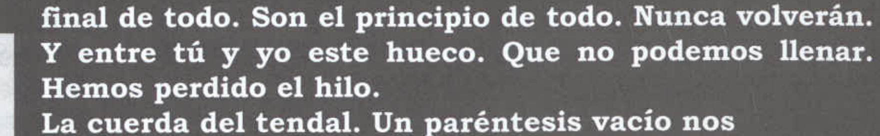



prometida, que sabemos

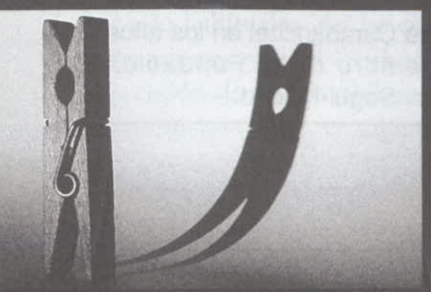
sujetar en el vacío.




En el Patio había de todo, ¿te acuerdas? El viento. Yo solo recuerdo el viento. La seda, me acuerdo de la seda. Y Las Manos. Las Manos. Los dos recordamos Las Manos. Las Manos son el final de todo. Son el principio de todo. Nunca volverán.



Y entre tú y yo este hueco. Que no podemos llenar.
Hemos perdido el hilo.
La cuerda del tendal. Un paréntesis vacío nos estrangula la garganta desde dentro. Eso es bonito.
¿Y de qué sirve? Si tuviéramos unas bragas que llevarnos a la boca. Si volvieran las Manos... el Viento.

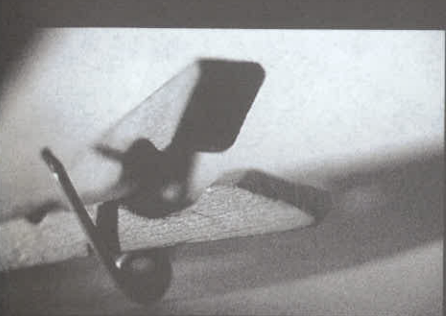


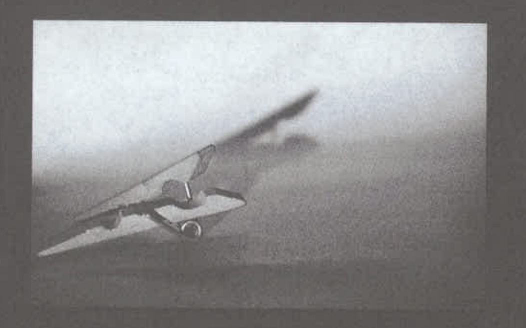


En el Patio éramos felices. Nos sujetábamos. Éramos sujetos. En el Patio colgábamos sobre el Abismo.



La culpa es tuya





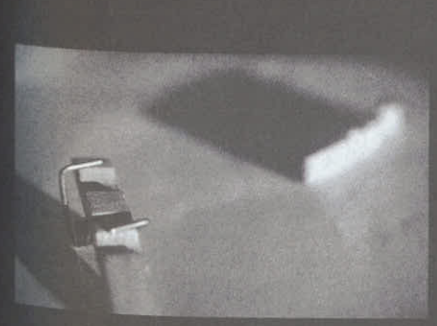
Yo no tengo culpa. Yo no tengo nada.
Lo teníamos entre los dos y se cayó. Era algo blanco, y húmedo, y suave. Era algo que hacía señas al vacío. Era una braga.
La culpa es tuya.

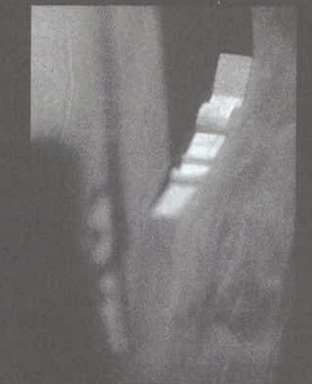




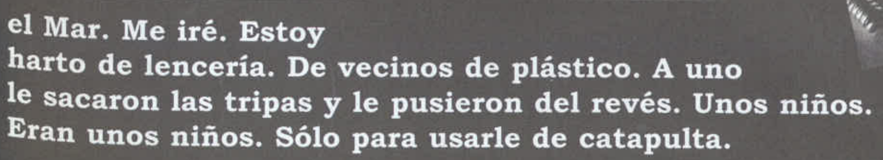
Me iré. Seré mástil. Yo quería ser mástil. Aún valgo para mástil. Déjame ir.

No puedo. Nos une algo muy fuerte. Indestructible. Es una opresión. Un no poder. Un remolino helado que encierra nada. No se puede romper nada. Si te fueras no dejarías nada, ni siquiera nada. Medio agujero no es ni eso. Media cicatriz inservible. Una muesca ilegible. Si te fueras, sólo me quedaría el fuego.





Déjame ir.
He de hacer grandes cosas. En las alturas. Llegaré a las azoteas. Veré el horizonte al otro lado de Las Antenas. Veré



el Mar. Me iré. Estoy harto de lencería. De vecinos de plástico. A uno le sacaron las tripas y le pusieron del revés. Unos niños. Eran unos niños. Sólo para usarle de catapulta.



Si te vas, me enterraré en la maceta
para dar flores de viento que se parezcan a ti. Si te vas,
echaré raíces en el barro hasta
la momia del fuego y beberé lavas muertas y
aprenderé a arder sin ruido. Sin llama. Sin
cenizas. Si te vas hallaré en mi cuerpo
los bosques del agua ciega, la ruina del sol,
los dedos de los ahogados. Le excavaré en la noche
otra mitad al mundo y se despeñarán los días
hasta el fondo de los patios minerales del silencio.
Le abriré al espacio una ventana al nunca
y plantaré en el alféizar pañales negros.

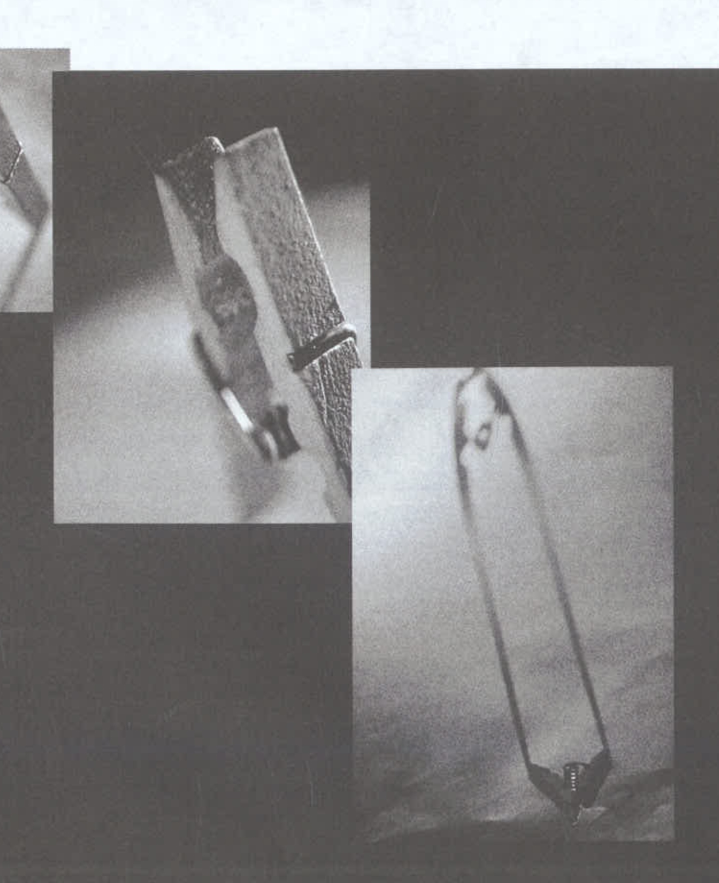
Yo me voy.

Véte.

Déjame.

No aguanto más.





Es algo misterioso. Un mecanismo
insensato. Un destino
ha de ocultarse en este juego.
Una trampa absurda. La solución
de un problema ajeno.
Que no entendemos.
Díme, ¿volveremos a ser árbol?
Se me está olvidando el viento,
díme, ¿recuerdas cómo era el Viento?

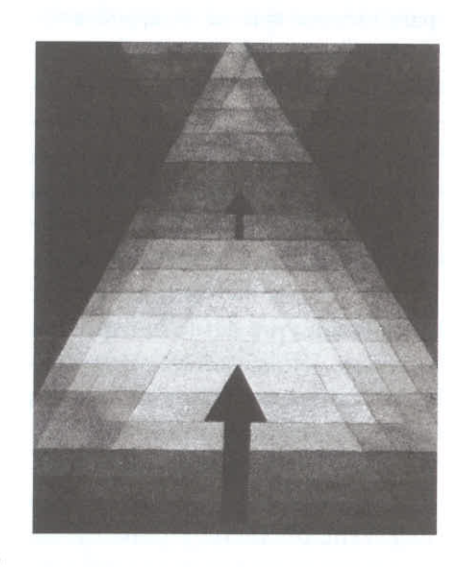
J.

RAFAEL DIAZ SALAZAR:
La izquierda y el cristianismo

Rafael Díaz Salazar, *La Izquierda y el cristanismo,*
editorial Taurus. Madrid, 1998.

El extenso estudio publicado por Rafael Díaz Salazar ofrece una importante y valiosa contribución a un tema que, aunque quizá no este excesivamente de moda, sigue teniendo importancia en especial en momentos en los que, como dice el autor, está siendo necesaria una profunda reforma de las fuerzas políticas y sociales de izquierdas si queremos superar la situación claramente desfavorable en la que nos encontramos en estos momentos. Cuando el neo-liberalismo y la derecha pura y dura está ganando por clara goleada e imponiendo sus tesis en todas partes, cualquier propuesta encaminada a revitalizar a la izquierda es, en principio, buena. La discusión puede comenzar cuando analizamos los detalles específicos de la propuesta.

Es, para empezar, encomiable el largo y detallado análisis histórico propuesto por el autor. Si bien puedo decir que conocía en líneas generales lo que expone, son muchos los datos que desconocía y, en ese sentido, es también mucho lo que he aprendido leyendo las más de



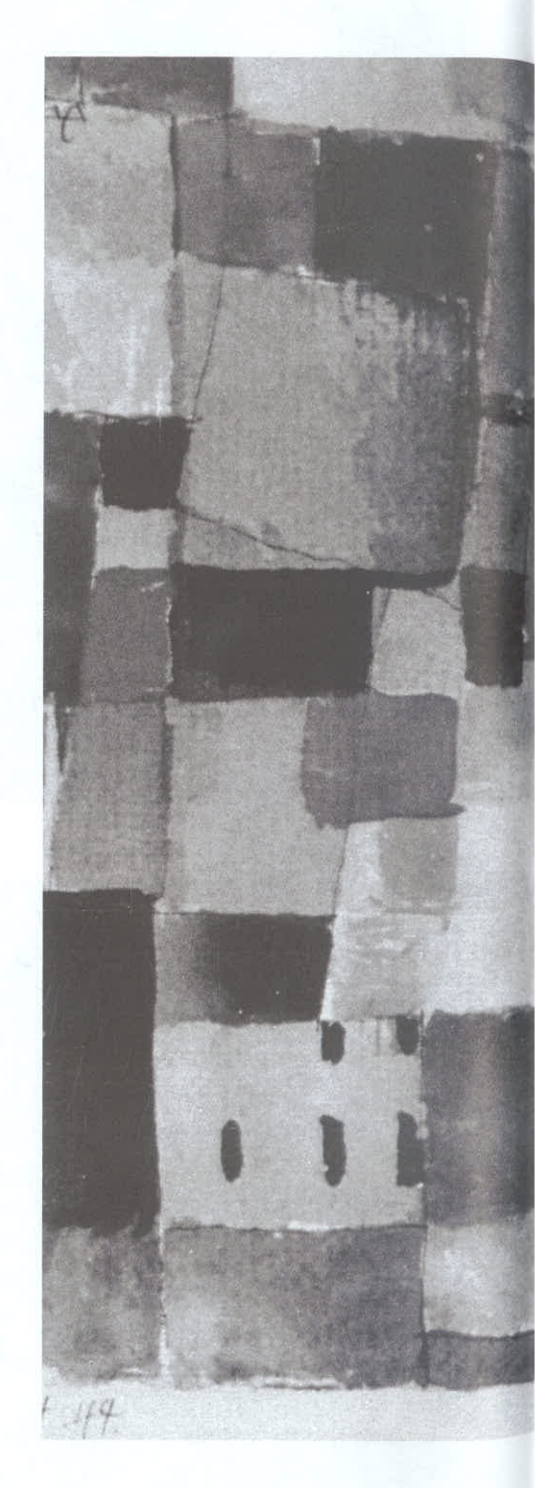
300 páginas. Supongo que para muchos será también ilustrativo. Hay algo en especial que me parece notable: el autor se esfuerza por desmontar un tesis bastante aceptada que afirma que la izquierda y el cristianismo, o la religión en general, son intrínsecamente incompatibles. Desde luego que ni ha sido siempre así ni lo ha sido tampoco en todos los países. El mayor o menor nivel de oposición puede deberse a aspectos contingentes de la evolución histórica de cada país en cada momento. Por razones parcialmente conocidas, hay países, como España e Italia, en los que la izquierda se ha construido más bien en contra de la religión, sin que haya en esa apreciación ninguna atribución de responsabilidad a alguna de las dos partes. Pero ese no ha sido el caso en Inglaterra, o Austria, como tampoco lo ha sido en Estados Unidos, aunque allí la izquierda debe ser entendida de otra manera. Incluso en el caso de España, donde la tradición de una izquierda claramente anticlerical y también de forma más general en contra de la Iglesia y el cristianismo está muy arraigada, el autor nos recuerda la importancia que tuvo para el desarrollo de una oposición de izquierdas contra el franquismo el papel desempeñado por algunas instituciones eclesiales, en concreto la HOAC. Fueron muchos los militantes cristianos que en los años sesenta y setenta se volcaron en consolidar sindicatos y partidos enfrentados al régimen de Franco; en estos momentos siguen siendo también muchos los militantes cristia-

Rafael Díaz Salazar: *La izquierda y el cristianismo*

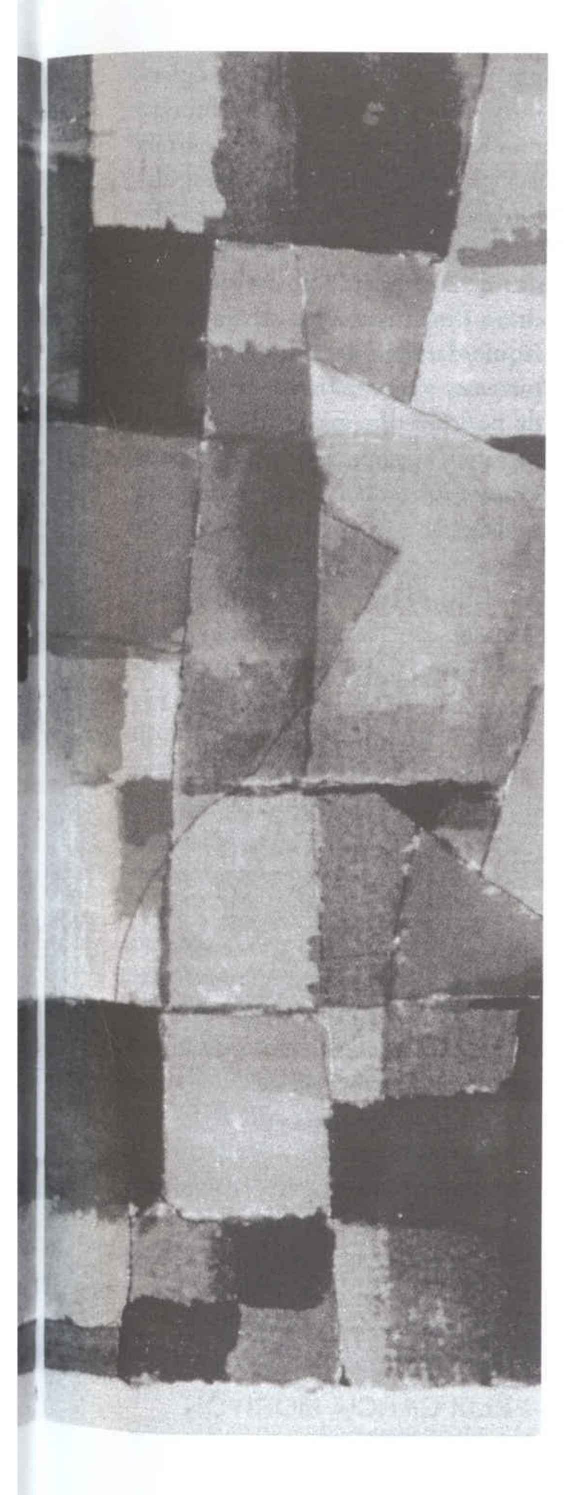
nos que, desde diversas organizaciones de base y algunas no tan de base, están implicados en las acciones políticas y sociales de izquierdas.

Además de este ilustrativo repaso de la realidad histórica, Rafael Díaz-Salazar plantea una tesis que me parece decisiva. Sin renegar en ningún momento de la aportación del laicismo, señala sus limitaciones. Ha sido muy positivo en la historia europea la progresiva separación del poder político y el religioso, y en esa línea debemos mantenernos todos para evitar los errores del pasado. No obstante, el autor llama la atención sobre la necesidad de reconocer, y también potenciar, el carácter público del cristianismo, que en absoluto puede ser reducido a una cuestión privada. Los cristianos, los católicos en concreto, tienen una clara vocación de intervención pública en la medida en que siguen las orientaciones evangélicas, y así lo muestran las numerosas asociaciones de todo tipo surgidas desde ambientes eclesiales. Otra cosa que quizá el autor no reconoce debidamente es que esa intervención pública es con mayor frecuencia de tipo conservador, aunque los grupos cristianos de izquierda sean numerosos y cuenten con reconocimiento dentro y fuera de la Iglesia. En todo caso, conviene recoger la tesis central: la religión no es en absoluto un asunto de la vida privada de las personas y reducirlo a eso es un grave error. En este sentido, la izquierda española es, posiblemente, una de las izquierdas europeas que menos acepta esta tesis y que sigue aferrada a esa reducción a lo privado de la religiosidad, quizá también debido a que se temen que, en general, la Iglesia, si interviene en política, lo hará en sentido conservador. Y no faltan razones para temerse que así será, sobre todo si reducimos la Iglesia a su jerarquía, dado que la jerarquía eclesiástica, como la de cualquier otra institución (incluida la CGT) que ha desarrollado una potente estructura organizativa burocrática, tiene siempre una clara tendencia conservadora. En todo caso, me parece importante que desde la izquierda se supere definitivamente esa reducción y se acepte claramente que las creencias religiosas no son un asunto privado y que esas mismas creencias no determinan el sentido de la intervención social y política: los creyentes, como los ateos y agnósticos, pueden ser de izquierdas o de derechas.

Hay algo, no obstante, que reduce el alcance del análisis del autor. Su enfoque es, sobre todo, social y político y se dirige a la posible incidencia del cristianismo en las luchas por la transformación social. De ahí, posiblemente, que su interés se centre en los sectores religiosos más implicados en intervenciones progresistas, como puede ser el de la HOAC antes mencionada, las comunidades de base o todo lo que



gira en torno a la teología de la liberación. Es, en parte, la tesis mantenida por otras personas; en esta misma revista por Ruy Manuel Gracio das Neves hace unos años. Como ya he dicho, pasa por alto la elevada implicación de sectores religiosos en políticas conservadoras, incluso muy conservadoras y pasa por alto también la valoración de la experiencia religiosa. En numerosas discusiones mantenidas con compañeros de la CGT he podido constatar que, además de las críticas al papel social y político de la Iglesia, suele darse una visión absolutamente negativa de la religión. Para muchas personas de tradición libertaria, la creencia religiosa, la aceptación de la existencia de Dios, es ya un claro ejemplo de esclavitud y sometimiento. Es una negación todavía más radical que la que manifestaba el marxismo al hablar de la religión como opio del pueblo. El hecho de que en la tradición libertaria se puedan encontrar ejemplos variados de personas que se consideraron al mismo tiempo cristianas (católicas) y anarquistas, no invalida esa valoración generalizada que ve en Dios la quintaesencia de la tiranía y uno de los enemigos radicales de la liberación humana.



Es posible que para algunos sea una cuestión carente de interés, y que aceptar una discusión sobre el tema de la creencia religiosa es ya una concesión no justificada. No comparto esa indiferencia, como tampoco comparto la visión negativa. Desde luego, tengo un interés personal en el tema dado que en mi caso se da esa doble condición de católico y libertario, tanto desde que empecé a analizar estos temas allá por 1975 como desde que pertenezco a la CGT en 1985. Más allá de este interés, considero que la cuestión, por muy teórica o filosófica que pueda parecer, tiene importantes implicaciones prácticas. La colaboración estable de una organización como la nuestra con organizaciones cristianas de izquierdas, así como la incorporación de cristianos de izquierdas a las luchas sindicales y sociales promovidas por un sindicato que quiere ser anarcosindicalista, no se podrá hacer con seriedad y con fecundas consecuencias para todos hasta que esos problemas teóricos no sean definitivamente resueltos. Creer en Dios no es una fuente de esclavitud, sino más bien una experiencia liberadora, por más que con frecuencia se utilicen las creencias religiosas para oprimir. Del mismo modo, creer en la posibilidad y necesidad de acceder a una sociedad más justa y solidaria es una creencia liberadora, por más que sobren ya experiencias del horror y la barbarie que pueden provocar esas creencias en sociedades concretas. Por descontado que no es este el momento de abordar con rigor y amplitud estas cuestiones y me veo obligado a realizar una alusión muy general.

Rafael Díaz-Salazar hace una propuesta más radical que constituye el meollo de su libro. En un primer e interesante capítulo expone la crisis de la izquierda en estos momentos y cuáles son los retos a los que tiene que hacer frente si no quiere dejar de incidir en la transformación social. Son propuestas muy generales con las que se puede y se debe estar de acuerdo, dejando las discrepancias para las intervenciones que intenten llevar a la práctica esas propuestas. En los dos últimos capítulos, inspirado como era de esperar por Gramsci (autor que los libertarios deberíamos leer de vez en cuando), reivindica que la recuperación de la izquierda pasa necesariamente por volver a mostrar el espíritu, la pasión política, de quienes depositan sus energías en la transformación social y confían en la posibilidad real de avanzar en ese sentido, algo que comparto

Rafael Díaz Salazar:
La izquierda y el cristianismo

plenamente y que está haciendo falta en organizaciones como la nuestra que siempre corren el riesgo de perder ese anhelo de liberación agobiadas por las luchas cotidianas por mejoras concretas y, a veces, mezquinas. Díaz Salazar ve precisamente en esta exigencia el quicio sobre el que se puede articular la relación entre la izquierda y el cristianismo. Las esperanzas mesiánicas de liberación de los cristianos, tal y como aparecen en los profetas bíblicos o en el Sermón de la Montaña, constituyen un fondo inagotable de pasión transformadora que podría ayudar sin duda alguna a revitalizar la izquierda. Este es, por ejemplo, uno de los grandes hallazgos de la teología de la liberación. Sin embargo, su propuesta plantea, desde mi punto de vista, dos objeciones: la pasión es algo que deben aportar todos los que sean de izquierdas, independientemente de sus creencias religiosas; difícilmente los cristianos de izquierdas va a ser fuente especial de pasión cuando ellos mismos no consiguen serlo dentro de su propia Iglesia. Todos necesitamos recuperar las ilusiones algo desgastadas ya, y también sofocadas por todo un ambiente social, cultural y político en el que las fuerzas más reaccionarias parecen ganarnos por goleada. Lo difícil es conseguirlo y por eso las aportaciones deberían ir en doble sentido: los ilusionados de la izquierda no creyente podrían dinamizar a los cristianos de izquierdas algo decaídos en su propia casa, y los cristianos de izquierda podrían dinamizar a las organizaciones de izquierdas que en estos momentos tienen escasa incidencia social.

FÉLIX GARCÍA MORIYÓN

A propósito de Luce Fabbri

Luce Fabbri, *La libertad entre la historia y la utopía. Tres ensayos y otros textos del siglo XX*, edición y prólogo de Antonia Fontanillas y Sonya Torres, 1998, 145 pp.

¿Cómo presentar este libro de Luce Fabbri, un libro que acaba de ser editado gracias a la colaboración de muchos y, sobre todo, al esfuerzo de Antonia Fontanillas y Sonya Torres? Quizás, en primer lugar, señalando aquello que *no es*. No se trata de un nuevo y repetido devocionario anarquista, ni de otra cansada muestra de nuestro pasado libertario. De sujetarse a alguna categoría, pensamos que serían los términos de *testimonio* y *propuesta* los que mejor definirían este conjunto de ensayos. *Testimonio*, porque a través de las páginas de *La libertad entre la historia y la utopía* podemos percibir el devenir de un pensamiento que arranca en los años treinta y todavía no se ha detenido; testimonio igualmente de una singular tradición de pensamiento cuya raíz se encuentra tanto en el anarquismo italiano como en el análisis de la realidad latinoamericana. Siendo todavía joven, Luce Fabbri tuvo que emigrar de Italia junto a su padre, el destacado militante libertario Luigi Fabbri, como consecuencia de la represión fascista. Un exilio que la llevaría de forma permanente a Uruguay, en donde desarrollaría toda su actividad intelectual y política. Testimonio, por tanto, de una anomalía. Porque al igual que muchos otros emigrados, la mirada de Fabbri se encuentra di-



vidida entre los acontecimientos que sacuden la Europa de los años treinta y lo inmediato de la realidad latinoamerica.

Quizás sea esa mirada mestiza, mezcla de historia europea y geografía americana, la que dote a la obra de Luce Fabbri de una claridad nada común, una capacidad de perspectiva nacida del hecho de estar, a la vez, dentro y fuera de los acontecimientos que se narran y valoran. Se trata, sin duda, de una lejanía de la que surge la posibilidad de una intervención teórica diferenciada. Y aquí reside, a nuestro juicio, el valor de la mayoría de los trabajos recogidos en este volumen. Porque sus contenidos están relacionados, no ya con el espesor de una historia precedente, sino con la presencia de una actualidad, de un presente que necesita siempre de una palabra libertaria nueva, una palabra que se alía con la historia sin someterse a ella: «Hace tiempo que se habla de "actualización" del anarquismo (...) [sin embargo], no se trata de renovaciones totales, pues no la necesitamos. Se trata de observar sin prevenciones la realidad, para calibrar peligros y posibilidades y descubrir caminos nuevos. Hay palabras, que la izquierda sigue utilizando rutinariamente, pero que hoy están en crisis como los conceptos correspondientes. En ese sentido, hay que renovar nuestro discurso» (*cfr.* «Otra

A propósito de Luce Fabbri

fe en crisis: el progreso», p. 117).

Es, en consecuencia, a partir de esta necesidad de renovación, que el trabajo de Luce Fabbri puede articularse como una *propuesta* y, en primer lugar, como una propuesta de análisis. Los mejores ensayos de este volumen son, a nuestro juicio, los que se dedican a esta tarea de renovación y clarificación de un vocabulario anarquista actualizado, coherente con el presente en que son escritos. Términos como *totalitarismo, cultura, descreimiento* o *solidaridad* son replanteados o, incluso, analizados con carácter de primicia. Esta naturaleza abierta de los trabajos de Fabbri, y decimos abierta porque parecen estar dirigidos, no a un público convencido de antemano sino a participar en un debate político más general, es la que proporciona a sus textos esa particular lisura que permite todavía, a pesar de la antigüedad de algunos de ellos, un lectura contemporánea provechosa. Incluso cabría pensar que algunas de estas propuestas de análisis, muy novedosas en su planteamiento, aún están esperando un desarrollo en el contexto de un pensamiento libertario. Citemos, por ejemplo, los puntos de partida de lo que, a juicio de la autora, podría ser una propuesta libertaria de análisis político del lenguaje: «Hay aquí dos trabajos posibles y necesarios que tarde o temprano habría que emprender: a) el estudio del influjo de las luchas políticas en la historia de los distintos idiomas, dando especial importancia a los cambios semánticos provocados conscientemente, casi diría estratégicamente, para emplear la ambigüedad o el nuevo significado como armas en esas mismas luchas, lo que da origen al influjo inverso, de la lengua sobre la historia; b) el estudio del carácter político de la magia que estamos acostumbrados a considerar especialmente desde un punto de vista religioso o artístico» (*cfr.* «La libertad entre la historia y la utopía», pp. 53-54) Este fragmento resulta perfectamente ejemplar de lo que decimos: publicado en 1962, no sólo sitúa al anarquismo frente a una problemática inédita en relación a su tradición -la de las relaciones entre la lengua y los poderes- sino que además tiene la virtud de hacerse eco de algunas de las propuestas más interesantes que, más o menos por esas mismas fechas, se estaban elaborando desde la investigación lingüística, dando lugar al nacimiento de la pragmática.

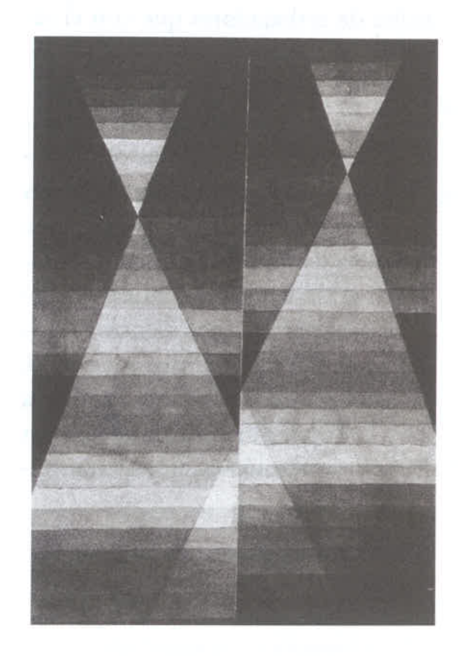
Una especial sensibilidad, pues, un oído a nuevas formas de entender las cosas que también se pone de manifiesto en este otro fragmento en donde se comenta la actividad intelectual de Diego Abad de Santillán: «Decía -y escribía- siempre lo que pensaba, aunque fuera distinto de lo que había dicho o escrito el día anterior. Tenía, por así decirlo, el pensamiento por fuera. Era su particular forma de honestidad intelectual, que le procuró, por cierto, serios inconvenientes. A través de sus escritos se puede seguir todo su proceso mental, con las dudas, las dificultades, las lentas sedimentaciones, los influjos externos asimilados o rechazados, las iluminaciones repentinas» (*cfr.* «Santillán en el recuerdo», p. 111). Imposible no escuchar aquí el influjo del *pensée du dehors* foucaultiano pero, sobre todo, imposible no agradecer la sensibilidad de una mirada sobre una obra, la de Santillán, que se articula no desde una búsqueda de coherencia interna, o de pureza teórica, sino desde el reconocimiento de lo que significa pensar, y pensar libremente. Un «pensamiento por fuera» o un libre pensamiento, por cierto, que se echa de menos en el escenario del pensamiento liberario y que, nos parece, Luce Fabbri practica de forma admirable.

ANTONIO MORALES TORO

Garrote vil para dos inocentes: el caso Delgado-Granado

Carlos Fonseca, *Garrote vil para dos inocentes: el caso Delgado-Granado.* Ediciones Temas de Hoy. Colección: Historia Viva. Madrid 1998. 277 páginas.

"Significo a V. I. haber dispuesto todo convenientemente y haber dado cumplimiento a la sentencia a las cinco horas del dia de hoy, sin novedad. Dios guarde a V. I. muchos años". Con esta escueta y administrativa frase de fecha 17 de agosto de 1963 el director del penal de Carabanchel comunicaba al magistrado titular del Juzgado Especial Nacional de Actividades Extremistas la ejecución de dos penas de muerte en la España de los 24 años de Paz. Por si hubiera duda acerca del método utilizado, el médico oficial de la prisión indicaba el fallecimiento de Joaquín Delgado y Francisco Granado "como causa inmediata asistolia y causa fundamental traumatismo bulbar". Tras todo ello se ocultaba el ajusticiamento a garrote vil (una práctica de asesinato legal en la España negra) de dos militantes de la Juventudes Libertarias a los que se les acusaba de colocar artefactos explosivos en los edificios del Ministerio de la Gobernación y de los Sindicatos Verticales en el verano de 1963.



Treinta y cinco años después, la memoria histórica recupera la palabra en este escalofriante libro del periodista Carlos Fonseca que ha contado con la colaboración de protagonistas de la lucha libertaria contra la dictadura franquista. Destacaría cinco ideas contenidas en el libro:

1.- En la lucha antifranquista, el protagonismo libertario fue destacado sin las alharacas y la publicidad mediática que han contemplado la oposición a la dictadura (sí, una dictadura, frente a los intentos de convertirla en un sencillo régimen autoritario). La visión de que solo hubo una oposición organizada, la del Partido Comunista de España, con sus mártires como Julián Grimau, sus numerosos detenidos, la represión contra todo lo que oliera a comunista, se debe matizar y se matiza en este libro señalando que otra gente luchó contra el régimen franquista y que las muertes fueron "explotadas" de diversa manera según la pertenencia política del asesinado.

2.-La justicia franquista (si se le puede llamar formalmente justicia) articulaba procesos sumarísimos por via militar, sin ningún tipo de garantía para el acusado, defendido por un oficial del Ejército sin ningún tipo de experiencia jurídica y con un apuntamiento de pruebas sin contrastar. El que sus autores hayan reconocido y asumido en 1994 la au-

Garrote vil para dos inocentes: el caso Delgado-Granado

toría de la acción contra los dos edificios oficiales atribuída por el Tribunal Militar a Delgado y Granado, pone de manifiesto la endeblez de las pruebas y el intento de ejemplarizar con la pena de muerte la disidencia política. No olvidemos que los ajusticiamientos por garrote vil de Salvador Puig Antich y Heinz Chenz, en fechas no tan alejadas, y los fusilamientos en 1975 de dos militantes de ETA y tres del FRAP, mostraron todos estos aspectos siniestros de una "justicia de vía rápida".

3.- La imagen de una España gris, a punto de celebrar los 25 años de Paz, publicitada por doquier bajo la atenta mirada de un Ministro de Información y Turismo llamado Manuel Fraga Iribarne, cuya misión no solo consistía en inaugurar paradores y vender el sol de España sino también asentir a las penas de muerte en los Consejos de Ministros y denunciar las campañas "antiespañolas" con motivo de las repulsas a nivel internacional a toda la parafernalia represiva del franquismo. La vida cotidiana en el Madrid de 1963 está reflejada con toda su crudeza y muestra la cutrez absoluta de un país en el tránsito a "la modernidad económica" contemplada en los Planes de Desarrollo y que arrojaba a la emigración hacia los paises industriales de la Europa Occidental a miles de trabajadores que con el retorno de sus salarios posibilitaron, entre otros, el "milagro económico".

4.- La descripción del Movimiento Libertario como fuerza organizada es realmente espeluznante. Las secuelas de la derrota en la guerra, la ausencia de un planteamiento de actuación clara a nivel sindical en España por parte de los Centros Dirigentes (en el más político sentido de la palabra) de la CNT, la respuesta de y contra los disconformes con esa línea de actuación (sectores satanizados por la élite dirigente como las Juventudes Libertarias), se pone de manifiesto a lo largo de varios capítulos que deberían ser objeto de una reflexión histórica bien consciente de las limitaciones de una lucha en condiciones extremas.

5.- El olvido y la amnesia son malos compañeros cuando se quiere plantear de dónde venimos y a dónde vamos. También la contemplación seráfica del pasado, en tanto que visión acrítica del mismo, conduce a la melancolía y, sin duda, esa "idealización" de lo que pudo ser y no fue, pone de manifiesto que la lucha cotidiana contra el Poder en todas sus formas debe asumir los aciertos y errores del pasado (evitar que la tragedia en su repetición se transmute en comedia), pero también exige imaginación en las formas, solidaridad y capacidad para transmitir los mensajes libertarios sin lecturas autoritarias.

PACO MARCELLÁN

POSTDATA

La Sala de lo Militar del Tribunal Supremo, por resolución de 17 de marzo de 1999, rechazó la revisión de la condena a muerte de los anarquistas Francisco Granado y Joaquín Delgado, ejecutados a garrote vil el 17 de agosto de 1963. Dicha revisión fue solicitada por los familiares de los ajusticiados, basándose en el testimonio de un compañero, Antonio Martín Bellido, que se responsabilizó, junto con Sergio Hernández, de la colocación de una bomba en la DGS en la Puerta del Sol de Madrid y que el Consejo de Guerra Sumarísimo atribuyó a los ajusticiados.

Lo realmente sorprendente es el "razonamiento jurídico" de la Sala de lo Militar del Supremo, que alega la "escasez y debilidad" del recurso sin elementos objetivos (!) que le sirvan de apoyatura. Ello se traduce en la imposibilidad de error del el órgano jurisdiccional franquista, que a juicio de los Magistrados fue constituido con arreglo a la legalidad vigente (franquista) y practicó las pruebas objetivas (!) valoradas en conciencia por el órgano jurisdiccional.
Los resabios franquistas, justificadores de los actos de la dictadura, no han desaparecido en este país. Así nos va.

Poesía

Paco Aguilar, sindicalista de la CGT.
(Falleció el 1 de enero de 1999)

YA SE HA IDO EL ESTÍO

Me siento frágil
como la arcilla seca de una vasija
clara de luz
como la brisa que rodea a la rosa
adormecida de mi alma
como el sordo rumor
de los pájaros urbanos.
Estoy detenido esta mañana
en el hueco de la piedra vana
entre las ramas duras del árbol
oculto de mí mismo
por extender la sombra
que fundida en todas mis tristezas
da fuego a un chasquido de otoño.
Rojizo y ardiente, ofuscado, flaco
en abismo herradura, sin caballo,
abyecto, terciopelo de amargura,
fulminante de mariposas heridas
tiempo sin bosque,
resto del deseo
ya se ha ido el estío.



BANCO

Me he sentado en el banco
casi había alcanzado la palabra
que culminara el poema.
"Por el paseo solitario
camina el poeta ..."
y he decidido mirar las musarañas
y romper el escrito
para dejarlo solo en los troncos
de los árboles
o en la memoria del viento
que se lleva
las últimas hojas.



¡OH TARDE LUMINOSA!

Tarde luminosa
tras el alcor oscuro.
Hay paz en la cumbre,
un dorado
sopor de nostalgia niña
y mimbos morados
ocultan el vahído solo
de un amor solitario.
En la línea azul
está dormida
la estrella como humo dulce.
Quieto árbol, hoja eterniza
cayendo fulgor triste
a la perenne agonía
de tener que vivir
porque se ama la vida.
¿Qué tengan mis brazos?
¡Oh, tarde siempre lejana!
Abrázate en mi cuello,
cuerpo, pies, despierta,
no ocultes el sueño
por decir muerte.
Es necesario no estar desnudo
como el horizonte.
De la carne me libro
y llevo lágrima en espíritu,
te ciernes en mí, dormido
por el silencio de la luz



CUANDO LA MUERTE SE ACERQUE

Cuando la muerte se acerque
no estaré prevenido,
habré escrito muchos epitafios
y enterraré algún amigo.
Sobre como los gorriones mueren en las aceras
y las rosas tendrán los pétalos ajados
yo no sabré nada, como ahora
llego a la orilla
y no encuentro descanso.
Cuando me muera
ya habré amado todo lo que necesitaba
mi corazón
ajado.

BOLETIN DE SUSCRIPCION A LIBRE PENSAMIENTO

Copia o envía este cupón a:
Libre Pensamiento
Sagunto, 15. 28010 MADRID

Deseo suscribirme a la revista **Libre Pensamiento,** al precio de 1.700 pesetas, por 4 ejemplares, y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- ☐ Domiciliación bancaria (Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto)
- ☐ Giro postal

A partir del número ....
Nombre..
Apellidos ....
Domicilio particular ....
Población ....C. postal ....
Provincia.......................Teléfono ....
País ....Fecha ....
Firma:



NOTA: La suscripción para el extranjero es de 2.300 pesetas para los 4 números

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Nombre ....
Apellidos ....
Domicilio...
Población ....C.P.: ....
Provincia ....Teléfono ....

Banco/Caja de Ahorros ....
Domicilio de la Agencia..
Población...
Provincia..
Titular de la cuenta o libreta..
Domicilio..

Nº Banco ☐☐☐☐ Nº sucursal ☐☐☐☐ D.C. ☐☐ Nº Cuenta ☐☐☐☐☐☐☐☐☐☐

Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por CGT.

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.

